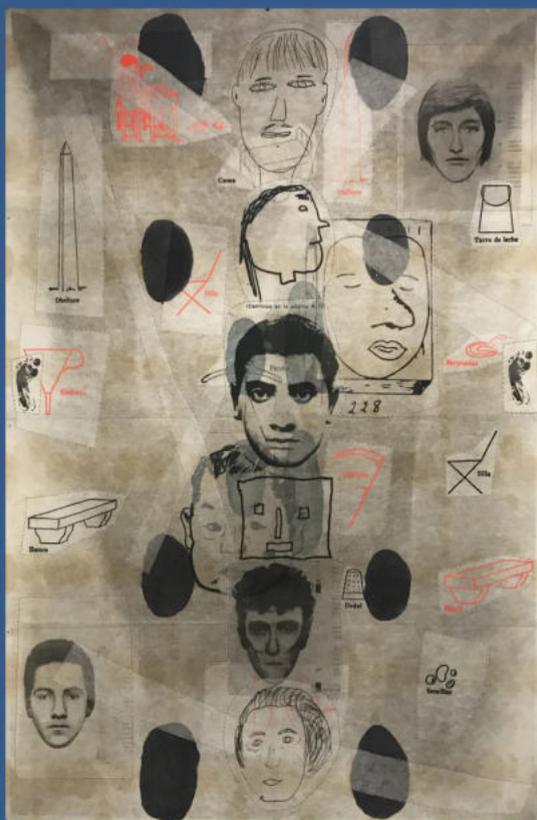


A 50 AÑOS DEL QUIEBRE DE LA DEMOCRACIA



Pintura aerpostal, *Historia del rostro*, 1993, Eugenio Dittborn

El 11 en las universidades, por Daniela Mohor /
La deuda jurídica, por Claudia Cárdenas /
DD.HH. con historia, por Agustín Squella /
Cómplices pasivos: aprendizajes e involuciones,
por Gonzalo Blumel / El cuerpo de los chilenos,
por Rodrigo Cánovas / Estética y violencia: el
primer mensaje de Pinochet al extranjero,
por Manuel Gárate

Allende y Pinochet: destinos contrapuestos,
por Eugenio Tironi / Una caída exagerada,
por Leonidas Montes / El fuego y las cenizas:
la Unidad Popular según Aylwin, por Carlos
Peña / La filosofía chilena a 50 años del
Golpe, por Iván Jaksic / Cinema Pinochet,
por Yanko González

SANTIAGO

Director

Carlos Peña

Editor

Álvaro Matus

Directora de arte

Emilia Edwards

Periodista

Sebastián Duarte

Colaboradores

Milagros Abalo, Álvaro Arteaga, Álvaro Bisama, Gonzalo Blumel, Yenny Cáceres, Rodrigo Cánovas, Claudia Cárdenas Aravena, Matías Celedón, Bruno Cuneo, Mauricio Electorat, Paula Escobar Chavarría, Viviana Flores, Marcela Fuentealba, Claudio Fuentes S., Federico Galende, Manuel Gárate Chateau, Javier García Bustos, Yanko González Cangas, Javier Guerrero, Rafael Gumucio, Daniel Hopenhayn, Sebastián Ilabaca, Iván Jaksić, Alfredo Joignant, Daniela Mohor W., Leonidas Montes, Franco Nieri, Rodrigo Olavarría, Pablo Riquelme, Alfredo Sepúlveda, Agustín Squella, Eugenio Tironi, Vicente Undurraga, Yosa Vidal y María José Viera-Gallo.

Comité editorial

Cristóbal Marín
Aïcha Liviana Messina
Alan Pauls
Ana Pizarro
Matías Rivas
Héctor Soto
Manuel Vicuña

—
Dirección: Manuel Rodríguez Sur 415, Santiago.

Diseño

Paola Irazábal - ESTUDIO PI
www.estudiopi.cl

**Imagen de portada**

Pintura aerpostal, *Historia del rostro*, 1993, Eugenio Dittborn

Fotografías

Revista *Santiago* agradece la colaboración del archivo Cenfoto-UDP; su acervo de imágenes resultó fundamental para la elaboración de este número.

Alamy en páginas: 18, 68, 87, 103, 118, 128

Impresión

Ograma

ISSN: 0719-8337

—
revistasantiago.cl
[facebook/revistasantiago](https://facebook.com/revistasantiago)
[twitter/santiagorevista](https://twitter.com/santiagorevista)
[instagram/revistasantiago](https://instagram.com/revistasantiago)

udp

Revista Santiago

19 – Septiembre 2023

Santiago de Chile

ÍNDICE



4 - El futuro de la memoria,
por Carlos Peña

6 - El 11 en las universidades: cómo se torció el destino de una generación,
por Daniela Mohor W.

14 - El guitarrista de Paine,
por Manuel Vicuña

17 - PENSAMIENTO ILUSTRADO

18 - El cuerpo de los chilenos,
por Rodrigo Cánovas

22 - Marcia Scantlebury: “Hay un antes y un después de la tortura”,
por Paula Escobar Chavarría

26 - Allende y Pinochet: destinos contrapuestos,
por Eugenio Tironi

32 - Estética y violencia: el primer mensaje de Pinochet hacia el extranjero,
por Manuel Gárate Chateau

38 - Allende vive,
por Claudio Fuentes S.

42 - El fuego y las cenizas,
por Carlos Peña

46 - Todos los golpes, el Golpe,
por Alfredo Sepúlveda

52 - Allende sin cadenas,
por Alfredo Joignant

56 - Una caída exagerada,
por Leonidas Montes

60 - La deuda jurídica,
por Claudia Cárdenas Aravena

63 - LAGUNAS MENTALES
Periodismo *undercover* en dictadura,
por Manuel Vicuña

64 - Rosemarie Bornand, justicia en tiempos violentos,
por Viviana Flores

68 - Derechos con historia (y con prehistoria),
por Agustín Squella

72 - Cómplices pasivos: aprendizajes e involuciones,
por Gonzalo Blumel

78 - La filosofía chilena a 50 años del Golpe,
por Iván Jaksic

82 - Por una memoria no heroica,
por Yosa Vidal

86 - Cinema Pinochet,
por Yanko González Cangas

92 - Humor en dictadura

94 - La historia con minúscula,
por Bruno Cuneo

96 - Supervivencia de las mariposas: *Lumpérica* 40 años después,
por Javier Guerrero





101 - ARQUETIPOS DE SITUACIÓN

Las que buscan,
por Milagros Abalo

102 - El entierro de la sardina,
por Rafael Gumucio

105 - LOS ARTÍCULOS MÁS LEÍDOS DE LA WEB

106 - Poemas chilenos de la desaparición,
por Vicente Undurraga

110 - José Ángel Cuevas: “Yo solo quería despejarme y caminar, como ese día del Golpe”,
por Javier García Bustos

114 - Crónica de una derrota,
por Yenny Cáceres

118 - Restos,
por Álvaro Bisama

122 - Eugenio Tellez: un artista fieramente armado,
por Mauricio Electorat

126 - PERSONAJES SECUNDARIOS Jorge Müller y Carmen Bueno: desaparecer a pleno sol,
por María José Viera-Gallo

129 - DOCUMENTOS

El asesinato de Chile,
por Eric Hobsbawm

Suprema prueba de Salvador Allende,
por José Lezama Lima

Muhammad Ali y yo en Londres 38,
por Sergio Trabucco Ponce

138 - VIDAS PARALELAS Los dos Carlos,
por Federico Galende

140 - CRÍTICAS DE LIBROS Y CINE

Sociología de la masacre,
de Manuel Guerrero Antequera,
por **Daniel Hopenhayn**

Autor material, de Matías Celedón,
por **Sebastián Duarte Rojas**

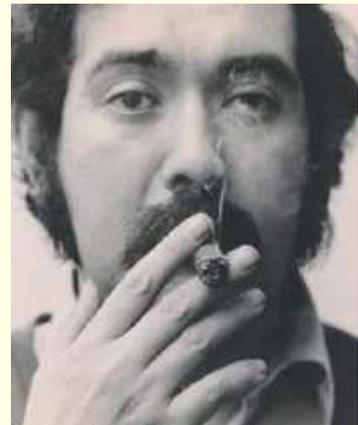
Carne de perra, de Fátima Sime,
por **Rodrigo Olavarría**

Una historia perdida,
de Juan Pablo Meneses,
por **Marcela Fuentealba**

Pinochet y sus tres generales,
de José María Berzosa,
por **Pablo Riquelme**

150 - TURISMO ACCIDENTAL Cabos sueltos,
por Matías Celedón

152 - PENSAMIENTO ILUSTRADO



El futuro de la memoria

Por Carlos Peña



¿Por qué volver sobre el pasado hoy y traer el recuerdo del golpe de Estado y los hechos luctuosos que le siguieron? ¿No será acaso un error, algo equivalente a echar sal sobre una herida?

Desde luego, no se trata de un error, sino de un deber intelectual.

Ese deber consiste en discernir lo que en el río del tiempo vale la pena y lo que no.

Y es que al revés de lo que solemos creer, la memoria no tiene que ver, en rigor, con el tiempo que se fue, sino con los días presentes; la memoria es, a fin de

Militares y prisioneros en el Estadio Nacional (1973). Fotografía: Bibi de Vicenzi, archivo del Fondo Holanda Comunicaciones, Cenfoto-UDP.

cuentas, contemporánea. Cuando los individuos y las sociedades recuerdan y vuelven la vista hacia el pasado, y escudriñan en lo que aparentemente ocurrió, en realidad están procurando definir su propia situación vital, que es siempre presente. Están, por decirlo así, poniendo al día el conjunto de sus recuerdos. Pero para hacerlo es imprescindible que cuenten con algún criterio que les permita discernir qué es lo que debe ser recordado como una forma de fijarlo en el tiempo de manera que no se repita, y qué, en cambio, debe ser recordado para reverdecerlo y ojalá realizarlo, porque después de todo, en el pasado están los fantasmas de las sociedades, pero también sus sueños.

Esa tarea de discernimiento frente al pasado es contemporánea e inevitable, y prueba que las sociedades y los individuos nunca están presos de su pasado, como si este fuera una fuerza ciega e inane, una causalidad irresistible en la que, querámoslo o no, estuviéramos atrapados.

Para comprender de qué forma las sociedades y los seres humanos somos capaces de discernir el pasado con vistas al tiempo que viene, evitando una suerte de excedente de memoria —el peligro de sumir la experiencia total del tiempo en el pasado, que es una sola de sus dimensiones—, bastaría recordar unas líneas que escribió Sartre. En *El ser y la nada*, Sartre discute la noción de inconsciente y la sustituye por la de mala fe. La noción de inconsciente de Freud, concebida como un pasado que sigue actuando sin que seamos capaces de darnos cuenta o advertirlo, enseña Sartre, es hasta cierto punto absurda, puesto que cuando el paciente recuerda sabe qué recuerdo era el reprimido que lo atormentaba bajo la forma de síntoma. Si el paciente

de algún modo no lo supiera, si no fuera capaz de reconocer en el baúl de su memoria cuál evento es el reprimido y que, una vez sacado a la luz, lo libera, entonces la propia tarea analítica sería imposible.

Lo que Sartre dice respecto del análisis hay que repetirlo respecto de la memoria histórica: el ejercicio de la memoria no consiste en simplemente recordar, en traer al presente la facticidad de lo que ocurrió, sino que consiste en discernir en esa facticidad el sentido que la acompañaba y ser capaz, a la luz de las convicciones presentes, de juzgarlo.

Ahora bien, si lo anterior es así, si para discernir en el pasado lo que es utilizable y lo que no, debemos contar con un sentido que lo permita, de ahí se sigue que el trabajo de la memoria es indiscernible del futuro. Es lo que, con una frase algo críptica enseñó Lacan: los recuerdos, dijo, vuelven del futuro.

Esta idea, según la cual la tarea de la memoria requiere también una cierta delectación por el futuro, de manera que cuando el futuro se apaga o se ensombrece, la memoria al mismo tiempo languidece, la ha subrayado bien Hans Ulrich Gumbrecht con su concepto de *latencia*. La latencia designa un estado de ánimo consistente en saber que hay algo cuya presencia es sentida, pero que permanece oculta. A diferencia de la represión, que ata al sujeto a un pasado que no sabe, la latencia ata al sujeto al presente, coagula, por decirlo así, el tiempo, en una especie de inercia claustrofóbica. En estado de latencia el futuro ya no se experimenta como un conjunto de posibilidades abiertas, sino simplemente como una amenaza. La supresión del futuro es, sin embargo, también, la supresión del pasado. La latencia, la imposibilidad de explicitar el pasado y de

discernirlo, hace que el presente lo inunde todo; pero allí donde el presente todo lo anega, el sentido desaparece y la experiencia se vuelve mera facticidad.

Es por lo anterior que a 50 años del golpe de Estado y de los hechos luctuosos que le siguieron, es hoy día más importante que nunca volver reflexivamente sobre la memoria. Y para hacerlo es imprescindible recuperar la conciencia del futuro, especialmente de un futuro compartido.

En uno de sus trabajos más agudos, Andreas Huyssen sugiere que la aparición de la memoria es uno de los fenómenos culturales y políticos más sorprendentes de los últimos años. Mientras la cultura modernista habría estado imantada por el futuro, hipnotizada por el horizonte, desde hace algunas décadas sería el pasado el que parece inundar los días que vivimos. En este resurgir de la memoria habría una suerte de descreimiento o desconfianza en las utopías en cuyo nombre se cometieron muchos de los crímenes que hoy día se rememoran con horror. Desde este punto de vista, cabría decir, la memoria es también una promesa, el compromiso de que los hechos que se recuerdan, la mayor parte de las veces con espanto, no volverán a ocurrir. El riesgo, sin embargo, de ese empecinamiento por rememorar, de ese esfuerzo por fijar hitos y eventos que aten el hilo del recuerdo a nosotros de manera que siempre podamos volver a él, sin nunca perdernos en el bosque de la historia, es la pérdida de futuro o, más exactamente, de vocación de futuro.

Entonces, impedir o evitar el olvido del pasado, pero hacerlo de una forma que no equivalga al olvido del futuro, es el desafío de la hora presente. **S**

El 11 en las universidades: cómo se torció el destino de una generación

Con la reforma universitaria de fines de los 60 —que buscaba abrir las universidades a las transformaciones sociales—, se generó una efervescencia política sin precedentes en las casas de estudios. Esa tensión fue suficiente para que los golpistas las intervinieran desde el primer día con una violencia feroz. Miles de estudiantes, docentes y funcionarios fueron detenidos, torturados, ejecutados o hechos desaparecer. El mismo 11, los militares comenzaron a llevárselos, destrozando todo lo que encontraron en su camino. Entre 1973 y 1976 fueron detenidos y desaparecidos 141 estudiantes a lo largo de Chile, y el clima que imperó en las universidades reflejaba lo que ocurría en todo el país.

Por Daniela Mohor W.

Marcela Lizana se demoró años en recordar cómo se llamaba ese hombre. El 11 de septiembre de 1973 pasó horas a su lado; él le habló de su mujer, de sus hijos, de la esperanza que había traído para él la Unidad Popular. Pero de esas conversaciones, el 12 en la mañana, no quedaba nada en su mente; y de la marcadora noche anterior, solo imágenes confusas que no conseguía asociar con la realidad.

Así fue durante años hasta que, poco a poco, los recuerdos afloraron: ese hombre al que había acompañado en el gimnasio de la Universidad Técnica del Estado (UTE), justo a un costado de la Escuela de Artes y Oficios (EAO) donde ella estudiaba, se llamaba Hugo Araya. Tenía 37 años, dos hijos, era reportero gráfico y trabajaba en la Secretaría de Extensión de la casa de estudios.

Pero ella lo conoció cuando ya era tarde. A pesar de sus intentos por salvarlo —usando lo que sabía de primeros auxilios, los implementos básicos que se había conseguido en la posta universitaria, y hablándole

para que no perdiera el conocimiento—, la bala que había perforado su abdomen terminó matándolo. El error de Araya había sido asomarse hacia el patio, unas horas antes, para tomar fotos de la intervención de las fuerzas militares en el recinto universitario.

Marcela Lizana tenía 19 años el día del Golpe. Como la mayoría de los estudiantes de la UTE, venía de una familia de pocos recursos. Estudiaba artes plásticas y militaba en las Juventudes Comunistas. Tenía un proyecto de vida en mente, uno —pensaba— que los alejaría a ella y a sus compañeros de la experiencia de adversidad y pobreza que les había tocado a sus padres, tíos y abuelos.

Por eso, apenas se enteró de que había un intento de Golpe, partió a la universidad. Quería defenderla. El recorrido que hizo a dedo para llegar desde Los Dominicos hasta Estación Central duró horas. Cuando partió, vio helicópteros sobrevolando la casa de Salvador Allende en la calle Tomás Moro, soldados con fusiles apostados en toda la ciudad, tanques y gente



Septiembre del 73 (1977), de José Balmes.



Imágenes de la Universidad Técnica del Estado filmadas por Juan Ángel Torti los días 13 y 14 de septiembre de 1973. Cortesía del Fondo Torti Alcayaga del Museo de la Memoria y los Derechos Humanos.

corriendo hasta sus casas. Pero lo que Lizana nunca imaginó era que carabineros y militares rodearían el campus de su universidad ni que, unas horas después, dispararían desde los edificios aledaños hacia el patio de su escuela. Menos que al día siguiente entrarían a bombazos y los detendrían a todos.

Hasta el 10 de septiembre de 1973, las ocho universidades que existían en el país, con sus diversas sedes regionales, sumaban una matrícula total de 145.666

estudiantes. Eran alumnos de distintos orígenes y tendencias, que convivían en un ambiente de debate que reflejaba la polarización del país. La reforma universitaria de fines de los 60, que buscaba abrir las universidades a las transformaciones sociales, había generado una efervescencia política sin precedentes en las casas de estudios. Suficiente como para que los golpistas las intervinieran desde el primer día.

El balance fue demoledor: miles de estudiantes, docentes y funcionarios de las universidades fueron

detenidos, torturados, ejecutados o hechos desaparecer. El mismo 11, los militares comenzaron a llevárselos, destrozando todo lo que encontraron en su camino. En la sede oriente de la Universidad de Chile saquearon los locales e incendiaron la biblioteca de la Escuela de Periodismo. En todas las casas de estudio del país quemaron libros y, en varios casos, arrasaron también con las residencias estudiantiles. La ferocidad del ataque a la UTE provocó dos muertes por disparo y, entre 1973 y 1976, fueron detenidos y hechos desaparecer 141 estudiantes a lo largo de Chile.

El Golpe torció las biografías de la mayor parte de la sociedad, pero en el caso de los universitarios, tuvo un agravante: le quitó a gran parte de una generación la posibilidad de formarse y alcanzar su mayor potencial. Miles de los que sobrevivieron tuvieron que soportar el ambiente de delación y la permanente represión dentro de los recintos educativos; o debieron reinventarse, porque al querer retomar sus estudios se encontraron con un espacio en el que no tenían cabida o se limitaban a instruirlos.

El quiebre del 11 lo vivieron también miles de docentes que fueron exonerados, cuyas disciplinas fueron eliminadas y escuelas cerradas. Y lo vivió la educación misma, cuando de un sablazo las nuevas líneas establecidas por el régimen militar destruyeron lo que la define: la oportunidad de expandir el conocimiento, de desarrollar un espíritu crítico, de debatir y reflexionar en libertad. En los primeros tiempos de la intervención militar, entre 22 mil y 25 mil estudiantes fueron expulsados de sus escuelas; alrededor del 30 a 35% de la planta docente fue eliminada, y 15% del personal no académico fue marginado. Tras su llegada al poder, la Junta Militar cerró al menos 25 escuelas, facultades, unidades o centros de estudios. En el mejor de los casos, los estudiantes perdieron uno o varios semestres de los estudios que habían completado. En otros, la totalidad.

No todas las universidades vivieron el mismo nivel de represión. Este dependió, en gran medida, de la tendencia de las autoridades y del nivel de vinculación política con partidos y movimientos de izquierda de cada casa de estudios. La UTE, símbolo de la UP, era uno de los primeros focos a atacar para los golpistas.

Osiel Núñez, presidente de la Federación de Estudiantes de la UTE (FEUT), estaba ahí cuando los militares entraron a bombazos a la Escuela de Artes y Oficios, el 12 en la mañana. El 11 le habían avisado temprano que habían atacado la antena y las instalaciones de la radio con metrallas y artefactos explosivos. Salió rápidamente hacia allá para ver cómo responder a la situación.

Cuando llegó, las Fuerzas Armadas ya rodeaban la universidad. Entró de inmediato a la Casa Central a hablar con el rector. Afuera, los estudiantes iban llegando desde distintas partes de la ciudad con la intención de defender el recinto. El ambiente era tenso y la preocupación fue creciendo. Por eso, unas horas después, la directora de Extensión mandó a todos quienes no tenían puestos de liderazgo —unas 600 personas— a la Escuela de Artes y Oficios. Era una construcción antigua, de muros gruesos, que podía resultar más segura a la hora de protegerse.

La mayor parte del día transcurrió tranquilamente. Las cosas se complicaron poco antes de las 18:00 horas, cuando una patrulla de militares acompañados de un oficial de Carabineros llegó hasta al frontis de la Casa Central. El mayor al mando, Donato López, pidió hablar con el dirigente estudiantil y Núñez se acercó. López quería desalojar la Escuela de Artes y Oficios, pero como había toque de queda, Núñez logró convencerlo de que esperaran al día siguiente. El compromiso era que quienes estaban en el campus saldrían a primera hora y que los militares pondrían buses a disposición para dejarlos en puntos neurálgicos de la ciudad. Pero el oficial del Ejército tenía otras intenciones y apenas cayó la noche, francotiradores apostados en edificios cercanos comenzaron a disparar. Al amanecer llegaron dos unidades con ametralladoras y cañones.

Las aproximadamente 100 personas que habían permanecido en la Casa Central quedaron detenidas, con las manos en la nuca y la cara contra los adoquines del patio. Marcelo Moren Brito, segundo comandante del Regimiento de Infantería N° 21 Arica, y pronto uno de los agentes más crueles de la Dirección de Inteligencia Nacional (Dina), estaba a cargo ese día. Fue enviado a Santiago para apoyar el Golpe.

Le ordenó a Núñez levantarse, lo llevó hasta una muralla del patio de rosas de la universidad y mandó a llamar a un tirador escogido.

—Cuando yo le diga, dispárale en las rodillas, luego al estómago y después en la cabeza —le dijo Moren Brito.

A pesar de lo que muchos pensaban, los estudiantes de la UTE no tenían armas dentro del recinto, pero el futuro coronel estaba obsesionado con dar con ellas. Núñez tenía solo 22 años, un soldado apuntándole y estaba siendo brutalmente interrogado. Pero se mantuvo entero. El oficial se indignó.

—¡Dispare! —gritó.

El tiro llegó a 10 centímetros del hombro derecho de Núñez. El interrogatorio siguió, sin que el estudiante cambiara de respuesta.

—¿Y tú no tienes miedo a morir? —le lanzó Moren Brito.

—Yo quiero vivir, pero no hay armas —insistió Núñez.

Hubo un disparo fallido más. Faltaban fracciones de segundo para el tercero, esta vez dirigido al abdomen, cuando un grupo de soldados llegó corriendo a buscar a su superior. Moren Brito partió raudo con ellos, y Núñez detrás.

En la Casa Central, las negociaciones con los militares seguirían. Moren Brito quería entrar disparando a la Escuela de Artes y Oficios; Núñez buscaba disuadirlo. Y finalmente, lo consiguió. En una ironía de la historia, ante sus oficiales, el futuro coronel alabaría la valentía de quien había “salvado la vida de los estudiantes”, un hombre al que había querido matar poco antes.

El allanamiento de la UTE fue brutal; en su edición del 18 de septiembre, *El Mercurio* indicaba: “Prácticamente la totalidad del edificio que da a la calle Ecuador, una construcción cuyo frontis es de estructura metálica, se encuentra destruida por efecto de proyectiles de diversos calibres disparados por efectivos militares contra los extremistas que el martes ofrecieron resistencia”.

En la Pontificia Universidad Católica de Santiago (UC), donde en esos años el movimiento gremialista había tomado fuerza en torno a la figura de Jaime Guzmán, el día 11 transcurrió de manera muy distinta. No hubo mayor agitación. Pese a ser afín al gobierno de Salvador Allende, el rector demócratacristiano Fernando Castillo Velasco había logrado mantener cierta neutralidad en la institución.

En los días que siguieron se sintió un ambiente de celebración. Los partidarios de la UP eran minoría y según recuerda el exministro socialista Osvaldo Andrade, quien estudiaba Derecho en esa fecha, “no había espacio para un mínimo de conducta de oposición o de reproche”.

La represión existió de todos modos. Los militares se tomaron las dependencias de Canal 13; en los meses siguientes, 95 profesores fueron exonerados, y en los años de dictadura, más de 20 estudiantes y académicos de las distintas sedes de la UC en Chile fueron detenidos y desaparecidos.

Según el sociólogo Manuel Antonio Garretón, director y decano del Centro de Estudios de la Realidad Nacional (Ceren) de la UC al momento del Golpe, llegar hasta los simpatizantes de la UP no fue tarea difícil. Desde antes del 11, la Federación de Estudiantes estaba vinculada con la Marina, a quien informaba de lo que pasaba en la universidad.

—La colaboración por parte de la Universidad Católica con el Golpe y con la dictadura militar es indiscutible —dice—. Los marinos sabían absolutamente

todo y eso es claramente por soplonería de estudiantes, profesores o algún personal administrativo.

El trato especial que recibió la UC el día 11 muestra que los cabecillas del régimen de Augusto Pinochet sabían dónde atacar. Por lo mismo, en la Universidad de Concepción fueron brutales. En esa fecha, esta era la tercera universidad del país y un actor político importante por su rol durante el movimiento estudiantil de los 60. Contaba entre sus alumnos a los principales líderes del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR); hasta 1972, su rector había sido Miguel Enriquez F., exministro de Educación de Allende y padre del líder del MIR con el mismo nombre.

El 11, las Fuerzas Armadas se instalaron desde temprano alrededor de la universidad. Camiones y *jeeps* militares se estacionaron cerca del arco central que llevaba hacia la biblioteca y decenas de soldados se bajaron y sacaron ametralladoras a la calle.

Dentro del recinto, los estudiantes estaban reunidos en el patio central. Algunos escuchaban las últimas noticias por la radio, otros pocos llamaban a defender la universidad. Nada cambiaría en las horas que siguieron. El casino, como cualquier día, se llenó de estudiantes a la espera del almuerzo.

Pasado el mediodía, sin embargo, la tensión aumentó cuando llegó la noticia de la muerte de Allende. Gonzalo Ampuero, quien era jefe del Departamento de Arqueología en el Instituto de Antropología, había llegado temprano ese día y se dedicó a quemar documentos comprometedores. La presencia de los militares alrededor del campus y la muerte de Allende lo tenían muy intranquilo. Su mujer embarazada y su hija estaban en Santiago. No sabía qué hacer. Lo único que se le ocurrió fue cruzar la calle y refugiarse en el Museo de Historia Natural de Concepción, cuyo conservador era amigo suyo. Se llamaba Ramón Barrientos y era un conocido miembro del Partido Comunista. Desde ahí, vieron incrédulos nuevos camiones con soldados bloquear los principales accesos al campus, militares bajarse y abalanzarse sobre alumnos y profesores. Detenían a los más inquietos o a quienes parecían haber preseleccionado y se los llevaban manos en la nuca.

—Parecía que todo el proceso hubiera sido previamente ensayado —recuerda Ampuero en un texto que escribió hace unos años.

Dentro del campus no sintieron disparos, pero sí en las calles colindantes. Los heridos eran lanzados como fardos a los camiones.

En la radio, la seguidilla de bandos militares enumeraba nombres; las líneas telefónicas estaban cortadas. Entonces, Barrientos se largó a llorar. Luego se dirigió hacia la sala de exposiciones donde había una

Las delaciones fueron prácticamente inmediatas. En octubre, cuando el Instituto de Antropología reabrió, Gonzalo Ampuero partió a la universidad. En la entrada, los militares esperaban con listas de alumnos.

—Había una lista blanca y una negra —dice hoy.

Los profesores, a su vez, fueron emboscados. Menos de un mes después del 11, se los citó a cobrar sus sueldos a través de una ordenanza en el “Diario Color”. Esta indicaba que los académicos que no fueran serían considerados renunciados.

muestra sobre vitivinicultura regional, sacó una botella y la descorchó.

—Total, a lo mejor mañana estaremos detenidos o sin pega —dijo.

Y así siguieron ambos abriendo botellas durante varias horas.

La del 11 no fue la única redada en la Universidad de Concepción; al día siguiente, cuando varios estudiantes fueron a sacar sus cosas de los dormitorios universitarios destrozados, los militares llegaron de nuevo. Empezaría ahí, como en todas las universidades, un proceso de “depuración”.

La actividad universitaria se paralizó el mismo 11 de septiembre. Las Fuerzas Armadas suspendieron de inmediato las clases para evitar que los alumnos se concentraran, marcando así el inicio de una contrarreforma radical. El 2 de octubre, el nuevo régimen publicó el Decreto Ley 50, que ponía fin al mandato de todos los rectores y le daba a la Junta Militar la facultad de nombrar a rectores delegados, varios de ellos militares. En los meses siguientes, una serie de decretos adicionales terminó de entregarles a esas nuevas autoridades la totalidad del poder para eliminar personal, cerrar unidades académicas, controlar las organizaciones estudiantiles, modificar los programas de estudios y establecer mecanismos de vigilancia política.

“(E)n las ocho universidades hay organismos de vigilancia y represión. Servicios militares y grupos paramilitares, entre los que se destacan las brigadas de seguridad de ‘Patria y Libertad’”, dice un documento de la Vicaría de la Solidaridad presentado en la conferencia episcopal, en 1975. “El sistema vigente

en la universidad inhibe toda reivindicación de derechos, y ha creado un clima que tiende a asfixiar el pensamiento crítico y creativo”, sigue.

Las delaciones fueron prácticamente inmediatas. En octubre, cuando el Instituto de Antropología reabrió, Ampuero partió a la universidad. En la entrada, los militares esperaban con listas de alumnos.

—Había una lista blanca y una negra —dice hoy.

Los profesores, a su vez, fueron emboscados. Menos de un mes después del 11, se los citó a cobrar sus sueldos a través de una ordenanza en el “Diario Color”. Esta indicaba que los académicos que no fueran serían considerados renunciados. Al llegar, algunos recibían el cheque y se iban. A otros, en cambio, los esperaba la Policía de Investigaciones. Los destinos para ellos eran la isla Quiriquina, algún centro de detención en Santiago o, en el mejor de los casos, el Estadio Regional de Concepción. A Ampuero lo acusaron de ser tirador experto y pasó una semana en el recinto deportivo penquista.

El ambiente de delación era ubicuo. Óscar Liendo, un estudiante de geografía de la Universidad de Chile, discreto y sin afiliación política, estuvo entre los 42 alumnos de su escuela que figuraban en la lista de los militares —habían bastado cuatro personas para denunciarlos. Liendo descubrió recién en 2016 que estaba en la lista y se sorprendió, porque no lo expulsaron ni lo fueron a buscar. Al igual que otros estudiantes del Pedagógico en esa época, cree que había cierta arbitrariedad en las acusaciones y que en muchos casos se entremezclaban asuntos personales.

—Uno de los acusadores, por ejemplo, estaba enamorado de una niña que se puso a pololear con un amigo mío —recuerda—. Con él, se ensañaron.

En los días que siguieron, en la Pontificia Universidad Católica de Santiago se sintió un ambiente de celebración. Los partidarios de la UP eran minoría y, según recuerda el exministro socialista Osvaldo Andrade, quien estudiaba Derecho en esa fecha, “no había espacio para un mínimo de conducta de oposición o de reproche”.

Aunque los jardines y aulas del Pedagógico fueran considerados un epicentro del debate sobre el devenir del país, el 11 no se registraron incidentes en ese campus de la avenida Macul. Ahí, estudiantes de sociología, pedagogía o de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Flacso), entre otros, habían pasado varios años compartiendo un nuevo entusiasmo por la política, pero esa mañana fueron pocos. Cuando Liendo llegó, a las 8:45 horas, no vio soldados fuera o dentro del recinto. En las salas, algunos alumnos asistían a sus clases, sin saber del levantamiento militar. Liendo fue uno de los que entró a avisar.

La reacción ante la noticia del Golpe fue de desconcierto. Nadie sabía qué hacer. Los estudiantes salían de las salas mientras los profesores subían y bajaban las escaleras, sin dar instrucciones claras. En algún momento, alguien dijo que vendrían alumnos de la UTE a apoyar o que Alejandro Rojas, presidente de la FECh, iba en camino, pero nunca llegaron.

—Todo era un mirarse, caminar para allá y para acá. Un profesor nos decía: “Así como los momios se tomaron Providencia, nosotros ¡salgamos a Macul a tomarnos la calle!”. No se medía la magnitud —recuerda Liendo.

Poco a poco, la gente se empezó a ir. A diferencia de la sede oriente de la universidad, donde miembros del Ejército entraron y detuvieron a cientos de estudiantes y profesores, el día terminó sin disturbios.

Al otro lado de Santiago, en la Escuela de Economía —sede norte— de la misma universidad, el decano Roberto Pizarro, militante socialista, partió automáticamente a la escuela al enterarse de la situación. Dirigentes y alumnos se reunirían en una asamblea para definir las acciones a seguir.

El edificio de la escuela, que se convertiría después en un cuartel de la Dina, estaba ubicado en República 517, muy cerca de la Octava Comisaría de Carabineros. Para alcanzarla bastaba con salir por una puerta trasera y cruzar la calle Toesca. En un momento, los estudiantes le pidieron a Pizarro que fuera a hablar con los oficiales para ver si podían ayudar a detener el Golpe. Y él, con ingenuidad, partió. Pero cuando se aprontaba a atravesar la calle Toesca, un cabo de guardia, un militar y un carabiniere de más alto rango se le acercaron.

—¡Ni un paso más! —le dijeron— Nosotros los conocemos muy bien a usted y a sus estudiantes; son extremistas de izquierda. Dígales que tienen que retirarse inmediatamente o vamos a entrar a la escuela e iniciar los disparos.

Pizarro obedeció las órdenes.

La mayoría de las universidades volvió a abrir entre octubre y noviembre de 1973. Pero la realidad con la que se encontraron universitarios y profesores fue muy distinta a la que conocían. Liendo solo perdió un semestre de sus estudios. Pero como el 80% de los profesores del Departamento de Geografía fue exonerado, tuvo que tomar ramos en otras facultades. Cuando finalmente pudo regresar a su carrera, lo hicieron firmar un papel que dejaba grabado el cambio drástico que implicaba la intervención militar de las universidades.

—Decía que no íbamos a hacer política, que teníamos que entrar y caminar sin conversar desde la entrada a la sala de clase; que no se podía fumar y que en el casino no nos podíamos sentar achoclados —recuerda.

A eso se sumó la presencia de agentes de Inteligencia, vestidos de civil, que se paseaban por el Pedagógico, vigilando.

En ese contexto, ir a la universidad era de alto riesgo para los alumnos vinculados con la izquierda. Lo entendieron apenas se les notificó de su suspensión o expulsión.

María Angélica Muñoz trabajaba como secretaria del Instituto Técnico Pedagógico de la UTE al momento del Golpe. Era miembro de las Juventudes Comunistas, pero transversalmente querida, incluso por su jefa, una mujer de derecha, que se preocupó de protegerla. Cuando reabrieron la universidad, le asignó una tarea

difícil: estaría a cargo de la unidad de coordinación de matrícula. La primera labor de Muñoz consistió en sentarse en una mesa en el estacionamiento de la Casa Central, flanqueada de dos militares, con largas listas de alumnos delante suyo.

—Había una fila de chiquillos y yo a cada uno tenía que buscarlo en una lista y decirle: estás suspendido, estás expulsado —recuerda Muñoz.

Para tratar de que los reintegraran, mandaba a los sancionados donde un amigo psicólogo, quien certificaba que el alumno pasaba por un momento de inestabilidad cuando había participado en política.

—Los que más me complicaban eran los expulsados, porque significaba que tenían un historial —dice Muñoz—. A esos se lo decía bien bajito, para que no me escucharan los militares al lado mío, pero fue terrible. Cuando terminaba, salía y me encerraba en el baño a llorar.

Los académicos que se oponían al régimen también pusieron en marcha estrategias para ayudar. Una de ellas consistía en una colaboración entre profesores activos y otros exonerados, para reubicar a los alumnos de los centros de estudio que habían sido cerrados.

—Entre los que nos fuimos y los que quedaron adentro, buscamos formas extraoficiales de que la formación no fuera solo según los estándares impuestos por la universidad intervenida —explica Manuel Antonio Garretón.

Pizarro participó de una iniciativa similar. Ya lo habían expulsado de la Escuela de Economía cuando, a fines de 1973, lo llamaron desde el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (Clacso) en Buenos Aires, para invitarlo a estructurar una red de ayuda a los estudiantes y profesores eliminados de las universidades. Eso implicaba localizar, movilizar e instalar a alumnos y docentes en distintos centros educativos del mundo. Tuvieron éxito: lograron mandar entre tres y cuatro mil personas a casas de estudios de distintos países.

Tras la muerte del fotógrafo Hugo Araya, Marcela Lizana volvió a la universidad a pesar del trauma. Retomó las clases, pero la fueron a buscar varias veces a las aulas y abrieron un sumario en su contra por robo. El hostigamiento fue tal, que no pudo seguir. Durante años trabajó como dibujante para instalaciones eléctricas y se dedicó a criar a sus hijos. Recién en los 80 volvió a estudiar, esta vez en la Universidad de Tarapacá y luego la Universidad Católica, donde se formó como profesora diferencial.

Esa noche en que vio a Araya morir estaba refugiada en los talleres de mecánica cuando fueron a pedirle asistencia por sus conocimientos en primeros auxilios.

En los primeros tiempos de la intervención militar, entre 22 mil y 25 mil estudiantes fueron expulsados de sus escuelas; alrededor del 30 a 35% de la planta docente fue eliminada, y 15% del personal no académico fue marginado. Tras su llegada al poder, la Junta Militar cerró al menos 25 escuelas, facultades, unidades o centros de estudios. En el mejor de los casos, los estudiantes perdieron uno o varios semestres de los estudios que habían completado.

Para llegar al gimnasio donde estaba él, tuvo que salir reptando para evitar los balazos. Ahí lo vio en el piso; estaba consciente y hablaba mucho. Las cosas cambiaron poco antes del amanecer. Comenzó entonces a transpirar abundantemente. Lizana, desesperada por que llegara una ambulancia que algunos compañeros llamaron horas antes, lo limpiaba y le decía que no le pasaría nada, que ya se lo llevarían al hospital.

—Estamos aquí contigo —lo reconfortó.

Pero de repente, él dijo que no sentía las manos. Lizana se las refregó, pero no hubo caso. Luego fueron los pies, las rodillas, las piernas... Hasta que llegó un momento en que se quedó tranquilo.

—Me di cuenta de que había muerto —dice—. Después de eso, me borré completamente.

Sentada en una mesa, a 50 años de los hechos, Lizana tiene el pelo cano y corto y luce unos aros con plumas largas. Habla con la voz pausada, sin rastros de rencor.

—De repente se truncó todo y parecía que el dolor fuera lo más presente —dice—. Pero a estas alturas ya no quiero que eso sea lo más latente. **S**

El guitarrista de Paine

Este 22 de agosto, la Universidad Diego Portales inauguró en el Centro Cultural La Moneda la exposición *Vestigios*. Mediadas por una innovadora tecnología de exhibición, seis mujeres dan cuenta de la desaparición de adolescentes cuyos restos nunca han sido encontrados. Esta historia, la de un joven de 17 años que trabajaba en una viña y tenía una banda con la que animaba las fiestas en el pueblo, muestra cómo la represión militar también alcanzó a jóvenes sin militancia alguna, en lo que cabe calificar como una *razzia* social.

Por Manuel Vicuña

Ignacio del Tránsito Santander Albornoz tenía 17 años, era estudiante secundario, trabajaba en el campo de vez en cuando, en la viña El Escorial, de Paine, cortando uvas y poniendo corchos y etiquetas en las botellas de vino. Estaba juntando plata para sacar su cédula de identidad: así podría hacer trámites y ganar independencia. Salvo en verano, siempre andaba con un gorro de lana azul con pompón. Tenía talento para el trompo y lo apasionaba la guitarra, la acústica y la eléctrica. Tocaba cada vez que podía, en la iglesia, por ejemplo, y también cantaba. Lo cautivaban las canciones religiosas, aunque la suya era una familia con más interés en los rituales festivos del catolicismo que en la fe o en la doctrina o en la prédica de los curas. Ignacio además formaba parte de una banda. Tocaba la guitarra eléctrica. Se presentaba en casamientos que podían extenderse durante días, con sacrificio de chanchos incluido. Era muy perfeccionista al momento de ejecutar el repertorio de cumbias y cuecas.

En las tardes le gustaba ir a la capilla de El Escorial, ubicada junto a la casona patronal, a ver películas y partidos de fútbol, porque allí tenían una

tele grande y se reunían campesinos y trabajadores agrícolas a pasar el rato después de las faenas. Lo acompañaba su hermana chica, Ana María, hija del segundo matrimonio de su madre. Ana María lo idolatraba: “Cuando estaba en la casa yo andaba siempre con él —recuerda—, era como su resfrío, pegadita a la espalda”. De verdad eran inseparables. Ignacio le regalaba dulces cuando volvía del trabajo y la llevaba consigo a todas partes. Juntos asistían a matrimonios y bautizos, solo para ver el espectáculo y luego “copuchar”, según Ana María. En la faena del vino, cuando las máquinas extraían el jugo de las uvas, jugaban a la par, como “cabros chicos”, sobre los montones de hollejos descartados, un poco mareados por el vapor del alcohol. Luego el hollejo servía para alimentar a los chanchos. La mitología dice que los animales se emborrachaban.

Según sus hermanas, Alicia y Ana María, Ignacio no militaba. “Era un niño —dicen— que ni siquiera tenía polola”. Del liceo al trabajo y del trabajo a la casa en los tiempos de faenas agrícolas. Era responsable, muy friolento, bajo de estatura y llevaba el pelo largo. “Ni gordo ni flaco”, aseguran las hermanas. Muy respetuoso de los padres, agregan. Y también tímido.

Le gustaba una “niña” de El Escorial, hija de un trabajador de la viña, pero nunca se aventuró a galantearla.

En la zona de Paine, las desapariciones empezaron a los dos días del golpe de Estado. Los militares se ensañaron con los campesinos y los trabajadores agrícolas. La Reforma Agraria había alterado los ánimos y después del 11 de septiembre se desataron las represalias. En Paine las personas detenidas desaparecidas y ejecutadas políticas llegaron a 70. Esto convirtió al sector en la comuna con el mayor número de asesinados, en proporción al tamaño de su población.

Poco después del Golpe, los militares coparon con tropas la cancha de fútbol de la viña El Escorial y, de refuerzo, los escoltó un helicóptero. Allanaron las casas del lugar e iniciaron una balacera sin respuesta, largando tiros al aire para intimidar. Corría este rumor infundado: que en la bodega de la viña se guardaban armas por montones. Era el primer aviso de lo que venía.

El 24 de septiembre de 1973 regresaron, aún más decididos. El objetivo presunto: los obreros agrícolas que ambicionaban una parcela propia. La denuncia la había realizado una vecina de la viña, con la venia del patrón, por medio de una carta que inculpaba a gente con la que trataba a diario, en un ambiente de gran cordialidad entre los trabajadores que vivían en El Escorial.

Los militares, todos de la Escuela de Infantería de San Bernardo, llegaron en camiones y en un jeep. Llevaban una lista en la que figuraba el nombre de Ignacio y el de Juan Guillermo Cuadra Espinoza, su cuñado, a quien también se llevaron detenido. Ante la noticia, la madre de Ignacio voló a la cancha de fútbol: allí los habían reunido, tendidos en la tierra, boca abajo. Ambos se encontraban bajo uno de los arcos, el que da al camino. Ella se notaba abrumada, de modo que Ignacio intentó calmarla, diciéndole, tal como recuerda Ana María: “El que nada hace, nada teme, yo voy y vuelvo”. Antes de partir, le alcanzó a pasar una chaqueta para abrigarse, y él le entregó a su madre las pocas monedas que llevaba encima. Ana María, de ocho años en ese entonces, lloraba e incluso intentó subirse al camión donde se había subido Ignacio. Todo esto pasó cerca de las cuatro de la tarde de un día de cielo grisáceo, con nubes muy bajas, como cargadas de lluvia.

Después de una breve parada en un regimiento, los llevaron al campo de prisioneros de la Escuela de Infantería de San Bernardo, en el cerro Chena. Los mantuvieron vendados. Los torturaron. Un sobreviviente que compartió con Ignacio, José Luis Marchant, cuenta que cuando llamaban a declarar a Juan Guillermo, Ignacio decía: “Por favor, cuando lleven a mi cuñado llévenme a mí, porque yo no conozco ni

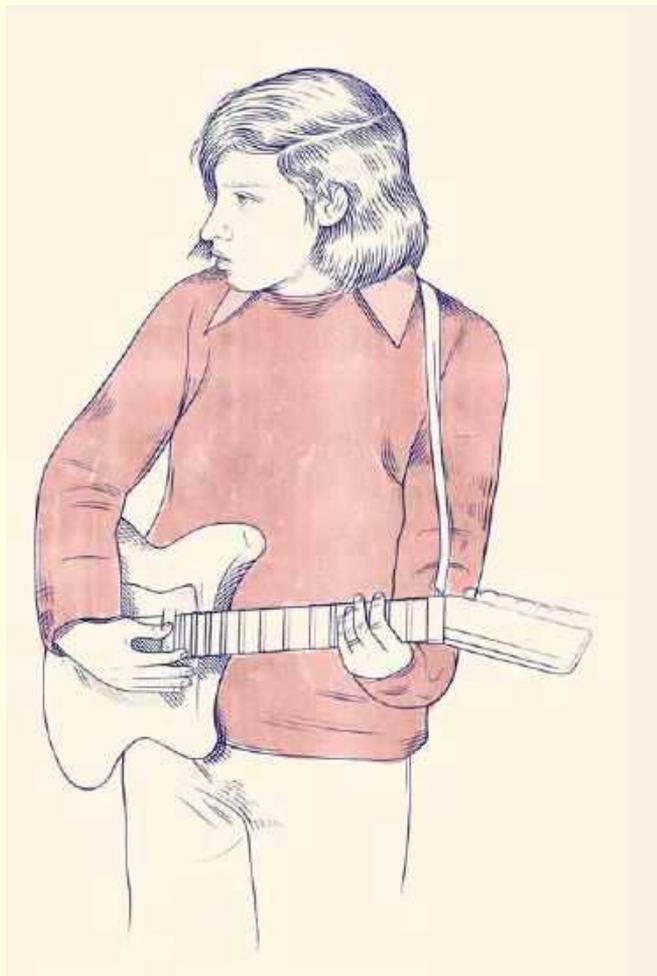


Ilustración: Franco Nieri

siquiera Buin. Y otra cosa que les voy a pedir es que, si lo matan a él, mátenme a mí también”. Imposible precisar cuánto tiempo los tuvieron en ese recinto; tal vez 10 días.

A través del testimonio de la gente que liberaron, la familia de Ignacio y Juan Guillermo se enteró de que estaban prisioneros en el cerro Chena. Fueron de inmediato a preguntar por ambos, pero no consiguieron información y, por lo demás, ya los habían trasladado a otro lugar. La madre volvió más tarde y logró acercarse a las instalaciones militares. Esta es la versión de Alicia. Ana María, en cambio, recuerda que su madre iba a diario a Chena. Se tomaba la primera micro de la mañana, al alba, y regresaba en la última del recorrido; solo llevaba la plata para los pasajes, nada para comer. Fue a la madre, seguramente, a quien le dijeron que ya “era demasiado tarde para seguir preguntando” por ellos. Los familiares no se conformaron con esa respuesta.

Ana María recuerda que su madre iba a diario a Chena. Se tomaba la primera micro de la mañana, al alba, y regresaba en la última del recorrido; solo llevaba la plata para los pasajes, nada para comer. Fue a la madre, seguramente, a quien le dijeron que ya “era demasiado tarde para seguir preguntando” por ellos.

Entonces empezó una odisea de gestiones judiciales y de consultas en la Cruz Roja Internacional, en el Estadio Nacional, en la Secretaría Nacional de Detenidos, el Ministerio de Defensa y el Instituto Médico Legal, donde fueron maltratados, pese a haberles advertido de la posible presencia de los cuerpos de Ignacio y Juan Guillermo. Alicia, hermana de Ignacio y esposa de Juan Guillermo, asistió al Instituto. Ahí le dijeron que los cuerpos ya habían sido retirados por los militares. De esos cadáveres solo había quedado una ojota guacha.

En esos trámites, Alicia cargaba a su hija, Flor, de siete meses. Sentada en el living de su hermana Ana María, el 19 de abril de 2023, Alicia cuenta que al salir del Instituto Médico Legal solo quería “tirarse a los autos”. Pero ella y su madre no aflojaron nunca. Alicia se hizo habitué de la Vicaría de la Solidaridad y aún forma parte de la Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos de Paine, donde dos memoriales los honran. “Hay gente que todavía los espera como si fueran a llegar”, dice.

Finalmente, cuando se entregaron los cuerpos de los campesinos detenidos y asesinados de El Escorial, Alicia partió al cementerio general, requerida para identificar las ropas de su hermano. A Ignacio se lo habían llevado vestido con una camisa roja, pero en el lugar solo había un chaleco del mismo color.

En 1974, un oficio firmado por el coronel Pedro Montalva Calvo, en su calidad de director de la Escuela de Infantería, señaló que los detenidos Ignacio del Tránsito Santander Alborno y Juan Guillermo Cuadra Espinoza, “fueron dados de baja por centinelas del Campo de Prisioneros de Chena el 4 de octubre de 1973 por intento de escape del citado lugar”.

Ana María, hoy integrante de la Iglesia Metodista Pentecostal, siempre reza por Ignacio y en sus oraciones se lo encomienda a Dios. En el día de su cumpleaños lo saluda de pie frente a las fotos que

conserva de su hermano. Ni en su casa ni en la de su madre prendían velas o mantenían altares, la relación con la memoria de Ignacio circulaba más bien por los recuerdos, la pena de todos los días y los afectos. “Corazón y mente”, por ahí pasa todo, dice Ana María.

Ella sabe que es algo irreal, pero de todos modos se imagina que él regresa de improviso, toca la puerta de la casa, y entonces el dilema que ella se plantea es si podrá reconocerlo después de cinco décadas. De niña, cuando recién se lo llevaron los militares, Ana María se sentaba en unas piedras a las afueras de su casa, que quedaba justo frente a la cancha de fútbol improvisada como lugar de detención el 24 de septiembre de 1973. Miraba las micros pasar, por si Ignacio se bajaba de alguna. Ahora habla de la frustración reiterada que sigue a la esperanza que provocan los hallazgos de osamentas; siempre piensa: por fin identificarán los restos de Ignacio, tendremos un lugar donde llevarle flores, pero nunca ocurre eso.

Ya mayor, Ana María se preguntaba: “¿Cómo lo habrán matado, qué tortura le habrán hecho?”. A su padre también lo habían detenido y torturado, aplicándole corriente y apaleos. Cuando lo largaron y llegó a su casa, Ana María descubrió a un hombre en las últimas, mortalmente ojoso, con el rostro chupado y “sin ningún color”, como “sacado de la tumba”. Se le quedó grabada la imagen de la espalda de su padre, entera morada. Cuando piensa en Ignacio y en Juan Guillermo, a veces se le interpone la visión de su padre demolido. Si su padre regresó así, “imagínese los chiquillos”.

Ana María, su marido y sus dos hijos tienen buen oído. Todos cantan y tocan, al menos, la guitarra. Ensayan con frecuencia en familia. De este modo se preparan para animar los encuentros en la iglesia. En esos momentos, en medio de la vida cotidiana, recuerdan a Ignacio y de alguna manera lo invocan, porque saben que, en caso de haber sobrevivido, ahí estaría, radiante, tocando su guitarra, cantando con el resto. **S**



Ilustración: Álvaro Arteaga

"El tirano no es veleidoso, sino sistemático. El tirano no se desparrama en caprichos, sino se concentra en una idea. El tirano es hombre de principios".

Nicolás Gómez Dávila

El cuerpo de los chilenos

Más allá de haber sufrido (o no) detención y tortura, la lectura de *Tejas Verdes* ayuda a comprender que esto le ocurrió a un cuerpo colectivo y todavía, a 50 años del golpe de Estado, no sabemos bien cómo incluirlo en el flujo vital de la vida. El testimonio de Hernán Valdés —publicado en 1974— continúa provocando un malestar incluso físico: “Uno sufre día a día la asfixia del detenido y no sabe qué le deparará el destino”, escribe el autor de este ensayo, “a pesar de que sí sabemos que saldrá libre y que contará la historia; es decir, será un testigo que nos legará nuestra historia, individual y colectiva”.

Por Rodrigo Cánovas



Es extraño. Recién tomo conciencia de que he leído muy pocos testimonios sobre detenidos, torturados y exiliados debido al golpe militar. Y solo ahora, casi a medio siglo de su publicación, leo *Tejas Verdes. Diario de un campo de concentración en Chile*, publicado primero en Barcelona en 1974, traducido a muchas lenguas en los años inmediatamente siguientes y solo en 1996 editado en Chile por LOM.

Leo y me recojo, me ovillo y trato de mantener la calma. Teniendo presente el vasto material de videos, entrevistas y recuentos escritos sobre el Holocausto, es increíble el parecido de estos testimonios con el de Hernán Valdés. Ya lo decían alemanes detenidos en esos tiempos (recientemente avvicinados en Chile, algunos habiendo hecho clases en las *Deutsche Schule* del país): “Está sucediendo lo mismo que con las detenciones de Hitler: no hay esperanza”.

¿Qué hemos aprendido desde entonces?

Más allá de haber sufrido (o no) detención y tortura, comprendo que esto le ocurrió a un cuerpo colectivo, al cuerpo de los chilenos, y no sabemos bien cómo incluirlo en el flujo vital de la vida. El rito de los 50 años puede que ayude: “El dolor —leemos en *Tejas Verdes*— corresponde, por una parte, a una mutilación. Es como si se me arrancara el sexo de raíces, como una dentellada que me deja abierto y, arriba, en la boca, como una explosión que volara toda la carne, que dejara los huesos de la cara y del cuello al desnudo, los nervios petrificados, en el vacío. Es más que eso, no hay memoria del dolor”.

¿Constituye lo allí contado, en estos momentos, una sorpresa? Al leer este *diario* en Chile, no importa cuándo, ¿es novedad? En realidad, desde un inicio cada uno de nosotros escuchó con miedo muchos relatos de amigos y conocidos en la intimidad del hogar: me amarraron a una silla, me conectaron cables eléctricos a la lengua, el pene y las tetillas... y vinieron las descargas, caí de bruces, perdí el conocimiento. Lo común era que las preguntas fueran una simple excusa para denigrar al detenido: dónde están las armas, confiesa el paradero de tal dirigente. Y en muchos casos, se soltaba al insurrecto, 24 horas después, con unas costillas rotas. Para asustar a todos: a la familia, al barrio, a los del trabajo, a los universitarios. Y volver a la rutina, como si nada hubiera pasado. Con el testimonio de Hernán Valdés se disparan los recuerdos: es el regreso de lo reprimido, el trabajo con la culpa introyectada, la posibilidad de mirar nuevamente de frente el lado oscuro de la condición humana.

Entremos en materia. Este texto está escrito en forma de *diario*, poco tiempo después de haber salido (expulsado con vida, por suerte) del campo de concentración Tejas Verdes. Aclaremos: no es que el autor

haya escrito día a día mientras estaba preso, sino que vuelve a vivir desde la escritura esta experiencia límite, incorporando en el relato la incertidumbre que sufrió: no sabe qué ocurrirá con él, cuándo le llegará el turno de la tortura y si logrará salir vivo de esa temporada en el infierno: “Puede suceder cualquier cosa. Son dueños de hacer con nosotros lo que les dé la gana”.

¿Y qué pasa con nosotros, los lectores? Uno sufre día a día la asfixia del detenido y no sabe qué le deparará el destino; a pesar de que sí sabemos que saldrá libre y que contará la historia; es decir, será un testigo que nos legará nuestra historia, individual y colectiva.

Tejas Verdes es un campamento compuesto por cabañas (pocilgas, donde se depositan los prisioneros, “tráfico de carne”), que aparecen camufladas a la vista de curiosos que puedan deambular cerca de la carretera, en viaje al balneario de Santo Domingo, que está al frente. En realidad, estamos habitando el espacio chileno, vivido esquizofrénicamente: por un lado, el descanso familiar en las playas del litoral, cercano a la capital (el mismo Hernán Valdés estuvo allí con su compañera un poco antes de su detención), y yuxtapuesto, el campo de concentración, donde los detenidos apenas atisban la luz entre las rendijas de las denominadas “cabañas”. Solo el espacio natural (el verdor de la clorofila) y el espacio estelar, cuando los prisioneros salen a defecar, le devuelve a nuestro autor un hálito de trascendencia vital. Dos mundos que no se tocan, que se ignoran: la vida cotidiana durante la dictadura, la venda a medias corrida sobre nuestros ojos, mundos individuales.

Desde la primera página del diario, Hernán Valdés vive un tiempo muerto, un vacío que lo llena de zozobra: es el tiempo de la Espera: a ser detenido, a ser torturado, a morir. Es un tiempo irremediable, que en el caso de la tortura (centro de la incertidumbre) fija el espíritu de los días: “Pensamos que los sábados, por ejemplo, deben ser excelentes, ya que entonces los torturadores han de estar impacientes por terminar su jornada e irse a tomar un trago o a almorzar. Por el contrario, creemos que los lunes deben volver llenos de energías”.

¿Qué significa la tortura? ¿Es la división del espíritu y el cuerpo, la conversión al sujeto en mero *detritus*? ¿Un lenguaje denigratorio que pretende despojarlo de sus órganos, cual operación maligna? ¿Una materia descompuesta, los ideales habitando un mero esqueleto? Son todas imágenes que surgen de las vivencias exhibidas en este *diario*: “Soy una pura masa que tiembla y que trata todavía de tragar aire”. Sufrir el hacinamiento (sujeto tapiado), caminar a tientas con una capucha hedionda que cubre el rostro (el juego a



Vista del regimiento de Tejas Verdes (1990). Fotografía: Archivo Cenfoto-UDP.

la gallinita ciega), los hervores malolientes de las sopas; en fin, golpizas reiteradas y un constante lenguaje denigratorio, que se exacerbaban en la tortura bajo los golpes de corriente: “Alguien me da un agarrón en el sexo. Insisten en que les describa los órganos sexuales de Eva, el color de sus pendejos, la forma de sus tetas. Quieren saber qué hacemos en la cama, cómo y qué nos besamos. Si mis respuestas son evasivas o demoras, viene la descarga”.

El relato exhibe el sadismo enmascarado en chiste de los juegos que implantan los cuidadores sobre los prisioneros, como si se nos presentara una serie de lugares comunes del lenguaje donde los seres humanos (aquí, los chilenos) gozan denostando al otro, no se sabe bien por qué: puede ser miedo, resentimiento, ignorancia, repetición de lo visto y vivido, en muchos casos, lo cotidiano. Los soldados, “amoratados por la cerveza”, exigen a los pobres diablos (personas indefensas) que alguien cante, que cuente un chiste. Un cuidador, al despertarlos les espeta: “¿Durmieron bien, pelotudos? ¿Tienen alguna queja?”. Y en la rutina diaria del trote por el campamento: “¡Abajo, huevones! ¡De pie, huevones!”. Y el autor acota: “No sé hacia dónde, pero una patada en el culo me orienta”.

Bofetadas circenses, golpes gratuitos con laques y porras, pataditas en las canillas; acaso hipérbolos

de los antiguos castigos ejercidos por los inspectores en los colegios: coscorriones, reglazos, bromas que los muchachos del curso celebran nerviosamente.

Menciono esto, porque muchas de las actitudes pueden estar en el corazón de nuestra educación colegial y hogareña. En este campo de concentración ocurren situaciones inverosímiles para nosotros, pero que hablan del oportunismo y de situaciones absurdas y tragicómicas, como el negocio que arma la señora de un suboficial en la vivienda ubicada en el mismo centro de detención: “Dicen que hasta hace poco la mujer del suboficial vendía sándwiches y cigarrillos a los prisioneros a través de la alambrada, pero que últimamente se lo han prohibido”. Un cruce de caminos: todos vamos a comprar berlines al quiosco de la tía, en el recreo en el colegio.

Cagados, orinados, pulguientos, alimentándose de comida agusanada, están al borde del desquiciamiento: “Hace tres días que no duermo ni cago. Es un estado semejante a la alucinación, al desvarío de los inmundos ascetas del desierto. No puedo razonar. Todo lo que me propongo como pensamiento se transforma en ensoñaciones, en visiones tortuosas y escalofriantes”. Aquí, lo que más llama la atención es la fijación de la mirada en las deposiciones, que alude a la descomposición de lo humano, a la pérdida de la

dignidad: “La mierda de Rubén sale ante mis propios ojos, es como un parto. Un cilindro de mierda compacto, increíblemente grueso, estriado de nervaduras amarillas y con algunas incrustaciones blancas, granuladas, sale de un orificio estrechísimo”.

Es un vaciamiento, el reverso del alma, un cuerpo-máquina que licúa sustancias: “Quedo asombrado, cada día, de las cantidades de mierda que logro evacuar, de color amarillo subido, como pulpa de naranja prensada, cantidades superiores a lo que he comido”. Es el espejo ominoso, lo que va quedando del hombre en el proceso de denigración. Y repetimos aquí la sombría cláusula de Primo Levi, judío sefardí sobreviviente de Auschwitz, al exhibir la miseria humana de los campos de concentración: “Si esto es un hombre”.

Quiero abordar finalmente un aspecto relevante en relación con el tono de este testimonio de Hernán Valdés: el énfasis en lo antiépico, su realismo escéptico (al borde del sarcasmo) para referirse al fracaso de su vida sentimental y al derrumbe de la utopía política, sus retratos paródicos de quienes lo acompañan en las cabañas (pocilgas) y muchas veces el gesto de distinguirse de los demás, acaso por el hecho de ser un intelectual.

No es alguien obsecuente. Aquí (por suerte) no hay héroes como en las películas: nadie aguanta la tortura, entre los detenidos hay gente desagradable, algunos demasiado ingenuos o de pocas luces. Siendo calificados como “prisioneros de guerra”, no hay ningún detenido que sea un dirigente de renombre; por el contrario, son personas del montón (Valdés incluido): un mozo de cocina del hospital Barros Luco, alguien que trabaja en una farmacia, un profesor de primaria socialista que dirigía la repartición de mercaderías en su barrio, un antiguo dirigente de suplementeros, un joven seguidor de un gurú. El autor acota: “Somos un mosaico informe de la sociedad”. Un grupo heterogéneo, atrapado en un sistema irracional que castiga a los débiles.

Desde ya avanzado el siglo XXI, resulta pintoresco leer algunos retratos de soldados y campesinos, quizás desafiando algunos estereotipos de lo popular que se tenían en aquella época, pero también demostrando cierta cuota de clasismo. Así, de un soldado (procaz, como los demás) se indica: “Si no fuera por el fusil y el casco de acero, que lo cubre hasta las cejas, y las fuertes botas, no sería sino un típico campesino chileno: mestizo, piel aceitunada, ojos pequeños, grandes dientes. No debe tener más de veinte años, juraría que conozco sus héroes. El Colo Colo, las telerías mexicanas, los cómics”. Anotemos, de paso, según registros fotográficos, que la figura de Hernán Valdés no está alejada de ese retrato. Y de una enfermera (cuyo trabajo es examinar a los detenidos luego

Aquí (por suerte) no hay héroes como en las películas: nadie aguanta la tortura, entre los detenidos hay gente desagradable, algunos demasiado ingenuos o de pocas luces. Siendo calificados como “prisioneros de guerra”, no hay ningún detenido que sea un dirigente de renombre.

de la tortura: lo hace despreocupadamente), acota: “Es una pequeña morena, también de rasgos nacionales muy característicos, un moreno enfermizo, ceniciento, ojos negros, boca pequeña. Está muy maquillada en los ojos”. Por cierto, son gentes que no tienen conciencia de sus actos, del daño que provocan y se quisiera hacer un símil con su figura física.

Hay cierta picaresca al registrar las historias de algunos detenidos, que revelan un alma popular que vive de mitos. Por ejemplo, don Ramón, viejo suplementero, cuenta su vida que es un calco de la del maratonista Manuel Plaza, indicando que compitió en las Olimpiadas de 1936 en Berlín. Y en el caso de un joven aspirante a gurú, el autor se complace en citarlo: “La energía es amor. Es perceptible por los sentidos. Hugo puede verla, con los ojos cerrados, como una luz azul, puede oírla como un rumor poderoso, melodioso, puede gustarla, como un sabor fuerte, de alcachofa”. A veces, eso sí, en el ruedo que se forma alrededor del que narra su historia personal, se escuchan algunas risas y chanzas, como desvirtuando aquellos cuentos.

Este texto me ha conmovido. A veces hiere mi sensibilidad, un humor ácido que trabaja mi cuerpo. Pero nos devuelve a lo real poniendo en tensión el sentimiento de solidaridad: “Nos peleamos por la comida, por el pan, nos robamos unos a otros las mejores frazadas. No nos gustan nuestras caras; la fealdad de los demás expresa demasiado claramente cuál debe ser la fealdad de la propia”. Y, simultáneamente, ocurre algo maravilloso: en este testimonio reconocemos la dignidad de esos cuerpos abusados, su resiliencia, un sentir comunitario de algo perdido, en fin, la esperanza nunca abolida. Por ello, Hernán Valdés escribió lo que escribió. **S**

Marcia Scantlebury:

“Hay un antes y un después de la tortura”

La plantación de dos mil árboles nativos en espacios públicos y privados –los árboles de la memoria– trajeron de vuelta a la periodista a Tres y Cuatro Álamos, donde estuvo presa, y a recordar Villa Grimaldi, donde fue torturada. “Yo sabía que había tortura, pero una cosa es saberlo y otra cosa es vivirlo”, cuenta en esta entrevista. “Los gritos que oí nunca los había sentido. Yo dije: estos tienen que ser animales, no gente. Un horror”.

Por Paula Escobar Chavarría



Marcia Scantlebury durante el aniversario del Museo de la Memoria y los Derechos Humanos, en enero de este año. Fotografía: cortesía del MMDH.

Viene llegando de Tres y Cuatro Álamos, los centros de tortura —junto a Villa Grimaldi— donde la periodista Marcia Scantlebury pasó meses de su vida durante 1975. Allí estuvo presa, allí fue torturada. Allí hay un antes y un después. Allí soñaba, mirando los caballitos de mar del desagüe, allí pensaba en sus hijos, en sus padres. Miraba el pasto y pensaba en si volvería a ser libre, si iba a sobrevivir a ese infierno.

Este mes volvió allí, para ser parte de la plantación de árboles, los árboles de la memoria, dos mil árboles nativos que serán plantados en espacios públicos y privados, como parte de la conmemoración de los 50 años del golpe de Estado.

Cuenta que fue impactante: que no había vuelto antes a ese lugar. Recibió el cariño de las y los ministros, de otras presas presentes.

Con un té cargado, en su departamento, empieza a recordar los años más duros de su vida y el sentido de esta conmemoración de los 50 años. Destacada periodista, ganadora del Premio Lenka Franulic, exvicepresidenta de TVN, exdirectora de Cultura en el gobierno de Frei, curadora del Museo de la Memoria, que hoy preside, su estampa elegante y su enorme dignidad siempre la antecedían.

Usted estaba en su casa con sus hijos cuando llegó la Dina a detenerla, el año 76. ¿Cómo fue ese día?

Fue en dos días, lo que ellos hacían era un sistema de dos partes. Primero llegaban y te decían que te venían a chequear por cualquier otra cosa, me dijeron que era porque había habido un choque en la rotonda de Vitacura y que aparecía involucrado mi auto, que si podían hacerme unas preguntas. No me dijeron nada y se fueron. Al día siguiente volvieron a buscarme. Yo me di cuenta, entonces llamé a unos vecinos, que eran del PC, y les dije que me estaban tomando presa y que por favor se quedaran con los niños. Me quedé tranquila de que los niños estaban ahí, cerré la puerta para que no se dieran cuenta de lo que estaba pasando afuera. Nosotros teníamos detrás de la casa un sitio vacío y por ahí me podía escapar, pero cuando quise hacerlo ya estaban todos ahí. Me llevaron tres tipos. Me dicen que tengo que ir a declarar a la comisaría, que ellos me iban a llevar.

¿Quiénes eran?

Era la Dina. Me dijeron que querían que yo fuera a declarar; yo no tenía ninguna posibilidad de decirles que no. Me metieron en la camioneta y me pusieron una tela plástica, un pañuelo encima de una venda y partimos. Había dos atrás. Yo estaba al medio y vendada, entonces nunca supe adónde iba. Mi nana me dijo que había visto a los tipos antes, en la esquina, observando.

¿Qué pensaba en ese minuto?

Bueno, tampoco fue una gran sorpresa. Yo colaboraba con el MIR y había estado clandestina un tiempo atrás, poquito tiempo, un mes. Pero como no me fueron a buscar, pensé que estaba libre de polvo y paja. Y salí porque era el cumpleaños de un hijo mío, de Maximiliano, el 2 de junio. Entonces yo pensé que como no me habían ido a buscar en esos días, quería decir que podía salir o, por lo menos, salir y volver. Yo tenía órdenes de no salir en ese tiempo, de seguir como clandestina, pero ahí cometí el error y fui, y ahí me pasó todo esto.

¿Cómo era el lugar donde la llevaron?

Me di cuenta de que era un lugar muy frío, cerca de la cordillera, y yo iba con las botas que me había alcanzado a poner y un chaquetón, que todavía tengo. Me bajaron y me metieron en una casucha, me sacaron la venda y ahí me empezaron a registrar dos mujeres muy amablemente. Me desnudaron, revisaron las cosas de mi cartera e hicieron un inventario: una cruz de plata, mi billetera, una foto de mi mamá, de los niños. Las iban contando y dejando al lado supuestamente para cuando te liberaran. Yo pensé: bueno, esto no está tan mal, porque si me están examinando mujeres es como una consideración. Bueno, resulta que eran las mismas mujeres que después gritaban, que participaban en la tortura y no eran para nada consideradas. Pero ahí, mientras estaba esperando para que me hicieran el allanamiento, empecé a escuchar unos gritos horribles, y ahí me di cuenta.

¿Qué pensó?

Yo sabía que había tortura, pero una cosa es saberlo y otra cosa es vivirlo. Los gritos que oí nunca los había sentido. Yo dije: estos tienen que ser animales, no gente. Un horror. Yo hasta entonces pensaba que el odio era un sentimiento intelectual, pero ahí me di cuenta de que existía el odio y que era feroz. Había un tipo que me decía: no trates de mirarme a través de la venda, y yo le dije que no tenía ningún interés en mirarlo, porque una persona que es capaz de hacer ese tipo de cosas, yo no quiero mirar la cara de alguien que tiene esa amargura y ese odio, así que no, no lo voy a mirar.

¿Estaba en la Villa Grimaldi, no?

Sí, en Villa Grimaldi. Me di cuenta por el frío, me di cuenta de que había llegado al infierno, porque nosotros sabíamos que la Villa Grimaldi era el infierno. Que era lo peor que a uno le podía pasar. Ellos me empezaron a torturar. Me tendieron en una pieza chica con un catre, una especie de somier, pero con estas huinchas



Marcia Scantlebury plantando uno de los árboles de la memoria, en julio de este año.

de acero. Ahí me encontré con una de las amables mujeres que me habían recibido al comienzo. Era sin piedad. El que dirigía esto era Marcelo Moren, el jefe de la Villa Grimaldi, y por supuesto Miguel Krassnoff. Aplicaban la electricidad en los lugares más húmedos, en la vagina, en la boca. Había una señorita, muy peinada, con un escritorio pequeño, muy maquillada, que era la que recibía las declaraciones después, y era como la testigo de fe de lo que pasaba ahí. Te daban la instrucción de que si tú llegabas a sentir mucho dolor y quisieras hablar, levantaras el dedo, y que te dieras cuenta de que no tenías alternativa. Es un dolor indescriptible. Yo siempre me imaginaba esas películas antiguas, como de la Greta Garbo, en que llegaba un momento de tanto dolor que ella se desmayaba. Entonces yo pensaba: es tanto el dolor que me voy a desmayar, pero nunca me desmayé.

¿Siempre estuvo consciente mientras todo esto pasaba?

Totalmente consciente y con mucho dolor. Ellos querían que yo delatara, que les dijera dónde estaba cierta gente, dónde estaba la comisión política del MIR —en ese tiempo estaban fugados. Yo no era tan importante, pero se supone que tenía conexiones ahí. Era feroz, me ponían corriente, diciéndome: ¿no

quieres hablar? Bueno, nunca hablé... Los tipos me tenían en el día en Villa Grimaldi y me mandaban a dormir a Cuatro Álamos, y me devolvían al otro día limpia, lista para la tortura.

¿Su familia sabía dónde estaba?

No. Estaban desesperados. En ese tiempo estuve con una chica muy joven que se llamaba Miriam Silva, y cuando la soltaron fue a hablar con un sacerdote y le pasó un papelito mío. Yo le había regalado una medallita a ella, que había comprado en la iglesia de la Merced, y cuando se conectó con el sacerdote, este llamó a mis papás y fueron. Cuando vieron esta medallita y el papel, ellos tenían miedo de que fuera una trampa de la Dina. Y ahí Maximiliano, mi hijo menor, vio eso y dijo: eso es de la mamá. Porque yo iba con él cuando compré esa medallita. Ahí se dieron cuenta de que era verdad, que esta chica había estado conmigo y que su versión era real. Así que fue un alivio enorme para ellos saber. Ella les contó que se me había caído el pelo.

¿Se le cayó el pelo en la Villa?

No, fue desde antes de caer presa, desde que estuve en la clandestinidad. Yo creo que era por miedo. Después me dijeron que sí, que se llama alopecia

areata. Una vez uno de los torturadores me ofreció ponerme una inyección para que me volviera a salir el pelo. Entonces pensé: qué miedo, me va a poner esta inyección y a lo mejor voy a decir todo lo que no he dicho. A mí me disminuía mucho estar sin pelo, porque lo único seguro que he tenido siempre es el cabello. Pero yo sabía también que en esos casos nada puede doblegar tu voluntad. Si tú tienes la convicción de que no vas a hablar, no lo vas a hacer. Al día siguiente, le dije: póngame la inyección, y fíjate que me creció el pelo.

¿Y se planteó alguna vez hablar para que la soltaran, porque tenía hijos y por el horror de lo vivido ahí?

No, nunca. Luego, la gente con la que colaboraba me solicitó que hiciera un informe sobre eso y sobre por qué no había hablado. Yo dije: por miedo, el terror de que uno se daba cuenta de que quienes hablaban y delataban a otros vivían para siempre con esa culpa. Porque a esa persona (delatada) la iban a matar, la iban a desaparecer, la iban a torturar por tu culpa. Entonces nunca hablé, y fue terrible también.

¿Por qué?

Yo estaba detenida y luego llegué a libre plática. En esos días se había producido el montaje de los 119 desaparecidos, un falso enfrentamiento entre miristas inventado por la Dina. Yo creo que casi el 70% de las mujeres que estaban ahí tenía a un hermano, a un marido, a un hijo desaparecido.

¿Qué fue lo peor que le tocó ver y vivir?

Lo peor es subjetivo, pero para mí lo peor fue percibir el odio, es una cosa que se te queda atrapada bajo la piel. Nunca vuelves a ser la misma. Cuando me dicen que yo nunca he demostrado odio, es porque el odio te contamina y yo me he defendido mucho de eso, porque soy una persona que ha tenido muchos privilegios, mucho afecto de mis amigos, de mi familia, de mis hijos, entonces he podido retomar mi vida. Pero hay un antes y un después de la tortura, de presenciar la complacencia frente a tu dolor. Hay una parte de lo que hacían que era parte del libreto, del guion y que implicaba tortura, que implicaba atropellos, implicaba todo, pero dentro de ese horror estaba el doble horror. Por ejemplo, había una de las gendarmes que mientras me venían a buscar de Cuatro Álamos a la Villa me rompía la cara con las llaves. Pero eso no era parte del libreto, eso la gratificaba. Lo que pasa es que tú estás ahí y estás en el infierno. Es verdad, porque el infierno también te transforma a ti.

¿Cómo logró salir, finalmente?

Fue rarísimo. Todas nos leíamos el *I Ching*, y preguntábamos quién salía, quién no, porque en ese tiempo estaban los rumores de que se venía una amnistía para hombres y mujeres en Navidad. Hablábamos y nos leíamos el *I Ching* y a algunas les salía: "Usted va a cruzar la gran corriente". Pero a mí me acababan de sacar de nuevo para torturarme... todos pensaban que me iba a quedar para siempre. Entonces empezaron a leer la lista y cuando dicen mi nombre, todas las compañeras se tiraron encima mí porque fue emocionante. Ese día nos hicieron hacer una fila. De esa fila me sacaron para tomarme fotos, con lentes, sin lentes, de frente o de perfil, como delincuente. Adelante mío estaba Shaira Sepúlveda, la compañera con la que habíamos entrado, y para mí fue muy emocionante porque a ella le preguntaron: ¿Usted tiene militancia? Y ella respondió: yo soy militante del Partido Comunista de Chile. Ese gesto de valor y dignidad hizo que me quebrara y lloré.

¿Entonces salió libre?

Salimos todos y estaban las familias esperando, pero a mi familia nunca la llamaron para avisarle, como a las demás. Quedé sola afuera. Esto era en Tres Álamos. La gente de las casas adyacentes salió a servirnos cosas de comer, y llamaron a mi madre. Además, los otros liberados se quedaron hasta que me vinieron a buscar. Esa noche yo dormí en la casa del cónsul de Colombia y al día siguiente volé a Bogotá.

¿Y pudo por fin ver a sus hijos?

Sí, pude ver a mis hijos, y esa noche salimos. Fuimos al Múnchen, y yo debería haber estado feliz, porque después de no haber comido nada bueno, era una maravilla, pero no fue así. Tenía una tristeza honda pensando en que yo había salido pero que las otras estaban adentro y, al mismo tiempo, darme cuenta de que afuera, después de todo lo que yo había vivido, afuera no había pasado nada. La gente seguía su vida con una indiferencia absoluta... Sentí entre pena, rabia, nostalgia, me daban ganas de entrar corriendo de nuevo a Tres Álamos, donde había construido un espacio afectivo. Una vez alguien me preguntó cuál ha sido el peor momento de mi vida y el mejor, y yo respondí: Los dos pasaron en el mismo lugar; el peor, por esto de tomar conciencia del odio y del horror de vivir eso, y el mejor, porque también esa fue una historia de amor y solidaridad. Si hay algo que se puede parecer a lo que soñábamos —que era un cambio de la sociedad, una vida con más generosidad— fue esa vida, porque ahí compartimos todo. Y muchas presas nos seguimos juntando, compartiendo alegrías y dolores y acompañándonos hasta el día de hoy. **S**

Allende y Pinochet: destinos contrapuestos

Sin la determinación y el sacrificio del presidente Allende, probablemente Pinochet se habría sumado a la larga y olvidada lista de militares golpistas que abundan en los países latinoamericanos. Fue él quien lo empujó al afán refundacional que derivó en una revolución capitalista sin parangón. Esto ciertamente no alcanzó para borrar la traición y encaramarlo como héroe, pero fue el punto de no retorno: con La Moneda en llamas y el fantasma de Allende a sus espaldas, para Pinochet y los militares no quedó más opción que la fuga hacia adelante. En otras palabras, debían llevar a cabo una revolución a la altura de la tragedia.

Por Eugenio Tironi

1

¿Por qué al momento de conmemorarse medio siglo del golpe militar de 1973, la primera figura que asoma es la del presidente Salvador Allende, el derrotado, y no la del general Augusto Pinochet, el vencedor? ¿Por qué se apodera de la escena quien representa el último y fracasado intento de superar la crisis del Chile que surgió en los años 30, y no aquel que encabezara la profunda revolución a partir de la cual hemos tenido que ir construyendo, con sus claroscuros, el Chile de nuestros días? Son preguntas que, de obvias, o no se hacen o se verbalizan apenas, quizás en un susurro. Pero ya formuladas, hay que ensayar responderlas: es lo que intentaré en estas breves líneas.

Ante la historia, ambas figuras quedaron íntimamente enlazadas. La grandeza de uno va de la mano con la miseria del otro: suma cero. Con su gesto de quedarse y morir en La Moneda, Allende se afincó para siempre en la memoria y condenó a Pinochet a la condición de personaje turbio, arribista y traidor, como lo describe cruelmente Roberto Ampuero. La defensa de la que fue objeto tras su detención en Londres, en 1998, no hizo más que confirmar la distancia entre dos destinos contrapuestos.

2

Allende confió en Pinochet para defenderlo de una eventual sublevación militar. Era su única garantía, pero en la hora clave el general le dio la espalda. Puede haber pensado en dar el Golpe, sacar a Allende a empellones de la sede de gobierno, mandarlo al exilio y ahí ver lo que le deparaba el futuro. Se encontró, sin embargo, con una situación imprevista: el presidente decidió no moverse de su lugar y, para no dejar dudas, afirmó a través de la radio que pagaría con su vida "la defensa de principios que son caros a la Patria".

Pinochet no le creyó: "Este huevón no se dispara", habría dicho el futuro dictador en esos minutos cruciales. Allende fue presionado a salvarse por algunos de sus cercanos, pero no transó. Ante una resistencia que estaba fuera de su imaginario, el general dio a los pilotos de los Hawker Hunter la orden de bombardeo y, aún en su puesto, el doctor Allende se quitó la vida. Lo hizo, en sus propias palabras, como "castigo moral" a la "traición" de la que había sido víctima, especialmente por parte de Pinochet, en quien había mantenido la confianza hasta horas antes. También, sugiere Tomás Moulian, como señal de consecuencia frente a la retórica vacía de los dirigentes de los partidos de



El 23 de agosto de 1973, Salvador Allende nombra a Augusto Pinochet como comandante en jefe del Ejército.
Fotografía: Archivo Cenfoto-UDP.

izquierda que boicotearon sus postreros intentos para evitar este desenlace.

Aquel fue el punto de no retorno. A partir de ahí, con La Moneda en llamas y el fantasma de Allende a sus espaldas, para Pinochet y los militares no quedó más opción que la fuga hacia adelante. Debían llevar a cabo una revolución a la altura de la tragedia.

Como al triste personaje de la tragedia *Macbeth*, fue la sangre en sus manos lo que obligó a los militares a justificar lo que habían hecho mediante un plan de refundación del país que, a su vez, diera sentido a una dictadura militar prolongada.

3

Si la intención original de los golpistas era una intervención militar breve, que reprimiera a los extremos y repusiera cuanto antes una democracia con ciertas restricciones —lo que le habría conseguido, si no el apoyo, al menos la benevolencia de las fuerzas de centro—, ella se desbarató por la resistencia del presidente Allende y la consiguiente violencia del Golpe.

Un memorándum apócrifo dirigido a la Junta Militar en sus primeros meses —que se imputa a Jaime Guzmán—, verbalizó la situación sin tapujos, como lo consigna Robert Barros. Si la Junta es solo un paréntesis histórico —señalaba—, sus actos serán juzgados con criterios democráticos, ante los cuales no habrá excusa válida o posible. Su “misión”, entonces, es “abrir una nueva etapa en la historia nacional, proyectando su acción en un régimen que se prolongue por largo tiempo”, hasta conseguir para sus actos un juicio histórico radicalmente diferente, un dictamen que los justifique por la necesidad de crear un “nuevo orden”. Solo el tiempo, en otras palabras, apagaría el deseo de hacer justicia frente a los crímenes cometidos.

Sin la determinación y el sacrificio del presidente Allende, probablemente Pinochet se habría sumado a la larga y olvidada lista de militares golpistas que abundan en los países latinoamericanos. Fue él quien lo empujó al afán refundacional que derivó en una revolución capitalista sin parangón. Esto ciertamente no alcanzó para borrar la traición y encaramarlo como héroe, pero al menos lo colocó, con dos caras, en los anales de la historia.

4

La conmoción mundial desatada por el bombardeo de La Moneda y la muerte del presidente Allende, por el asalto y saqueo de su domicilio particular de Tomás Moro, por la intervención de las universidades, por la extensa represión posterior y por el desmantelamiento de la misma institucionalidad que los golpistas habían prometido restaurar, provocó que las Iglesias, la

Democracia Cristiana y buena parte de los gobiernos democráticos del mundo, incluyendo el de Estados Unidos, se distanciaran del nuevo régimen. Este alarmante aislamiento volvió aún más urgente construir un relato que diera sentido de gesta a actos que, de otro modo, resultaban incomprensibles por su desmesura.

Luego de una etapa inicial de confusión y a instancias nuevamente de Jaime Guzmán, los militares encontraron esa narrativa en la propuesta que elaborara un grupo encabezado por jóvenes economistas formados en la Escuela de Chicago. *El ladrillo*, como se la conoció, planteaba la necesidad de terminar con el modelo de capitalismo de tipo europeo prevaletante por más de medio siglo, y ensayar la aplicación en Chile de las ideas economicistas y ultraliberales de Milton Friedman y Gary Becker, las cuales, para asentarse, requerirían de un prolongado gobierno autoritario. Fue el matrimonio perfecto: Pinochet necesitaba la justificación que le proveía el plan de los Chicago Boys, y estos necesitaban de su poder para materializar cambios que habrían sido totalmente inviables en democracia.

Nada de esto estaba en la mente de las Fuerzas Armadas o de Pinochet antes del 11. Un giro en tal dirección era incongruente con el ADN de los militares chilenos, quienes habían participado del origen mismo del modelo desarrollista que se presentaba ahora como la fuente de toda clase de desventuras.

Hay quienes imputan el éxito de las entonces extravagantes ideas de los Chicago Boys a las personalidades de sus líderes: la tosca inteligencia y asertividad de Sergio de Castro, que llegó a cautivar a Pinochet, así como la portentosa capacidad retórica de Jaime Guzmán, quien fuera el encargado de convencer uno a uno a los mandos militares. Los personajes siempre influyen, y mucho, en el curso que toma la historia, pero ellos no agotan su explicación.

De ahí que, si hubiese que individualizar el principal factor que sacó a Chile de la ruta europea y lo puso tras el “sueño americano”, habría que mencionar a Allende. Los militares, con el fantasma del presidente muerto a sus espaldas, tenían que producir una fractura histórica equiparable a la fractura moral que ya se había consumado. La suerte estaba echada. Nada mejor, entonces, que romper con el rumbo económico, social y político que traía el país hasta 1973, como lo ofrecían Guzmán y De Castro.

5

Daniel Kahneman denomina “falacia narrativa” a la tendencia humana de establecer relaciones causales y explicaciones simples para entender eventos pasados y anticipar el futuro. Esto fue lo que hizo el nuevo

régimen, con el argumentario provisto por el “Chicago-gremialismo”, como bautizara Jovino Novoa, uno de los jefes históricos de la UDI, a la férrea alianza entre Jaime Guzmán y los Chicago Boys.

Refiriéndose a eso mismo, J. Samuel Valenzuela ha utilizado apropiadamente la noción de “legitimación inversa”. Se refiere así al intento del nuevo régimen de justificarse a sí mismo exagerando hasta la caricatura las fallas —que por cierto las tenía; de lo contrario, no habría habido la crisis que precipitó el Golpe— del modelo histórico precedente. Albert O. Hirschman advierte lo mismo cuando dice que “los Chicago Boys exageraron la imposibilidad de arreglar el sistema existente, porque querían algo enteramente diferente”. Esto explica el esfuerzo que se pusiera, por 17 años, en condenar el pasado e insistir en que la crisis de 1973 y sus consecuencias habían sido el resultado del agotamiento ineluctable de los modelos económico-social y político-institucional que imperaron en Chile durante gran parte del siglo XX; y, al mismo tiempo, reiterar majaderamente que la estabilidad y la democracia solo podrían ser restablecidas a partir de un nuevo modelo, condensado en la Constitución de 1980.

“A través de la decisión de defender hasta el fin la legalidad democrática, Allende deseaba imposibilitar a la burguesía la reconstrucción del aparato de Estado tradicional”. La afirmación de Joan Garcés, el asesor más cercano de Allende, tiene mucho de profecía. Curioso que venga de él, quien terminó por sepultar a Pinochet, primero, con su apresamiento en Londres por orden del juez Garzón, y luego, con la publicidad de sus cuentas en el Banco Riggs. Es otra de las múltiples ironías de esta historia.

6

Pero no solo fue Allende, con su heroica decisión de no entregarse, como le ofrecían para obtener así su salvación personal, quien determinó que su figura y la de Pinochet tuvieran destinos opuestos. En la decadencia definitiva del general, también influyó su patética defensa en el proceso judicial al que fue sometido en Londres, en 1998, a raíz de la orden de detención internacional pedida por el juez español Baltasar Garzón, por las violaciones a los derechos humanos bajo su gobierno.

Pudo ser una oportunidad para el “Yo acuso” en boca del general y sus defensores. La Cámara de los Lores era el escenario ideal para que explicaran ante la historia la crisis sin salida que había desembocado en el 11 de septiembre. Para argumentar sobre la necesidad del bombardeo y la despiadada represión posterior, destinados a marcar un quiebre irreversible y evitar una guerra civil. Para insistir, en fin, en los



Regreso de Pinochet a Chile el 3 de marzo de 2000.

incontables beneficios que traería consigo el paso sin concesiones desde el desarrollismo cepaliano hasta el neoliberalismo chicaguense.

Tal ocasión, sin embargo, se descartó. Quizás no venía con el personaje. Como sea, sus defensores prefirieron argüir que el general había sido objeto de una “confabulación” del marxismo internacional, como si la Guerra Fría, de la que él tanto profitó, aún siguiera en pie. En Chile sus colaboradores civiles levantaron la voz en forma amenazante, para advertir que su detención había roto el “pacto de la Transición”, y exigían del gobierno del momento, y de la centroizquierda, medidas y actitudes que lindaban con lo grotesco. Nada de esto funcionó. Así, ante el fracaso del camino político, el pinochetismo se decidió por salvar al Pinochet “biológico” a costa del Pinochet “histórico”. O sea, lo opuesto de Allende.

7

Los alegatos de los abogados del general Pinochet ante la Cámara de los Lores, rogando por que se le



Manifestación de jóvenes pinochetistas. Fotografía: Archivo Cenfoto-UDP.

reconociera inmunidad al viejo dictador retenido en The Clinic, no pudieron ser más demoledores para su figura y su obra.

En el célebre juicio de Jerusalén, Eichmann se presentó a sí mismo como la pieza secundaria de un engranaje que tenía vida propia, para así evadir toda responsabilidad personal. La defensa jurídica de Pinochet en Londres aplicó la misma estrategia. En lugar de rebatir los actos por los que era acusado, se contentó con puntualizar que ellos no eran atribuibles a su voluntad o decisión individual, sino a su condición de jefe de Estado, lo que lo hacía merecedor de la inmunidad que reclamaba. Esto incluía, por cierto, la actuación de la Dirección de Inteligencia Nacional, la Dina. El argumento fue, por cierto, descartado de un plumazo por los lores: los "crímenes contra la humanidad", como en este caso, no son ni pueden ser jamás actos de Estado, por lo que sus responsables, concluyeron en voto mayoritario, no están sujetos a inmunidad. Lo mismo había pasado con Eichmann.

Fue así como, para la mirada expectante de la opinión pública chilena y mundial, lo que quedó grabado en la retina fue una defensa que dejó pasar sin protestar las acusaciones que se le hacían a Pinochet como responsable de la violación sistemática de los derechos humanos de sus compatriotas, para enfocarse exclusivamente en sostener que gozaba de inmunidad en su calidad de ex jefe de Estado y como embajador en misión especial.

Para sus partidarios, que sus abogados no gastaran un minuto en defenderlo de las acusaciones debe haber sido motivo de desazón y, por qué no, de dolor. Para el público en general, fue avalar ante la historia el contenido mismo de las imputaciones.

8

Para conseguir su liberación, familiares y partidarios crearon la imagen de un anciano desconcertado, abatido y deprimido. De su entorno surgieron voces pidiendo ayuda y piedad, así como promesas de que, si

el general retornaba a Chile, haría algunos de los “gestos” que tanto se habían esperado de él en relación con lo que aún se desconoce de la violación de los derechos humanos bajo su mandato. Todas esas señales, reafirmadas por rostros llorosos, buscaban crear un sentimiento de compasión en las autoridades laboristas británicas, en quienes radicaba la decisión de su extradición a Chile; pero también en sus contrapartes chilenas, antiguos opositores a Pinochet, con la esperanza de que ejercieran presión sobre el gobierno de Su Majestad.

¿Alguien se imagina a Allende callando ante sus acusadores, evitando la responsabilidad personal sobre sus actos, escudándose en triquiñuelas jurídicas, pidiendo a sus adversarios históricos un poco de compasión o fingiendo demencia para ser liberado?

El fin de la historia es conocido. El Pinochet “biólogo” finalmente se salvó. Retornó a Chile dando inesperadas señales de buena salud. Lo aguardaban, sin embargo, 59 querellas, incluyendo la de la Caravana de la Muerte, por la cual sería desaforado meses después. La Corte Suprema ratificó su sobreseimiento definitivo bajo el alegato de “demencia senil”, luego de lo cual Pinochet renunció a su cargo de senador vitalicio, diciendo que lo hacía “por el bien del país”. Murió rodeado de su familia, pero el precio que pagó por todo esto fue la demolición de su figura “histórica”.

De aquel líder que, desde Chile, había dado una lucha sin cuartel contra el comunismo e impulsado reformas económicas vanguardistas a escala mundial, lo que quedó después de Londres fue apenas un espectro.

9

¿Fue Pinochet un personaje excepcional, que a fuerza de genio o de valor marcó su tiempo? El día de su muerte muchos se deben haber hecho la pregunta. Aunque se ha escrito poco sobre su figura, todo indica que, antes que un líder, fue un hombre que asumió con oportunismo y astucia un protagonismo que no planeó.

No fue él quien ideó y organizó el golpe militar; pero cuando este ya era inevitable ante el caos social y económico del momento y ante una democracia incapaz de dar salida a los conflictos y garantizar un mínimo de orden, no tuvo escrúpulos en dar la espalda a las promesas hechas al presidente Allende y ponerse a la cabeza de la sublevación. Como sucede a menudo con los conversos de último momento, sorprendió a sus propios compañeros de armas, que habían venido planeando la sedición desde la primera hora, al emplear una fuerza cruel y desproporcionada: fue su manera de acabar con las suspicacias.

No hay duda de que Pinochet encabezó una revolución capitalista que sacudió a Chile hasta sus

raíces. Esto tampoco fue planificado: fue el correlato y la justificación de la fractura provocada por un golpe militar que terminó con un presidente democrático muerto en la casa de gobierno.

El personaje, sin embargo, tiene un punto a su favor: luego de su derrota en el plebiscito de 1988, aceptó dejar el poder el 11 de marzo de 1990. ¿Por qué? Porque percibió, otra vez, hacia dónde iba la historia. De un lado, las condiciones que lo habían colocado en el poder (Guerra Fría, inflación, desabastecimiento, violencia, crisis económica, polarización) habían desaparecido. Del otro, se había creado una sociedad más moderna y abierta al mundo, incompatible con una dictadura con el historial que la suya mostraba en materia de violación de libertades y derechos humanos. Fue su propia revolución, entonces, la que terminó por expulsarlo del poder; y más allá de algunos corcovos, el general nuevamente se resignó a su suerte. Lo que jamás imaginó fue que la cuestión de los derechos humanos lo perseguiría hasta Londres. Al momento en que esto sucedió, probablemente recordó a Jaime Guzmán y su memorándum: “A mí también me traicionaron”, debe haber murmurado.

10

En sus largos años en el poder, y antes del 16 de octubre de 1998, cuando fue detenido en Londres e iniciaba su calvario judicial, Pinochet alguna vez pudo haberse reconocido como un héroe. Pero aquel 11 de septiembre de 1973, con perfecta conciencia de lo que hacía, Allende se lo hizo imposible. Frente a un personaje que dejó su vida en La Moneda bombardeada, que rechazó con desprecio las ofertas que le hicieran de abandonar el país, que ordenó a las mujeres y a sus colaboradores salir del Palacio para resguardar sus vidas, que privilegió salvar su dimensión histórica a cambio de su propia vida, lo que quedó de Pinochet fue la imagen imperecedera de aquella figura que se vio en Londres, y que a Allende se le develó completa recién el día del Golpe: un individuo dispuesto a entregar cualquier cosa, incluyendo su dignidad, a cambio de la breve gloria que da el poder... o bien, de unos pocos años adicionales de sobrevida.

Augusto Pinochet murió en su casa de Santiago, el 10 de diciembre de 2006. Pocos recuerdan la fecha y la misma no es objeto de recuerdos o conmemoraciones públicas. En sus últimas horas, el viejo general seguramente se preguntó por las crueles ironías de la historia. Creyó haber derrotado a Allende, pero fue este quien lo venció. Su sacrificio y la traición de la que fue objeto serán los que quedarán registrados para siempre en la memoria. Tal desenlace quedó escrito en el primer acto, del que este año se cumple ya medio siglo y que a pesar de ello no deja de estar vivo. **S**

Estética y violencia: el primer mensaje de Pinochet hacia el extranjero

Fueron las imágenes transmitidas desde la mañana misma del 11 de septiembre, junto con las fotografías de los líderes de la Junta Militar y de los campos de prisioneros, las que marcaron la primera impresión que tuvo el mundo de lo sucedido en Chile. Los uniformes prusianos, los lentes oscuros, la quema de libros: todo remitía para Occidente a una manifestación renovada del fascismo de los años 30 y 40 del siglo XX. Así lo registraron fotógrafos y caricaturistas de medios como *The New York Review of Books* o el irreverente *Charlie Hebdo*.

Por Manuel Gárate Chateau

Las catástrofes, tal como las define el historiador francés Henry Rousso, nunca se agotan por completo. Son el punto de referencia del análisis del pasado y del futuro de toda sociedad. Entonces, mientras el Golpe sea nuestra “última catástrofe”, aquella de la cual hay memoria y testigos vivos, no podremos eludirla, pues sigue porfiadamente afectando nuestros debates y conmemoraciones, además de condicionar nuestro horizonte, el porvenir.

La imagen internacional de la Junta Militar se deterioró prácticamente de inmediato. De hecho, la primera de varias resoluciones condenatorias de la Asamblea General de la ONU a la dictadura chilena por la violación de derechos humanos se manifestó en noviembre de 1974 (resolución N° 3.219) y fue votada por una abrumadora mayoría: 90 votos contra 8. De ahí en adelante, prácticamente cada año, hasta 1989, hubo 16 resoluciones condenatorias de este organismo al gobierno de Pinochet.

Las imágenes del bombardeo y posterior incendio del palacio presidencial dieron la vuelta al mundo pocas horas después de los acontecimientos. Es importante recordar que el Golpe del 11 de septiembre de 1973 fue uno de los primeros acontecimientos catastróficos filmados tanto en cine como en televisión. Esto no es menor, pues fueron las imágenes en movimiento, junto con las fotografías, las que marcaron la primera impresión que tuvo el mundo de lo sucedido en Chile. A fines de los años 60 —desde la llegada del Apolo XI a la Luna— se generalizaron las transmisiones vía satélite y ya en 1973 se podían enviar fotografías en pocas horas a muchas partes del mundo.

LA FOTOGRAFÍA DE LOS LENTES OSCUROS

Las fotografías de La Moneda en llamas o de los guardias personales de Salvador Allende tendidos en el piso y con un tanque que amenaza aplastarlos, impactaron al mundo de una manera que los militares difícilmente



Caricatura anónima publicada en el diario francés *L'Unité* (1975).



Fotografía: Chas Gerretsen (18 de septiembre de 1973).

podieron imaginar. Además, desde el “tanquetazo” del 29 de junio de 1973, corrían rumores constantes de un posible golpe de Estado, por lo que numerosos reporteros y enviados especiales se encontraban en Chile, a la espera de un posible desenlace del gobierno popular. Uno de esos tantos reporteros gráficos que estaban en el país, en septiembre de 1973, era el neerlandés Chas Gerretsen (1943), quien tenía experiencia cubriendo conflictos armados (Vietnam, Camboya, República Dominicana) y el ambiente de las celebridades de Hollywood. Sus fotografías de los acontecimientos del 11 de septiembre forman parte del corpus más conocido de lo ocurrido aquel día en el centro de Santiago. Pero probablemente la fotografía más recordada de su carrera la tomó el 18 de septiembre de 1973, en la homilía realizada en la iglesia de la Gracitud Nacional, pues se había decidido no hacer el tradicional *Te Deum* ecuménico en la Catedral de Santiago. Los invitados más esperados por la prensa internacional eran los integrantes de la Junta Militar y en especial el general Augusto Pinochet. En aquellos días, la violencia represiva del Estado se había desatado contra oponentes vencidos, desarmados y, en la mayoría de los casos, detenidos o que se habían entregado voluntariamente a las nuevas autoridades. El régimen hablaba de una guerra que nunca ocurrió o que apenas duró unas pocas horas.

A partir del mismo 11 de septiembre, lo que desató fue una suerte de “cruzada” de exterminio —o “policidio”, en palabras del historiador Steve Stern— en contra de todos aquellos que militaban en partidos de orientación marxista o que habían sido incluso simpatizantes de la Unidad Popular. Como diría uno de los miembros de la Junta, el general Gustavo Leigh, “había que extirpar el cáncer marxista”, lo que implicaba paralizar de miedo al resto del país. El miedo, incluso más que la represión misma, era lo más contagioso, especialmente cuando el fantasma de la delación recorría todo el país.

La foto de Gerretsen del 18 de septiembre del 73 se transformó probablemente en la imagen más conocida de la dictadura chilena, y cuyo protagonista es un general Pinochet sentado, con el ceño fruncido, los brazos cruzados, los lentes oscuros y su edecán detrás y de pie, rodeado además de otros militares. Ambas figuras (Pinochet y el edecán) representan la firmeza del régimen, y si a eso se le suma el impacto que produjo en el mundo el ver unos uniformes prusianos tan similares a los del nazismo, una imagen del mal absoluto estaba configurada para la posteridad. La fotografía original en papel y los negativos de la película forman parte de la colección del Museo de la Fotografía de los Países Bajos, y constituyen una huella reconocible de toda una época de la Guerra Fría en América Latina. El propio Gerretsen regresó a Chile años después, y donó una copia numerada y firmada de esta foto al Museo de la Memoria y los Derechos Humanos al cumplirse los 40 años del Golpe.

Cuando pensamos en Europa occidental y también en la socialista, esta foto no podía sino ser leída como una manifestación renovada del fascismo de los años 30 y 40 del siglo XX. Se trata de una imagen que transmite un mensaje universal y una condena moral casi por defecto. Como me lo confirmó un conocido caricaturista de *Le Monde*, esta fotografía es la imagen del villano perfecto; de una suerte de encarnación del mal. Si a eso le sumamos que Pinochet había sido recomendado por el general Carlos Prats al propio Allende pocas semanas antes del Golpe, y que posteriormente el mismo Pinochet dio luz verde al asesinato de Prats y su esposa en Buenos Aires, no resulta muy difícil imaginar el grado de desprestigio que alcanzó el régimen chileno en el mundo al cumplirse el primer año del Golpe.

Rápido, la caricatura de prensa internacional se hizo eco de la figura de Pinochet y de las noticias atroces que llegaban desde Chile. En mis investigaciones pude encontrar decenas de caricaturas sobre el personaje, casi siempre representado a partir de la fotografía de Gerretsen, es decir, con el uniforme prusiano y los lentes oscuros. No había que decir nada más, ni



Caricaturas de Pancho (izquierda) y Montezuma (derecha) publicadas en *Indagación del Chile actual* (Venezuela, 1981), libro de denuncia de varios dibujantes.

tampoco incluir texto. El mejor ejemplo de lo anterior es una caricatura publicada a página completa en *The New York Review of Books*, el 1 de noviembre de 1973, y cuya autoría pertenece al famoso dibujante David Levine. Ahí podemos ver a un Pinochet representado como un carnicero con traje militar y portando en su cuello las insignias de la SS alemanas. Y el periódico satírico francés *Charlie Hebdo* publicó, a inicios de 1974, una portada dando la “bienvenida” al nuevo embajador chileno en Francia nombrado por la dictadura.

Como si la memoria y las imágenes no importaran, las fotografías de militares quemando libros en el sector de la remodelación San Borja, en el centro de Santiago, no ayudaron al régimen a evitar las comparaciones con las recordadas quemas de libros del nazismo y otros lamentables ataques a la cultura. Esta acción fue ampliamente difundida en los medios afines a la dictadura, como una suerte de depuración y limpieza ideológica de la sociedad chilena. Pero destruir libros, fotografías, afiches o clásicos de la sociología, la literatura y la economía, fue leído como una muestra de barbarie y salvajismo. Si alguna política comunicacional tuvo la dictadura en aquellos primeros meses,

resulta evidente su fracaso. Los mensajes de propaganda del régimen podían funcionar internamente, dado el clima de revanchismo incubado durante meses, pero fuera del país solo las dictaduras afines de la región hicieron la vista gorda a las noticias e imágenes que llegaban desde Chile. Ni siquiera un aliado estratégico como el gobierno de Estados Unidos pudo frenar las condenas que emanaban de sus propios ciudadanos con conciencia democrática. La arbitrariedad y la violencia infligida contra adversarios inermes y derrotados era demasiado evidente y arbitraria. Ni siquiera los simulacros de justicia penal lograron contener la condena internacional.

EL COLISEO DEPORTIVO

Cuando pensamos en cómo se fue configurando esta percepción inicial de la dictadura, es imposible olvidar las imágenes del Estadio Nacional como campo de prisioneros, tema que fue retomado en la premiada película *Missing* (1982), de Costa Gavras. Además, el régimen quiso mostrar al mundo el “trato humanitario” que se les daba a los prisioneros y convocó a una visita de prensa internacional al recinto deportivo, el 22 de septiembre de 1973. El documental de Carmen



Caricatura de Riss publicada en *Charlie Hebdo* (junio de 1999).

Luz Parot, *Estadio Nacional* (2001), recupera muchas filmaciones y testimonios de aquella visita, la cual resultaba particularmente inexplicable, dado que se sabía lo que ocurría en el estadio: torturas, hacinamiento y privaciones de todo tipo. Un nutrido grupo de periodistas de distintos países pudo ver con sus propios ojos la situación del lugar, a pesar de los esfuerzos de las autoridades por mostrar el carácter “humanitario” del recinto. Es difícil no recordar al comandante del centro de detención, coronel Jorge Espinoza, explicando a los periodistas la dieta equilibrada de los detenidos y su aporte nutricional (minuto 33), cuando los rostros famélicos de los prisioneros decían otra cosa. Otro momento muy fuerte ocurre cuando el periodista Claudio Sánchez presenta a un coro de prisioneros, queriendo dar cuenta de las actividades recreativas de los detenidos, y estos aparecen cantando “El patito chiquito”, de los Huasos Quincheros, y “Libre”, de Nino Bravo, ambos temas muy identificados con los seguidores del régimen.

La extraña y dramática historia del Estadio Nacional no terminó ahí. En noviembre de 1973 se llevó a cabo lo que fue mundialmente conocido como “el partido de la vergüenza”: el duelo entre las selecciones

de fútbol de Chile y la Unión Soviética por las clasificatorias del Mundial de Alemania Federal de 1974. El partido de ida, en Moscú, había terminado con empate a cero, en condiciones de viaje y juego muy difíciles para el equipo chileno en la URSS, pues el Golpe se había producido apenas unos días antes y el ambiente era bastante hostil para los jugadores. La federación soviética de fútbol se negó a jugar el partido de vuelta en Chile, aduciendo que el Estadio Nacional era un campo de prisioneros y de tortura. La Conmebol visitó las instalaciones chilenas mientras aún había detenidos y la FIFA ordenó jugar el partido de todas maneras. Al final, el encuentro se llevó a cabo con poco público y, lo más ridículo, sin contrincante. Los 11 jugadores chilenos avanzaron desde la mitad de la cancha y empujaron la pelota al arco en un estadio que 15 días antes fue vaciado de prisioneros. El *match* duró apenas 30 segundos y después se jugó un amistoso con el Santos de Brasil (el equipo chileno perdió 5 a 0). Fue así como la selección nacional clasificó al Mundial de 1974, con un marcador de uno a cero y las imágenes de este extraño “partido” dieron la vuelta al mundo. Los jugadores locales quedaron marcados por este episodio, además de ser recibidos fríamente en el Mundial de Alemania.

MISIÓN IMPOSIBLE

La historiografía respecto de la historia reciente de Chile nos entrega, cada cierto tiempo, trabajos de gran calidad; nuevas perspectivas y fuentes que desconocíamos por completo hasta ahora. Este es el caso de la original investigación de archivos del historiador Pablo Pryluka sobre los intentos de la Junta, en 1974, por contar con los servicios de la agencia de publicidad más famosa del mundo. Este trabajo pone de manifiesto el conocimiento que tenían ciertos funcionarios del régimen sobre la mala imagen de la dictadura chilena en el exterior y la necesidad de revertir esto lo antes posible, por razones económicas y geopolíticas. Fue así como, a principios de 1974, un grupo de civiles tomó contacto con altos ejecutivos de la J. Walter Thompson (JWT), y se firmó un contrato en julio del mismo año, el cual se distribuyó a todas las oficinas regionales de la empresa. El objetivo era poner en marcha una campaña internacional de propaganda en favor del régimen chileno, y así neutralizar las acciones de solidaridad del exilio y las continuas denuncias que se hacían contra el gobierno chileno en Naciones Unidas. El proyecto de posicionamiento internacional se concentraba en destacar las cualidades del país como un socio comercial fiable y una plaza segura para la inversión extranjera, la llegada de capitales y la exportación de materias primas, sobre todo cobre y celulosa. En segundo lugar, situar al país dentro de la lógica de la Guerra Fría como un aliado de Estados Unidos y de las democracias occidentales en su lucha contra el comunismo.

El plan de comunicación estratégica de JWT tenía lógica, además de potenciales socios y futuros beneficiarios. Sin embargo, la empresa no contaba con la protesta y boicot de sus propios empleados y ejecutivos, especialmente aquellos de las oficinas de Europa occidental, que advirtieron sobre las posibles repercusiones negativas de tener un cliente tan “tóxico” en términos de imagen corporativa. Defender y publicitar al régimen autoritario chileno podía tener graves repercusiones en los negocios de JWT a nivel mundial y afectar su propia imagen. En septiembre de 1974 ya era evidente que el contrato generaba problemas para la empresa y fue unilateralmente cancelado, en octubre, por los ejecutivos de JWT en Estados Unidos.

Esto que podría ser leído como una simple anécdota del periodo, refleja que incluso para los mejores profesionales de la comunicación y el marketing internacional, un cliente como el régimen dictatorial chileno era algo insalvable e incluso un peligro para su propio negocio. La tesis de Pryluka es que aun cuando la dictadura chilena estaba instalando, a sangre y fuego, un modelo de economía de mercado (neoliberal) en consonancia directa con los intereses del mundo



Dibujo de Reiser para la portada de *Charlie Hebdo* (25 de febrero de 1974).

capitalista, había un límite a lo que se podía defender, incluso para una empresa que operaba desde el centro del capitalismo mundial. La mala reputación de la Junta y la terrible situación humanitaria en Chile constituían una misión imposible, incluso para los mejores expertos en publicidad.

La dictadura militar chilena generó una imagen negativa de la cual nunca pudo deshacerse, y que se reactivó con el arresto de Pinochet en Londres, entre 1998 y 2000, e incluso hasta su muerte, en 2006. Es importante recordar que el personaje, hasta el día de hoy, no tiene una sepultura pública y salvo un grupo de irreductibles seguidores, su popularidad no ha dejado de disminuir con el paso del tiempo. Quienes aún defienden lo que se realizó en aquellos años, prefieren hablar de “la obra del régimen” más que del personaje, al cual solo condenaron una vez que se conoció el escándalo de las cuentas secretas del Banco Riggs, en 2003. Pero la historia enseña —si es que nos enseña algo— que las representaciones del pasado siempre se pueden reinterpretar a la luz de las disputas del presente. El debate constitucional ha sido la mejor prueba de aquello. **S**

Allende vive

El libro de Daniel Mansuy sobre Salvador Allende puede leerse como un gran llamado de atención a lo que ocurre cuando fracasa el centro político. El autor, de hecho, lo que más destaca es que la izquierda no contaba con mayorías sociales robustas y, cuando el escenario se tornó más complejo y se requería unidad, las fuerzas políticas se dividieron. El Partido Socialista apostaba por acelerar la confrontación con los sectores vinculados al gran capital, el Partido Comunista optaba por posponerlo. Y Allende quería evitar tal confrontación. Hacia mediados de agosto de 1973, el presidente estaba cercado, rodeado, asediado. Los peores enemigos los tenía en su propia coalición. No en vano, en su último discurso no hay una sola mención a los partidos políticos.

Por Claudio Fuentes S.

Resulta difícil clasificar el libro *Salvador Allende. La izquierda chilena y la Unidad Popular*, de Daniel Mansuy. No pretende ser una biografía y tampoco calza como un ensayo histórico. La elección del título no debió haber sido fácil, por cuanto en la narración se entrecruza la relación de Allende con los partidos de la Unidad Popular y las posteriores revisiones y contra-revisiones intelectuales y políticas de la figura del expresidente. ¿Se trata de un texto sobre Salvador Allende o más bien de la relación entre la izquierda chilena y la figura del exmandatario? ¿Es SALVADOR ALLENDE —así con mayúsculas— la figura principal del texto o, más bien, lo que terceras personas percibieron y pensaron sobre lo acontecido durante la Unidad Popular y luego del Golpe?

El autor anuncia temprano que pretende examinar el papel que juega la figura de Salvador Allende en el proceso político de la Unidad Popular (UP) y en nuestra memoria política. Argumenta que “la rebelde persistencia de nuestro pasado está directamente conectada con su persona”. A Mansuy le intriga aquella persistencia y de ahí que busque resolverla.

Lo que el lector encontrará en este volumen son dos partes. En la primera se trata de desenmarañar la relación entre la UP y Allende durante los mil días

de su gobierno. En la segunda, se da cuenta del modo en que la izquierda asumió, pensó y procesó la figura de Salvador Allende y el gobierno de la UP después del Golpe. Así, el subtítulo es más importante que el título principal de la obra.

En la primera parte, la tesis central es que existieron tres razones que hicieron fracasar a la UP. Primero, aunque los principales líderes de la UP contaban con un enorme capital cultural, carecían de una reflexión teórica que les permitiese comprender el contexto sociopolítico que vivían, lo que los llevó a tomar decisiones equivocadas a nivel político, particularmente respecto de su relación con las clases medias y el centro político.

Segundo, y tal vez la dimensión que Mansuy más destaca, es que no se contaba con mayorías sociales robustas. Los partidos se dividieron en torno a una vía chilena más moderada y otra más radical al socialismo. Mientras el escenario político se tornaba cada vez más complejo y se requería más unidad, las fuerzas políticas se dividieron. El Partido Socialista (PS) buscaba acelerar la confrontación con los sectores vinculados al gran capital, mientras el Partido Comunista quería posponerla. Allende, a su vez, quería evitar tal confrontación. Hacia mediados de agosto



de 1973, el presidente no tenía nada que hacer, estaba cercado, rodeado, asediado. Los peores enemigos los tenía en el propio PS.

Tercero, reconociendo esta división política, Allende nunca se decidió o se inclinó por una u otra dirección. Mansuy sugiere que existían antecedentes sobre esta discusión. Tempranamente, el intelectual español Joan Garcés planteó que la sobrevivencia de la UP dependería de la alianza con el centro político. Si aquello no sucedía —es decir, si no se construían grandes mayorías—, el proyecto político de la UP fracasaría. La DC había pedido en julio de 1973 una serie de garantías que Allende no quería o no era capaz de aceptar. Aylwin en su última reunión con Allende, pocos días antes del Golpe, le indica que debía optar y dejar de apoyar el polo revolucionario de su gobierno. De acuerdo con Mansuy, el dilema para Allende era insoluble: “Allende no escoge, no quiere escoger, se niega a escoger y prefiere la muerte antes que escoger. Esa fue su tragedia. Esa sigue siendo nuestra tragedia”.

Detengámonos aquí por un momento. La versión de Mansuy del periodo 1970-1973 sugiere que un talentoso y habilidoso político no fue capaz de resolver el dilema que enfrentaba su propia coalición de gobierno. Allende, según esta versión, no era reconocido como un líder de la izquierda. “Allende no es un gran protagonista de la historia para nadie en la izquierda hasta el 11 de septiembre. Hay un divorcio con su coalición. La UP lo considera una especie de coordinador en jefe, pero no mucho más” (entrevista al autor en *The Clinic*, 2 de julio de 2023). Resolver el problema político en 1973 implicaba quebrar a la UP y Allende no estaba a dispuesto a tomar aquella decisión. El final trágico, el suicidio, es un acto moral donde se dispone a morir en pos de un proyecto colectivo.

Mansuy resalta la alocución de Allende desde el palacio presidencial aquel día 11. Se trataría de un discurso que calaría muy profundo en la conciencia colectiva nacional, como se lee: “Allende cuenta con la lucidez necesaria para proveer de un marco y de una narrativa a su propio final: su hora más oscura queda cargada de sentido. Allende se eleva sobre el golpe de Estado, sobre las vicisitudes de la Unidad Popular, sobre el colosal equívoco que él mismo había construido, sobre sus adversarios de todos los colores y se instala en la historia larga de Chile”.

Atrapado en una encrucijada política imposible de resolver, Allende opta por una salida moral y su discurso refleja precisamente aquello. Acusa de traidores a los militares y plantea que vendrán otros que abrirán las grandes alamedas. Pero en ese discurso, advierte Mansuy, quedan fuera los partidos. Es un presidente solitario, que le habla al pueblo y al futuro, no a

sus camaradas de tantas luchas electorales: ese gesto se convierte, a su vez, en un criterio muy exigente. En lo sucesivo, a la izquierda no le resultará fácil estar a la altura de Allende”.

La principal preocupación e interrogante de Mansuy es la relación entre las izquierdas y el presidente, y de ahí que la explicación de lo sucedido esté cruzada por aquella dinámica. Y aunque aquella dinámica existió y queda bien documentada, la revisión del discurso final sitúa las preocupaciones de Allende en otro lugar. Ese día y a esa hora, los militares ya estaban bombardeando una serie de puntos estratégicos y en el trasfondo se escuchaban gritos que mostraban la tensión del momento. Las primeras palabras son para acusar la traición de los militares. Son palabras que con dureza acusan la cobardía y traición del juramento de los soldados como del “autodesignado almirante Merino” y el “señor Mendoza, general rastro que solo ayer manifestara su fidelidad y lealtad al gobierno”.

No es posible desatender la fuerza política de aquel discurso, sin considerar el momento vital que se estaba viviendo. Bombas destruyendo antenas de radios, tanques rodeando La Moneda, aviones surcando los cielos, disparos de metrallas. Y frente a ellos, un puñado de civiles que acompañaban al presidente en “este momento definitivo” como él mismo lo indicara. ¿A quiénes responsabiliza Allende en aquel preciso momento, además de los militares? Nombra al capital foráneo que, “unido a la reacción, creó el clima para que las Fuerzas Armadas rompieran su tradición”. Allende no desatiende que se trata de un conflicto de clases y que los sectores privilegiados utilizan a las Fuerzas Armadas para reconquistar el poder. Esto lo expresa cuando se dirige a los profesionales de la patria, aquellos que trabajaban “contra la sedición auspiciada por los colegios profesionales, colegios de clase para defender también las ventajas que una sociedad capitalista da a unos pocos”.

Allende sabe que vendrán días muy difíciles, por lo que hace un llamado al pueblo a defenderse, no a sacrificarse: “El pueblo no debe dejarse arrasar ni acribillar, pero tampoco puede humillarse”. Para Allende, aquel día es un momento gris y amargo, marcado por la traición. Termina señalando: “Estas son mis últimas palabras y tengo la certeza de que mi sacrificio no será en vano. Tengo certeza de que por lo menos habrá una lección moral que castigará la felonía, la cobardía y la traición”.

La lectura de Mansuy está anclada en el conflicto UP-Allende y a partir de aquella premisa, sostiene que el presidente estaba atrapado en un laberinto de decisiones que lo dejaron sin capacidad de conducir la

coalición, pero sin querer romperla. ¿A qué respondió el sacrificio de Allende? En una parte del libro, Mansuy se imagina una respuesta de Allende sobre la decisión de quitarse la vida: "Nunca quise llegar hasta acá, nunca fue mi intención llegar a este punto, pero ustedes, socialistas, no me dejaron otra alternativa, prefiero morir a traicionar a mi familia política".

¿Qué habrá estado pensando Allende en esa hora? ¿Estaría pensando acerca de su familia política o sus pensamientos se asociaban a no permitirles a esos militares y policías cobardes salirse con la suya? ¿Por qué en ese momento no hay palabras para los partidos y sí las hay para el pueblo, que lo acompañó hasta la Presidencia de la República? El momento era tan decisivo que tal vez la grandeza de aquella alocución estuvo, precisamente, en decidir quedarse allí para defender, aunque sea con sus palabras, el último bastión de una democracia bajo ataque.

La lucidez y templanza de Allende en ese momento decisivo tal vez se explica por un fenómeno que Mansuy no examina en su ensayo y que se refiere a la trayectoria de aquel personaje. Porque lejos de ser un actor secundario del socialismo, se trata de un doctor (dato no menor en el Chile del siglo XX), que se transformaría en un icono no solo por su capacidad de oratoria, sino que por toda una trayectoria dedicada a la cuestión social: su vida de joven transcurrió entre Tacna, Iquique, Valdivia, Valparaíso y Santiago. Una figura que decidió hacer el servicio militar, estudiar medicina, que a los 29 años era diputado y a los 31 años asumía como ministro de Salubridad. Desde 1952 y hasta el año 1970 fue cuatro veces candidato presidencial, derrotando a sus competidores internos del PS. Se echa de menos en la obra de Mansuy un examen más acucioso de esta extensa trayectoria que explica su retórica.

Cuando se examina la trayectoria vital de Allende se entiende la particular sensibilidad ante las necesidades del pueblo. Le habla a la juventud, pues interactuó con ella; le habla al joven trabajador que visitó en los cerros de Valparaíso; le habla a la mujer pobladora que seguramente atendió en los hospitales. Pero también les habla a sus adversarios y a quienes lo traicionaron. Entonces, tal vez la lucidez de aquel discurso se debe a su propia capacidad de resumir una trayectoria vital de ideología y luchas sociales, de la cual había sido testigo y protagonista desde los albores del siglo XX.

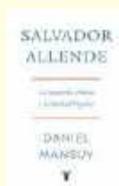
La segunda parte del libro pasa revista al modo en que la intelectualidad y la política decidieron recordar tanto la figura de Allende como el proceso de la Unidad Popular. Aquí, el análisis se centra, en particular, en los trabajos iniciales del post Golpe de

Tomás Moulian y Manuel Antonio Garretón, que se interrogan con una fuerte mirada crítica sobre el socialismo y su renovación. Más recientemente, observa cómo desde el sistema político se ha procesado la figura de Allende, examinando el gobierno de Aylwin, Lagos y Boric. El volumen en esta parte oscila entre la reflexión intelectual sobre la renovación socialista y las perspectivas más políticas acerca del modo en que se ha encarado el mito de Allende.

Quisiera referirme también a las reacciones que ha generado este texto. Se destaca en las opiniones que haya sido un autor de derecha quien se sentara a reflexionar sobre el lugar de Allende en la izquierda chilena. Se advierte que Mansuy obliga a las izquierdas a observarse en tanto proyecto político en sus derrotas y fracasos (Alfredo Joignant). Otros sugieren leerlo con precaución (Mauro Basaure), y hay quienes se sorprenden del modo en que sectores de izquierda han salido a aplaudir un texto que evidencia una estrategia defensiva desde el punto de vista de la derecha (Juan Pablo Mañalich).

Aunque discrepo respecto de las principales tesis esbozadas por Mansuy, se trata de un libro inteligente de principio a fin. Analiza las contradicciones de las izquierdas en la UP y luego las interpretaciones que los segmentos de izquierda más o menos revisionistas hicieron tanto de la UP como de la figura de Allende. La tesis es cuestionable en un doble sentido, como dispositivo para justificar lo sucedido el 11 de septiembre y como dispositivo para inferir las motivaciones que llevaron a tomar las decisiones que tomó Allende durante su gobierno y en la hora final.

Sin embargo, el texto es sugerente, sobre todo respecto del modo en que las izquierdas han pensado la figura de Allende después de Allende. El texto obliga a reflexionar sobre la política de coaliciones, la construcción de mayorías y el modo de resolver conflictos políticos sin convertirnos en enemigos. Su lectura y la lectura de los comentarios sobre este libro comprueban, una vez más, que Allende moviliza pasiones, provoca reflexiones, persiste en el tiempo, ¡Allende vive! **S**



Salvador Allende: La izquierda chilena y la Unidad Popular
Daniel Mansuy
Taurus, 2023
364 páginas
\$17.000

El fuego y las cenizas

La experiencia política de la Unidad Popular. 1970-1973, volumen de Patricio Aylwin que se publicó recientemente, nos interroga acerca de un aspecto central del Chile de principios de los 70: si había amplias coincidencias entre el proyecto de la DC y la UP, si ambos eran anticapitalistas, si ambos habían concluido que se necesitaba modificar las bases de la estructura social, si Allende accede al poder con el apoyo de la DC, si la derecha está inicialmente aislada, si existe una mayoría social acerca del proyecto revolucionario, ¿cómo pudo ocurrir entonces que el proyecto fracasara y acabara en una revolución capitalista, una revolución muy distinta a la que entonces parecía ser el espíritu de la época?

Por Carlos Peña

El libro que ahora presentamos aparece justo en el momento y en los días en que el tema sobre que versa, los acontecimientos que en él se relatan y que en él se evalúan —la experiencia de la Unidad Popular— agitan y desasosiegan el debate público. Esa circunstancia sería ya más que suficiente para alegrarse por su aparición y para que el texto concite la atención de los lectores; pero si ese texto está escrito además por uno de los constructores del Chile contemporáneo, una persona cuya trayectoria y desempeño resumen, como en un ejemplo, el puñado de virtudes que Max Weber caracterizó como la ética de la responsabilidad, entonces los motivos para leerlo, atender a las razones que en él se exponen y aquilatarlas, que es lo que me propongo hacer en lo que sigue, son todavía mayores.

Ahora bien, a fin de llevar adelante esa tarea, me referiré a tres cuestiones distintas: en primer lugar, describiré el punto de vista o, si se prefiere, el tipo de análisis que el expresidente adopta en este texto; en segundo lugar, intentaré identificar la tesis central del libro, el diagnóstico acerca de la Unidad Popular que subyace en los hechos y en las peripecias que en él se narran y describen, y en tercer lugar, intentaré exponer alguna conclusión.

¿Cuál es el punto de vista que el expresidente adopta a la hora de volver la mirada sobre los hechos del periodo a que este libro se refiere?

No es difícil imaginar al expresidente Patricio Aylwin, en los días iniciales de la dictadura, en el

verano del año 1974 para ser más preciso, invadido por una sensación de derrota y fracaso, inclinado sobre sus papeles, encerrado en su escritorio, intentando recoger en unas páginas los hechos de los que había sido protagonista, antes de que el viento de los días disipara los pormenores o la memoria los distorsionara. Según relata, las circunstancias vitales y las peripecias de la vida cotidiana y familiar lo hicieron abandonar esas páginas que quedaron allí, esperando algún día completarlas; algo que solo pudo ocurrir mucho más tarde, en esos días en que, habiendo dejado ya la presidencia, y luego de haber vengado durante su gobierno el fracaso que debió sentir en el verano de 1974, decidió volver sobre ellas, para concluir las y dejarlas quizá como un legado o testamento político. Un testamento en el sentido clásico, porque testar no equivale, en la vieja tradición, al acto de decidir el destino de los propios bienes para después de la muerte, sino que se trata de ajustar cuentas con uno mismo, revisar la propia peripecia a fin de dilucidar si se ha estado o no a la altura.

Y ese es el propósito, el sentido íntimo, que posee este libro.

A diferencia de lo que es posible observar en otros textos relativos al periodo, textos que ponen en juego tesis generales acerca del acontecer histórico para explicar lo que entonces ocurrió, y a diferencia también de esa otra tendencia en la que predomina el tono exculpatorio o, lo que es peor, el tono encomiástico,



Patricio Aylwin (esquina inferior izquierda) sentado junto al presidente Allende en calidad de presidente del Senado.
Fotografía: Archivo Cenfoto-UDP.

este texto parece un retrato fiel de la personalidad del expresidente: sobrio a la hora de la descripción, modesto en el momento de situarse como protagonista, equilibrado en el balance, pero a la vez, con puntos de vista firmes acerca de lo que narra.

El propósito que declara es describir el papel que cupo a la Democracia Cristiana en el proceso que condujo al Golpe, describir los hechos y explicitar las razones de la conducta del partido. Al hacerlo pone el acento en las circunstancias, más que en los seres de carne y hueso que en medio de ellas se desenvolvían.

El texto, pues, tiene un propósito descriptivo: no intenta justificar o exculpar la conducta de nadie, ni tampoco culpar o reprochar alguna acción en particular; lo que pretende es más bien registrar los hechos o los acontecimientos que, como grandes vendavales, empujaron para allá o para acá, a veces como si fueran hojas movidas por el viento, a las fuerzas políticas del momento. Vale la pena subrayar este aspecto del libro. Es probable que en los tiempos que corren, donde se reclama sin más una condena moral al Golpe y cuando cualquier intento de dilucidar las causas que condujeron a él se considera una forma de negacionismo, una manera de justificar lo que entonces ocurrió o un pretexto para ocultar culpas, este texto sea considerado insuficiente. Pero bien mirado, este trabajo continúa una larga reflexión que comenzó en la izquierda acerca de las causas del Golpe y la caída de la democracia, y cada una de sus páginas

contribuye a dilucidar el papel que en el desenlace final le cupo al que era por entonces el partido más poderoso del sistema político chileno. Por lo mismo, quizá uno de los efectos benéficos de este libro consista en poner de manifiesto la ausencia de una reflexión sobre el papel de la derecha en el Golpe, las conspiraciones de las que participó y la forma en que contribuyó a que él se configurara.

Entonces, a la hora de caracterizar el tipo de discurso o de análisis que este libro contiene, habría que decir que él es, ante todo, descriptivo de los acontecimientos y las conductas que acaecieron en el periodo que media entre 1970 y 1973, con especial énfasis en la conducta de la Democracia Cristiana, y desde ese punto de vista constituye un texto que ayuda a comprender lo que entonces ocurrió, que es uno de los asuntos que ocuparán a la historiografía de manera permanente.

¿Cuál es —cabría preguntarse ahora— la tesis que en este libro se desenvuelve y que se va develando en cada una de sus páginas?

Me parece que al cerrar este libro, el lector atento retendrá tres circunstancias generales que este libro describe y que conforman lo que pudiera llamarse la fisonomía del periodo. Esas tres circunstancias configuran un problema que está en el centro de la experiencia de la Unidad Popular.

La primera es que, en opinión de Patricio Aylwin, la experiencia de la Unidad Popular viene a culminar,

de manera dramática, como sabemos, una tendencia que se anida desde temprano en el llamado Estado de compromiso, que es la existencia de un sistema político que estimula y favorece las expectativas de los sectores más postergados, por una parte, y una estructura social y económica que impedía o retardaba su satisfacción, por la otra. La tesis, que se insinúa ya en las primeras páginas y que subyace en sus líneas, es que la práctica que hasta entonces traía el sistema político, y que permitió su estabilidad durante casi cuatro décadas, consistente en que gobernaba el centro a veces aliado con la derecha y otras con la izquierda, y que el gobierno de Jorge Alessandri se propuso cambiar con su estrategia más bien retentiva de los cambios que el país requería, había llegado a su fin.

La segunda es que, como consecuencia de lo anterior, la mayor parte del país anhelaba cambios profundos en todas las dimensiones de la estructura social, que se expresaban en el espíritu revolucionario que comenzó a expandirse por todos los intersticios. Ese espíritu revolucionario se manifiesta, primero, en la revolución en libertad de Frei, y en la Unidad Popular y la vía chilena al socialismo, después.

La tercera circunstancia es que había amplias coincidencias entre el proyecto de la DC y el de la UP, al menos en el mediano plazo. Desde este punto de vista podría decirse que el gobierno de la Unidad Popular no fue un gobierno de minorías sino de mayorías, si se atiende al espíritu revolucionario y las demandas que la mayor parte de la sociedad venía manifestando desde la elección de Frei en adelante. Mejor dicho, un gobierno de minorías cuando se lo miraba desde el punto de vista de las preferencias políticas; pero de mayorías desde el punto de vista de la cultura.

Esas tres circunstancias configurarían un problema que está en el centro mismo de la experiencia de la Unidad Popular o, si se prefiere, en el Chile de principios de los 70: si había amplias coincidencias entre el proyecto de la DC y el de la UP, si ambos eran anticapitalistas, si ambos habían concluido que se necesitaba modificar las bases de la estructura social, si Allende accede al poder con el apoyo de la DC, si la derecha está inicialmente aislada, si existe una mayoría social acerca del proyecto revolucionario, ¿cómo pudo ocurrir entonces que el proyecto fracasara y acabara en una revolución capitalista, una revolución muy distinta a la que entonces parecía ser el espíritu de la época?

Me parece a mí que en la respuesta a esa pregunta está la clave del periodo y de su trágico desenlace. Desde luego, la pregunta clave de ese periodo de la historia de Chile exigiría recoger múltiples antecedentes y considerar una multitud de factores; pero

hay un conjunto de variables que este libro recoge que son, en mi opinión, fundamentales. Y creo que podemos resumir ese conjunto en cuatro factores que asoman con intensidad diversa en cada una de las páginas del libro.

Uno es relativo al utopismo que se expandió en la cultura política. El utopismo no consiste, como suele decirse, en tener ideales, puesto que eso es algo indispensable en la condición humana. El utopismo consiste en dejarse encandilar, hasta cegarse mirando el rostro del futuro que se anhela. Las élites intelectuales de la época, todas o casi todas de origen burgués, de cultura católica, eran de alguna forma milenaristas, creían que el tiempo desenvolvía un guion que ellos habían inteligido —la nueva cristiandad, la sociedad sin clases, un mundo nuevo para usar el título de un ensayo de Frei Montalva—, para cuyo logro ningún precio a pagar era demasiado alto. Hubo en la época, por decirlo así, la expansión de un espíritu religioso que acabó infectando a la política. Un espíritu religioso es, sociológicamente hablando, un espíritu que encuentra en la historia una explicación para el sufrimiento humano. Ese espíritu trasladado a la política se traduce en sectarismo e impide los acuerdos. Si la política es la realización de los ideales últimos, si en ella se juega el sentido de la historia, si la política se inspira en la verdad final acerca de los asuntos humanos, como entonces se creyó por élites intoxicadas de Lenin, Léon Bloy, Maritain o Marx, entonces cualquier acuerdo equivale a una herejía, al abandono o la traición de la confianza final. Si el liberalismo político aspira a lo que la literatura denomina acuerdos traslapados —formas de convergencia en las que cada uno pone entre paréntesis sus convicciones últimas—, entonces puede afirmarse que en el periodo entre 1970 y 1973 se aspiraba a la conversión forzada del adversario y no a un acuerdo razonado con él.

Lo anterior afectó muy profundamente a la Democracia Cristiana. Desde su aparición, en 1938, este partido fue un centro excéntrico. Al revés de lo que ocurre con los radicales, la DC no se plantea como un mediador entre la clase dominante y los intereses populares —o como un partido modernizador—, sino como una alternativa global al capitalismo y al socialismo. Si el Estado de compromiso suponía lo que la literatura llamaría un “mediador evanescente”, que fue el papel del radicalismo —un agente que permite el intercambio de energía entre dos extremos que de otra forma se excluyen—, la DC nunca pudo cumplir ese papel porque se intoxicó de utopismo. Esto es lo que explica, de algún modo, que mientras algunos sectores, entre los que se encontraba el propio Patricio Aylwin, estaban dispuestos a cumplir el papel de

mediadores evanescentes, otros en cambio veían eso como una herejía y transitaron muy prontamente al MAPU y luego, a la Izquierda Cristiana. Este tránsito prácticamente obligó al resto de la DC a plegarse como aliado a la derecha.

Se encuentra también, desde luego, el papel de la derecha. Hasta 1973, las fuerzas modernizadoras son más bien minoritarias entre las élites de la derecha, y predomina en ella una conciencia de clase que no es la de una burguesía, sino más bien de un grupo que posee una conciencia de sí mismo aristocratizante, imitativa de una cultura del linaje, atada a la posesión de la tierra y a un intenso nacionalismo, por llamarlo de alguna manera, hispanista. Es probable que la reforma agraria haya sido vista por ese grupo como un acontecimiento cósmico, un mundo que se venía abajo y lo arrastraba al abismo, y todo ello alimentó la imposibilidad de un acuerdo. Las frases con las que Arturo Alessandri Palma inauguró el Estado de compromiso durante el debate de la Carta del 25 —hay que comprender que el cambio oportuno es la mejor forma de salvaguardar el orden—, no tenían ningún sentido para esos grupos que hegemonizaban a la derecha hacia el año 1970, y ello explica su actitud obstruccionista y más tarde conspiradora en contra de la democracia.

Y, por supuesto, está el papel que cupo a Allende en todo esto. En cada una de las líneas de este libro asoma un retrato del presidente Allende que ha solido eludirse en medio de las hagiografías o las condenas. Allende aparece aquí como un político atravesado por una contradicción íntima entre una conducta rigurosamente parlamentaria, de salón, algo que asoma en su vestimenta, en sus prácticas de comensalidad y en sus modales, y al mismo tiempo un ideal del yo, por decirlo así, revolucionario. Es probable que esa contradicción le haya impedido decidirse entre los puntos de vista que configuran el campo de fuerzas de su gobierno. La actitud final de Allende, para Aylwin, fue producto de un espíritu que vacila entre esas dos identidades, la del político parlamentario, empapado de las costumbres del diálogo y la negociación que sin duda hubo en él, y la del revolucionario, ese ideal del yo que inconsciente lo animaba.

¿Qué concluir de todo esto? ¿Cuál es el balance del periodo que hace este volumen?

A menudo creemos que lo que ocurrió durante la Unidad Popular fue un desorden, una conflictividad que no se pudo encauzar, un proceso que los dirigentes no fueron capaces de destrabar, un tiempo empedrado de furias. Algo de eso sin duda hubo; pero hay un aspecto que se ha subrayado poco y sobre el que vale la pena reflexionar. Dentro de las escenas de

la UP más estremecedoras se encuentra una que se puede ver en el documental de Patricio Guzmán, *La batalla de Chile*. Se trata de una masa carente, empobrecida, muchas veces desdentada, que sin embargo había sido erigida, gracias al proceso de esos años, en sujeto histórico. Esa dimensión del proceso, la masa proletaria o los marginados, para usar la expresión que la Democracia Cristiana prefería, convertida en sujeto, es quizá el aspecto más relevante de esos años lejanos, el logro al que la Democracia Cristiana y la Unidad Popular aspiraban y cuyo término sangriento es el que, sin duda, hizo sentir a Patricio Aylwin, en esas semanas de principios del año 1974, cuando comenzó a escribir este libro, una sensación de derrota y de fracaso.

“Perseguí el fuego del poder y contemplé cómo la esperanza quedaba reducida a cenizas”. Esa es la frase con la que Michael Ignatieff, el filósofo y biógrafo de Isaiah Berlin, resume su experiencia política. Cuando esta frase se lee apresuradamente, parece que se describe un fracaso; pero acto seguido, Ignatieff recuerda que su madre solía esparcir las cenizas de la chimenea en el jardín, de manera que cuando él veía brotar las rosas le gustaba pensar que ello se debía a las cenizas del invierno que se habían esparcido en la tierra.

La imagen, me parece a mí, sirve para describir la manera en que el expresidente Aylwin debió mirar su trayectoria política —y la de su generación— décadas después de aquel verano del 74 en que comenzó a escribir este libro. En el periodo entre 1970 y 1973, el fuego de la utopía encendió a muchos o a casi todos, incluso a quienes descreían de ella, y al final solo quedaron cenizas; pero de esas cenizas surgió mucho más tarde no un jardín de rosas —una cosa como esa no existe en la política ni en la historia—, pero sí un país más sensato, que gracias al esfuerzo del expresidente, a la reflexión que supo hacer y a las cenizas que fue capaz de recoger y esparcir, es mucho mejor de lo que fue posible imaginar luego del derrumbe de la democracia y las sombras de la dictadura.

Este texto fue leído en la presentación del libro, realizada el martes 11 de julio, en la Casa Central de la Universidad de Chile.



**La experiencia política de la
Unidad Popular. 1970-1973**

Patricio Aylwin
Debate, 2023
744 páginas
\$25.210

Todos los golpes, el Golpe

Salvador Allende sobrevivió por lo menos a 12 intentos sediciosos antes del 11 de septiembre de 1973. Los más importantes fueron el intento de golpe de octubre de 1970, ocurrido para impedir que el Congreso Pleno eligiera a Allende y que terminó con la muerte del comandante en jefe del Ejército, general René Schneider. Después vinieron el paro de camioneros de 1972 y el “tanquetazo” de julio de 1973, sofocado, entre otros, por Pinochet. Y nuestra historia anterior, lejos de ser un modelo republicano, también está llena de golpes. Sin embargo, para el autor de *La Unidad Popular: los mil días de Allende y la vía chilena al socialismo*, nunca antes se había desplegado tanta violencia, y eso se explica de algún modo porque tanto en la UP como entre los militares cundió un impulso irrefrenable por matar la democracia.

Por Alfredo Sepúlveda

El Golpe es una suerte de *aleph* borgiano, donde todo confluye y se confunde. Es, acaso junto con la conmemoración de la Independencia, el único acontecimiento histórico que se continúa recordando sin perder un ápice de intensidad emocional y dramatismo. Pero allí donde el 18 de septiembre se hizo un símbolo de unidad entre el Estado, la nación y el pueblo, el 11 de septiembre carece de las características de acuerdo transversal: para unos se trata de una gesta; para otros, de una mancha de sangre, un funeral.

¿Qué es lo que cancela el golpe de Estado? ¿Contra qué estaban tan enojados Pinochet, Merino, Leigh y, en menor medida, Mendoza? ¿Cuál fue la verdadera motivación para que las Fuerzas Armadas se cortaran las cabezas y las repusieran por unos generales que, tras decenas de intentos sediciosos fracasados, terminaron dando un golpe de Estado brutal y violentísimo?

No fue un golpe de la CIA. No fue un golpe “neoliberal”. No fue un golpe contra un “ejército de 20 mil guerrilleros extranjeros”. Todas estas caricaturas,

exageraciones y falacias han sido hegemónicas durante medio siglo, y es muy difícil plantearlas como lo que son: narraciones políticas para justificar, una y otra vez, lo sucedido tras el golpe de Estado.

La Unidad Popular fue un intento de transformación radical del sistema político y económico chileno, que aplicaba una receta que entonces se entendía, por buena parte de la izquierda, como un ejemplo de modernidad: el marxismo. Su meta no era oscura ni estaba escondida: era transferir la riqueza generada en Chile de una clase social, la burguesía, a otra, la clase trabajadora. No a “los pobres”. Pero esto no era el Hogar de Cristo. Su estrategia era única y no se había intentado antes: aquella transferencia se haría a través de los procesos democráticos vigentes, mediante reformas legales y constitucionales. En esto también tiende a haber una confusión: se equipara a la Unidad Popular con las socialdemocracias europeas que vinieron después.

De los cuatro grandes objetivos inmediatos con que entró a La Moneda en 1970, la UP obtuvo, para



Tanque (2005-2006), de Eugenio Tellez.

1973, los cuatro: nacionalización de la banca, nacionalización de la gran minería del cobre, fin del latifundio y conformación de un área gigantesca de empresas estratégicas en manos del Estado. El problema es que, mientras las dos primeras se hicieron “por las buenas”, es decir, desde el punto de vista legal-constitucional, sin mácula, las dos segundas terminaron haciéndose “por las buenas y por las malas”, a través de ocupaciones *de facto* de campos e industrias, con cierta pátina de legalidad provista, en el primer caso, por la ley de reforma agraria y, en el segundo, por los famosos “resquicios legales”, siempre discutibles y discutidos, rodeados de violencia, caos y drama político.

La Unidad Popular, salvo en las elecciones municipales de abril de 1971, cuando alcanzó poco más de la mitad de las preferencias, gobernó siempre desde una posición de minoría. Es decir, no logró superar la maldición de la política chilena, de ser solamente un tercio del electorado, sin capacidad de formar alianza con alguno de los otros dos tercios. Pero había algo

más, en lo que se repara poco, otra maldición de la izquierda y que reemergió recientemente en el proceso constitucional en el que fue derrotada en 2022, que es esta ilusión de considerar que representa una triada sagrada que tiene como vértices, e iguala, a la izquierda, al pueblo y a la nación. No me parece una herejía preguntarnos, hoy, qué tan popular fue la Unidad Popular. Por un lado, es indudable que sí representó al mundo de la pobreza urbana y a gran parte de los obreros industrializados, y a una parte no menos significativa de los mundos profesionales, técnicos y estudiantiles y, por supuesto, a la élite política y cultural de izquierda (el “progresismo”, diríamos hoy). Por otro, enfrentó el mismo problema que Lenin, Castro y todo lo que en ese entonces era el mundo marxista: ¿qué hacer con las capas medias y medias-bajas de la población? Aquellos pequeños negociantes, agricultores (“emprendedores”, se diría hoy) que no eran ricos ni conformaban la élite, pero que tenían un capital de trabajo propio. En Chile, la conformación de la clase

media no se dio solamente a través de la ampliación de los puestos de trabajo en el Estado, ya sea en la burocracia, las Fuerzas Armadas, la judicatura o la docencia; había una tradición de pequeños capitalistas, administradores rurales, dueños de “medios de producción” acotados, comerciantes, feriantes, pequeños agricultores y mineros, etcétera, que también contribuyeron a la conformación de esta capa social, con raíces muy profundas y antiguas, que llegaban hasta la expansión económica posterior a la guerra contra la Confederación Perú-Boliviana, allá en los años 30 del siglo XIX. No eran “la continuación” de las relaciones sociales coloniales, como ocurría con los inquilinos de latifundios, sino algo nuevo; trabajadores “autodependientes”, “hechos a sí mismos” para quienes el Estado era un ente lejano, un obstáculo, y cuyos proyectos de vida estaban más centrados en la autonomía individual que en la solidaridad obrera que todo proyecto marxista demandaba, y que, sin embargo, sin la construcción del Estado y de sus instituciones no hubieran existido. No eran necesariamente de derecha, pero sí antimarxistas vehementes. Lenin enfrentó este dilema —trabajadores antimarxistas— de inmediato, sobre todo en el campo ruso. No se hizo problemas: les puso un sobrenombre (“kulaks”) y los exterminó.

La Unidad Popular los aceptó retóricamente, pero el enfrentamiento fue rápido e inmediato. De los muchos procesos sediciosos que padeció Allende, uno de los más importantes fue el paro de octubre de 1972, protagonizado, justamente, por los dueños de camiones. Es cierto que en él hubo platas de la CIA. Pero es cierto, también, que el movimiento contó con un apoyo popular dado, a mi juicio, por esta condición irreconciliable: la igualdad radical y redistributiva del marxismo para ellos era la muerte. No en vano un dirigente de los camioneros adoptaba, por esos días, la retórica de ser “orgullosos rotos chilenos”, rescatando del baúl del siglo XIX esta palabra, “roto”, que lejos de ser un insulto, reflejaba el pacto social decimonónico entre la élite política y el pueblo guerrero, mestizo y orgulloso de ser parte de la construcción de la idea de Chile.

Si bien Allende ganó la mano —incorporando a los militares al gabinete—, después de octubre de 1972 el proyecto político de la Unidad Popular estaba herido de muerte porque no pudo superar esta contradicción. El problema es que nadie en la UP estuvo dispuesto a reconocerlo.

Por otra parte, estaba el Poder Popular, que si bien formalmente era un aliado del presidente aspiraba a superar el proyecto institucional del mandatario y controlar la acción del Estado a través de la movilización de masas. Esto significaba, en realidad, una oposición a la Unidad Popular; pero esta, asediada como

estaba, no podía darse el lujo de abrir un frente en su propio lado izquierdo.

El Poder Popular era orgulloso, desafiante, agresivo y arrogante. Fue inteligente presionando sobre todo al gobierno, avanzó muchísimo: fue él, junto con cierto grado de corrupción en los cuadros de la UP, quien estaba detrás de la radicalización del proceso: tras las tomas ilegales de fábricas y campos; fue él quien, con su organización, impidió que el paro de octubre quebrara por completo el país. Su idea de superar al Estado burgués rápido, a través de la acción radical de las masas organizadas, era, sin embargo, la antítesis del proyecto de Allende.

La retórica del Poder Popular, amparado en sindicatos establecidos y espontáneos, en el MIR, en buena parte del PS, en la Izquierda Cristiana y en la mayoría del Mapu, fue su arma y, a la postre, su perdición. Porque en la medida en que se acercaba septiembre del 73, con su larga hilera de golpes fallidos, pequeños y grandes, comenzó a prevalecer la idea de que el Poder Popular era realmente poderoso, que contaba con armas y que podía quebrar a las Fuerzas Armadas, infiltrarlas y oponerse con “fierros” a las viejas y despreciadas instituciones republicanas. Aunque este “pueblo armado” distaba mucho de la realidad, es decir, no contaba con armas suficientes ni adecuadas para acometer semejante hazaña, el Poder Popular, en vez de negar la falacia, la alimentó con retórica guerrera. Así, el fantasma de la guerra civil estaba, para septiembre de 1973, en boca de todo el mundo, y aunque no había posibilidad alguna de una oposición real al ejército por parte de la izquierda, esta idea permeó a los militares, los hizo temer y actuaron.

MATAR LA DEMOCRACIA (POR BURGUESA O POR INEFICIENTE)

Salvador Allende sobrevivió por lo menos a 12 intentos sediciosos antes del 11 de septiembre de 1973. Los más importantes de ellos fueron el intento de golpe de octubre de 1970, ocurrido para impedir que el Congreso Pleno eligiera a Allende y que terminó con la muerte del comandante en jefe del Ejército, general René Schneider; el ya mencionado “paro de octubre”, que fue un movimiento de la civilidad opositora, y el “tanquetazo” de julio de 1973, sofocado, entre otros, por el general Augusto Pinochet.

La visión hegemónica del Golpe ve en todos estos intentos una sola y larga continuidad. Es como si la bala disparada contra Schneider en 1970 atravesara lentamente los casi tres años del gobierno de Salvador Allende y llegara hasta él, por mano propia, el 11 de septiembre de 1973. Esto no se puede negar del todo: la evidencia grita que se trató de un gobierno bajo un asedio sedicioso y destitutivo constante.

Sin embargo, una mirada más detenida a la evidencia obliga a hacerse algunas preguntas. ¿Por qué Allende fue electo, pese al golpe del 70, en el Congreso Pleno? ¿Cómo y por qué sobrevivió a los doce intentos previos, pequeños, medianos y grandes, al golpe final? ¿Por qué, en septiembre de 1973, el plan de defensa militar del gobierno es responsabilidad nada más y nada menos que de Augusto Pinochet?

Porque en esta conjura los brujos eran muchos y estaban desconectados entre sí. Y porque todos y cada uno de los 12 intentos fallidos, desde los complots enanos del general Alfredo “Macho” Canales, hasta el movimiento de oficiales y Patria y Libertad que estuvo detrás del “tanquetazo” del coronel Souper, fueron detenidos por el propio ejército y sus servicios de inteligencia. Es decir, no se puede afirmar, desde la evidencia, que hubiera, desde 1970, un “ejército sedicioso”. Por el contrario, bajo el mando de Carlos Prats la institución fue el candado del golpe militar, no el gatillo. ¿Eran marxistas los militares? Por supuesto que no. Pero hasta que asume Pinochet, a fines de agosto de 1973, y acaso hasta dos días antes del Golpe, por más presiones, pulsiones, bravuconadas, reuniones y amenazas que los generales más radicales formularan, ellos fueron relegados a un papel político ínfimo, sin posibilidad real de articular un golpe de Estado exitoso.

El *momentum*, la mecánica del golpe exitoso, fue muy rápido y, como todo, producto de ciertas condiciones políticas azarosas. Involucró, al mismo tiempo, varios “golpes” internos: el de Merino contra su jefe, el almirante Montero; el de Leigh —paradójicamente apoyado por Allende— contra su antecesor, el general Ruiz; uno contra Carlos Prats, y dos contra Pinochet mismo: los militares que no le entregaron la renuncia tras la humillación que le dieron a Prats, y el “apriete” que le hace el general Leigh, junto con los enviados del almirante Merino, en su propia casa, durante el cumpleaños de su hija menor, en una escena gangsteril en que poco faltó para que le pusieran la pistola en la cabeza. ¿Fue Pinochet víctima de las circunstancias? En varios modos sí, pero es difícil tenerle lástima: una vez que tomó la decisión de qué lado apoyar, olió muy bien la cuestión del poder y, a través del poder y la violencia, avanzó con todo.

De modo que lo que se pone en marcha en Valparaíso, en la madrugada del 11 de septiembre de 1973, es “la suma de todas las conspiraciones” solo en un sentido lírico; la evidencia cuenta otra historia: una de cambios tectónicos y muy rápidos en los equilibrios de poder de los cuerpos de generales en Carabineros y las Fuerzas Armadas, en directa relación con la imposibilidad de la “salida política” (el “golpe blando”), cerrada a fines de agosto, esto es, la incorporación de

la Democracia Cristiana y de los militares al gobierno, a nivel de subsecretarías, que en la práctica era el fin de la UP.

Y es, pese, de nuevo, a la mitología y pese a su evidente ilegitimidad, brutalidad y violencia, un golpe destitutivo y restitutivo; no refundacional ni ideológico; planificado hasta por ahí no más. Y, sin embargo, no solo es un golpe “de los generales”, sino también “general”, porque no solo es contra Allende y los partidos marxistas, sino contra el sistema político y contra lo que el modelo desarrollista entendía por democracia. Los militares atacaron en la mañana, con armas, el Poder Ejecutivo; en la tarde, mediante una simple declaración en la prensa, clausuraron por 17 años la fuente primigenia del poder soberano chileno: el Congreso Nacional. Esto pudo haber sido, también, una maniobra de supervivencia: ningún poder, ni el de sus partidarios, se les opondría.

Es entendible que se le asigne, por este motivo, al golpe de Estado un objetivo ulterior: la consagración del “neoliberalismo”. Pero si somos fieles a la evidencia y a los propios discursos de los generales, todo el “proyecto político” militar, en esa mañana y en esa tarde, se resumía en dos cosas: el exterminio de la izquierda chilena y el cierre “hasta nueva orden” de la democracia desarrollista. Esto último, la clausura democrática, era quizás el único punto en común con la izquierda: tanto los militares como el Poder Popular sostenían, paradójicamente, que la democracia chilena, ya sea por “burguesa” o por ineficiente, debía morir.

Los militares, llevados al poder por el golpe de los generales del 11 de septiembre de 1973, se tomaron su tiempo para armar un proyecto político de largo plazo, con una Constitución nueva, que consagraba, en versión chilena, lo que los militares brasileños habían hecho ya en su país: un esqueleto de democracia en el que la soberanía popular debía pasar, siempre, por el filtro militar: un sistema con instituciones que recordaban los viejos hábitos democráticos, pero que respondían a las instituciones armadas y que eliminaban a la izquierda: una “adocracia”, un remedo, un fantasma técnico que garantizaba estabilidad, pero ignoraba representatividad y participación.

Si en Chile el Estado, a través de sus instituciones, había sido el constructor de la nación chilena; los militares se veían a sí mismos como el corazón palpitante de ese Estado: el núcleo sobre el cual todo lo demás se construyó. Con una historia que se remontaba al siglo XVII, eran la única institución que antecedía a la república y sabían que sin ellos el concepto de Estado de Chile hubiera sido imposible. Esto fue lo que los motivó tanto al golpe de los generales —es decir, se negaban a tener “otra historia”, una en la que primaban las visiones “foráneas”, como decía Pinochet— como a

la idea de que tenían derecho a conformar un sistema político de espaldas al pueblo. Porque ellos, sostenían, eran el verdadero pueblo en armas: ellos habían hecho el gasto de la construcción de la república, de la agregación de territorio; a ellos recurría la democracia cuando había problemas, a ellos había recurrido el propio Salvador Allende. El derrumbe de la democracia no importaba tanto porque, como el edificio que sobrevive a un terremoto, ellos mantenían una “conciencia de pueblo” que trascendía a la política, a la ideología y nada menos que al paso del tiempo: eran una suerte de iglesia laica.

TRADICIÓN GOLPISTA CHILENA

En la madrugada del 11 de septiembre de 1973, Salvador Allende recibió la noticia del alzamiento en Valparaíso. A las 9 de la mañana va a toda velocidad a La Moneda: no quiere que le ocurra lo de junio, cuando el “tanquetazo” lo sorprendió en su residencia y quedó cortado de la línea del poder, dependiendo de otros, condenado a emitir mensajes radiales.

Comienza emitiendo mensajes radiales. En los primeros, intenta engañar a Merino: le da a entender que el ejército se prepara para ir a Valparaíso y sojuzgarlo. Pero pronto los militares lanzan su primera proclama, firmada por Pinochet y Leigh —ambos nombrados por el presidente— y nada menos que por Merino, su enemigo máximo, en la que le piden la renuncia. Se da cuenta de que el Golpe es real, que, como le dijo Prats, no habrá regimientos leales, y que al final del día lo van a derrocar. La pregunta es cómo.

Los militares tienen dos misiones simultáneas. La primera y evidente es que, al caer la tarde, Allende no sea el presidente de Chile. La segunda, no menos importante, es que el presidente esté de acuerdo en renunciar. Esto es clave. La legitimidad de la Junta de Gobierno dependía de que existiera una continuidad jurídica en el mando de la nación. Esto no lo inventaron ellos. La tradición golpista chilena siempre había sido cuidadosa con las formas, desde la abdicación de O’Higgins, en 1823, y el siglo XX no estaba exento de ella. En septiembre de 1924 se constituyó un “comité militar” que le exigió al presidente Arturo Alessandri una serie de reformas: fue el resultado del famoso “ruido de sables”. Aunque obtuvieron todo lo que quisieron, los militares organizados no se disolvieron, como se los había solicitado el presidente. El presidente renunció, los militares no aceptaron la renuncia, pero sí un “permiso” para que el mandatario se ausentara del país. Así, también en un 11 de septiembre, se constituyó una Junta Militar que disolvió el Congreso, aunque técnicamente sin derrocar del todo al mandatario. En enero del año siguiente, una

Junta de oficiales jóvenes destituyó a la anterior; la demanda era el regreso de Alessandri a La Moneda. En 1932, para el golpe de la república socialista, el presidente Juan Esteban Montero fue obligado a renunciar, probablemente bajo amenaza de muerte, y terminó haciéndolo.

Es decir, es difícil situar a la Junta de Gobierno que se constituye en la mañana del 11 de septiembre de 1973 completamente fuera de una tradición golpista chilena que siempre termina buscando elementos de legalidad para poder continuar, aunque fuera a través de la coacción. Por un lado, los golpistas solicitan ese “grano de legalidad” que les permita una esquina de legitimidad; por otro lado, hasta ese entonces, los mandatarios derrocados la concedían, ya sea por salvar el pellejo o porque era lo políticamente sensato de hacer.

Acá, alguna sorpresa. Sí, en 1973 había una “tradicción golpista” de la que los socialistas mismos habían bebido en 1932. Pero la democracia que había llevado a Allende al poder había partido después del último golpe; realmente había comenzado en 1932, con el segundo gobierno de Arturo Alessandri, no sin amenazas, pero había sido exitosa en conjurar todos los intentos de derrocamiento, que no fueron pocos, y sostenía, tal como el mismo Allende lo reconoció en las Naciones Unidas, un valor muy importante en el hecho de que todos los presidentes habían llegado al término de sus mandatos constitucionales y habían hecho entrega del poder a sus sucesores.

Con todo, el libreto conocido, golpe y renuncia presidencial, no se cumplió. En cambio, lo que se obtuvo fue la destrucción física del palacio de gobierno y el suicidio del presidente Allende. En muchas maneras, esto fue un fracaso para los militares. Esa tarde no pudieron establecerse como continuadores de la “tradicción golpista”, por decirlo así, de la cual había terminado emergiendo un régimen democrático válido en 1932. Pisaban un terreno absolutamente desconocido, que mezclaba el poder total y, también, el de la disociación total con la tradición democrática y republicana, aun en sus vertientes golpistas del pasado reciente (entre 1932 y 1973 median solo 41 años).

Por eso Allende, a lo largo de todo el periodo y especialmente en la mañana del Golpe, es tan insistente en señalar que no va a renunciar. Haberlo hecho no solo tenía un efecto inmediato, el vacío de poder que llenaba la Junta de Pinochet, sino un efecto de “normalidad”, una especie de descalificación de lo que se había hecho en los últimos cuarenta años y de lo cual él había sido parte.

Allende no siempre valoró la democracia representativa que lo puso en La Moneda. Durante la campaña

El *momentum*, la mecánica del golpe exitoso, fue muy rápido y, como todo, producto de ciertas condiciones políticas azarosas. Involucró varios “golpes” internos: el de Merino contra su jefe, el almirante Montero; el de Leigh (paradójicamente apoyado por Allende) contra su antecesor, el general Ruiz; uno contra Carlos Prats, y dos contra Pinochet mismo: los militares que no le entregaron la renuncia tras la humillación hacia Prats, y el “apriete” que le hace Leigh y los enviados de Merino, en su propia casa, durante el cumpleaños de su hija menor, en una escena gangsteril en que poco faltó para que le pusieran la pistola en la cabeza.

de 1970 radicalizó su mensaje, con loas al Che Guevara y a Ho Chi Minh. Fue torpe y quizás hubo algo de ausencia de coraje al plantearse frente al Poder Popular, que representaba en muchas maneras un cambio generacional en la izquierda. Durante 1971 tuvo una retórica destinada a establecer, claramente, que él no era un amarillo, un entreguista, un reformista como Frei Montalva; que las credenciales revolucionarias suyas eran tan grandes como las de Fidel Castro; que no había nada para la derecha en el nuevo mundo que el socialismo iba a construir.

A partir del paro de octubre, su discurso comienza a ponerse más institucional, hay una valorización del camino avanzado; le comienza a decir al Poder Popular que cualquier cambio fuera del camino institucional era, en realidad, lo peor: contrarrevolución. Este fue un discurso, eso sí, destinado a su izquierda, porque ante la derecha y la DC se demostró particularmente duro casi hasta el final.

Allende no era un mártir. Intentó, en la mañana del Golpe, en medio de los balazos, negociaciones imposibles con los militares: la firma de algún tipo de documento que dejara a firme, aun en el nuevo escenario, ciertos avances sociales. Se encontró con la férrea oposición de Pinochet: renuncia o nada, renuncia y exilio inmediato, no hay negociación alguna, renuncia o bombardeo. Pinochet era, aquella mañana, a ojos de la gran mayoría de sus pares, un converso, y lo peor, un converso reciente, es decir, un oportunista y, posiblemente, muchos pensaban que si las cosas iban mal Pinochet volvería al bando constitucionalista. Pero era el único de todos los

militares que podía liderar el Golpe con la pequeña pátina de juridicidad histórica que tenían: la de la antigüedad de las Fuerzas Armadas y del mandato que había recibido del propio presidente Allende de encabezar el ejército. Es posible que a Pinochet no le quedara otra que esta violencia, brutalidad y desprecio por la vida humana; una vez que escogió ser un monstruo, supo de inmediato que no había vuelta atrás y que la única manera de sobrevivir era devorarlo todo.

La no-renuncia de Allende fue, en algún sentido, un arma mucho mejor que la AK-47 con la que terminó su vida. Porque privó a los militares de presentarse como una misión constituyente, de salvataje. Esto no se trataba de marxismo, izquierda o la Unidad Popular. Allende, en estos últimos momentos, intenta salvar, al menos simbólicamente, la democracia desarrollista que lo había llevado al poder, exenta de golpes de Estado. Es cierto que él la quería modificar hasta límites irreconocibles; no es menos cierto que, en su último suspiro, solo piensa en tres cosas: pueblo, trabajadores y Constitución. Eso es lo que dice su último discurso, donde no hay referencia alguna, pero ninguna, a la izquierda, al socialismo, al marxismo, al poder popular. Aquel discurso, cincuenta años después de pronunciado, brilla con luz propia porque no representa solamente a un solo sector político, sino a la democracia chilena como un todo, con sus fallas, dramas, fracasos, desencuentros y debilidades, excepto una: la simple verdad de que, al cabo de cierto tiempo, concurriríamos pacíficamente a elegir a nuestros gobernantes, pase lo que pase. **S**

Allende sin cadenas

La manera en que el expresidente de la República llegó a un final tan trágico, y al mismo tiempo universal, es lo que anima al autor de este artículo. En sus palabras: "Me interesa el Allende que desemboca en una forma de muerte sacrificial, una rareza histórica, ya que es a través de esta forma de morir que Allende se universaliza y, desde el primer día, transforma a Pinochet en el icono irremediable de la traición y la maldad. Pinochet no murió de viejo: fue liquidado por Allende hace exactamente 50 años".

Por Alfredo Joignant



El presidente Salvador Allende dirigiéndose a una multitud. Fotografía: Archivo Cenfoto-UDP.

Se ha escrito tanto sobre Allende... En todos los tonos, con distintos estilos. En muchos países, en diferentes idiomas. Pero aquí vamos, otra vez y como será siempre... desde las entrañas.

Las razones son infinitas: desde las anécdotas más superficiales (que Allende se entusiasmaba con las corbatas de sus ministros y colaboradores para quedárselas, que en los cócteles llevaba siempre una pequeña petaca de whisky en el bolsillo interior de su terno para no mezclar tragos, que se escapaba sin vigilancia con amigas íntimas), hasta la encarnación de un proyecto político original, la redefinición de lo que hacer la revolución en democracia quiere decir, un socialismo con olor a empanada y vino tinto, y un cúmulo de razones de este tipo. Pero el Allende sin cadenas que quiero abordar no es este. Me interesa el Allende que desemboca en una forma de muerte sacrificial, una rareza histórica, ya que es a través de esta forma de morir que Allende se universaliza y, desde el primer día, transforma a Pinochet en el icono irremediable de la traición y la maldad. Pinochet no murió de viejo: fue liquidado por Allende hace exactamente 50 años.

¿Cómo Allende pudo llegar a un final tan trágico como universal?

Aquí entrego *mis* razones, aparentemente inconexas, sobre un personaje que, desde mi punto de vista, no es de este mundo. Estas razones prefiguran varios años antes a un político singular, único, irreplicable, con contradicciones incomprensibles, pero que a la hora de los quibos lo que se impone es su convicción, la que por mucho tiempo él mismo sugería y más tarde prometía. Cuesta entender que Allende sea recordado por su “muñeca”, esa expresión tan chilena para describir a un político con capacidad para negociar: sobre esto, recuerdo el humor de Pierre Rosanvallon, en una cena en mi casa con Manuel Antonio Garretón, allá por el año 2000, sobre la traducción literal al francés de la palabra “muñeca”, la *poupée* (*poignée* en francés). No solo nos resultaba llamativa: era la conducta descrita por esa palabra la que resultaba enigmática, teniendo a la vista el desenlace de la vida de Allende. Todavía no sé, confieso que por ignorancia, en qué sentido Allende era un muñequero consumado.

Sí era un hombre de convicciones. No es una casualidad que Allende protagonizara, junto a Raúl Rettig, el último duelo a pistoletazos entre senadores, un 6 de agosto de 1952, por razones que se movían entre lo político y lo personal. Un episodio desconocido y que fue magníficamente narrado por Hernán Millas muchos años después. Del mismo modo en que Allende pudo ser actor del cierre de una práctica

política anómala para el siglo XX (un duelo que nos remite a una forma de barbarie para dirimir controversias en el siglo XIX, pero también, ojo, un código de honor entre caballeros), este mismo personaje marcará por décadas la historia de Chile: no solo por su gobierno y sus consecuencias, sino por su muerte y la memoria que esta pudo provocar.

Ofrezco recuerdos sueltos, directos, personales o “por poder” notarial: de mi padre, quien me transmitió desde chico una imagen sobrenatural de Salvador Allende. Y lo sobrenatural se confirmó. Es de esto que a partir de ahora escribo, sin control ni distancia. Propongo que a través de una escritura sin amarras, observemos a un Allende liberado de restricciones de todo tipo. Un Allende sin ataduras.

“Conocí” a Allende: así es. Tenía unos 10 u 11 años, y “conocer” era sinónimo de tocar, estrechar la mano, cosas por el estilo. Fue un día cualquiera. Le di la mano a Allende, me lo presentó mi papá en La Moneda cuando era (creo) intendente de Santiago (o tal vez jefe de gabinete de José Tohá). No recuerdo nada de lo que pudo haberme dicho (a lo sumo un ¡hola!, cariñoso). Lo que sí recuerdo es que segundos (o minutos) después, Allende salió arrancando (¡Allende!): hubo un temblor y años después supe que el compañero presidente les tenía pavor. Aún recuerdo, entre brumas, a secretarías corriendo y a Allende arrancando sin despedirse. Puedo equivocarme, pero no mucho. Puedo estar exagerando el recuerdo, pero no tanto. La imagen, eso sí, es insólita, teniendo a la vista cómo el gobierno de la Unidad Popular terminaría, con Allende con casco y metralleta, luchando en el palacio presidencial y suicidándose poco antes del asalto de los militares golpistas.

Todavía no me calza el presidente que arranca de un temblor (fuerte), en que casi pedía socorro, con ese día decisivo en el que no dudó ni vaciló en pegarse un tiro no sin antes gritar —según cuentan quienes lo escucharon, pero no lo vieron (suponemos) dispararse: “¡Allende no se rinde!”. Y aquí parte la leyenda. Según relata Patricio Guijón, doctor de cabecera y personal de Allende, al momento de evacuar La Moneda por orden presidencial, este médico tan cercano al presidente vuelve sobre sus pasos para buscar su máscara de gas, momento en el cual ve a Allende sentado en un sillón colocándose el arma bajo el mentón para, en seguida, dispararse. Años después, otro médico personal, y un puñado de años más tarde, seis médicos más declaraban haber presenciado el suicidio, lo que provocó un pequeño escándalo y mucha confusión sobre lo que ya parecía un espectáculo inverosímil: en lo personal, me quedo con la versión temprana e inicial del doctor Guijón.

Estas son las cosas raras que hacen de alguien, en este caso de Salvador Allende, un actor único. Tan único que Allende pudo decir a muchos de sus conocidos, en vida y en serio, que lo tocaran porque era carne de estatua y que saldría de La Moneda muerto.

No era broma.

¿Cómo explicarlo?

Es muy difícil. Tal vez ayude este recuerdo por procuración. Allá por 1969, mi padre tomaba un café con un conocido periodista deportivo socialista y con Allende: eran amigos los tres. ¿Dónde? En el café Santos, en el centro de Santiago. Allende anuncia que será por cuarta vez candidato presidencial, ante lo cual Alfredo Joignant Muñoz, quien para entonces era un simple profesor socialista, le pregunta: “¿Pero cómo Salvador? ¿Otra vez quieres ser presidente?”. Pregunta decisiva, crucial, fatal. Allende responde golpeando la mesa, derramando el café de las tazas: “No quiero ser presidente, ¡necesito ser presidente!”. El efecto fue glacial por algún rato, sin consecuencias personales hacia adelante. Pero convergamos que el enojo de Allende no solo era genuino: reflejaba un sentido de la historia anómalo, escaso y, por lo tanto, sumamente raro.

Desde que mi padre me transmitió este recuerdo, Allende se transformó en un político extraterrestre. Esa imagen nunca me ha abandonado.

Y lo fue.

Fue también excepcional la conducta del presidente cuando le comunican el asesinato de su edecán, el capitán de navío Arturo Araya, a manos de un comando de Patria y Libertad junto a integrantes del Comando Rolando Matus. Fue un asesinato que marcó un punto de inflexión en la vida de todos nosotros después del tanquetazo, en 1973, anunciando lo que sería nuestra última catástrofe. Al enterarse, Allende parte raudo al Hospital Militar, donde el capitán Araya agonizaba. Esto lo sé por mi padre, quien entonces era director general de Investigaciones y presenció la escena. El doctor Allende entra a la sala en la que se encontraba su edecán, momento en el cual tiene un paro cardíaco. Allende salta sobre la camilla y comienza a hacer desesperadamente las maniobras de auxilio, golpeando el pecho del capitán. Fue inútil: su edecán falleció, tras lo cual Allende dijo entre lágrimas: “Esto es el fascismo”.

El tiempo pasa, los recuerdos quedan y uno siempre va aprendiendo cosas. Cenando en casa de amigos, Osvaldo Puccio (hijo de quien fuera secretario privado del presidente Allende) relató sus recuerdos del día del Golpe, cuando él tenía 17 años. En medio del humo y del ruido, cuenta cómo vio, sí, ¡vio! (y no fue el único), a Allende pronunciar su último discurso, el de despedida, por Radio Magallanes, antes de

ser bombardeada La Moneda. Cualquiera pensaría que ese discurso tan articulado y personal solo podía tener lugar en la soledad de una oficina. Pues bien, no fue eso lo que ocurrió. Fue un discurso extraordinario, sin papel, que hasta el día de hoy me estremece y me lleva a considerarme un allendista sin complejos. En medio del estruendo, con puertas abiertas, Allende con su casco y por teléfono, escondía su oreja en el auricular y decía, sin ningún papel de por medio:

Esta será seguramente la última oportunidad en que me pueda dirigir a ustedes. La Fuerza Aérea ha bombardeado las torres de Radio Portales y Radio Corporación.
(...)

Mis palabras no tienen amargura, sino decepción, y serán ellas el castigo moral para los que han traicionado el juramento que hicieron... soldados de Chile, comandantes en jefe titulares, el almirante Merino que se ha autodesignado, más el señor Mendoza, general rastrero... que solo ayer manifestara su fidelidad y lealtad al gobierno, también se ha nominado director general de Carabineros.

Ante estos hechos, solo me cabe decirles a los trabajadores: ¡Yo no voy a renunciar! Colocado en un tránsito histórico, pagaré con mi vida la lealtad del pueblo. Y les digo que tengo la certeza de que la semilla que entregáramos a la conciencia digna de miles y miles de chilenos, no podrá ser segada definitivamente.

(...)

Tienen la fuerza, podrán avasallarnos, pero no se detienen los procesos sociales ni con el crimen... ni con la fuerza. La historia es nuestra y la hacen los pueblos.

(...)

El pueblo debe defenderse, pero no sacrificarse. El pueblo no debe dejarse arrasar ni acribillar, pero tampoco puede humillarse.

Trabajadores de mi patria: tengo fe en Chile y su destino. Superarán otros hombres este momento gris y amargo, donde la traición pretende imponerse. Sigán ustedes sabiendo que, mucho más temprano que tarde, de nuevo abrirán las grandes alamedas, por donde pase el hombre libre para construir una sociedad mejor.

¡Viva Chile! ¡Viva el pueblo! ¡Vivan los trabajadores!

Estas son mis últimas palabras y tengo la certeza de que mi sacrificio no será en vano. Tengo la certeza de que, por lo menos, habrá una lección moral que castigará la felonía, la cobardía y la traición.

Estas palabras, no escritas, tampoco improvisadas, pero que fueron pronunciadas en un momento crítico, en minutos en los que sabes que se te va la vida, sin duda fueron elaboradas por años en el fuero íntimo del presidente Allende. Son impresionantes, cuya escucha (gracias a grabaciones radiales en las que golpean al auditor su voz metálica y su tranquilidad) conmueve y hacen de Allende una figura universal.



La Moneda bombardeada el 11 de septiembre de 1973. Fotografía: Archivo Cenfoto-UDP.

Son estos recuerdos inconexos, algunos que me constan y otros que me fueron transmitidos por quienes fueron testigos de esos días aciagos, los que originaron en mí una representación heroica de Allende. Esa representación es lo que pienso: es mi fantasía personal, a la que no me interesa (ni aunque quisiera podría hacerlo) renunciar. Esto explica que me sea tan difícil escribir sobre Allende como si fuese un objeto de estudio cualquiera: es probablemente el más difícil de los objetos de investigación, cuya vida en algún sentido fantástica se impone, seduce, hipnotiza. ¿Qué hacer frente a eso? Sucumbir: esa fue mi opción. Conozco perfectamente las razones de fondo que permiten criticar al gobierno de la Unidad Popular: críticas de conducción, estrategia, sentido de la realidad y contenido de las políticas de

cambio social que yo mismo critico (aunque la orientación de las “40 medidas” de Allende siguen haciéndome sentido). Poco importa. Las palabras de cierre de su gobierno y de despedida fueron de tanta emoción y espectacularidad, que las críticas a su gobierno se sitúan en otro registro, así como los crímenes de la dictadura no son responsabilidad de Allende, sino el resultado inmoral de un proceso audaz, en algún sentido ingenuo, pero lo suficientemente genuino para provocar odio y revanchismo (siempre he pensado que la brutalidad e ignominia de la dictadura de Pinochet fue proporcional a la magnitud del sacrificio de Allende).

Es por todas estas razones que ante la pregunta de quién fue Allende, mi respuesta es: alguien que no era de este mundo. **S**

Una caída exagerada

El nuevo libro de Sebastián Edwards, *The Chile Project*, se pregunta cómo un grupo de jóvenes tan radicales para su época, como eran los Chicago Boys, logró torcer nuestra historia económica. Y también se interroga acerca de lo que estamos viviendo. Hace años se venía hablando del malestar y existían estudios contundentes (PNUD) respecto de la desigualdad, pero la élite hizo oídos sordos. Aunque para Edwards lo que viene es el ocaso del neoliberalismo, el autor de este artículo cree que unir las palabras *down* y *fall* en el subtítulo resulta una exageración de forma y fondo. “El *downfall* no es cualquier caída —dice Montes—. Es, literalmente, una caída hacia abajo, un desplome abrupto y en picada. Ni siquiera Edward Gibbon fue tan lejos al escribir su *Decline and Fall* del imperio romano”.

Por Leonidas Montes

Entre 1950 y 1962, mientras Milton Friedman hacía clases en la Facultad de Economía, Friedrich Hayek estaba en el Departamento de Pensamiento Social de la Universidad de Chicago. Aunque ambos se conocían, no hubo mayor intercambio. Y la verdad es que hay diferencias significativas entre ambos economistas “neoliberales”. Pero ambos visitaron Chile durante la dictadura. No una vez, sino dos. Y los dos se reunieron con Pinochet. Esto tal vez contribuyó a echarlos juntos al saco “neoliberal”. Sin embargo, Hayek no se sentía “neoliberal”. Era un epíteto que tal vez le venía mejor a Friedman. Si definimos el neoliberalismo como la hegemonía o preeminencia de la economía, donde la economía no solo es la madre de todas las ciencias sociales, sino que además es una ciencia, Friedman podría caer en esta categoría. Y en esto, los Chicago Boys tampoco se perdían.

Hayek solía repetir que un economista que es solo un economista no es un buen economista. Sebastián Edwards pertenece a esa inusual categoría. Tiene intereses que abarcan la literatura, el arte y la historia. Por si fuera poco, también obtuvo su PhD en la Universidad de Chicago en 1981. Como lo señala él mismo en *The Chile Project. The Story of the Chicago Boys and the*

Downfall of Neoliberalism, “me convertí en un accidental y atípico graduado de Chicago, uno que se oponía a la dictadura y escapó del país por eso. Por esta y otras razones, nunca fui considerado un miembro de la tribu de Chicago”.

La mirada del economista chileno más citado internacionalmente y su propia vida caminan por su más reciente libro. Aunque hay mucho trabajo de investigación, estas páginas se leen de un tirón. El autor es observador y protagonista, hay consulta de archivos, análisis de datos, gráficos, estadísticas y notas de prensa internacional. El libro contiene ocho fotografías, 11 gráficos y 13 tablas. También, una cronología que parte con el famoso Coloquio de Walter Lippmann, en agosto de 1938, y termina en Chile, mientras buscábamos la salida del túnel constitucional, en septiembre de 2022. Y, además, incluye un listado de actores, un *dramatis personae*. Saltan algunos detalles. Se lee: “Jaime Guzmán. Un católico y anticomunista cercano a los Chicago Boys”, pero tal vez hubiera sido más preciso decir: “Jaime Guzmán. Un católico y anticomunista que se hizo cercano a los Chicago Boys”. Ricardo Lagos aparece como “un economista con un PhD de la Universidad de Duke”, en cambio, Sebastián



Imagen del documental *Chicago Boys* (2015), dirigido por Carola Fuentes y Rafael Valdeavellano.

Piñera es “un graduado de Harvard”. Quizá era más exacto definirlos como “un abogado con un PhD en economía en Duke” y “un economista con un PhD en Harvard”. Y hacia el final, el exconvencional Fernando Atria es retratado como un “seguidor de la teología de la liberación”. Para esta historia sonaba más apropiado definirlo como un “seguidor de Carl Schmitt y enemigo del liberalismo”.

La introducción es un resumen o una panorámica de esta aventura intelectual. La pregunta es cómo y por qué este grupo de jóvenes tan radicales para su época logró torcer nuestra historia económica, situando a Chile como “la estrella más brillante del firmamento latinoamericano”. Y la otra gran pregunta es acerca de lo que estamos viviendo.

Algo sucedió con el milagro de Chile. Hace años se venía hablando del malestar. Había, por así decirlo, una incómoda comodidad. Hasta que el oasis de Piñera se hizo llamas. Ante la violencia, la mayoría de las fuerzas políticas firmó el Acuerdo por la Paz Social y una Nueva Constitución. Pero la esperanza depositada en la Convención Constitucional se esfumó. Y lo que se avecina, según el autor, es un cambio profundo: sería el ocaso del neoliberalismo.

Edwards formula su propia definición del neoliberalismo: “Un marco de creencias y recomendaciones de políticas públicas que enfatizan el uso de los mecanismos de mercado para resolver la mayoría de los problemas y necesidades de la sociedad, incluyendo la provisión y asignación de servicios sociales como la educación, pensiones, salud, apoyo a las artes y transporte público”. No obstante, se ha escrito mucho sobre el sentido y el significado del neoliberalismo, lo interesante es que en esta amplia definición la experiencia chilena aparece como paradigma o, a lo menos, como telón de fondo. El neoliberalismo a la chilena sería el imán. Tanto el autor, que escribe en inglés y cita prensa anglosajona, como el joven estudiante que vibraba en esa época revolucionaria, no escapan de esta realidad narrativa.

El autor divide su historia de la caída del neoliberalismo en tres etapas: el incipiente neoliberalismo de los Chicago Boys antes de la crisis de 1982; el neoliberalismo pragmático, que se inicia en 1984, con Hernán Büchi, y el neoliberalismo inclusivo, que se inicia con el regreso a la democracia en 1990. A su vez, el libro se divide en tres partes: el contexto de los Chicago Boys y Allende (44 páginas), los Chicago Boys y la dictadura

de Pinochet (107 páginas) y el neoliberalismo bajo democracia (104 páginas).

En la primera parte se repasan los orígenes del *Chile Project* que fue rechazado por la Universidad de Chile. Las negociaciones con la Universidad Católica no fueron fáciles. Al comienzo hubo desconfianza entre una pontificia y conservadora Universidad Católica y la Universidad de Chicago, que era laica y liberal. Pero finalmente el acuerdo se firmó en marzo de 1956. De los primeros nueve estudiantes elegidos para estudiar en Chicago, cinco fueron de la Universidad Católica y cuatro de la Universidad de Chile. El criterio de selección no fue de dónde venían. Solo pesaba el mérito.

Para los chilenos, Chicago no fue fácil. No era solo la barrera del inglés. Las clases eran muy exigentes y en Chile se enseñaba otro tipo de economía. Y las condiciones de vida, como se narra en el gran documental de Carolina Fuentes, eran estrechas. Pero ahí estaba Milton Friedman enseñando teoría de precios, en sus temidos cursos Economics 301 y Economics 302. Solo imaginarlo en la sala sentado sobre la mesa, con sus pies colgando y balanceándose, mientras pensaba un tema o una pregunta para algún distraído alumno, era intimidante.

Poco a poco, el sello de Chicago se fue instalando en la Universidad Católica. Con los Chicago Boys llegaban libros y nuevas ideas para enseñar microeconomía, teoría monetaria y evaluación de proyectos. Y como era de esperar, los Chicago Boys tuvieron sus problemas. Incluso enfrentaron la censura. Estos inquietos jóvenes eran, en palabras de Aníbal Pinto, unos “esotéricos y dogmáticos”.

En 1965 se crea en Santiago el Centro de Estudios Sociales y Económicos (Cesec), financiado por Agustín Edwards. Aquí se fraga *El ladrillo* y la influencia de los Chicago Boys. El autor calcula que entre 1967 y 1970 los Chicago Boys y su círculo publicaron unas 170 columnas en *El Mercurio*. No obstante, para la campaña presidencial de Jorge Alessandri, los Chicago Boys, liderados por Sergio de Castro, fueron a presentar sus propuestas al candidato. “Saquen a estos locos de aquí —habría exclamado Alessandri— y que no vuelvan a entrar”.

Sebastián Edwards resume las políticas de *El ladrillo* y su implementación. En la impresionante tabla 4.2 desnuda su impacto y profundidad. Y salta una realidad indesmentible: “Una revolución económica de esta magnitud no podía haber sido posible bajo un régimen democrático. Esto hace aún más extraordinaria la adopción de las reformas bajo los gobiernos democráticos de los 1990s”. No olvidemos la famosa respuesta de Margaret Thatcher ante las alabanzas

de Hayek sobre lo que estaba sucediendo en Chile: “Estoy segura de que estará de acuerdo que, en Gran Bretaña, con nuestras instituciones democráticas y la necesidad de consentimiento, algunas de las medidas adoptadas en Chile serían bastante inaceptables” (17 de febrero de 1982).

En seguida se cubre la polémica visita de Milton Friedman a Chile, en marzo de 1975. En su autobiografía *Two Lucky People* (1998), Friedman le dedica un capítulo completo y un apéndice a su experiencia en Chile. Con su habitual franqueza y crudo sentido del humor, concluye que: “Nunca pude decidir si debía divertirme o molestarme ante la acusación de que administraba la economía chilena desde mi escritorio en Chicago”. Había buenas razones para estar molesto. En efecto, este episodio lo persiguió durante toda su vida. Basta recordar la entrega del Premio Nobel en 1976, justo después del brutal asesinato de Orlando Letelier en Washington. Un manifestante interrumpe esa formal ceremonia gritando: “¡Libertad para Chile! ¡Ándate para la casa Friedman! ¡Larga vida para los chilenos! ¡Destruyamos el capitalismo!”. “Pudo haber sido peor”, agrega el maestro de la ceremonia. Siguen algunas risas nerviosas y recibe el premio.

Acerca del famoso Plan de Recuperación Económica, implementado en 1975 por Jorge Cauas, Edwards sostiene que, cuando Friedman se reúne con Pinochet, el Plan “no había sido trazado y ni siquiera delineado”. En una entrevista realizada en mayo de 2014, Jorge Cauas me dijo lo contrario. Y la revista *Qué Pasa* (número 206, 9 de abril de 1975, titulada “Raquetazos en la Política Económica”) también lo sugiere. Emilio Sanfuentes escribe que el “tratamiento de shock” se encontraba en curso “antes de la venida de los expertos”. O sea... algo había. Edwards, a mi juicio, sobreestima el rol de Friedman y subestima la influencia de los Chicago Boys antes de lo que sería conocido como el *shock treatment*.

Al margen de esta pequeña diferencia, el autor agrega nuevas aristas respecto de la segunda visita de Friedman, en 1981. Aunque es la más interesante desde el punto de vista económico, es la menos estudiada. En ese entonces, el dólar estaba fijo y ya aparecían algunos nubarrones que presagiaban la aguda crisis de 1982. ¿Cómo se explica que los Chicago Boys hayan fijado la tasa de cambio, que contradecía lo que Friedman pensaba y enseñaba? Edwards devela la influencia de Larry Sjaastad, que pasaba mucho tiempo en Chile, y de Robert Mundell, que estuvo en Chicago entre 1965-72. Y también desmenuza los detalles del conflicto entre Sergio de Castro y José Piñera.

El autor afirma que, en 1981, Milton Friedman y Friedrich Hayek visitaron Chile para asistir a la Mont

Pelerin (133-4). Imagino que aquí hay un *lapsus calami* y no un error. Efectivamente, Friedman vino a Chile en noviembre de ese año para participar en la Mont Pelerin que se realizó en Viña del Mar. En cambio, Hayek no asistió a la Mont Pelerin y vino antes, en abril de 1981. Fue invitado por el Centro de Estudios Públicos, que lo nombró presidente honorario.

La tercera parte del libro cubre el periodo 1990-2022. Si bien en esta sección se echa de menos algo del contexto de la Guerra Fría, una frase de Robert Barro que describe a Patricio Aylwin como “un Pinochet con rostro humano” refleja de manera cruda lo que Edwards asume como la última etapa de los Chicago Boys durante la Concertación. Fue una gradual y pacífica transición que mantuvo los grandes ejes del modelo económico. Si la desigualdad no era prioridad para los Chicago Boys —la prioridad era reducir la pobreza—, los gobiernos de la Concertación apuntaron a crecer con igualdad. Fue la exitosa apuesta por el “crecimiento con equidad”.

Para Edwards, la desigualdad, en su sentido amplio, ha sido el gran problema en Chile. El tema fue advertido por los Informes del PNUD sobre los que se hicieron oídos sordos. No fueron solo los abusos los que explicarían el malestar. Existiría cierta irresponsabilidad de la élite chilena. Para graficar esta crítica, comparte un testimonio de su colega y amigo Arnold Harberger. Después de 50 años, cuando fue a almorzar nuevamente al Club de la Unión, se da cuenta de lo poco que había cambiado. El autor insiste en la desigualdad horizontal, tomando como inspiración las ideas de Elizabeth Anderson. La pregunta es si esto es responsabilidad del modelo o del neoliberalismo, o la verdad es que en Chile no hemos sido realmente liberales. Personalmente, y teniendo en mente “el plan liberal de la igualdad, la libertad y la justicia” de Adam Smith, me inclino por esto último.

Ahora vamos al tema de fondo. El autor usa en su título la palabra *downfall* para referirse a la caída del neoliberalismo en Chile. Las palabras, como nos enseñaron Wittgenstein y Austin, encierran realidades y sentidos. Pienso que al unir *down* y *fall*, Edwards exagera la realidad. El *downfall* no es cualquier caída. Es, literalmente, una caída hacia abajo, un desplome abrupto y en picada. Ni siquiera Edward Gibbon fue tan lejos al escribir su *Decline and Fall* del imperio romano. Y esto no es solo una cuestión semántica. De su propia definición de neoliberalismo no se desprende una caída tan precipitada ni estrepitosa. Que nuestra nueva Constitución sea escrita en democracia e incluya un Estado social de derecho no es causa suficiente para el *downfall* del neoliberalismo, tal

como lo define Edwards. Creo que exagera en el título de su libro y en el centro de gravedad de su tesis.

Milton Friedman fue muy criticado —y con justa razón— por su metodología positiva de la economía. En resumen, postulaba que la validez de un modelo económico se definía por su capacidad predictiva. En Chile también vivimos esa fiebre predictiva, que puede ser otra herencia de Chicago. Nuestros economistas competían por adivinar cifras, olvidando que el futuro es impredecible. Y aunque es imposible saber lo que el futuro nos depara, el autor finaliza su libro con un panorama desalentador: “Creo que Chile se alejará de los mercados y la competencia... del modelo impuesto por los Chicago Boys y refinado por los gobiernos de la Concertación. Algunos recordarán la era neoliberal con nostalgia y otros se sentirán aliviados de que haya finalizado. Es posible que en una o dos generaciones Chile vuelva al lugar donde estuvo gran parte del siglo XX: al medio del pelotón latinoamericano”. Aunque el “posible” lo eximiría del afán predictivo de Friedman, su apuesta por el *downfall* es eso, solo una apuesta.

Sebastián Edwards es un observador crítico y un protagonista comprometido. Al final confiesa: “A ratos pienso que he estado trabajando en este libro toda mi vida profesional”. Hay algo humano y profundo en esto. Se respira cierta nostalgia, una especie de catarsis por entender esa historia que también le es propia. El autor no desaparece, porque su distancia también es pertenencia. Edwards es y sigue siendo un chileno que se preocupa por el rumbo de su país. Por esto y por mucho más, esta es una historia de carne y hueso. **S**



The Chile Project. The Story of the Chicago Boys and the Downfall of Neoliberalism

Sebastián Edwards

Princeton University Press, 2023

376 páginas

US\$23,47

La deuda jurídica

Desde el mismo día del Golpe hubo víctimas de delitos que invariablemente han tenido un solo reclamo: justicia. Cincuenta años después, cabe constatar que como sociedad no hemos satisfecho ese clamor, lo que ha llevado a nuevas violaciones de derechos, esta vez por la demora o falta de investigación u otra clase de acción estatal ante las violaciones de derechos humanos originalmente cometidas. La infatigable labor en tribunales de quienes han empuñado el derecho como su instrumento de lucha es, en sí misma, una lección de civilización contra la barbarie.

Por Claudia Cárdenas Aravena

En mayo de este año se conoció que un 36% de quienes respondieron la encuesta CERC-MORI estimó que las Fuerzas Armadas “tenían razón para dar el golpe de Estado”. Eso implicaría un aumento de 20 puntos en 10 años. Si bien la encuesta pregunta por el golpe de Estado y no por los crímenes cometidos al amparo de la dictadura, parece artificial el ejercicio de separar quirúrgicamente lo uno de lo otro, sobre todo porque el horror del abuso de la fuerza estatal para cometer delitos de manera sistemática se comenzó a vivir desde el mismo 11 de septiembre, lo mismo que la política de establecer un nuevo orden por la fuerza se evidenció también desde el primer día. Esa política dio un trasfondo común a los crímenes, según ha quedado establecido en múltiples resoluciones judiciales que entienden que los crímenes cometidos son, además de delitos según el derecho interno, también crímenes de lesa humanidad.

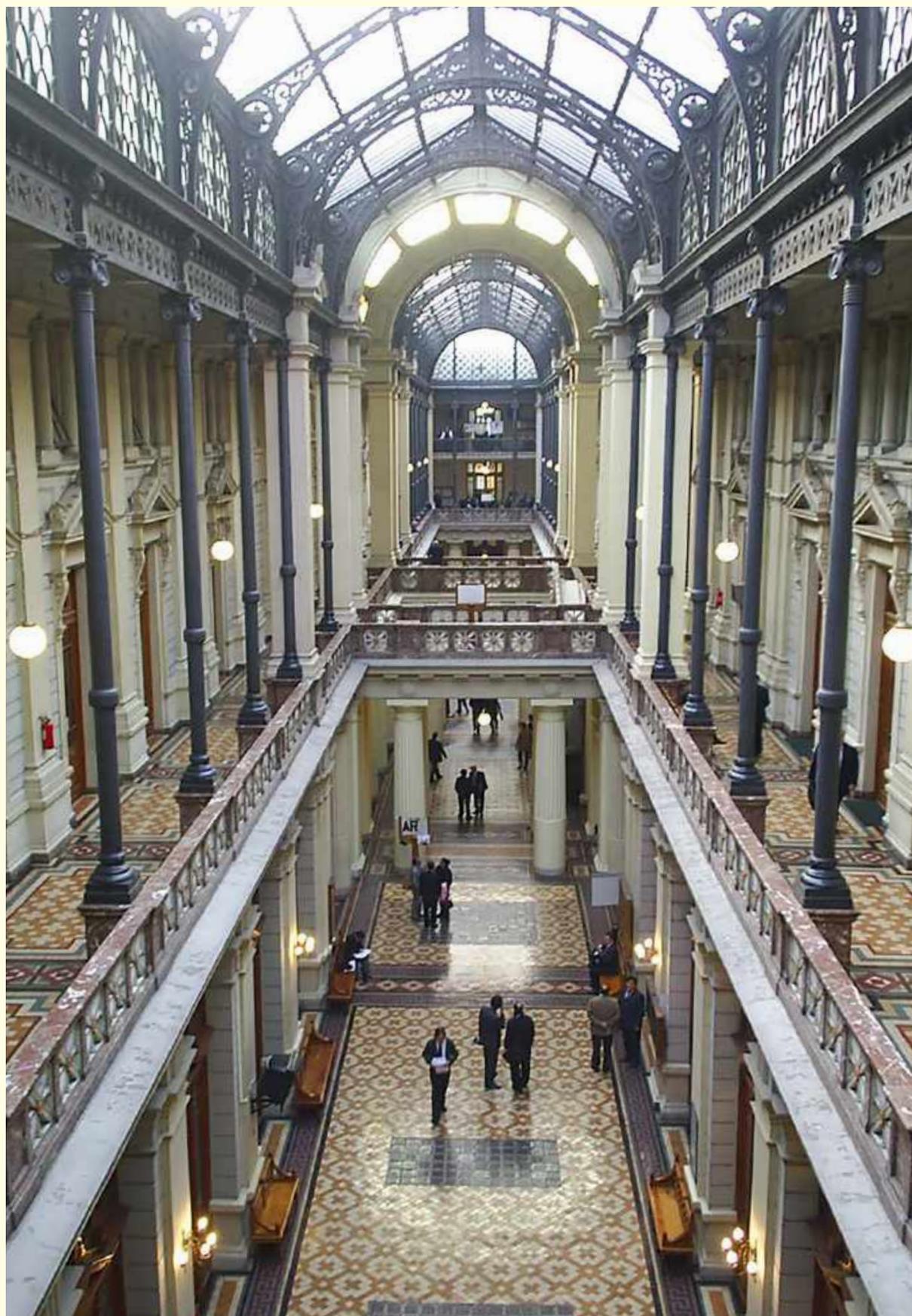
Desde el mismo día del Golpe hubo víctimas de delitos que invariablemente han tenido un solo reclamo: justicia. Cincuenta años después, cabe constatar que como sociedad no hemos satisfecho ese clamor, lo que ha llevado a nuevas violaciones de derechos, esta vez por la demora o falta de investigación u otra clase de acción estatal ante las violaciones de derechos humanos originalmente cometidas.

En ese escenario, resulta impresionante la resiliencia de las víctimas, verlas permanentemente

buscando justicia, con las herramientas del Estado de Derecho, en los tribunales chilenos o persiguiendo la responsabilidad del Estado. A su vez, en procesos internacionales que no suelen recibir tanta cobertura mediática como aquellos en los que Chile se enfrenta a otro país, el Estado de Chile ha litigado varias veces *contra* las víctimas de su represión, perdiendo hasta ahora en todos los casos (Almonacid Arellano y otros vs. Chile, García Lucero y otros vs. Chile, Maldonado Vargas y otros vs. Chile, Órdenes Guerra y otros vs. Chile). Está pendiente de resolución Vega González y otros vs. Chile, cuyos alegatos tuvieron lugar en febrero pasado. Mediante las resoluciones en estos procesos se comprueba que, lamentablemente, la deficiente acción del Estado en su conjunto ha producido, a lo largo de los años, nuevas violaciones de derechos.

El hecho de que las víctimas de los crímenes de la dictadura sigan clamando por justicia en distintos escenarios (en la justicia penal, en la justicia civil, ante tribunales internacionales), que en ocasiones he notado se percibe como *su* incapacidad de hacer un cierre, es en realidad fruto de *nuestra* incapacidad como sociedad para brindarles un mínimo de justicia.

Al día de hoy, la mayoría de las víctimas de delitos graves (homicidios, secuestros, tormentos) cometidos como parte del ataque contra la población civil, reconocidas en su calidad de tales por el Estado de Chile a partir de los informes de las comisiones Rettig y



Interior del Palacio de los Tribunales de Justicia de Santiago.

Valech, no cuentan con una sentencia firme que dé cuenta de una investigación adecuada y establezca las responsabilidades penales del caso. El Estado ha reconocido más de 40.000 víctimas directas de esta clase de delitos, cometidos sistemáticamente: 3.216 personas forzosamente desaparecidas y ejecutadas políticas, y 38.254 personas que fueron sujeto pasivo de tortura y/o prisión política. De esos casos, de acuerdo con el Informe Anual de Derechos Humanos de la UDP en el año 2021, solo en una minoría de casos existía una sentencia penal firme. Se habían concluido con sentencias definitivas procesos penales por un 26,75% de las personas reconocidas actualmente por el Estado como desaparecidas o ejecutadas, mientras que de las personas reconocidas como víctimas de los demás delitos, el porcentaje es dramáticamente menor. Por cierto, en los años transcurridos desde 2021 hubo una serie de nuevas sentencias, pero no alcanzan a revertir el hecho de que la amplia mayoría de los casos no cuentan aún con una sentencia firme.

¿Por qué el Estado, en 30 años, no ha encontrado los recursos suficientes para completar la investigación exhaustiva, al menos en los casos de las víctimas que ha reconocido? Claramente, hemos tenido otras prioridades. Se ha recordado a las víctimas en ocasiones puntuales, pero no solo no hemos priorizado la justicia, sino que tampoco valoramos adecuadamente el valioso aporte que su incansable labor ha logrado para nuestra sociedad: dar testimonio de que es posible buscar respuestas civilizadas ante el horror.

En tiempos de campante punitivismo y populismo —también en lo penal—, las víctimas de estos delitos, los más graves que conoce el ordenamiento jurídico nacional e internacional, solo han buscado que el Estado declare la responsabilidad penal de quienes corresponda y que aplique penas acordes a la gravedad del delito, de acuerdo a lo previsto en el derecho penal patrio vigente a la época de los hechos.

Se trata de personas que sufrieron lo indecible por actos cometidos en promoción de una política estatal que perseguía deshacerse no solo de opositores ideológicos, sino de todas aquellas personas que estorbaran por no ser funcionales al nuevo modelo, al nuevo Chile. Sufrir prisión política, tortura, que un familiar desaparezca o sea ejecutado, son dolores difícilmente imaginables para quienes no los hemos sentido en carne propia. A esto ha seguido la negación de los delitos (a saber, la declaración “no hay tales detenidos desaparecidos”); una vez que fue imposible negarlos, la negación de su sistematicidad (utilizando el término “excesos” para referirse a las torturas); el procurar evitar a toda costa el castigo

(por ejemplo, el boinazo como señal de que no se permitiría el desfile de militares por los tribunales); los presagios de caos total del sector político que apoyó la dictadura, si el régimen llegaba a cambiar (en un capítulo más de su perenne campaña del terror); el presentarlos como algo del pasado, por lo que se preocupan personas resentidas e incapaces de mirar al futuro.

Infelizmente, se produce un *déjà vécu* si se observa la reacción pública del mismo sector respecto de los delitos durante el estallido social a partir de octubre de 2019: de nuevo se dice que no existe (esta vez la ceguera); de nuevo se niega la sistematicidad (a pesar de que los entes públicos espontáneamente publicaron informes diarios de la gran cantidad de denuncias a nivel nacional); se habla, en cambio, de “excesos” y se procura evitar el castigo (políticos del mismo sector piden “tomar medidas” contra una fiscal, “dar herramientas” a las policías mediante normas que garanticen su impunidad)... en fin, el set de herramientas que se empleó estaba guardado en su caja, listo para volver a ser empleado.

Un argumento que suelen repetir las defensas de las personas a quienes se les imputan crímenes motivados políticamente es que quienes los cometen —en general, buenos vecinos, padres de familia— solo actuaron en circunstancias extraordinarias y que no es previsible que se repitan, por lo que no es necesario el castigo. Pero la historia se encarga de mostrarnos que no es así. Antes bien, la comisión sistemática de crímenes por el aparato estatal va impactando en culturas institucionales, que pueden quedar en estado de latencia, pero subsisten y vuelven a emerger.

A todo el despliegue comunicacional y a otras manifestaciones de poder se ven enfrentadas permanentemente las víctimas y sus abogados y abogadas. De no ser por su infatigable labor, no tendríamos procesos ni condenas por crímenes de la dictadura. Hoy tenemos cientos de ellos, lo que comparativamente con lo ocurrido en otros Estados parece mucho, pero —lo recalco— es solo un porcentaje menor de los casos reconocidos por el propio Estado.

Quiero insistir en relevar a quienes, ante la injusticia y el crimen organizado con mayúsculas, empuñaron valientemente las armas del derecho, abriendo posibilidades de dar pasos hacia un Estado de Derecho mediante argumentos jurídicos. Lamentablemente, su clamor no ha podido cesar porque la injusticia no ha cesado. Su incansable lucha no solo incide en cada una de sus causas, sino que también ha dado a la sociedad en su conjunto una lección de civilización contra la barbarie. **S**

Periodismo *undercover* en dictadura

Por Manuel Vicuña

La cárcel por dentro se llama el conjunto de reportajes sobre la vida de la Cárcel Pública de Santiago que el periodista Rubén Adrián Valenzuela publicó entre diciembre de 1980 y enero de 1981, en *La Tercera de la Hora*. El reportaje sacó de quicio a Pinochet, produjo un remezón en Gendarmería y despertó un apetito voraz en los lectores. Las ediciones del diario se agotaban en cuestión de horas e incluso en algunas localidades los reportajes eran fotocopiados para venderlos.

Valenzuela se infiltró en la cárcel adoptando la identidad de un estafador prófugo de la justicia y estuvo adentro una semana, totalmente librado a su suerte. Además de observar, escuchar y conversar, padece en carne propia las atenciones del régimen penitenciario, que le dejan lesiones físicas de por vida. El cabo Juan Rego, el villano de la historia, lo machaca a palos para dejarlo mansito de entrada. Le meten miedo con la posibilidad de encerrarlo en “El Metro”, un lugar de reciente construcción, pero ya legendario, que no figura en los planos del penal y que los gendarmes destinan a bajarles los humos a los presos, que no siempre ingresan ahí con “pasaje de retorno”.

Para aceitar el mecanismo y superar la etapa del rodaje, a Valenzuela le toca coimear, una práctica casi reglamentaria, que nadie denuncia. Se salva, eso sí, de que lo “pasen por las armas”. Enfermos mentales, tratantes de blancas, homicidas, narcotraficantes, cafiches, ladrones de todas las calañas, estafadores, “lanzas a chorro”, detenidos por ebriedad y homosexuales componen la población del penal, donde el mercado negro opera mediante la colusión de reos y gendarmes que hacen circular marihuana y Desbutal, unas cápsulas compuestas de metanfetamina y pentobarbital, que en el ambiente carcelario reciben el nombre de “la rubia de los ojos celestes”.

A Valenzuela no lo mandan a la cárcel por iniciativa del diario. Él propone hacerlo con una insistencia obsesiva, pero por un buen rato se topa con las negativas de los editores. A nadie le interesan los temas carcelarios ni las pellejerías que pasan los delincuentes, le repiten en las reuniones de pauta. “Tú lo que quieres de verdad —le dice un jefe directo— es que te den por el culo”. Valenzuela sospecha que al interior de la cárcel existe una

mafia que organizaba fugas masivas “a fecha fija”, y que Gendarmería es un antro. Al final, logra convencer al director del diario, que le pone una condición: antes de encanarte, tienes que tener clases con un experto en artes marciales como mínima medida de seguridad contra las violaciones y otras amenidades presidiarias.

Resultó que el profesor contratado, Arturo Petit, era el instructor personal de Pinochet. “Soy el único chileno”, bromeaba, “que le ha pegado patadas en el culo al general”. Para protegerlo de la furia de los presos, que tienen a los periodistas por cómplices de los detectives, y salvarlo de las represalias del personal de Gendarmería y de sus “guardias blancas” compuestas por reos propensos al ajuste de cuentas, la misión de Valenzuela se mantuvo en estricta reserva, algo más que necesario en el caso de un reportero de izquierda, contratado en un diario cuya planilla incluía agentes de la CIA, informantes de los servicios de seguridad y fachos furibundos.

En el medio carcelario existe una figura arquetípica, el “pillo canero”. Ese hombre investido de autoridad, ese choro de rango superior, sabe que al salir en libertad con los “papeles sucios” será un don nadie, un bulto arrojado a la calle, cuestión que lo perturba. “El Parafina” era uno de esos. Homicida y rey del chanchullo, tenía reputación de maletero, siempre andaba armado y trabajaba de sapo y de sirviente para los “tombos” (gendarmes). Hacía un tiempo, no tanto, “El Parafina” había pasado un periodo en libertad, sin buscarla ni celebrarla, puteando por su mala suerte. Se había dedicado a vagar por el sector de la Vega Central, a la espera de ser repatriado a la cárcel, su hábitat natural. Con ese propósito, a un viejo le vació las tripas de una sola cuchillada.

Ahora me pregunto qué cuestión habrá indignado más a Pinochet, siempre tan cuidadoso a la hora de escenificar el poder. ¿La revelación sobre las patadas en el culo que recibía de su instructor? De todas maneras. Pero también esta otra causa, de seguro: *La cárcel por dentro* no pasó desapercibida fuera de Chile. Tras conocerse el reportaje en el exterior, la agencia internacional de noticias de España, EFE, catalogó a Valenzuela como un “verdadero héroe nacional chileno” que había burlado a los secuaces del régimen, con la elegancia de un impostor consumado. **S**

Rosemarie Bornand, justicia en tiempos violentos

Fue la primera mujer y la más joven en integrar el Comité Pro Paz y luego se sumó a la Vicaría de la Solidaridad. Nació en Pitrufquén, estudió derecho en la Universidad de Concepción y su familia era radical y metodista. Tras dedicar su vida a la protección de los derechos humanos, durante la Transición se fue de Chile para ser parte de las misiones de paz en El Salvador y Guatemala. Bornand se mantiene atenta a la contingencia y no ha perdido el filo de sus comentarios. En esta entrevista describe cómo fue la lucha legal e incesante contra la represión y rememora los ecos íntimos que le dejó la dictadura.

Por Viviana Flores

Partió sola al Estadio Nacional y al Estadio Chile. Esas fueron sus primeras incursiones por los derechos humanos, pocos días después del golpe de Estado. En el Nacional, su fin era constatar que estaba ahí el jefe máximo de la Dirección Nacional de Prisiones de la UP, Littré Quiroga. Necesitaba entregarle unos remedios para la hipertensión, a nombre de su madre, que era vecina de Rosemarie Bornand.

“Pedí hablar con el jefe, porque la custodia estaba a cargo de un carabinero. No se podía pasar, no se podía entrar. Cuando finalmente me los recibió el jefe, le dije: ¿Pero usted me está confirmando que él está aquí y va a recibir los remedios? No, señora, no se puede confirmar, pero déjelos, a lo mejor le llegan. Qué terrible. El cuerpo de Littré apareció el 16 de septiembre, junto al de Víctor Jara y otros, en las cercanías del Cementerio Metropolitano”, relata la abogada.

Bornand sentía estas incursiones como un deber profesional: “Cuando una persona está privada de libertad tengo que ir, soy abogada. Todas tienen derecho a que se les defiendan, pues. La injusticia yo no la aguanto. Tengo esa mentalidad. Yo además estaba convencida de que iba a haber otro gobierno. Pero

¿una guerra contra la población civil? No, eso no entraba en mi cabecita”, advierte.

Ella era admiradora del gobierno de Salvador Allende, pero nunca militó en un partido político. Sí su marido, Eduardo Mayer, en el Partido Comunista. Una sola vez los allanaron, a los pocos días del Golpe. “Cuando uno supo después cómo eran los allanamientos, la verdad es que este fue de guante blanco”, cuenta.

El jueves 13 de septiembre, un inserto pagado por el Comité Permanente de Obispos se publicó en *El Mercurio*. En la declaración firmada por el Cardenal Raúl Silva Henríquez, junto a obispos de distintas regiones del país, se denunciaba el derramamiento de sangre y se pedía paz y respeto por los caídos, incluido el presidente Salvador Allende.

Bornand cuenta que “quedé muy sorprendida y emocionada. Eso fue un gesto muy importante. Y yo partí donde mi pastor, Tomas Stevens Noel, y le pregunté qué iba a hacer la Iglesia Metodista. Me tuvo que bajar un poco la ansiedad, pero me aseguré que había conversaciones entre las iglesias y me dijo: Rosemarie, yo te aviso”.



Fotografía: Emilia Edwards

Dos semanas después, el 6 de octubre, se conformó el Comité Pro Paz, con la misión de contrarrestar las violaciones a los derechos humanos de la dictadura. “Nos juntamos en el Arzobispado. Tenía cero contacto en mi vida con la Iglesia Católica y me impresionó mucho esto de reunirse con obispos que andaban con sotanas. Ahí nos presentamos los primeros abogados. Ese día conocí a Roberto Garretón y a Hernán Montealegre, que ya era un hombre prominente. Y algo que nunca voy a olvidar es cómo se presentó Roberto. Muy conciso. Dijo que era democratacristiano y que él, personalmente, y en esto insistió, había visto cuerpos flotando en el Mapocho. Me impresionó mucho y tuvo todo mi respeto”.

Rosemarie Bornand era la única mujer abogada miembro del Comité. Además, era la más joven y de provincia, como le gusta recalcar. Muchos de los otros abogados que eran parte de esta organización se conocían previamente. “La Universidad Católica y la Universidad de Chile me salían hasta en la sopa. Pero yo me sentía bien dueña de mí misma, creía que esa era mi labor como abogada, que tenía las herramientas y los valores, que es lo más importante. Después

llegaron más mujeres, como Fabiola Letelier, y otros abogados más”, cuenta.

CONSEJOS DE GUERRA

Los consejos de guerra fueron la primera misión que le asignó José Zalaquett, que era el jefe del departamento jurídico. “Tuve que estudiar el Código de Justicia Militar, que en la escuela lo habíamos visto de pasadita, porque efectivamente hubo muy pocos consejos durante la Guerra del Pacífico. Los plazos eran cortos. Tenías que prepararte a veces sin poder leer el expediente. Hacías la defensa escrita formalmente y luego la leías. No era un alegato como el de la corte. Estos consejos se realizaban en el quinto piso del Ministerio de Defensa, en un gran auditorio con butacas de cuero. Tenía un escenario, con una gran mesa en el que se reunían las Fuerzas Armadas”, cuenta.

El acceso al Ministerio tenía mucha seguridad. Revisaban a todas las personas, pero Bornand reiteradamente se negó a que fiscalizaran su cartera. “Entonces, el pobre paco que está en la puerta, llamaba al milico. Después al oficial de guardia de ese día. Y le decía: soy abogada. Voy a un consejo de guerra. Está

por empezar, no corresponde que usted me revise la cartera, aquí llevo mi defensa, en un tono bien seco, fijate. Como son de clasistas los milicos, yo iba bien arreglada. No exageradamente, ni enjoyada ni pintada, pero bien formal. Con tacos altos y mi cartera. Y después cuando estaba embarazada tenía mis tenidas maternales, pero siempre arregladita”, detalla.

¿Cómo era su interacción con los abogados militares?

El fiscal era el abogado del servicio jurídico del Ejército. A veces andaban uniformados. A mí los fiscales poco me importaban, porque eran malos. O sea, eran malos abogados. No se expresaban bien.

¿De qué servían estos juicios?

A ver... no servían para que les dieran la libertad inmediata, pero sí para aminorar la pena. Si era baja, que la cambiaran por extrañamiento, que se fueran del país. Entonces, sí sirvieron. Pero claro, una pregunta que nos rondaba siempre era: ¿Cómo me estoy presando para esta farsa?

NOCHE Y NIEBLA

El Comité Pro Paz finalmente se vio forzado a dejar de funcionar por orden directa de Augusto Pinochet. Sin embargo, al día siguiente, el 1 de enero de 1976, nació la Vicaría de la Solidaridad. Automáticamente, Bornand comenzó a trabajar en la institución del Arzobispado de Santiago como abogado de planta. Tenía que estar todo el día en las oficinas de la Vicaría y ahora tenía más responsabilidades.

Cuenta Bornand que la creación de las distintas unidades de trabajo en la Vicaría se correspondía con las maneras de operar de la represión. Sus primeras participaciones fueron dentro del equipo de desaparición forzada. “A fines del 75, ya todos sabíamos, después de la operación Colombo, del caso de los 119, que supuestamente murieron en Argentina, que había detenidos desaparecidos, pero daba harta cosa decirlo. Hablábamos de no ubicados. Pasamos años con la duda de que podían estar en campos de detención”.

El plan “Noche y niebla” fue la estrategia usada por el régimen nazi para la desaparición forzada de prisioneros (de ahí Alain Resnais tomó el título para su documental sobre Auschwitz). Fue una orden directa de Hitler. “Desaparecen en la noche”. En Chile, el primero que comenzó a emplear este término en sus escritos y alegatos judiciales durante la dictadura fue Sergio Concha, un excura que se dedicó por entero al derecho. “Fue muy terrible constatar que había un método sistemático de desaparición forzada”, asegura Bornand. “La segunda prueba irrefutable fue Lonquén. En noviembre del 78. Ahí ya se encontraron restos de no ubicados”.

Bornand detalla que el departamento de desaparición forzada en ese tiempo estaba compuesto por cuatro personas. “Héctor Contreras era el jefe de la unidad. Yo era la segunda a cargo, y dos asistentes sociales, María Luisa Sepúlveda y Ximena Taibo. Ahí se empezaron a confeccionar las listas, las primeras sábanas de los detenidos desaparecidos, que eran unos rollos de papel cada vez más extensos, con información muy minuciosa de cada persona. Eso permitía hacer cruce de datos y encontrar patrones. Los familiares nos ayudaron muchísimo en esto”.

En esos días oscuros las jornadas laborales podían extenderse hasta entrada la noche. La crianza de sus dos hijos la lideraba Eduardo, un gran lector de cuentos, que los mantenía, como dice Rosemarie Bornand, alejados del horror, y cuando ella llegaba, les daba un beso mientras dormían. Durante varios años los almuerzos en la Vicaría eran en los escritorios y consistían en café y unas hallullas con paté. Y muchos cigarrillos. La marca dependía de las platas del momento: Advance, Hilton o Lucky, que le encantaban. En segundo año de derecho comenzó a fumar y a sus 78 años, prefiere los Kent One, pero ahora solo después del mediodía.

Otro de los cometidos de Bornand fue la Unidad de Análisis de la Vicaría. Era allí donde se llevaba el pulso de las acciones de la dictadura, a través del Informe Mensual. “El objetivo —asegura— era salvarles la vida a todos los que incluíamos en este informe. Teníamos que ser muy cuidadosos, todo tenía que ser escrito en tono mercurial, es decir, no adjetivar. Neutro total. Y siempre con respaldo de un escrito judicial. Si la persona no tenía amparo, no se podía incluir. Las estadísticas y los relatos que se elaboraban en esta unidad tenían que ser a prueba de desmentidos, y la verdad es que nunca lo hicieron”.

LA VENDA

El Museo de la Memoria recibe múltiples donaciones de las víctimas de derechos humanos. Algunas están expuestas en sus colecciones. Bornand guarda relación con un objeto clave, un objeto que tiene algo de mítico: una venda gris oscuro para cubrir los ojos, usada por los servicios de seguridad durante las sesiones de tortura.

En 1984, el Diario Oficial publicó cuáles eran los cuarteles de la Central Nacional de Investigaciones (CNI). Sin dejarse amedrentar, los equipos de la Vicaría se apostaban a sus afueras con un abogado, un periodista y un fotógrafo. La idea era ingresar a los recintos para hacer valer en terreno la defensa de los derechos humanos. Tocaban a las puertas, insistentemente. Por lo general, sin resultados.

En este periplo constante, Bornand se anima a ir sola al centro de detención, tortura y exterminio Cuartel Central Borgoño, sede central del mando operativo de la CNI, también conocido como la “Casa de la Risa”. Allí, en el barrio Independencia, operaban los agentes de seguridad especializados en el MIR y el FPMR. La puerta era de fierro forjado, por lo que golpear con la mano era en vano. Se requería algo sólido, como una piedra. Eso hizo Bornand y, en contra de lo esperado, le abrieron la puerta.

“A mí no me daban miedo los uniformes ni las metralletas. Iba a buscar a un cabro joven. Cuando llegó, lo vi y me llamó la atención que parpadeaba mucho y le pregunté si había estado vendado. Me di cuenta de que sus ojos estaban humedecidos. Me hizo un gesto. No habló casi nada. Quizás desconfiaba. Al despedirse me dio la mano y me pasó algo”, recuerda la abogada.

“Salí con mi mano empuñada y me fui rápido. No la quería abrir, sentía que era un pedazo de tela, quizás venía un mensaje adentro. Cuando la abrí en el escritorio, estaba la venda. La llevamos a la corte como evidencia. Lo bueno es que después la recuperamos y quedó como testimonio”, señaló.

De los diversos ejes de su trabajo, Bornand habla con la misma intensidad, pero con tono suave, sin quebrarse, por más opacos y escabrosos que fueran. Viajó a lugares aislados de Chile para verificar las condiciones de vida de los relegados y para ser testigo de varias exhumaciones.

“En Pisagua estuve harto tiempo, de alguna manera me especialicé en Pisagua. Fue un hallazgo muy importante porque estábamos encontrando a varias personas. Uno de los primeros fue el Choño Sanhueza, que la primera en reconocerlo fue María Maluenda. En ese momento a mí se me conectaron mis recuerdos universitarios. Resulta que el Choño era un obrero de las Juventudes Comunistas de Concepción y que siempre recorría la universidad. Nunca me voy a olvidar que era de una población que se llamaba Agüita de la Perdiz. Nunca fuimos amigos, pero como la sal del desierto momifica los cadáveres, el Choño era completamente reconocible”.

Tenía bastante sangre fría...

Fueron muchos los horrores que nos tocó conocer y ver. Iba mucho al Servicio Médico Legal a acompañar a los familiares. Conocía perfecto el camino hacia el frigorífico donde están las bandejas. Era un trámite de identificación terrible, pero importante. Me acuerdo cuando asesinaron a un muchacho, Mauricio Mairet, del MIR. Fui al Médico Legal con la familia. Lo veo y la carita era idéntica a la de mi hijo. Lo encontré tan parecido a Ricardo. En la noche me levanté dos o tres

veces a mirarlo. Tenía que mirarlo y tocarlo para sentir que no era él. Tenía el mismo color de pelo. En esos tiempos, Ricardo debería haber tenido 14 o 15 años. Y este Mauricio tenía 18, 19. Fue la única vez que me pasó algo así. Nunca lo he dicho.

LOS ARCHIVOS DE LA VIOLENCIA

Con la llegada de la democracia, el trabajo de la Vicaría se concentró en el resguardo de la documentación generada entre 1973 y 1990. Más de 45 mil carpetas. Así fue como el Arzobispado, más las tratativas impulsadas por Javier Luis Egaña, decidieron que la misma Iglesia cuidaría de los archivos que contenían los métodos de represión y las historias de las víctimas de violaciones a los derechos humanos —este archivo de la violencia chilena, en 2003, fue declarado por la Unesco patrimonio de la humanidad.

A través de un decreto cardenalicio, el arzobispo Errázuriz nombró a Bornand como la persona encargada de asignar los casos pendientes o en proceso a distintos organismos de derechos humanos y judiciales. “El archivo jurídico se convirtió en mi misión. Para mí dejar los casos fue muy difícil. Trabajé hasta el último día, hasta diciembre de 1992”, reconoce.

Ella trabajó y puso todo su corazón, como dice, en la Comisión Rettig. Aun así, la Transición la decepcionó: “Pensé: no puedo seguir trabajando en derechos humanos si vamos a tener que ceder o conceder ciertas cosas en términos de justicia. A mí, eso de ‘en la medida de lo posible’ me cayó como patada en la guata. No lo entendí. Ahora he tratado de entenderlo, pero aquí, dentro en mi corazón, todavía no lo acepto”.

50 años después del Golpe, ¿cómo ve ese acontecimiento que transformó la vida del país y también la suya?

Para mí, el Golpe fue ayer. Cómo iban a ser necesarios esos excesos... Matar gente. Me duele y me indigna. No se debió haber quebrado la democracia, había otros caminos. Era un hecho que venía un plebiscito. Reconozco que hubo errores, pero el pueblo no estaba armado. En menos de 24 horas estaba el país paralizado. Se instaló el miedo porque la fuerza bruta te arrastra, te pisotea y te mata. Además, la maldad de las personas lamentablemente invadió a parte de los chilenos. Busco y leo explicaciones. Sigo pensando que fue el temor al cambio. Desde que fuimos independientes hubo una élite con pequeñas luces de progresismo, pero esa élite siempre ha ido soltando muy poco sus privilegios, y siempre fue a sangre y fuego. Yo estoy agradecida de haber dedicado mi vida a defender a las personas, pero no puedo estar, ni medio segundo, orgullosa de eso, porque el Golpe y la dictadura jamás deberían haber ocurrido. **S**

Derechos con historia (y con prehistoria)

Los derechos humanos son un invento, mas no en el sentido de una fantasía o ficción, sino en el de una creación o producción humana. Son culturales, no naturales, un producto de la acción conformadora y finalista del hombre —habría dicho Jorge Millas— o, en la hermosa definición de cultura de Gustav Radbruch, algo que la especie humana “supo colocar entre el polvo y las estrellas”. Tuvieron que vencer muchos obstáculos para constituirse y, bueno es recordarlo, es la democracia el régimen político que da mayor garantía a su respeto.

Por Agustín Squella



El decenvirato romano durante la creación de la Ley de las Doce Tablas.

“La historia de los derechos humanos demuestra que al final la mejor defensa de los derechos son los sentimientos, las convicciones y las acciones de multitudes de individuos que exigen respuestas con su sentido interno para la indignación”.

Lynn Hunt

“Si bien el derecho suele expresar los intereses de los sujetos más fuertes, también puede operar como un instrumento al servicio de los sujetos más débiles”.

Gerardo Pisarello

Cada vez que explico en clases qué es la democracia como forma de gobierno y cuáles son las razones para preferirla, algunos de los jóvenes presentes consiguen a duras penas detener un bostezo y más de uno lo hace abiertamente. Es en ese momento que echo mano de los derechos humanos y pregunto si los estudiantes que se encuentran en la sala dan o no importancia a tales derechos. Por cierto que la respuesta afirmativa es unánime. No falta incluso aquel que hace un gesto de desaprobación, haciéndome ver cómo se me ocurre preguntar algo así. Dejo pasar ese gesto y voy derecho al grano: “Si ustedes dan importancia a los derechos humanos —digo—, tienen que darla también a la forma de gobierno que tiene un evidente mejor rendimiento en cuanto a declaración, garantía y promoción de los derechos”. Y esa forma de gobierno no es otra que la democracia. Si se trata de rendir examen en cuanto a eso —declaración, garantía y promoción de los derechos humanos—, la democracia es la forma de gobierno que saca mejor nota, no la máxima de toda la escala, pero sí la mejor.

Existen los derechos comunes y corrientes, podríamos decir, que se adquieren en virtud de actos jurídicos que se otorgan o de posiciones jurídicas que se ocupan. Así ocurre con el derecho del vendedor de una cosa a que se le pague el precio y con el de un hijo a recibir alimentos de sus progenitores. Derechos que solo tiene ese preciso vendedor y ese determinado hijo, no todas las personas, y cuya titularidad concierne únicamente a ellos. En cambio, los derechos humanos, a veces llamados derechos fundamentales, adscriben a todo individuo de la especie humana, sin excepción, y por lo mismo, no provienen de actos o contratos que se celebren ni de posiciones jurídicas especiales que se tengan. Son derechos de titularidad universal... y tuvieron que vencer obstáculos para conseguirla.

Tales derechos se llaman humanos por dos razones: porque son una creación humana, una de las más afortunadas en la historia, y porque, tal como fue señalado antes, adscriben sin excepción a todo sujeto perteneciente a nuestra especie. Creación humana que, como tal, tiene una historia que la respalda y explica, puesto que estos derechos no fueron dados por una divinidad, ni hallados escritos en el firmamento, ni forman parte de la naturaleza, ni se encuentran esculpados en la condición racional de hombres y mujeres, ni tampoco ínsitos u ocultos en lo que algunos llaman “naturaleza de las cosas”. Los derechos humanos son un invento, más no en el sentido de una fantasía o ficción, sino en el de una creación o producción humana. Son culturales, no naturales, un producto de la acción conformadora y finalista del hombre —habría dicho Jorge Millas— o, en la hermosa definición de cultura de Gustav Radbruch, algo que la especie humana “supo colocar entre el polvo y las estrellas”.

Una creación humana que tuvo que vencer muchas dificultades y la decidida oposición de quienes se les oponían o querían los derechos solo para los estamentos o sectores de la sociedad a que ellos pertenecían. La famosa Carta Magna inglesa de 1215 no fue dada graciosamente por el rey Juan; le fue arrebatada por los caballeros y nobles de la época que rodearon el palacio real con un gran ejército de hombres a caballo. Muchísimo después, también en Inglaterra, el no menos famoso *Bill of Rights* fue una imposición que el parlamento hizo a Guillermo de Orange y su esposa antes de asumir su reinado y como condición para llegar al trono. Poco antes de aquella Declaración de Derechos, en 1679, una pieza fundamental para la protección legal —el *Habeas Corpus*— fue resultado de la fuerte presión ejercida sobre el entonces monarca Carlos II, quien había dispuesto el encarcelamiento

Quienes están en el poder suelen no conceder derechos, hay que arrebatárselos. Lo mismo, ahora en el caso de los derechos sociales, quienes tienen el poder económico se van a resistir siempre a ellos porque, quiérase o no, significan nuevas cargas e impuestos para los mayores ingresos y patrimonios.

arbitrario de sus opositores políticos. Quienes están en el poder suelen no conceder derechos, hay que arrebatárselos. Lo mismo, ahora en el caso de los derechos sociales, quienes tienen el poder económico se van a resistir siempre a ellos porque, quiérase o no, significan nuevas cargas e impuestos para los mayores ingresos y patrimonios.

Los derechos humanos se incorporaron primero al derecho interno de los Estados, desde el siglo XVII en adelante, y, bastante más tarde, a partir de 1948, al derecho internacional, y esto último solo después de los horrores de la Segunda Guerra Mundial. Hoy forman parte de un capítulo destacado de las constituciones de los Estados democráticos y en declaraciones, pactos y tratados suscritos a escala mundial y, asimismo, en ámbitos regionales. Esto último es lo que explica, por ejemplo, que exista una Declaración Universal de los Derechos Humanos, la de 1948, y que poco antes se promulgara una Declaración Americana de los Derechos y Deberes del Hombre. Igual en el ámbito estadual como internacional, y en el caso del segundo, tanto universal como regional, lo que tenemos hoy es un auténtico derecho positivo de los derechos humanos, es decir, ordenamientos jurídicos vigentes que les dan una base de sustentación cierta y objetiva, y que establecen órganos jurisdiccionales ante los cuales presentar recursos y reclamaciones cuando los derechos son vulnerados.

Resulta interesante comprobar cómo los derechos humanos se han expandido. Desde meros límites al poder (derechos civiles y personales), se agregaron luego derechos que permiten participar en la génesis y ejercicio del poder (derechos políticos), y más tarde, los derechos económicos, sociales y culturales, que son algo más que límites al poder y participación en este: se trata de exigencias que debe satisfacer cualquiera que se haga con el poder y que tienen que ver con la provisión de bienes básicos sin los cuales nadie podría llevar una vida digna, responsable y autónoma; bienes como atención sanitaria, educación, vivienda, ingresos justos por el trabajo, y previsión oportuna y justa.

Los derechos humanos forman hoy una unidad y son interdependientes unos de otros, pero hace claridad sobre su historia presentarlos como lo que han sido: una auténtica escalada respaldada por distintas doctrinas: el liberalismo en el caso de los personales; la teoría democrática, en el de los políticos, y el socialismo y socialcristianismo tratándose de los económicos, sociales y culturales. Que los derechos sociales *vinieran después* de las otras dos clases o generaciones de derechos, no significa que *vengan después* en cuanto a su garantía y realización efectiva. Sostener lo contrario, como advierte Pisarello, equivale a dar una "protección devaluada" a los derechos sociales. Que hayan venido después no significa que los derechos sociales deban ser tratados como derechos segundones.

La expansión de los derechos no para donde la acabamos de dejar, y hoy tenemos derechos colectivos. Derechos de pueblos indígenas, por ejemplo, como también derechos específicos de determinados grupos de la sociedad (discapacitados, por ejemplo) que se encuentran en una especial situación de vulnerabilidad. Derechos incluso de los pueblos en general: a la paz, al desarrollo, a un medio ambiente libre de contaminación.

"Lo nuevo se teje en lo viejo", solía recordar Gregorio Peces-Barba, estudioso del tema, y es por eso que la historia de los modernos derechos humanos tiene a sus espaldas lo que hemos llamado "prehistoria" de los derechos. Otro ejemplo: ¿derechos humanos en el antiguo derecho romano? Ni por asomo. Pero en el siglo V a.C. tuvo que ocurrir una sublevación de los plebeyos contra los patricios para que estos consintieran escriturar y hacer público el derecho privado de la época. Tal fue el origen de la famosa Ley de las Doce Tablas, que fueron expuestas a la entrada del foro.

Cuando se pierde la democracia, que es lo que ocurrió en nuestro país el 11 de septiembre de 1973, y se la recupera después de 17 años con fuertes

limitaciones, los que sufren son los derechos de las personas. Ocurrió también en buena parte de América Latina, donde los gobernantes pasaron de traje de civil a uniforme militar. Durante la dictadura de Pinochet no hubo claramente derechos políticos y tampoco económicos, sociales ni culturales, mientras que, en el caso de los derechos civiles, se respetó solo el de propiedad privada y el de emprender actividades económicas. Todas las demás libertades fueron canceladas en nombre de la seguridad nacional, que no era más que la seguridad y estabilidad del propio régimen: libertad de pensamiento, de expresión, de prensa, de discusión, de creación, producción y difusión artística, de reunión, de asociación. Se invocó la necesidad de orden para suprimir tales libertades y se logró lo que consiguiera cualquier dictadura, sea del signo que sea: orden en las calles a punta de metrallas, policía secreta y represión de los adversarios políticos. Como dejó dicho Norberto Bobbio, si la democracia es rápida en la demanda (todos piden) y lenta en la respuesta (que depende de instituciones y no de una sola persona), la dictadura es lenta en la demanda (nadie se atreve a pedir) y rápida en la respuesta (el dictador saca el ejército a la calle para silenciar a los que piden).

Cuando se sacrifica la igualdad en nombre de la libertad, las desigualdades impiden a muchos un ejercicio efectivo de sus libertades, y cuando se sacrifica la libertad en nombre de la igualdad, se pierde la primera y tampoco se consigue la segunda. De igual manera, la tensión entre orden y libertad debe ser manejada con prudencia, sin incurrir en el error de pregonar el primero de esos valores a costa del segundo de ellos.

Junto con recuperar la democracia en 1990, por limitada que haya sido —que lo fue—, Chile retomó el camino de los derechos, si bien lentamente, tan lentamente como avanzó nuestra transición, e incurrió en una abierta pereza constitucional, resignándose a reformas con cuentagotas a la Constitución que había impuesto la dictadura y manteniendo, hasta hace apenas un año, el quórum excesivamente supramayoritario de 2/3 de los parlamentarios en ejercicio para su reforma. A quienes defendieron la Constitución de 1980 y el quórum de 2/3 para reformarla podría preguntárseles lo siguiente: ¿qué pensarían si se acabara de pronto alguna de las dictaduras comunistas que existen todavía en el mundo y los demócratas llegados al poder demoraran décadas en reemplazar la Constitución de la dictadura a la que pusieron término?

Se pueden banalizar los derechos humanos de varias maneras: pasando por encima de ellos, aceptando solo algunos y rechazando otros, o creyendo

que todo deseo o expectativa da lugar a uno de estos derechos. Se banalizan también cuando se manejan con la lógica del doble estándar, tan habitual en esta materia, al condenar las violaciones a los derechos por parte de gobiernos que no son de nuestro agrado y celebrar o hacernos los desentendidos con aquellas en que incurren los gobiernos que son de nuestro gusto. Tratándose de derechos humanos, el doble estándar no es solo una inconsecuencia, es una inmoralidad.

Todos sabemos algo de los derechos humanos, pero nunca lo suficiente. En ocasiones no pasamos de decir que se trata de derechos importantes, que son de todos, que las dictaduras los desconocen, y cosas así. Examinar la historia de estos derechos, desde la modernidad hasta nuestros días, y poner atención también a su prehistoria, la cual puede ser rastreada hasta en algún libro del Antiguo Testamento, es una buena manera de saber acerca de ellos, de tomarles el peso y de tomárselos igualmente en serio, y de expandir una cultura de los derechos. Nuestro sistema educativo tiene en esto una gran tarea y, a la vez, una importante responsabilidad. En la educación superior, especialmente en las facultades de derecho, creo que antes de 1973 se enseñaba poco de los derechos humanos, pero a partir de ese año, al menos en mi caso, empecé a dedicarles un número mayor de clases. Cierta mañana llegó a la sala el vicerrector delegado que había en la sede de Valparaíso de la Universidad de Chile, un exmilitar que había sido profesor de Pinochet en la Escuela Militar. Se sentó en primera fila, cruzó las piernas y puso atención. Menos mal que yo ese día explicaba una materia tan abstrusa y políticamente inocua como la estructura lógica de la norma jurídica. Pasados 20 minutos, el vicerrector se retiró con expresión satisfecha. Vueltos a la democracia, y atendido que los derechos se enseñan en varias asignaturas, se convocó en Valparaíso a una jornada sobre cómo enseñar derechos humanos.

Siguiendo el ejemplo de Sócrates, que sostenía que muchas veces no sabemos lo que creemos saber, o que sabemos menos de lo que creemos saber, o que, sabiendo algo, no tenemos el lenguaje suficiente para transmitirlo a los demás de manera persuasiva, deberíamos tomar conciencia de nuestros limitados conocimientos sobre los derechos humanos y su larga y apasionante historia. Es de esa manera que estaremos en mejor posición de reclamarlos y defenderlos, para no tener que volver a lamentar en Chile lo que el poeta Miguel Hernández escribió en una cárcel española de la dictadura de Francisco Franco: “Yo que creía que la luz era mía, precipitado en la sombra me veo”. **S**

Cómplices pasivos: aprendizajes e involuciones

Quien fuera jefe de asesores de la Presidencia de Sebastián Piñera durante su primera administración, recuerda en este texto el impacto que el concepto de “cómplices pasivos” tuvo en la coalición de centroderecha. A su juicio, dicha conmemoración representaba una compleja encrucijada para el gobierno, la que fue abordada por el exmandatario mediante una valiosa reflexión, tan difícil como necesaria para su sector. También plantea que en el marco de los 50 años del Golpe, y sobre todo a partir del estallido social, resulta indispensable fortalecer algunos consensos básicos de la democracia liberal —como el rechazo de la violencia, el respeto por las reglas del juego, el reformismo responsable o el reconocimiento de la legitimidad de los adversarios—, valores que según el autor se encuentran bajo amenaza desde ambos extremos del espectro político. En eso, sostiene el autor, la vieja centroizquierda concertacionista y la vieja centroderecha aliancista —ambas hoy con mala salud política y electoral— aún tienen bastante que decir.

Por Gonzalo Blumel

Nunca las conmemoraciones del 11 de septiembre han sido inocuas. Es como si el calendario no perdona. Meses o semanas antes, por lo bajo, el país vuelve a conectar con el pasado para recordar la mayor y más perdurable división que hemos tenido en nuestra historia. Cuando además la efeméride se escribe en números redondos (20, 30, 40 o 50 años), la fecha se recarga aun con mayor intensidad de sentimientos y emociones, más allá de lo que cualquier historiador hubiera previsto. Así fue cuando se cumplieron 20 años en los tiempos del presidente Aylwin, 30 años en el mandato de Ricardo Lagos y 40 años en el gobierno de Sebastián Piñera.

Esta última conmemoración pude conocerla desde adentro, ya que en septiembre de 2013 ejercía como jefe de asesores de la Presidencia, el llamado Segundo Piso,

al que llegué luego de tres años a cargo de la División de Estudios de la Segpres. Pues bien, la entrevista donde Sebastián Piñera habló de “los cómplices pasivos”, publicada por *La Tercera* el 30 de agosto, y el discurso que pronunció a raíz de los 40 años del Golpe pocos días después fueron el resultado de una meditada reflexión realizada por el mandatario, con el propósito de enfrentar con un mínimo de solvencia un tema siempre candente para nuestro sector. Piñera no quiso eludirlo. Tampoco quiso quedarse en lugares comunes. Todo lo contrario. Desde su entorno más cercano siempre tuvimos claro que veía en esa conmemoración una posibilidad no solo de cumplir con su responsabilidad como jefe de Estado, fijando una línea que fuese aceptable para una amplia mayoría. También identificó una oportunidad única para



Sebastián Piñera durante la conmemoración de los 40 años del Golpe en La Moneda, el 9 de septiembre de 2013.
Fotografía: cortesía de AgenciaUno.

dotar a la centroderecha de un relato que permitiese hacerse cargo de mejor forma de su pasado, marcado indeleblemente por el apoyo irrestricto que parte importante de la derecha le brindó a la dictadura. El presidente consideraba que no existiría mejor instancia para hacerlo que entonces, cuando un aniversario de “número cerrado” del Once coincidía por primera vez con un gobierno de dicho signo político. Eso nunca había pasado. Era, por lo mismo, la ocasión propicia para salir a enfrentar los fantasmas y demostrar que se podía mirar sin complejos la conmemoración.

Para entender bien lo ocurrido conviene recordar el contexto. En los meses previos al aniversario del golpe de Estado, la ciudadanía estaba muy sensibilizada con el tema a raíz de la enorme cantidad de publicaciones, programas, investigaciones, notas de prensa y debates que se sucedieron en los distintos medios de comunicación. A ello se le sumó la inédita caja de resonancia producida por las redes sociales, fenómeno novedoso en un hito de esas características. Piñera, es cosa sabida, siempre adoptó una posición disonante respecto a su coalición en esta materia. Había, por lo mismo, un cierto morbo en el ambiente respecto de la forma en que el gobierno encararía el tema, todo esto a menos de dos meses de una elección presidencial donde se jugaba buena

parte de su legado. Estos elementos tal vez explican la enorme efervescencia que alcanzó dicho aniversario, distinto en su naturaleza, pero similar en cuanto a intensidad, con el de los 30 años del Golpe, cuando el presidente Lagos reabrió la puerta de Morandé 80 de La Moneda. Así y todo, ante la disyuntiva de abstenerse para no generarse problemas o asumir un bulto que era bien poco presentable seguir chuteando, a Piñera no le cupo ninguna duda.

En la entrevista mencionada, el mandatario acuñó el concepto de los “cómplices pasivos”, alusivo a las responsabilidades de orden político e institucional derivadas de las violaciones a los derechos humanos cometidas por la dictadura. De esta manera, se refirió a las altas autoridades de la época que, no habiendo podido menos que saber lo que estaba ocurriendo, nada hicieron por impedirlos, por investigarlas o por sancionarlas. También fue el caso —mencionó— de los jueces y tribunales que descartaron sistemáticamente miles de recursos de amparo, y de la prensa, que en reiteradas ocasiones se prestó para distorsionar los hechos o para acatar versiones oficiales que poco y nada conversaban con la realidad.

La entrevista cayó como un balde de agua fría en la dirigencia oficialista. Los partidos de la Alianza manifestaron su malestar a La Moneda a través de sus

presidentes, calificando las expresiones del mandatario como “inadecuadas”, “poco asertivas”, “injustas” o incluso “antipáticas”, no obstante que algunos dirigentes históricos de la UDI ya habían hecho su propio *mea culpa*. Como siempre, el escenario escogido para los reproches fue el comité político de los lunes, donde hubo duras recriminaciones cruzadas. De todos modos, pese a las divergencias, en ningún caso hubo asomo de rupturas.

Digeridos los alcances de la entrevista, La Moneda anunció la realización de un acto de carácter republicano, para el lunes 9 de septiembre, con motivo de los 40 años del Golpe. Se cursaron invitaciones a distintas autoridades de los poderes públicos y del oficialismo, las que también incluyeron a la entonces candidata presidencial Michelle Bachelet, al resto de los aspirantes a la presidencia, a los expresidentes de la República y a los principales dirigentes de la centroizquierda. Sin embargo, nadie del conglomerado opositor concurrió a la ceremonia, argumentando actos de campaña y actividades paralelas como justificación (terminaron organizando un acto paralelo en el Museo de la Memoria). El mensaje era evidente: había que negarle al gobierno y al presidente Piñera cualquier legitimidad para referirse al Once. La actividad, pese a recibir críticas desde el oficialismo, contó con la participación de sus principales dirigentes.

El acto del 9 de septiembre en sí fue muy sobrio. El presidente bajó de su despacho en La Moneda a la Plaza de la Constitución y procedió a reabrir la plaza, que había estado cerrada durante meses por trabajos de remodelación. Se izaron las 14 banderas instaladas en el lugar y luego el jefe de Estado volvió al Palacio, para pronunciar un discurso que planteó en términos explícitos que en la agonía de la democracia chilena hubo “responsabilidades compartidas”, porque el gobierno de la UP “reiteradamente quebrantó la legalidad y el Estado de derecho”, aunque fue categórico en afirmar que “ninguno de los hechos, causas, errores y responsabilidades” que condujeron al quiebre de la democracia pueden justificar “los inaceptables atropellos a la vida, integridad y dignidad de las personas”. También insistió en la responsabilidad por omisión en las violaciones de DD.HH. de quienes “ejercieron altos cargos en el gobierno militar o de quienes, por su investidura o influencia, y conociendo estos hechos, pudieron alzar la voz para evitar los abusos”. Adicionalmente, señaló que, si “muchos de nosotros pudimos haber hecho mucho más en la defensa de los DD.HH., también nos alcanza una cuota de responsabilidad”.

La actividad se inició a las 9:30 de la mañana y se extendió por casi dos horas. Al término de la ceremonia no hubo mayores controversias.

Otro hecho muy relevante ocurrido por esos días fue la decisión del gobierno de cerrar el penal Cordillera, recinto creado el 2004 durante el mandato del presidente Lagos, que contaba con condiciones especiales para los internos y donde permanecían, a esa fecha, 10 oficiales en retiro condenados por delitos de lesa humanidad. La medida fue anunciada el jueves 26 de septiembre y representó la respuesta del gobierno a la polémica originada tras una entrevista de CNN a Manuel Contreras, que fue transmitida un día después del acto en La Moneda. En sus declaraciones, el exjefe de la Dina desconocía por completo las violaciones a los DD.HH., negaba su condición de preso e incluso ponía en duda la existencia de los detenidos desaparecidos. Como era de esperar, la entrevista produjo una enorme y justificada polémica. Intentar cuadrar su versión con verdades más que zanjadas por la justicia (y la historia) resultaba simplemente indignante. El cierre del penal Cordillera significó que los exmilitares fuesen trasladados a Punta Peuco, y el presidente justificó la medida aduciendo razones de igualdad ante la ley. Con todo, Piñera llamó a “no confundir a las FFAA., que merecen todo el respeto, con criminales que atentaron contra los DD.HH.”. Y aunque hubo algunos reclamos en los partidos de la coalición, las cosas tampoco se salieron de control.

UN BALANCE A LA DISTANCIA

Los 40 años del Golpe nos encontraron en La Moneda en medio de un ambiente polarizado, exigente, contradictorio. Ciertamente, el año 2013 fue mucho menos ingrato que 2011 y 2012, al menos desde una perspectiva política. No tuvimos nada parecido a las enormes movilizaciones que habían tenido lugar en los años previos (HidroAysén, Magallanes, Aysén, Freirina, movimiento estudiantil, etc.), que en su momento plantearon situaciones de gran dificultad. Al ser un año electoral, el eje del debate fue desplazándose desde La Moneda hacia las candidaturas presidenciales, y esta pérdida de protagonismo, en vez de perjudicar al mandatario, le entregó mayores márgenes de movimiento.

Como era el último año del periodo, el gobierno pudo concentrarse mejor en sus prioridades y a raíz de eso, anotarse logros significativos: la economía y el empleo aparecían totalmente consolidados; lo mismo que el proceso de reconstrucción del 27-F, donde era posible constatar un fuerte avance en las metas autoimpuestas; también se podían exhibir avances sociales de relevancia, como la extensión del permiso posnatal a seis meses o la eliminación del descuento del 7% de salud para los adultos mayores más vulnerables, ambas medidas emblemáticas de la campaña del 2010.

Sin embargo, a nivel político las tensiones seguían siendo una constante, fruto del discolaje, la polarización y la incipiente fragmentación del sistema de partidos. Partiendo por la oposición, la cual mantuvo un inalterable “obstruccionismo” legislativo durante casi todo el periodo, actitud que se intensificó con la candidatura de Michelle Bachelet, por lejos la favorita en todas las encuestas.

También hubo serias dificultades con la Alianza, integrada en ese entonces por la UDI y RN. Desde el disco Pare de la UDI por el Acuerdo de Vida en Pareja, tras la cuenta pública del 2011, hasta la renuncia del presidente de RN a los comités políticos de los lunes, debido a sus permanentes desavenencias con el gobierno. En realidad, fue la centroderecha como un todo la que hizo crisis, como quedó de manifiesto con el hundimiento ese año de sus sucesivas candidaturas presidenciales.

Y si bien durante 2013 se produjo una gradual recuperación en las encuestas, veníamos saliendo de dos largos años con cifras de apoyo que oscilaron entre el 20% y el 30%, lo que en ese momento era motivo de gran escarnio y fuente inacabable de críticas (hoy apenas sería un pecado venial).

Por ello, desde una perspectiva política, calibrada además con el paso de los años, pienso que la forma en que Sebastián Piñera encaró ese particular aniversario entraña una cuota importante de mérito. El tema no era sencillo de tratar. De lado y lado se arriesgaban pérdidas importantes. No pocos asesores lo instaban a “capear la ola” con discreción e incluso invisibilidad. Pero optó por lo contrario, porque tenía la convicción de que ni el gobierno ni su propia coalición podían dejar pasar la fecha sin hacer una reflexión profunda.

Recuerdo que el discurso en La Moneda fue largamente meditado por el mandatario. Se preparó con dedicación, tomó incontables notas en su clásico block Colón, escuchó a muchísima gente, siempre apoyado por el equipo de contenidos que lideraba el abogado Ignacio Rivadeneira, hijo del fundador y primer presidente de RN, Ricardo Rivadeneira, quien a fines de los 80 había sido una figura importante para los acuerdos políticos que fueron fraguando la transición democrática.

Durante ese periodo consultó diversas opiniones, recabó una serie de antecedentes de carácter histórico, y probó una y otra vez sucesivos borradores para encontrar el tono y los adjetivos adecuados. Su idea era dar cuenta tanto de los factores que fueron pavimentando el camino al quiebre de nuestra democracia, como de los traumáticos e inaceptables sucesos posteriores. Explícitamente nos señaló que buscaba plantear una reflexión con “mirada de Estado”.

El mandatario también compartió los principales elementos del discurso con su comité político, del que yo formaba parte como responsable del Segundo Piso. Desde ahí pude conocer las orientaciones generales de su intervención. Comentarios de más o de menos, todos estuvimos de acuerdo con la mirada planteada. Lo mismo al interior del gabinete, donde no recuerdo haber escuchado ninguna voz disidente.

Por el contrario, en los equipos de gobierno, especialmente en la generación sub-40 (todos nacidos con posterioridad a 1973), integrada por un grupo grande de profesionales que debió transitar en forma acelerada desde los rigores de la técnica a los vaivenes de la política, el discurso encontró en general una recepción muy positiva. Para muchos de nosotros, venía a fijar una línea que era muy solvente en términos políticos e irreprochable en términos morales. Considerábamos que ya era hora de que la centroderecha se hiciera cargo de sus déficits históricos, para reconocerlos, asumirlos y explicarlos, sin medias tintas, al país. En muchos sentidos, las definiciones del mandatario significaron un alivio para buena parte de esa generación, que siempre se sintió incómoda con aquellas posturas que, de una u otra manera, justificaban o hacían la vista gorda ante las atrocidades cometidas por la dictadura.

Un ejemplo fue la carta publicada por un grupo transversal de analistas, académicos e investigadores sub-40, titulada “A 40 años del Golpe: una declaración generacional”, la que fue suscrita, entre otros, por destacados profesionales que trabajaban o que habían pasado por el gobierno, como Hernán Larraín (Segundo Piso), Lorena Recabarren (Segpres), Francisco Irarrázaval (Minvu) o Ignacio Briones (Hacienda). El texto instaba a establecer ciertos mínimos comunes sobre los cuales construir una comunidad política, a saber, el rechazo de la violencia política, el compromiso con la democracia y la inviolabilidad de los DD.HH.

Hubo sobre todo dos aspectos que fueron enfatizados por Piñera en su discurso. El primero se refería a que el quiebre de 1973 fue una consecuencia, predecible pero no inevitable, del deterioro que venía experimentando nuestro sistema político desde fines de los 60, periodo marcado por el *peak* de la Guerra Fría y por las contradicciones de la vía chilena al socialismo. Según el mandatario, este era un proceso donde la izquierda renunciaba —hasta donde fuese conveniente— a la vía armada para la conquista del poder, pero no a los fines de control político prescritos por la ortodoxia marxista para toda revolución, así fuera que la suya tuviera, como dijo Salvador Allende, sabor a “empanadas y vino tinto”. El presidente Piñera habló de las inconsecuencias programáticas de la

Los partidos de la Alianza manifestaron su malestar a La Moneda a través de sus presidentes, calificando las expresiones del mandatario como “inadecuadas”, “poco asertivas”, “injustas” o incluso “antipáticas”, no obstante que algunos dirigentes históricos de la UDI ya habían hecho su propio mea culpa. Como siempre, el escenario escogido para los reproches fue el comité político de los lunes, donde hubo duras recriminaciones cruzadas.

Unidad Popular, de su escaso apego a la legalidad y del desorden y divisionismo que distinguieron al gobierno en ese periodo. Este factor, a juicio suyo, fue el verdadero germen del colapso de nuestra democracia. En este plano, la izquierda tiene una responsabilidad que nunca ha terminado de asumir con claridad. Peor aún, en los últimos años el sector más bien se ha alejado de toda posible autocritica, al punto que la renovación socialista —un hito fundamental de la Transición— parece a estas alturas una simple nota al pie de los libros de historia o una extraña transgresión incompatible con los anhelos redentores de las nuevas generaciones.

El segundo punto, por lejos el más relevante en términos políticos, es que Piñera no solo condenó las violaciones de DD.HH. cometidas por la dictadura (algo que por lo demás siempre había hecho), sino que por primera vez asumió que hubo una cuota indirecta de responsabilidad en su sector —política, moral,

simbólica o como se la quiera llamar—, en la medida en que no se actuó diligentemente, habiendo podido hacerlo, para representar, corregir o simplemente condenar lo que estaba ocurriendo.

Ese es, a no dudarlo, el principal aporte de ese discurso. Piñera marcó una clara línea divisoria respecto de lo que es admisible e inadmisible en materia de DD.HH. Sostuvo que no solo es condenable justificar, promover o perpetrar estos atentados; también es reprochable omitirse frente a hechos que son siempre inaceptables, en cualquier lugar y circunstancia, y que durante la dictadura alcanzaron niveles de gravedad y reiteración sin parangón en nuestra historia.

Es posible que la forma en que el mandatario encaró los 40 años del Golpe no haya tenido toda la pulcritud o prolijidad que debió tener. El desplante presidencial generó tensiones en la coalición; algunas eran quizás inevitables, pero otras no. De más está decir que la candidatura de Evelyn Matthei quedó injustamente abollada. Con un poco más de pericia, se podría haber embarcado de mejor manera a la Alianza, de forma de haber marcado el punto de manera más robusta e incontestable. Hoy sigue siendo motivo de discordia al interior de la coalición y son todavía demasiado pocos los que defienden la aproximación al tema del mandatario. Es más, hay quienes atribuyen a ese momento el surgimiento de una incipiente desafección del electorado con las posturas más moderadas de Piñera (hipótesis más que discutible, considerando el macizo triunfo del 2017). Aun así, e incluso asumiendo ese costo, sigo pensando que el resultado final tuvo muchas más luces que sombras para el sector. Permitió encajar de mejor forma el pasado con el presente, fijó un nuevo marco de referencia para el futuro y mostró la indiscutible existencia de una centroderecha comprometida con los valores democráticos más esenciales. Hoy, de hecho, es posible constatar que todos los partidos de Chile Vamos incorporan referencias al respeto de los DD.HH. en sus declaraciones de principios. En el caso de RN, esta fue modificada en 2014, mientras que en el caso de la UDI fue actualizada en 2018. En el caso de Evópoli, que data de 2015, forma parte de sus principios fundacionales.

El reconocimiento ciertamente no ha llegado. Y quizás nunca llegue. Al exmandatario se le suele evaluar con una vara en exceso celosa. De todos modos, en términos históricos, aún ha corrido muy poca agua bajo el puente.

50 AÑOS DESPUÉS: AHORA O NUNCA

Los 30 años del Golpe estuvieron marcados por el arribo a La Moneda de Ricardo Lagos, el primer presidente socialista desde Salvador Allende. Lagos, a

diferencia de la Unidad Popular, lideró un proyecto político de vocación mayoritaria, plenamente democrático y apegado a la legalidad, alejado de todo idealismo exacerbado o tentación refundacional. Hasta cierto punto, reivindicó el socialismo chileno con los valores más profundos de nuestra tradición democrática.

Los 40 años del Golpe, ya se mencionó, estuvieron marcados por el retorno de la centroderecha a La Moneda, de la mano de un presidente que votó por el No, que no solo rechazó las violaciones de DD.HH. ocurridas en dictadura, sino que además reconoció la existencia de complicidades pasivas, por lejos el aspecto más recordado de dicha conmemoración.

¿Qué marcará ahora la conmemoración de los 50 años? ¿Será acaso una mirada reivindicatoria del proyecto utópico y excluyente de la Unidad Popular? ¿O será, desde la otra vereda, una suerte de esfuerzo restaurador de las modernizaciones impulsadas por la dictadura, aun a costa de empatarlas con los atropellos cometidos?

Creo que ambas opciones envolverían un severo retroceso democrático. Algo de eso, de hecho, se ha venido observando desde el 18 de octubre de 2019. Por una parte, ha proliferado cierta izquierda que, amparada por las primeras líneas de Plaza Baquedano o de Twitter, no ha dudado en desempolvar sus viejos sueños de ruptura. Es una izquierda ultrona y pendenciera, que desnudó impudicamente sus débiles credenciales democráticas en los días posteriores al estallido social, que buscó derribar por todos los medios a su alcance a un mandatario plenamente democrático y, lo que es peor, que estuvo dispuesta a utilizar la tragedia del 73 de la peor manera posible, forzando comparaciones abusivas y analogías inverosímiles que al final, y eso es lo más triste, solo debilitan la causa misma de los DD.HH. Obviamente, luego de las debacles electorales del 4 de septiembre de 2022 y del 7 de mayo de 2023, hoy se plantea con algo más de pudor en la escena pública, más por obligación que por convicción. Pero no es para nada improbable que apenas cambie la dirección del viento, esa izquierda beata reaparezca con renovado y militante entusiasmo.

También se observa la reaparición de cierta derecha que, después de décadas de hibernación, vuelve a reivindicar con “mirada de Estado” las obras impulsadas por la dictadura, poniéndolas como contrapunto de las violaciones de DD.HH., como si en esto fuese posible realizar una suerte de balance contable o análisis de costo-beneficio.

¿Qué hacer frente a polaridades tan extremas como dañinas? ¿Estaremos condenados en esta conmemoración a vivir (o sufrir) una fiesta del revisionismo por

lado y lado? ¿Tendremos nuevamente una suerte de competencia entre bandos, donde únicamente se reivindicará la superioridad moral de los propios? ¿O bien, por una vez, podremos intentar mirar el futuro juntos en torno a mínimos comunes que sean ampliamente compartidos? La respuesta a estas preguntas —creo— dependerá de la actitud que adopten hacia adelante las fuerzas más tradicionales o con mayor arraigo de la política chilena, esto es, la vieja centroderecha concertacionista y la vieja centroderecha aliancista, ambas hoy con mala salud política y electoral, atrapadas entre las dudas sobre su pasado y los temores sobre su futuro.

De la actitud que ambos bloques adopten, de las banderas que enarboles, de no avergonzarse de su historia, de no sucumbir frente a las amenazas que enfrentan por las bandas, de ello dependerá (en buena medida) esta nueva conmemoración del 11 de septiembre. En esto nos jugaremos el fortalecimiento, o el deterioro, de ciertos consensos que han estado vigentes por más de 30 años y que fueron esenciales para la restauración democrática. Consensos que creíamos fuera de toda disputa y que, ahora sabemos, se encuentran amenazados por las fuerzas centrífugas de nuestro debilitado sistema político. Consensos como la democracia liberal o representativa por sobre las fórmulas del asambleísmo popular o identitario. Consensos como el reformismo responsable por sobre el utopismo refundacional. Valores intangibles de nuestra democracia, como el rechazo a toda forma de violencia, la legitimidad del monopolio estatal de la fuerza, la defensa y promoción permanente de los DD.HH., el respeto irrestricto de las leyes y normas, la amistad cívica, el reconocimiento de la validez moral de nuestros adversarios políticos, y la preferencia del diálogo y los acuerdos por sobre la imposición a rajatabla de las mayorías circunstanciales.

Hoy, a 50 años del Golpe, muchos llaman a poner la mirada en el futuro. En lo personal, y *a contrario sensu*, creo justo lo contrario. O puesto de otra manera, el futuro depende de aprender de lo vivido. No podemos dejar de atender las lecciones de lo ocurrido hace ya medio siglo, cuando perdimos nuestra democracia de manera traumática. Tampoco podemos ignorar lo que sucedió hace algo más de 30 años, cuando trabajosamente la recuperamos. Y aunque el recuerdo sea más cercano, tampoco parece aconsejable ignorar el desmadre de hace apenas cuatro años, cuando volvimos a estar cerca de desbarrancarnos. Todos esos momentos, todos esos instantes, nos recuerdan con particular vehemencia la fragilidad de nuestra democracia, y también, el imperativo que tenemos de cuidarla para nunca más volver a perderla. **S**

La filosofía chilena a 50 años del Golpe

La historia de la filosofía chilena hasta 1973 revela una constante preocupación y muchas veces tensión entre formas diferentes de abordar los grandes temas nacionales, tales como los fines de la política y la educación. Se trataba, sin duda, de una filosofía y de unos intelectuales "situados", por usar la expresión del poeta Enrique Lihn. Jorge Millas, Humberto Giannini o Juan Rivano tenían una relevancia que hoy es difícil de encontrar, salvo en muy contadas excepciones. ¿Qué pasó? Después de medio siglo, ¿qué queda de esa tradición? ¿Es algo reversible o su recuperación siquiera deseable? En este ensayo, el autor retrata, a partir de su memoria, el mundo filosófico universitario del que fue testigo poco antes y poco después del golpe militar.

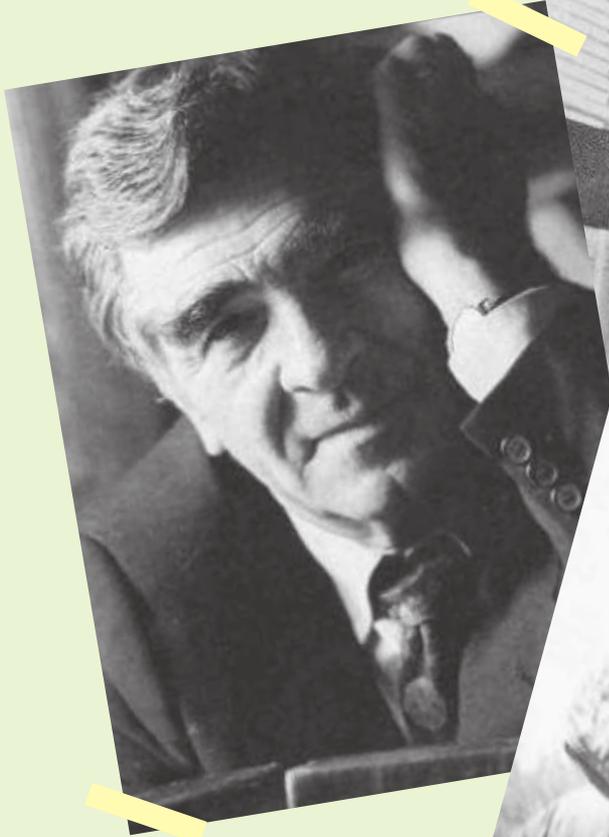
Por Iván Jaksic

Egresé de la Escuela Industrial de Puente Alto en 1969. Mi promoción fue de las primeras en acceder a las carreras universitarias no tecnológicas. Era una época de profundos cambios educacionales que buscaban democratizar el ingreso a la educación terciaria, sobre todo en la Universidad de Chile. Tanto la Casa de Bello como su legendario Instituto Pedagógico habían experimentado cambios importantes a raíz de la reforma universitaria de 1968. Cuando ingresé a Filosofía en el Pedagógico seguían vivos los conflictos relacionados con ella, y de hecho marcaron la vida universitaria durante los años de la Unidad Popular.

Estudiar en el Pedagógico en esos años significaba ingresar a un mundo de ideas y perspectivas que se perfilaban y enfrentaban diariamente en clases, asambleas o recreos. Para muchos, ese ambiente de efervescencia

resultaba insoportable. Varios profesores abandonaron el Instituto para desempeñarse en otras sedes de la universidad, buscando una tranquilidad académica que se fue volviendo cada vez más precaria. Para quienes permanecían en el Pedagógico, el problema central era si la autonomía universitaria (sobre todo a nivel departamental) significaba un control académico del currículo de acuerdo con estándares disciplinarios o si los imperativos del cambio social hacían indispensable un compromiso de la universidad con el gobierno de la Unidad Popular.

Durante los años de la reforma universitaria se instaló una polarización política que dividió a la universidad de la misma forma en que se enfrentó el país. Una postura crítica se había esbozado para superar esta división, al menos dentro de la institución, pero



De arriba a abajo: Jorge Millas,
Humberto Giannini y Juan Rivano.

Millas se manifestó esperanzado cuando el golpe militar frenó violentamente la actividad política, pero a corto andar, en 1976, declaró que la “universidad vigilada” de la dictadura no era mejor que la “universidad comprometida” de la Unidad Popular. Desde entonces sufrió el acoso de las autoridades, lo que le condujo a la misma esfera política que antes había condenado.

se vio sobrepasada por el antagonismo ideológico. El currículo de Filosofía, argüían las fuerzas de izquierda, debía reflejar y aportar al proceso de transformaciones sociales; tenía que incorporar el materialismo dialéctico como instrumento de análisis social y, también, enseñar el marxismo como fuente para impulsar los cambios necesarios a nivel global. La reacción de los críticos, amparados por los principios de la reforma, fue la de resistir los cambios curriculares, lo que derivó en frecuentes enfrentamientos, algunos meramente propagandísticos y otros más violentos, como tomas y desalojos.

Dada la polarización política del país, un movimiento que se manifestaba crítico de la ideologización resultaba blanco fácil para la prensa partidista (cabe recordar que algunos diarios y revistas eran órganos de los partidos). Era común en ese periodo escuchar que Filosofía en el Pedagógico era un nido de drogadictos, transgresores variopintos, agitadores profesionales, agentes de la CIA y anarquistas. Penosamente, algunos de esos estereotipos reaparecen de cuando en cuando. Se suponía (y aún se piensa) que radicaba allí un grupo sectario, con un grado formidable de cohesión, al que los partidos de derecha consideraban de extrema izquierda y, a su vez, los de izquierda consideraban de extrema derecha. La caricatura resultante ha hecho difícil rescatar los aspectos intelectuales y filosóficos de la oposición al maniqueísmo político que imperaba en esos años. La reforma de 1968 politizó a las universidades, pero también introdujo importantes cambios institucionales que permitieron una más amplia gama de discusiones intelectuales y filosóficas a nivel de seminarios y publicaciones.

Durante la década de 1950 y hasta la reforma, la filosofía era una disciplina altamente especializada, si bien con un sesgo hacia escuelas y autores en los que predominaba la fenomenología, la obra de Ortega y Gasset y el pensamiento de Heidegger. La apertura, posibilitada por la reforma, abrió otros horizontes, pero en un ambiente crecientemente ideologizado.

Algunos académicos, como se ha mencionado, simplemente se trasladaron a otras sedes o incluso salieron del país. Otros presionaron para que la disciplina se sumara a las transformaciones revolucionarias. Los que no estaban ni de uno ni de otro lado, cultivaron el estudio de pensadores críticos que no encajaban en un esquema puramente academicista o en uno comprometido. Resultaba escandaloso para los primeros estudiar a Arthur Koestler, Sigmund Freud, Norman Brown, Herbert Marcuse o Marshall McLuhan, mientras que para los segundos era una herejía considerar a autores que miraban a la sociedad y al individuo desde una perspectiva no marxista (ortodoxamente marxista, mejor dicho).

En este contexto, el estudio de Marcuse o McLuhan no se consideraba genuinamente filosófico. Estos autores no pretendían ser filósofos, pero sus ideas tenían un impacto en la disciplina. Hablaban, es cierto, de revoluciones tecnológicas que nosotros estábamos todavía muy lejos de vivir. Pero no era ese el tenor del rechazo. Se desautorizaba a estos autores por no ser compatibles con el canon prevalente, o lo que resultaba de interés o instrumentalización política inmediata. Lo que decía Marcuse, y sobre todo McLuhan, era que las transformaciones sociales estaban directamente relacionadas con el cambio material —y no con programas ideológicos. El cambio tecnológico, por ejemplo, proporcionaba una perspectiva de las transformaciones políticas, económicas y culturales a nivel global. Pero en Chile se alimentaba un clima ideologizado que veía el ejercicio intelectual crítico como una amenaza.

Los principales filósofos del momento, como Jorge Millas, Humberto Giannini y Juan Rivano, entendían claramente lo que estaba en juego y recurrieron a la tradición filosófica para superar las pugnas ideológicas de la época. Millas se opuso a la reforma universitaria, pero, sobre todo, a la instalación de la política de masas en la educación universitaria. Identificaba a la universidad como la expresión institucional de la

razón, en la que cabía el debate, pero no la ideología. Quizás la obra más importante en este período es *Idea de la filosofía*, publicada en dos tomos en 1970 —sin duda, se trata de los ensayos mayores de nuestra cultura de todos los tiempos—. Es un libro erudito, con un lenguaje filosófico sofisticado, pero en el que late un sentido de la responsabilidad hacia la sociedad: un afán de orientar, de dar pautas intelectuales para superar la estrechez de las consignas. Millas se manifestó esperanzado cuando el golpe militar frenó violentamente la actividad política, pero a corto andar, en 1976, declaró que la “universidad vigilada” de la dictadura no era mejor que la “universidad comprometida” de la Unidad Popular. Desde entonces sufrió el acoso de las autoridades, lo que le condujo a la misma esfera política que antes había condenado. Una de sus últimas apariciones públicas fue en un acto masivo en el Teatro Caupolicán, para oponerse al plebiscito de 1980. Nadie ha descrito mejor al Millas de estos años que Humberto Giannini: “Fue empujado por los hechos a los primeros planos de la vida nacional y en un momento tuvo que levantar la voz a nombre de los miles de seres silenciosos que no nos atrevíamos a hablar. Y el ejercicio honesto de este derecho le valió no ya la desconfianza, sino una guerra sistemática y demoledora”.

Giannini mismo tuvo una experiencia similar: no vio con buenos ojos la politización de la universidad durante el período de la reforma, pero el golpe militar lo sacudió personal e intelectualmente. Ayudó en lo que pudo a sus colegas perseguidos, como Armando Cassigoli, y posteriormente formó parte de la Comisión Chilena de Derechos Humanos. Fue de los primeros en rescatar aquel mundo de ideas y debates filosóficos que había sido tan caricaturizado por diferentes ideologías políticas. En *Desde las palabras* (1981) mencionó las discusiones, a veces bastante especializadas, que tuvieron lugar poco antes del Golpe. Con algo de nostalgia, recordó un debate con Juan Rivano sobre la llamada prueba ontológica de San Anselmo: “Hoy, a tantos años de distancia, quisiera hacer algunas consideraciones más acuciosas sobre el tema. Vaya esto también como un homenaje a una época muy intensa, rica, difícil, de nuestra vida universitaria”, es decir, el debate público sobre temas de contenido filosófico.

Sobre Juan Rivano se ha escrito menos que sobre Millas y Giannini, y debieron pasar décadas antes de que su obra se publicara en Chile en editoriales de prestigio. Sin embargo, fue desde un principio un filósofo motivado por la vinculación de la filosofía con el acontecer público. En los años previos al Golpe fue crítico tanto de la intervención política partidista en

Giannini no vio con buenos ojos la politización de la universidad durante la reforma, pero el Golpe lo sacudió personal e intelectualmente. Ayudó a sus colegas perseguidos, como Armando Cassigoli, formó parte de la Comisión Chilena de DD.HH. y fue de los primeros en rescatar aquellas ideas filosóficas que habían sido tan caricaturizadas por diferentes ideologías.

las universidades, como de la renuencia o incapacidad de la disciplina para abordar los temas que salían de los estrechos límites académicos. En *Pasión según Judas* (1972), Rivano trasladó los ejes narrativos centrales de la Pasión al Chile de la reforma universitaria, es decir, el destino de una posición crítica y contestataria en un ambiente político polarizado e intolerante. En *Filosofía en dilemas*, también de 1972, esbozó la crítica de aquellas filosofías de la historia que, en su afán por sistematizar teóricamente un mundo azaroso, fracasaban en aterrizar la filosofía en la realidad cotidiana. Su obra fue truncada por el Golpe, la prisión y el exilio; gran parte aún permanece inédita.

Los filósofos chilenos mencionados, entre otros, eran todavía parte de una tradición que se remonta a los orígenes de la República y que respondía a las inquietudes nacionales. Desarrollaron los instrumentos analíticos y una impronta de responsabilidad frente a un amplio público que los reconocía como referentes. El golpe militar cercenó esta tradición, al punto de que la filosofía ha dejado de ser un referente intelectual, traspasándose esa responsabilidad a otras áreas del conocimiento o al mundo de la opinión periodística. No sabemos si existe un zurcidor hábil que pueda reconstituir las hebras de la tradición filosófica chilena o si nos encontramos ante un proceso de fragmentación en donde las partes ya no suman un todo. **S**

Por una memoria no heroica

Pensar que el pueblo se “traicionó” a sí mismo al rechazar el proyecto de nueva Constitución hace retroceder a la autora de este texto 50 años, para pensar en los discursos bipolares y verticales, donde existen traidores y héroes, dominadores y dominados, victimarios y víctimas. Porque si “la traición señalada en el otro nos protege”, como afirma el semiólogo Héctor Schmucler, se vuelve cada vez más urgente dejar ese binarismo e inventar un lenguaje nuevo, que resigne la derrota, la cobardía y la pérdida.

Por Yosa Vidal

El sentimiento de fracaso que muchos de nosotros vivimos a 50 años del Golpe encuentra en la derrota de los proyectos revolucionarios un lenguaje común. Este sentimiento se produce, en parte, porque en la misma democracia hay una fuerza renovada de grupos ultraconservadores que han logrado triunfar en las elecciones, al mismo tiempo en que la izquierda se ve signada por populismos cuya autocomplacencia les ha hecho completar su propia caricatura del caudillo totalitario. La escritora Ana María Devaud habla de un “desaliento marcado por una inexplicable decisión popular, en contra de sus propios intereses”. Raúl Zurita dice que ve “ondear en el fondo las banderas negras del fascismo”.

El problema es que la disociación bipolar y vertical entre traidores y héroes en el contexto de la violencia política se vuelve hoy tan obtusa como la que esencializa a dominadores y dominados, hegemonía y subalternidad, lo culto y lo popular. El triunfo de los grupos neoconservadores, como bien indica Néstor García Canclini, “se facilita por haber captado mejor el sentido sociocultural de las nuevas estructuras de poder”. Esta es, en buena medida, la razón por la que

hoy, en el contexto de las democracias neoliberales, la derrota se ve como una consecuencia inescapable, como una herencia que no se puede impugnar. Lo que propone Idelber Avelar como una “incorporación reflexiva” de la derrota en nuestro sistema de determinaciones, parece un buen punto de partida para pensar en el complejo panorama político que vivimos. En particular, para desafiar una tendencia mistificadora y reduccionista de los modelos identitarios que utilizamos para entender los procesos políticos que nos exceden, que no somos capaces de leer, porque hay un lenguaje de la política que pareciera no dar cuenta de la singularidad de los eventos del presente.

Hemos visto que el rechazo al proceso constitucional en Chile ha renovado las narrativas de la derrota. El movimiento de octubre de 2019 instaló en el espacio público una serie de demandas sociales, principalmente al Estado chileno, en una sociedad en donde el problema de la distribución de la riqueza difícilmente puede ser peor. Chile es uno de los países más desiguales de Latinoamérica, según el World Inequality Report de 2022. Estos versos quizás debiéramos memorizarlos:



Lienzo colgado en una casa de Valparaíso tras el rechazo de la propuesta de nueva Constitución, en el plebiscito de septiembre de 2022.

el 10 por ciento del país posee el 80 por ciento del patrimonio total; el uno por ciento es dueño de la mitad del país; este uno por ciento, durante los últimos 25 años, ha duplicado su patrimonio; la mitad del país posee un patrimonio negativo.

La desigualdad refiere a la distribución de la riqueza, a las inequidades de género y etnia, junto con la destrucción medioambiental: a mayor acumulación de capital, mayor producción de contaminación y de basura que se apila lejos, invisible a los ojos de quien la produce, en poblaciones callampas a orillas de los esteros o en islas flotantes al medio del Pacífico. Aquí no hay disenso: el fin de la dictadura fortaleció las políticas económicas neoliberales que ampliaron estas desigualdades.

El mapa político que dibujó el rechazo es, como el Buenos Aires de Borges, un “plano de humillaciones y fracasos”. Al día siguiente del triunfo del rechazo, un meme con una cita de Roberto Bolaño se viralizó en las redes sociales: “La extraña voluntad de este país por hundirse en vez de volar”. Las razones del rechazo son complejas y aún estamos en el proceso de entenderlas y nombrarlas. En el frontis

de una casa de Valparaíso vi un lienzo con una pregunta: “¿Qué rechazaste?”.

El sentimiento de derrota después del triunfo del rechazo a la nueva Constitución afectó a la generación que vivió su juventud en la dictadura militar, y también a los que nacimos durante y los que vinieron después, quienes heredamos la desesperanza. Muchas lecturas que vinieron luego indicaban que la gente es tonta por defecto, que cómo iban a aprobar una Constitución que no eran capaces de leer, o que la gente es naturalmente fascista. La figura del “pueblo” revivida en la revuelta de octubre se transforma ahora en el “lumpenfascismo” o la “masa logrera” a la que se analiza con asco. El responsable del epíteto de “masa logrera” fue el académico Grínor Rojo, quien en su artículo “La derrota” la sindicó como una masa “racista, antifeminista y furiosamente homofóbica”, movida por un deseo “de poseer un cierto estatus y de poseer ciertas cosas, así como también del miedo de no poseerlas”. La filósofa Lucy Oporto habla con una aversión aún mayor sobre esa horda “lumpenfascista”, que destruyó las ciudades no por demandas legítimas, sino porque su “única pertenencia y validación social es su repugnante posicionamiento en el

Para que un modo alternativo de lo político sea verdaderamente distinto, debiera partir de una duda de los sistemas identitarios puros, partiendo por el propio. En *Respiración artificial*, de Piglia, el joven filósofo se debate entre ser fracasado o cómplice. Creo que ahora no nos queda más que asumir las dos condiciones. Como sujetos políticos, como los protagonistas de las memorias de la derrota, debemos partir de la premisa de que no somos autónomos o externos a la violencia, sino que estamos constituidos por ella.

reino indiferenciado de la psicopatía estructural que retroalimenta la peste negra del neoliberalismo”.

Otras lecturas culparon a esa misma intelectualidad de izquierda “obsesionada con la jerigonza de género”, “que entiende poco desde su posición de vanguardia, muy de élite universitaria”, “que cambió a Marx por Foucault, la misma que en la Convención Constitucional representó a los indígenas sin que estos se lo pidieran, y que prefirió derrochar todo su apasionamiento en discusiones sobre la sintiencia animal” (las citas son del profesor de filosofía Mario Sobarzo). Yo misma reenvié un meme en donde un niño sostiene un lienzo en el que se lee “país culiao penca”.

La derrota ante la posibilidad de una nueva Constitución dejó a muchos de nosotros enrabados, tristes, y también en silencio, mientras seguimos masticando las posibles razones y significados de la decisión de más de un 62% de las y los ciudadanos. Esa tristeza,

sin embargo, requiere y está en busca de un cambio de modo de ser narrada, una narración de lo político que, como dice el escritor del fantástico apodo Aniceto Hevia, sea “crítica de su propia soberbia intelectual”.

La derrota, desde hace 50 años, requiere de un lenguaje escéptico de los binarismos en el que los hablantes parecemos a ratos habernos hecho una prueba de la blancura, mientras los otros o son una masa ignorante que se deja llevar por sus pequeñas y fútiles ambiciones, o son un grupo de burgueses que nada saben del hambre. Recordemos que la “masa logrera” está conformada por individuos con historias marcadas por una tremenda pobreza económica y una constante negación de derechos básicos, como la salud, la educación y la seguridad. Y también que “la obsesionada jerigonza de género”, o la necesidad de la representación de los pueblos originarios “sin que ellos lo pidan”, responde no a la mera autocomplacencia teórica de un grupo al que “le falta calle”, sino que apela a desigualdades estructurales reales, materiales, que necesitan ser abordadas de manera urgente.

El semiólogo Héctor Schmucler, en un hermoso ensayo sobre la traición, indica que “la impiadosa historia del siglo ha repetido hasta el hartazgo la imagen del traidor como causa de los fracasos colectivos y las decepciones individuales”. Pensar que el pueblo se “traicionó” a sí mismo, o que me traicionó a mí al rechazar la nueva Constitución, me devuelve 50 o 60 años atrás, a esa narrativa cuya frontera delimita claramente dos lados, confirmando mi inocencia. “La traición señalada en el otro nos protege”, concluye Schmucler. En la misma derrota, en el mismo fracaso, hay espacios donde aparece un lenguaje y un ojo distinto al de la repetición impiadosa del siglo XX, un lenguaje que actúa sin sacralizar ni convertir en emblema.

¿Qué recordar o qué conmemorar a los 50 años del Golpe? *Diálogos de desaparecidos* es una obra escrita en 1978 por Enrique Lihn y publicada en 2018 de manera póstuma por Ediciones Overol. La obra, imposible de publicar en la vida del autor por razones obvias, consta de cuatro diálogos cuyos personajes son fantasmas de desaparecidos que regresan para cuestionar y perturbar el orden de los vivos y la memoria de los muertos. Juan Guillermo Alcalde, el desaparecido del primer diálogo, se aparece para convencer a un cura de que lo saque de la lista de los detenidos desaparecidos, pues en sus palabras, “la causa de los desaparecidos va a perder conmigo ese airecito que ustedes le han dado, de cosa edificante”. Como puesta en escena del discurso, el diálogo en esta obra es el lugar para expresar la contradicción, así como el lugar para experimentar la crisis. Y si bien el diálogo entre dos

voces en contradicción es un medio para encontrar una verdad (según la dialéctica platónica) o una síntesis (según la dialéctica hegeliana), el diálogo sirve en la obra de Lihn como procedimiento para reconocer que el mundo está constituido por elementos que se resisten a ser reducidos a identidades fijas. Los personajes, al narrar la complejidad de sus experiencias, movilizan su identidad hacia otros roles, particularmente en el caso de las víctimas de la violencia, como son las y los desaparecidos, y las esposas y madres de los desaparecidos. Como la obra de Lihn, hay muchas narrativas de la derrota del proyecto revolucionario, de horizontes utópicos caídos, de desesperanza, que poseen una búsqueda deliberada por encontrar un lenguaje y un sentido distinto a la política. Las historias sobre gente que no resistió poseen una particular fuerza poética y política.

Juan Guillermo Alcalde, el cínico que interfiere en el sistema de pensamiento del cura, dirige también su mirada hacia los lectores/espectadores de su obra. Esta mirada me interroga sobre quién es el beneficiario del sistema de identidades fijas, de los traidores, colaboradores y débiles, de hordas malogradas de lumpenfascistas que están allá, lejos de mí. ¿Acaso nosotros, que nos sentimos traicionados, no olvidamos también a voluntad, a conveniencia?

Para que un modo alternativo de lo político sea verdaderamente distinto, debiera partir de una duda de los sistemas identitarios puros, partiendo por el propio. En *Respiración artificial*, de Piglia, el joven filósofo se debate entre ser fracasado o cómplice. Creo que ahora no nos queda más que asumir las dos condiciones. Como sujetos políticos, como los protagonistas de las memorias de la derrota, debemos partir de la premisa de que no somos autónomos o externos a la violencia, sino que estamos constituidos por ella.

Existen memorias no heroicas de la dictadura, como los *Diálogos* de Lihn, que más que ser una herramienta de utilidad o presentar figuras “concientizadoras”, operan como explosiones semánticas, sin juego de sustituciones, con la rebeldía de un amasijo de alambres, fuera de los lineamientos prescriptivos de las narrativas del héroe que precedieron el Golpe. Un trabajo hecho desde la literatura, con las movilizaciones que produce la literatura —el placer entre ellas—, entiende que el trabajo de la memoria es una pelea que se da en el terreno de las palabras.

La revuelta de octubre y el proceso constituyente no fueron solo pérdida y derrota, y no solo despiertan la desesperanza. Como dice Aïcha Liviana Messina, el proceso constituyente no trajo únicamente “nuevas palabras políticas”; también contribuyó a “nuevas formas de ponerlas en circulación”. Elisa Loncón, por ejemplo, desde la presidencia de la asamblea, hizo

circular de otro modo las palabras, incluyendo la lengua de los pueblos originarios, desafiando el automatismo del lenguaje. Dice Loncón: “Para los pueblos sus lenguas, las palabras, son parte del aliento de la Tierra, la Tierra respira a través de ellas, dicen los mapuche, las palabras son los cantos, los sonidos y voces que existen en la naturaleza, porque no solo hablamos nosotras/os. Desde esta mirada, cuidar la lengua, revitalizarla, salvarla del exterminio es también salvar la Tierra y sus voces”.

Las palabras de Loncón entraron en el panorama político para conmover la relación entre el poder y la palabra. Entender la revuelta solo a la luz del rechazo restituye una visión teleológica de la historia en donde el pasado queda atrás, como ejemplo de algo perdido. Superar el lamento por la pérdida de sentido, por la derrota, por la falla, debe ser parte de una búsqueda de un sentido distinto, que reflexione sobre los modos en que se construye el conocimiento y las representaciones del mundo, construcciones y representaciones que no son paralelas al mundo, sino que son constitutivas del mundo. Tenemos un enigma por resolver, pero no sabemos cuál es. El trabajo literario consiste en buscar pistas, resolver acertijos, encontrar simetrías, y entiende que la realidad, la historia y la literatura son parte de un mismo entramado. No son lo mismo, pero componen un juego de reflejos, en el que escritura y política se determinan la una a la otra.

El mundo como pesadilla, como un “plano de humillaciones y fracasos” es, en definitiva, nuestro mundo. No se puede restituir la aventura política en los mismos términos de antes, porque los actores han cambiado y el horizonte de expectativas es otro. Carmen Castillo, al pensar sobre la derrota de 1973, dice: “Me pregunto cómo mantener la fidelidad a nuestra historia sin caer en la nostalgia mortífera ni en la caricatura de lo que fuimos”. Y agrega: “Habitada por la energía de la memoria de los vencidos, poco a poco voy aprendiendo que de la derrota surgen derroteros”. Los derroteros de la derrota, un acierto literario de la cineasta, que conversa directamente con el meme de Bolaño cuya cita, he comprobado más tarde, es mucho más larga y compleja de la que leímos ese día triste. Dice Bolaño: “Como se rompe todo en Chile, y en esto quizás resida el encanto del país, su fuerza: en la voluntad de hundirse cuando puede volar y de volar cuando está irremisiblemente hundido”.

En la aventura que nos queda por vivir hay un lugar para los vencidos, para la cobardía y para la pérdida, como fracaso de la empresa y como lo que desaparece y no queda. Como se rompe todo en Chile, podemos romper el lenguaje para devolverle su encanto, o su poder como encanto, como conjura. **S**

Cinema Pinochet

Por Yanko González Cangas

—¿Qué tipo de películas le gusta ver?

—Las históricas. Esas que dejan alguna enseñanza.

(Augusto Pinochet Ugarte en *Ego sum Pinochet*, de Raquel Correa y Elizabeth Subercaseaux, 1989)

No sabe cuándo. Los destellos de la máquina se solapan por demasiados años estampando caídas torpes, persecuciones, risas mudas y balaceras, en un *far west* más escenográfico que polvoriento. Tampoco lo auxilian los lugares —Chile Films, Bucalemu, el edificio Diego Portales o La Moneda—, como si la oscuridad de las salas de proyección le hubiese dejado parte de su memoria en penumbra. No puede precisar la fecha, pero conserva algunos fotogramas vivos en su cabeza: luces encendidas, un cruce de miradas y una mueca cálida y cómplice, diferente a otras semanas, quizás por verse ambos tan heroicos representados en la pantalla. Su jefe, Augusto Pinochet Ugarte, y él, su proyeccionista. Una escena calcada a la que años antes habían protagonizado Stalin e Iván Sanchin. Sus antípodas políticos, claro, pero en el fondo eran ellos: en sus puestos, en su orgullo y en sus responsabilidades. Vi esa película, le interrumpo. Se estrenó a comienzos de los 90, pero Pinochet ya no estaba en La Moneda. “Sí, seguramente —me dice—, tal vez se la pasé a mi general en la Comandancia, y yo ya había cruzado la Alameda”.

La ilusión óptica, el movimiento, esas 24 imágenes por segundo habían hipnotizado a quien para efectos de esta crónica llamaremos Alfredo Arana. Lo habían hipnotizado desde su niñez, cuando vivía en el paradero 30 de la Gran Avenida. Tuvo la suerte de

que su padre trabajaba en una empresa que distribuía películas —Universal— y llegaba a casa con trozos de acetato que Alfredo se ingeniaba para proyectarlos en la pared con ayuda de linternas, espejos y ampollitas con agua. “Siempre traía pedacitos de películas y yo era feliz, feliz. Hasta que un día mi padre le comentó al dueño de un cine que había cerca, donde él iba a buscar y a dejar películas, que tenía un hijo al que le gustaba mucho el cine, y Ballesteros, así se llamaba el señor, le dijo mándalo para acá”.

El dueño, para más felicidad de Alfredo, le dijo que si quería aprender, que fuera los domingos para ver cómo eran las máquinas, las técnicas de proyección, y se encantó para siempre: “Ahí aprendí a manejar los equipos, las máquinas, todo eso, hasta que un día llegó el dueño de uno de los cines de San Bernardo, Lalo Arenillas, porque quería exhibir una película que yo estaba pasando, y terminé reemplazando al operador de su cine y seguí y seguí hasta llegar a las salas de Santiago, Chile Films y La Moneda”.

Llevo varios años escuchando el audio de estas conversaciones con Alfredo Arana, buscando, acaso, surcos, señales o pisadas factuales de su paso que transformen sus relatos en una “Historia de vida”, esa apostillada narrativa del yo, que para la antropología o la historia, supongo, aún importa algo. Recogí extensos diálogos con Arana solo dos años antes de su



Llevo varios años escuchando el audio de estas conversaciones con Alfredo Arana, buscando, acaso, surcos, señales o pisadas factuales de su paso que transformen sus relatos en una “Historia de vida”, esa apostillada narrativa del yo, que para la antropología o la historia, supongo, aún importa algo.

muerte, entre otras razones, porque todo en ese barrio —mi barrio— se estaba muriendo e intuía que aquel vecino que conocí en la infancia y del que sospeché en la juventud, no nos había contado todo. Como Sanchin, el proyector privado de Stalin retratado en el filme de Andréi Mijalkov Konchalovski (*The Inner Circle* o *Círculo de poder*, 1991), Alfredo distrajo y entretuvo con sus películas, primero, a la Junta de Gobierno y, a poco andar, solo a Pinochet y sus cercanos, durante más de 17 años.

¿Se puede leer una sociedad a través de una historia de vida? ¿Es la acción individual una forma de totalización de lo social? Por desaciertos y aciertos anteriores, ya no son esas dudas las que me acechan, sino las mediaciones biográficas, aquellas necesidades metafóricas y evidenciales que parecen imprescindibles para saber de vidas y tiempos a través de otras vidas y tiempos. ¿Qué nos puede decir Alfredo Arana de la dictadura cívico-militar, encerrado en su cabina, mostrando las películas del cómico argentino Jorge Porcel que a Pinochet “le gustaban tanto”? ¿Un imaginario especular? ¿Un régimen de sensibilidad que, como el haz de luz cinematográfico, aumenta y se invierte por una lente que enfoca la imagen sobre una pantalla? Me basta por ahora con un reflejo esquinado, marginalmente decisivo, pero que capture el tono de ciertas subjetividades de una época; acentos que, como el timbre en el habla o el grano en la fotografía, le den otra definición a la imagen de esos 17 años alargados hasta ahora.

—Alfredo —le pregunto—, ¿sabías que la película sobre el proyectorista de Stalin está basada en una historia real?

Lo desconoce o duda. Sí, la verdad es que Iván Sanchin era una chapa que encubría al agente de la NKVD —predecesora de la KGB— Alexander Sergeevich Ganshin y que trabajó desde 1939 hasta la

muerte del dictador mostrándole películas (incluso logró quedarse en el Kremlin hasta principios de los años 80). El director del filme sabía que el proyector escribió sus memorias, lo conoció en los 70 y lo entrevistó, sacando a la luz una amarga historia, le digo. Su esposa se convierte en amante del jefe de la NKVD, el temido Lavrenti Beria, se embaraza y vuelve donde Ganshin solo para suicidarse. Aun así —le cuento—, él se mantuvo devoto del régimen y de Stalin.

—Como yo de Pinochet —me contesta—. No fui de ningún servicio secreto, me vigilaban, seguro que me vigilaban, pero nunca dije lo que hacía. No decía nada. La gente no tenía idea en lo que yo trabajaba, a lo mejor muchos creyeron que yo era de la CNI.

Se sabe que Arana, como Ganshin, no fue de ninguna manera “único en su tipo”, entre otras razones, porque la autocracia, con sus privilegios y placeres, convirtió a muchos dictadores no solo en cinéfilos y censores, sino en realizadores, guionistas, actores y hasta en directores, rodeándose de funcionarios, operarios, productores y tecnología, tanto para el goce propio como para la perpetuación del *statu quo* a través de la propaganda.

Francisco Franco, premunido de su primera cámara, una Pathè-Baby, rueda varias películas en África que, aunque terminarán extraviadas, le servirán de experiencia para actuar en el filme *La malcasada* (1926) y, ya convertido en dictador de España, rodar la película nacional-catolicista *Raza* (1941), basada en un argumento —después convertido en novela bajo el seudónimo Jaime de Andrade— escrito por su puño y letra. En materia cinematográfica no dejó nada al azar: desde sus inicios nombra en la dirección de prensa y propaganda (de la que dependía el Departamento Nacional de Cinematografía) a su amigo Millán Astray, luego a su hermano Nicolás Franco y, finalmente, a su cuñado Serrano Suñer, los que contribuyeron cuadro a cuadro al culto de su imagen. El cine fue su ocio

desde joven y cumplió su sueño de transformar un pequeño teatro de su residencia del palacio El Pardo en una sala de cine.

¿Qué veía Franco?

Hace muy poco, José María Caparrós y Magí Crusells encontraron en el Archivo General del Palacio Real de Madrid un material inédito e insólito: las invitaciones a las sesiones cinematográficas realizadas en la residencia del dictador, desde enero de 1946 hasta el 12 de octubre de 1975, con el programa detallado de las mismas. Según la documentación, Franco vio cerca de dos mil películas en El Pardo (1.514 extranjeras y 465 españolas), dos veces a la semana, y el catálogo revela puntos de fuga desconocidos en los monolíticos valores del franquismo: vio varias películas de Buñuel y del “cine de la disidencia”, como las dirigidas por Bardem o Berlanga. Y contra lo que se creía, el género más visionado fue la comedia, seguido del drama, el policial y el musical.

El registro de consumo fílmico de un dictador más cercano al encontrado por Caparrós y Crusells está contenido en *Las memorias de Clara Petacci*, la concubina favorita de Mussolini, pero son mínimas en comparación. Lo propio ocurre con los visionados de Hitler, que aparecen muy ocasionalmente en los diarios de Goebbels, a veces en periódicos o en los registros de sus ayudantes, especialmente entre 1938 y 1939, como lo prueba la meticulosa investigación del inglés Bill Niven en su *Hitler and Film*, que coloca a *Metrópolis*, de Fritz Lang, entre sus obsesiones.

Y están las memorias de Ganshin, claro. Por eso sabemos que las películas favoritas del zar rojo eran las históricas y militares, la comedia musical *Volga Volga*, *Tiempos modernos*, de Chaplin, pero también nos enteramos de que amaba los *westerns* de Spencer Tracy y Clark Gable, así como las del vaquero y héroe solitario interpretado por John Wayne. Y algunos detalles más: odiaba el erotismo explícito (en *Volga Volga* se sorprendió por un beso apasionado y ordenó que recortaran el filme con tal furia, que los besos en las películas soviéticas se prohibieron durante un tiempo) y encargaba la realización de sus propias hagiografías fílmicas, ordenando que un solo actor lo interpretara (Mijael Gelovani), amén de delinear muchas películas a la medida de su gusto.

Como sucederá a menor escala con Pinochet, Stalin contaba en todas sus residencias con una sala de visionado y, de hecho, el ataque al corazón que lo mató ocurrió momentos después de una de estas sesiones de cine doméstico, el 28 de febrero de 1953.

“Es una película nueva, le dije a mi general”, cuenta Arana. Y sigue: “Ah, ya, me respondió medio serio.

Pero cuando terminó, ufffff, ¡salió bailando! Disfrutando de lo lindo. Trataba de un famoso cantante de *rock and roll*, pianista, era casi pura música. Mi general quedaba maravillado con lo que hacía con las manos. Esa película me gustaría guardarla, tenerla conmigo, porque te alegra la vida”.

—Pero ¿cuál era esa película, Alfredo?

—*Bolas de fuego* —me responde (*Great Balls of Fire!*, 1989)— y era sobre Jerry Lee Lewis, donde él se enamora de su sobrina, un amor imposible.

Perdido el plebiscito del Sí y el No, el dictador aún bailaba, pienso. Pero también cavilo sobre una constante, a juzgar por lo que su cercano ideológico —Francisco Franco— más veía: comedias y, de paso, todo el cine comercial que podía elegir antes de que lo mirara el resto. *Haz lo que yo te digo, pero no lo que yo veo*.

Por lo mismo, quizás lo que visionaba en su pequeño cine privado nos habla más de lo que nos dejó ver, a la manera de una curatoría espontánea, paralela a la censura institucional. Como lo estudió pioneramente María de la Luz Hurtado y en forma reciente, Jorge Iturriaga y Karen Donoso, en Chile, o Jane Esberg, en Princeton, desde el golpe de Estado comienza una fase de censura creciente, con películas prohibidas ya sea por razones políticas, religiosas o sexuales. Si desde el año 1960 la proporción de filmes purgados rondaba entre el 1,5% al 3,5% del total de presentadas a los organismos calificadoros, a partir de 1974 rondará sobre el 10%, llegando en 1978 a censurarse casi el 18% de las películas revisadas.

¿Estaban los ojos cinéfilos de Pinochet detrás de estas purgas?

Es difícil saberlo, pero han quedado huellas tentativas: el cambio drástico de miembros del organismo calificador por personeros afines a la dictadura, en 1973; la reforma a la ley en 1975, que modifica la composición y atribuciones de este cuerpo censor (se rebautiza el Consejo de Censura con el nombre de Consejo de Calificación Cinematográfica, traspasando su presidencia al subsecretario de Educación e integrando como miembros a representantes activos de las cuatro ramas de las Fuerzas Armadas) y, cómo no, el privilegio que tenía Pinochet, como me relató Arana, de ver películas antes de que llegaran a los cines, es decir, antes de que fuesen calificadas o prohibidas por el Consejo. Ello pudiese implicar, aun potencialmente, recomendaciones o interferencias directas de los títulos “adecuados” para ofertarse en las marquesinas del país.

Como es obvio, este Consejo dejó fuera de los cines a todos los filmes políticos que se situaban en las antípodas de los predicados ideológicos de la dictadura y ejemplos hay muchos, incluyendo absurdos



Alberto Olmedo, Susana Giménez, Jorge Porcel y Moria Casán en la película *Las mujeres son cosa de guapos* (1981).

como *El batallón chiflado* (1981). Pero ¿le repugnó a Pinochet *El último tango en París* (1972) de Bertolucci? Cuando pasó por los revisores en 1974 y se vetó, María Romero, integrante de este Consejo que permanecerá varios años, dijo que se le consideró “aberrante pornografía pura”. O tal vez el dictador no tuvo oportunidad de que le asqueara, pues se mantuvo ocupado viendo la prolífica producción de comedias eróticas protagonizadas por Jorge Porcel, que desde el año 1973, comenzando con *La casa del amor* y hasta *El profesor punk* (1988), contabilizó 35 filmes, muchos de ellos lanzados en un mismo año.

En 1978, las tensiones limítrofes entre Chile y Argentina estaban conduciendo a ambos países a un conflicto bélico inevitable. El integrante de la Junta y comandante de la Aviación, Gustavo Leigh, estaba en franca oposición a Pinochet, lo que se zanja con su destitución y una gravísima crisis interna. Pero en abril de ese año, el cómico porteño estrena *Fotógrafo de señoras* —con Graciela Alfano— y en septiembre, *Encuentros muy cercanos con señoras de cualquier tipo*,

protagonizado por Porcel y su dupla inseparable, Alberto Olmedo, junto a las vedettes Moria Casán y Adriana Aguirre. Al parecer, ni la guerra inminente ni la salida de Leigh ni el origen del filme o el escrutinio de sus fieles partidarios ultracatólicos, liderados por Jaime Guzmán, impidieron que Pinochet gozara de las desventuras de hombres lascivos y torpes, que se las ingenian de mil maneras para conseguir la aquiescencia de ingenuas personificaciones femeninas, siempre de faldas muy cortas, tacos muy altos y blusas escotadas.

“En ese tiempo había películas de un cómico argentino, el gordo Porcel —me cuenta Alfredo—. Puuuu, que le gustaban esas comedias, ¡y se reía! Yo te digo que salían riéndose y quedaban felices. Esas comedias argentinas de Porcel, puuuuu. Mi general pedía de esas películas, porque salían riéndose. Eran picantes, pero lo que le interesaba era disfrutar, reírse, reírse, reírse. A mí me abrazaba, me decía: ‘¿Cómo está Arana? ¿Qué película tiene hoy día?’. Esto, esto y esto, le decía yo. Puuuuuu, gozaba”.

“Alfredo, ¿quién decidía sobre cuáles películas ofrecerle? ¿Tú tenías la decisión?”, le pregunto.

“Mira, había un encargado que trabaja en el sistema de cine y me decía: ‘Hay esta, esta y esta película, para que le ofrezcas’. Yo no las había visto, él me las contaba un poco y yo ahí elegía lo mejor según el gusto de mi general”.

Como sabemos, acaecido el Golpe, la industria cultural y los medios de comunicación son drásticamente intervenidos, lo que en materia cinematográfica tendrá consecuencias devastadoras, pero también muy anheladas por parte de aquellos sectores que pugnaban por una “liberación nacional”, especialmente de la “propaganda marxista”.

El mismo 11 de septiembre, relató el funcionario Marcel Llona al periodista Sergio Villegas, los estudios de Chile Films son asaltados por una tropa de militares que destroza laboratorios y quema archivos fílmicos, lo que se extendió por tres días, destruyendo, entre otras piezas, todos los noticiarios desde el año 1945 en adelante. Proseguirá el cierre de los departamentos de cine de las universidades y la derogación de la ley de cine, que promovía la protección de la producción cinematográfica nacional.

La contraparte, consecuente con la idea de liberación nacional, es la reapertura ilimitada de las importaciones de filmes desde el extranjero, las que habían sido fuertemente controladas a través de cuotas e impuestos a partir de medidas proteccionistas impulsadas por la Unidad Popular. De hecho, apenas tres semanas después del golpe de Estado, se apersonó en el país Robert Corkery, presidente de la Motion Picture Association of America, para aupar el envío de películas desde los grandes estudios de Hollywood. La proliferación de la oferta le abrió a Pinochet y a la Junta un apetito fílmico omnívoro y es por ello que, apenas pudieron, sus miradas se dirigieron a Chile Films para ver las novedades cinematográficas de las que el socialismo los había privado por mil días.

“Cuando llegué a Chile Films —relata Alfredo—, en noviembre o diciembre de 1973, supe que habían estado construyendo un microcine, porque ese día, justo ese día, lo iban a inaugurar. Vi las máquinas —las conocía— y cuando estaba todo listo, me dijeron que me tenía que quedar. Estaba a cargo un coronel, muy jodido. Entonces comenzó a llegar gente de seguridad, de Carabineros, de la Armada, de la Aviación... Y de repente veo que entra Mendoza, Leigh, Merino y mi general, todos con sus señoras, los cuatro, cada uno con su señora. No recuerdo qué vieron, puede ser que nada muy recordable, pero a mitad de la película se me comenzó a quemar un foco y a salir humo, y todos empezaron a alarmarse, a salir de la sala y los

de seguridad a entrar a la cabina. Imagínate, yo estaba muy nervioso... Al final logré resolverlo y seguir con la proyección, tratando de que no pasara de nuevo. Y bueno, terminó la película y me quedé, me dijeron que tenía que seguir trabajando en Chile Films”.

—¿Pero cómo llegaste ahí, Alfredo? —lo inquiere— Pareciera que un día estás proyectando en algún cine del centro de Santiago y al otro día estás proyectándole películas a la Junta Militar en pleno. No hay golpe de Estado, no hay gobierno de la Unidad Popular, no hay decorado ni escenografía que acompañe la película de tu vida en esos años.

—Mira, es un poco difícil y largo explicártelo —comenta con lentitud—, porque el año 1973 yo era del Partido Socialista.

Las preguntas me persiguen desde hace varios años mientras escribo un libro sobre esta historia. No solo las que aluden a las paradojas biográficas, como la de un joven militante socialista que, de súbito, cae en medio del “círculo del poder” de una dictadura que derrocó a su gobierno de manera brutal, sino la que entiendo más significativa: ¿será el testimonio de Alfredo, como el de Alexander Ganshin, capaz de desentrañar alguna opacidad cultural en el ámbito de la producción de subjetividades que en estos 50 años no hayamos percibido ni aquilatado ni resuelto?

—Las máquinas proyectoras eran difíciles —prosigue Alfredo—, eran inmensas y las películas venían en 10 o en 15 rollos. Cuando aparecía un punto pequeño en la proyección, indicaba que el rollo se estaba terminando... Entonces había que tener la otra máquina lista.

—Pero Alfredo, ¿cómo llegaste a militar en el Partido Socialista y terminar trabajando para Pinochet?

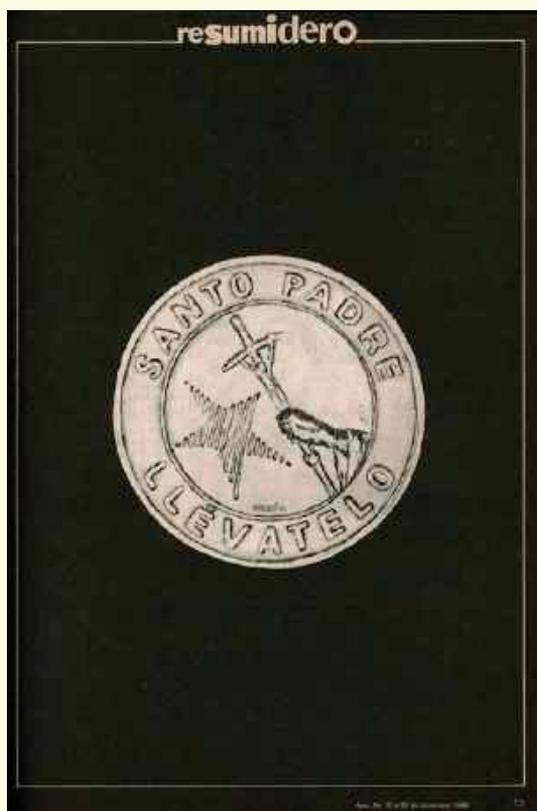
—La izquierda unida, jamás será vencida, gritábamos. Pero, ¿por qué fue vencida la izquierda? Porque nunca estuvo unida. Nunca tuvo unidad —me replica enfático—. Así que me dejó de interesar el partido. Mira, finalmente estaba ahí por la pega, porque necesitabas trabajar, yo estaba cesante y para entrar a trabajar al cine Bandera, que era uno de los cines administrados por la Corfo, tenía que estar en el partido. Y como la Corfo también era la dueña de Chile Films... Bueno, un día me fueron a buscar los militares para pasar películas en Chile Films y ya te dije, no paré hasta terminar en La Moneda, debajo de la Plaza de la Constitución, donde mi general construyó otra sala de cine.

—¿Ahí esperó los resultados del plebiscito del 88? —me apresuro a interrogarle.

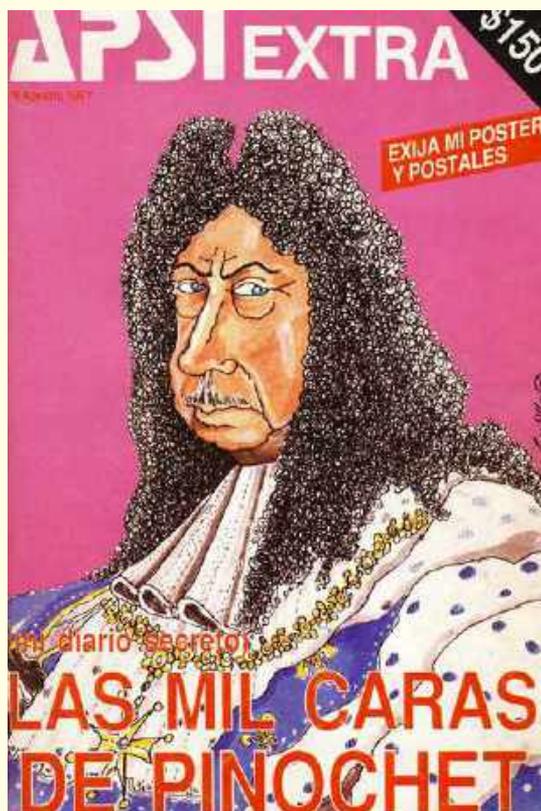
—Es tarde, el barrio se ha puesto peligroso, mañana te lo cuento —y se despidió. **S**

Humor en dictadura

El 5 de septiembre se inaugura en la Biblioteca Nicanor Parra la muestra *El humor es más fuerte: caricatura, sátira e ironía en tiempos de silencio. Chile 1973-1988*, curada por el escritor y director del Instituto de Estudios Humorísticos UDP, Rafael Gumucio. Compuesta en su mayoría por recortes de prensa escrita, afiches, videos, fotografías y testimonios que forman parte del archivo Cenfoto-UDP, la exposición busca dar cuenta del difícil y progresivo renacimiento del humor político en medio de la dictadura. Presentamos a continuación algunas imágenes que forman parte de la muestra.



Fotomontaje de la revista *Apsi* (diciembre de 1986) que alude a la visita del papa Juan Pablo II, anunciada para abril del año siguiente.



Portada de un número especial de *Apsi* (agosto de 1987), con una ilustración de Guilló, que fue requisado de los quioscos.



Viñeta de Rufino en la revista *Hoy* (mayo de 1987).



Panfletos del Movimiento Juvenil por el NO (1988).

La historia con minúscula

Por Bruno Cuneo

El Golpe es un acontecimiento bifronte. Cierra un periodo y abre otro: la larga noche de la dictadura, 17 años, toda la infancia y la adolescencia de quienes nacimos en 1973 y este año también cumplimos 50. De ese periodo de la vida apenas tenemos unos cuantos recuerdos fragmentarios, por los que la realidad se fue infiltrando y uno, sin saber cómo, fue despertando a una conciencia difusa del estado alterado de las cosas. Articular esa memoria puede ser interesante. La historia, se sabe, también puede escribirse con minúscula.

La mañana del Golpe tengo un poco más de un mes de vida. A unas cuadras de mi casa, en la Universidad Federico Santa María, han detenido a un joven estudiante de ingeniería que años más tarde será un poeta famoso: Raúl Zurita. Antes de eso, ha pasado toda la noche en el restaurante de mi abuelo, mientras yo dormía en la casa contigua. Me entero de esta coincidencia por una entrevista que aparece en el diario con motivo de los 45 años del Golpe. Le escribo un email contándole que estuvimos muy cerca esa última noche de democracia, sin que ninguno de los dos supiera del otro. Se sorprende mucho y prometemos darnos un abrazo apenas nos veamos. Cada vez que leo *Canto a su amor desaparecido* me alegro mucho de que haya sobrevivido.

Tengo cuatro años. Mi madre me lleva al pediatra pero no puedo ingresar de inmediato a la consulta. El doctor me ha visto llegar y le ha pedido conversar primero en privado. Le dice que no puede atenderme con el disfraz que llevo, comprado días antes en una juguetería: casco de plástico con ramas, *walkie-talkie* y metralleta del mismo material barato. Mi madre sale al recibidor y me pide que me saque ese atuendo. No entiendo nada y solo siento que me degradan. Mi pediatra es Aldo Francia, el cineasta de *Valparaíso mi amor* y *Ya no basta con rezar*, que no volvió a filmar nunca más después del Golpe.

Tengo siete años y mis padres vuelven de votar Sí o No a la Constitución del 80. Los carnés son verdes y a los que han sufragado les ponen una calcomanía, un

escudo de Chile. Corro a pedirles que me la muestren y mi padre me aparta, molesto. Presiento que algo ha pasado, que no puede hablar o que hablar, incluso conmigo, incluso en su propia casa, podría ser peligroso. Es la primera vez que tengo ese sentimiento.

Frases que escucho a menudo como un mantra: “No se habla de política en la mesa”; “Baja la voz, que pueden estar escuchando”.

Tengo ocho años, hay muchos apagones y jugamos carioca a la luz de las velas, en una pieza alejada de la ventana. Me gustan los apagones, saber que “los antisociales han volado una torre de alta tensión” en un cerro perdido. Cada apagón es un triunfo de los buenos sobre los malos y los cerebro, pero mi madre me hace callar furiosa. Es el comienzo de una larga historia de desavenencias políticas en la familia.

Tengo 10 años. Jugando en el patio del colegio escucho un grito que me espanta: “¡Al X hagámosle un CNI!”. Todos se abalanzan sobre X y comienzan a pegarle de manera teatral, pero violenta. No me sumo y me quedo mirando la escena junto a un compañero y el auxiliar del colegio, que ha parado de barrer y mira el cuadro horrorizado. Se apellida Mundaca y nos dice en voz baja: “No deberían jugar a eso, qué mierda les pasa”. Luego nos cuenta que su tío, el carpintero Juan Alegría, fue inculcado por la CNI de matar a Tucapel Jiménez y lo asesinaron, simulando un suicidio. Es la primera historia de horror que conozco de cerca.

A la misma edad, un niño con el que juego en la calle me invita a tomar once a su casa. Me llama la atención que la ventana de su pieza esté bloqueada por un enorme ropero. “Es por si entra una bala”, me dice, cuando le pregunto por qué tapiar de ese modo la ventana. Mientras tomamos once, veo en la pared del living dos katanas colgadas y un escudo de Chile repujado en cobre a manera de adorno. Su padre entra sin saludar y lleva una chaqueta de cuero negra y

lentes oscuros. Sospecho de su trabajo, pero mi amigo me dice que es vendedor de una firma de licores.

Tengo 14 años. Toti y Pedro son dos primos y participo con ellos en un grupo pastoral salesiano. Nos juntamos los sábados o domingos en un colegio de enormes patios vacíos y nos preparamos, junto a un grupo más grande, para nuestros encuentros espirituales. Todo es muy ingenuo, pero se infiltran allí preocupaciones políticas. Toti y Pedro tocan a la perfección todas las canciones de Silvio Rodríguez. Nunca había escuchado algo así y desde entonces comienzo a hacer diferencias entre aquellos que prefieren o detestan su música. Los que la detestan suelen ser indulgentes con lo que pasa. “Lo que pasa”, por cierto, es un eufemismo de la época para designar la dictadura.

A los 15 años, un batido de canciones, lecturas y conversaciones con mi amigo Luis Cabrera, que sabe todo desde mucho antes que yo, me ha llevado a distanciarme de algunas personas y a calarme mi chapita del NO en la solapa de la chaqueta del colegio. Pero mi generación es inoportuna, llega siempre tarde al acontecimiento. En la primera gran concentración del NO organizada en Valparaíso corro con Luis hacia una sede del Partido Socialista, a buscar banderas para repartir entre la muchedumbre. Ansiamos repartir las banderas del PS, con su hacha mapuche al centro y palo de coligüe, pero solo conseguimos que nos den un hato de banderas de plástico del PPD con un palo de globo. Gran decepción.

Triunfa el NO y siento una inmensa alegría. Mi madre me prohíbe salir a celebrar —tiene miedo de lo que pueda suceder—, pero me escapo. No recuerdo dónde estuve, solo me acuerdo vagando. Veo una multitud que grita: “¡El pueblo, luchando, se va multiplicando!”. De pronto alguien cambia “luchando” por “culeando”, y estalla la risa. Es el espíritu carnavalesco que ha regresado, aunque tal vez nunca se fuera del todo. Cuentan que en el Estadio Nacional un grupo de detenidos obligados a asear el recinto empezó de pronto a corear en voz baja: “Enceremos, enceremos”.

Tengo 18 años. Estoy en la universidad y subsisten allí profesores del periodo de la dictadura. Uno de ellos incluso ha justificado filosóficamente la tortura en un artículo de prensa publicado en los 80. Se dice también que salvó a un ayudante suyo de las garras de la CNI. Comienza la época de las recriminaciones y las justificaciones, de los debates a viva voz en casa, con los parientes o con los amigos. Dura poco. La sensación de impunidad se impone y todo el mundo se acomoda o

Jugando en el patio del colegio, un grito me espanta: “¡Al X hagámosle un CNI!”. Todos se abalanzan sobre X y comienzan a pegarle de manera teatral, pero violenta. No me sumo y me quedo mirando la escena junto a un compañero y el auxiliar del colegio, que ha parado de barrer y mira horrorizado. Se apellida Mundaca y nos dice: “No deberían jugar a eso, qué mierda les pasa”.

se hunde en la melancolía. A alguien que ha vuelto del exilio lo oigo hacer el siguiente brindis: “Compañeros, para la próxima revolución no cuenten conmigo”.

Tengo 50 años. Sin haber sido protagonista ni víctima de nada, el Golpe y su onda expansiva se ha infiltrado en mi memoria. Lo advierto cuando acompaño a la cineasta Valeria Sarmiento, con quien colaboro en un documental sobre las huellas de la dictadura, al Museo de la Memoria y los Derechos Humanos. Es la primera vez que voy y puedo reconocer muchas de las imágenes. Ella cumple 50 años de exilio y me confiesa conocer muy pocas. Le sorprende que yo las reconozca y yo también me sorprendo. Es como si esas imágenes se hubiesen grabado en una suerte de inconsciente colectivo, del que yo sería solo uno de millones de depositarios. Los niños y los adolescentes, se sabe, son sensibles a los traumas, pero los registran como el trasfondo borroso de un plano protagonizado por los juegos, los escarceos amorosos o la absorción en conversaciones banales. A veces ese fondo se vuelve nítido y uno siente vergüenza, y alivio también, de haber estado en otra parte. **S**

Supervivencia de las mariposas: *Lumpérica* 40 años después

La novela con la que Diamela Eltit debutó en 1983 apela no solo a la luz artificial como metáfora de tiempos difíciles, sino que, sobre todo, permite entender que el pacto entre Estado y mercado pasa por la electrificación: iluminar implica *ver más*, para desconocer aquello que fue aniquilado. A partir de esta paradoja, Eltit funda su poética y da cuerpo a uno de los proyectos literarios más radicales e innovadores en nuestra lengua. No en vano, el autor de este ensayo vincula *Lumpérica* con *Fuerzas especiales*, obra publicada con 30 años de diferencia.

Por Javier Guerrero

“Ven acá, estoy confundiendo los haces de luz, los avisos, el grito salvaje de ella decadencia, no sé cuál será mi suerte”.

Malú Urriola

El 10 de marzo de 1983, hace ya 40 años, Diamela Eltit recibió una correspondencia sorpresiva. El Ministerio del Interior de Chile, por orden del ilegítimo presidente de la República, Augusto Pinochet, autorizaba la edición, publicación y distribución de su primera novela, *Lumpérica*. La apuesta literaria de la escritora traspasaba la censura para dar cuenta de la máquina censora de la dictadura. En una entrevista, la autora argumentó haber escrito la novela con un censor a un lado, lo cual no implicaba alineación alguna con la tecnología de la censura. Por el contrario, la *opera prima* de Eltit era capaz de burlar el estricto control establecido por la oficina estatal, a partir de la exposición de la máquina totalitaria que pretendía modelar el sentido.

Lumpérica apela a la luz artificial como alegoría del poder dictatorial. Su propia circulación a través de la burocracia censora expone los comprometidos modos de producción del texto, dado el enseñoramiento de la lógica totalitaria en Chile. Asimismo, la novela hace de la luz una alegoría que, además, tensiona las relaciones

entre autoritarismo, iluminismo y poder. La luz que baña el *lumperío*, que define a los *pálidos* en la novela, constituye la única garantía de sujeción que posee el Luminoso, figura que ha sido ampliamente entendida como referente metafórico de la dictadura. Según ha señalado Sara Castro-Klarén, *L. Iluminada* es “la suma o posiblemente la resta de un cuerpo desgarrado que intenta encontrar una voz en el límite con la muerte. Paradójicamente, es la luz engeguecedora del Luminoso sobre la plaza, la que, al torturar el cuerpo, lo rescata del silencio total”.

Recordemos, *L. Iluminada* es una mujer a quien torturan toda una noche: cuerpo quizá violado en un espacio que ocupa la electricidad, vigilado y filmado para ser reducido, troceado. Pero este mismo cuerpo, radicalmente iluminado por el Luminoso, podría ser inscrito a partir de otras interrogantes que incluso cuestionen las operaciones alegóricas o metacríticas que han organizado la recepción de la novela. La luz también debe ser concebida como figura propia de los dispositivos audiovisuales; y, asimismo, como crítica



Imágenes del archivo de Diamela Eltit en la Universidad de Princeton.

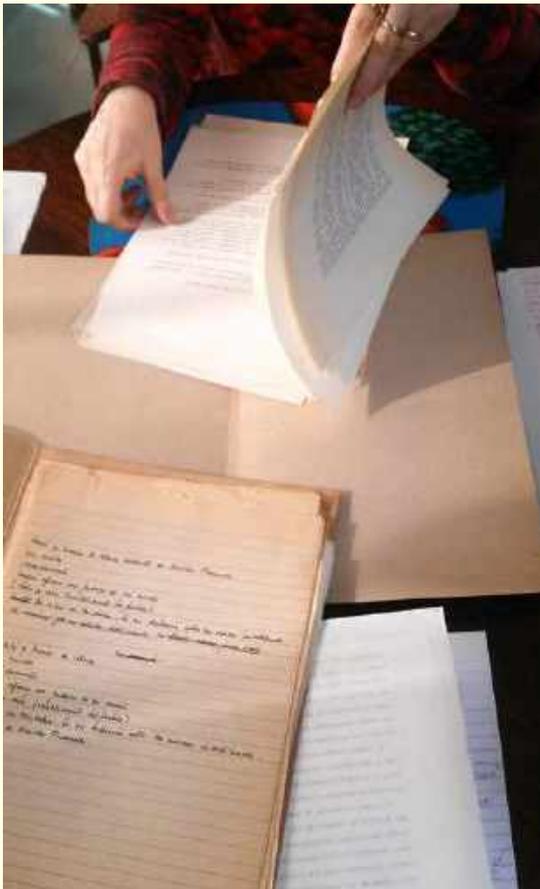


Imagen del archivo de Diamela Eltit en la Universidad de Princeton.

al bio y psicopoder de la imagen que Diamela Eltit decide desplegar desde su primera novela.

Justamente, el complejo andamiaje que erige *Lumpérica* solicita entender cómo ambas figuras visuales, el cartel lumínico y la cámara, son capaces de alterar el cuerpo de L. Iluminada: “El luminoso no se detiene. Sigue tirando la suma de nombres que los va a confirmar como existencia”. De esta manera, la novela da cuenta sistemáticamente de la capacidad seductora del Luminoso, la fuerza orgásmica, en el sentido que le adjudica Paul B. Preciado, que imprime y requiere la mirada totalitaria inscrita en el ojo mecánico de Dios. Entonces, el dispositivo cinematográfico que se basa en el corte es también capaz de perpetrar sus cortes en el cuerpo de L. Iluminada.

De acuerdo con *Lumpérica*, las mecánicas del cine echan mano del halo de luz y del corte para cercenar a los cuerpos lumpen. La oscuridad, basada en ese *fuera de campo* y en las zonas no iluminadas de la plaza, se

convertirá en un espacio de posibilidades múltiples que, aún ambiguo, no transita por la disciplina bio, psico o necropolítica y el martirio del Luminoso. El laboratorio chileno del neoliberalismo ha enseñoreado el dispositivo audiovisual como figura que remarcará las nuevas retóricas *imaginarias* del totalitarismo.

En este sentido, la novela *Fuerzas especiales*, publicada 30 años después que *Lumpérica*, se instala en el desajuste que constituye el mismo espacio del ciber—lugar pornificado, de constante tecnología en falla, precarización máxima del trabajo y el cuerpo—, para comprender su capacidad de succión. Ya las ráfagas de luz eléctrica no deben solo ser instigadas por la fuerza orgásmica del cuerpo feminizado, sino que esta nueva temporalidad parapetada en los confines del cuerpo permite que la violencia visual sea ejercida por nuestros propios dedos, *digitalmente*. Por ello, la ciber-*Lumpérica* de *Fuerzas especiales* es capaz de autocapturarse. El Luminoso se ha escurrido al interior de su propio cuerpo.

Fuerzas especiales da cuenta de cuerpos encapsulados en los cubículos del ciber, atrapados en las prácticas telefotográficas, obligados a producir su propio exterminio: “Yo fotografiaba el abrazo que sellaba el amor desesperado que se tenían o la frente de mi hermana contra la pared o sencillamente la registraba tapándose la cara ante el espejo... Después yo me iba porque cuando descubrieran el enmarque en el celular se volví en mi contra de una manera que me aterraba”.

Encapsuladas, las nuevas lógicas de la visualidad fuerzan el encerramiento voluntario: “Tengo que olvidarme de mí misma para entregarme en cuerpo y alma a la transparencia que irradia la pantalla”. Por esta razón, por esta *consentida* entrega a la transparencia lumínica, la falla del ciber, a media marcha entre prostíbulo, *café con piernas* y maquila tecnológica, constituye una catástrofe para muchas vidas.

La mujer de *Fuerzas especiales* afirma: “Me bajo mis calzones en el ciber, me los bajo atravesada por el resplandor magnético de las computadoras... Después abandono corriendo el ciber y me voy a consumir todo lo que puedo”. Las titilantes ráfagas lumínicas de la computadora doblan el cuerpo, lo atraviesan e instalan el dolor—encarnado en las células digitales—para, entonces, consumirse y, paradójicamente, poder consumir. Porque el cuerpo ha sido iluminado, devorado irreversiblemente. *Fuerzas especiales* reactiva y complejiza la teoría de los dispositivos audiovisuales que ya instalaba *Lumpérica*.

Pero quiero ir más allá.

En *Supervivencia de las luciérnagas*, Georges Didi-Huberman produce una sofisticada lectura ya no

de la efímera danza de las luciérnagas a la que a comienzos de los años 40 hacía referencia Pier Paolo Pasolini, sino, por el contrario, de la desaparición de ellas que el cineasta italiano denunciaba en un artículo de 1975, donde afirmaba que se trataba de un error pensar que el fascismo había sido vencido. En su ensayo, Didi-Huberman cita un pasaje clave del artículo de Pasolini: “A comienzos de los años 60, a causa de la polución atmosférica y, sobre todo, en el campo, a causa de la polución del agua (ríos azules y canales límpidos), las luciérnagas comenzaron a desaparecer. Ha sido un fenómeno fulminante y fulgurante. Pasados algunos años, no había ya luciérnagas”. La desaparición de las luciérnagas, para Didi-Huberman, estaría ya no en la oscuridad nocturna como metáfora de tiempos difíciles, sino, por el contrario, en la cegadora claridad de los “reflectores de los miradores y torres de observación, de los shows políticos, de los estadios de fútbol, de los platós de televisión”. La hiperexposición lumínica se opondría a la “luz pulsante, pasajera, frágil” de las luciérnagas. La intermitencia de la luz y su carácter amatorio propondrían una metáfora capaz de denunciar el fascismo luminoso y plastificado que ocupa cuerpos y habita plazas en la segunda mitad del siglo. No obstante, Didi-Huberman demuestra que incluso luego de la muerte de Pasolini, entre 1984 y 1986, en Roma, existían robustas comunidades de luciérnagas. Para el teórico francés, se trataría más bien de comunidades anacrónicas y atópicas que necesitarían de condiciones especiales para ser experimentadas: “Para conocer a las luciérnagas hay que verlas en el presente de la supervivencia: hay que verlas danzar vivas en el corazón de la noche, aunque se trate de una noche barrida por feroces reflectores”.

Didi-Huberman finaliza su libro haciendo referencia a un mundo polarizado, a una parte del globo inundada de luz en contra de otra surcada por los resplandores diminutos de las luciérnagas: “Por un territorio infinitamente más extenso, caminan innumerables pueblos sobre los cuales sabemos demasiado poco y para los cuales, por tanto, parece cada vez más necesaria una contrainformación”. Y esta contrainformación cristaliza en lo que a fin de cuentas Didi-Huberman entiende como *imágenes-luciérnagas*, caracterizadas como “imágenes al borde de la desaparición, siempre cercanas a quienes... se ocultaban en la noche e intentaban lo imposible a riesgo de su propia vida”. Estas punciones contrainformativas, entonces, rechazarían “la gloria del reino y sus haces de dura luz” y, también, la desaparición de lo popular ante el avance del fascismo.

Ahora bien, a la luz de *Lumpérica*, es oportuno reconocer los límites de la teoría de las luciérnagas de Georges Didi-Huberman. Porque, pese a su

sofisticación, termina proponiendo una metáfora que reproduce la oposición binaria oscuridad-claridad, ceguera-visión. La luz fascista pareciera *cegar* por su luz omnipotente, mientras que la orgiástica e intermitente bioluminiscencia de las luciérnagas permitiría *contemplar* la impredecible oscuridad. Allí los dos reinos permanecerían casi intactos, pese a haberse intercambiado sus ontologías. Sin embargo, aun si ignoramos este aspecto y condenamos los reflectores del fascismo, al igual que Pasolini y Didi-Huberman, la interpretación alegórica del teórico francés constituye uno de sus mayores límites y, sin duda, el más relevante inconveniente del ensayo y su *imaginación crítica*.

Como decía al principio, 40 años después *Lumpérica* reclama otras posibles lecturas. Mejor, resulta fundamental una revisión ya no de los modos de producción que la hicieron posible como anomalía —*rara avis* de las letras chilenas—, sino de los alcances materiales que inscribieron la luz 40 años atrás. Es decir, ¿puede *Lumpérica* alejarse de la postura de Didi-Huberman? ¿De qué luz habla la novela de Diamela Eltit? ¿Adónde irradiaría *la gloria del reino y sus haces de dura luz*? ¿Cuál es la fuente de la *feroz luz* del poder? Porque esta novela no solo instala la continuidad entre poder y luz, fascismo e iluminación, sino que los conecta materialmente. Entonces, es necesario indagar en la relación entre electricidad y totalitarismo, y comprender que la luz estaría mediada tanto por su electrificación como por su borramiento.

En 1980, las compañías Osram, Philips y Siemens, líderes internacionales en luminotecnía, finalizaron un proyecto de iluminación en Santiago y Valparaíso. El proyecto se proponía reiluminar los edificios y espacios icónicos de las ciudades chilenas. Entre ellos, el metro de Santiago, la Plaza de Armas, la Universidad de Chile, el Estadio Nacional: precisamente, los espacios más comprometidos en los primeros años de la dictadura, a partir del golpe de Estado de 1973. Sobre el principal centro deportivo de Chile, por ejemplo, un aviso publicado en *El Mercurio* afirmaba: “El trabajo ya ha terminado y nuestro Estadio Nacional ya posee Luz de Día, el asombroso avance tecnológico logrado y aplicado en el mundo entero por Siemens y Osram... La intensidad de la luz que provee el nuevo sistema de iluminación incorporado al Estadio Nacional es de 2.000 lux, siendo la anterior de solo 460 lux”. Otro texto de *El Mercurio* insistía en que se trataba del mismo sistema de iluminación instalado en Moscú para los Juegos Olímpicos, siendo los centros deportivos de Santiago y Moscú los más recientemente iluminados por la corporación alemana Siemens.

Lumpérica parece entender que el pacto entre Estado y mercado pasa por la electrificación, y que la luz

En 1980, las compañías Osram, Philips y Siemens, líderes internacionales en luminotecnia, finalizaron un proyecto de iluminación en Santiago y Valparaíso. Un proyecto que pretendía reiluminar edificios y espacios icónicos, entre ellos, el metro de Santiago, la Plaza de Armas, la Universidad de Chile, el Estadio Nacional: precisamente, los espacios más comprometidos en los primeros años de la dictadura.

en la novela no es meramente un recurso alegórico. Iluminar es materialmente *ver más* para desconocer aquello que fue aniquilado. Ver la luz del día constituye un proyecto que expulsa a aquellos cuerpos contralumínicos cuya opacidad debe, entonces, exterminarse. La luz aniquila y esto no sucede por su condición cegadora, sino por su imperativo visual profundamente excluyente que sigue la lógica del dispositivo fílmico.

En su análisis de las luciérnagas, Didi-Huberman se engolosina con la prosa de Pasolini y no se percató de las razones que el cineasta italiano argumentaba para afirmar que las luciérnagas estaban siendo aniquiladas. El fascismo está instalado en la destrucción del mundo, en la extinción de sus ecosistemas, en la catástrofe ecológica. En Chile, durante el tiempo en que Eltit escribía *Lumpérica*, se publicó un artículo titulado “El ocaso de las mariposas”, que abordaba la progresiva extinción de los lepidópteros en el país: “Las mariposas tienden a extinguirse de la faz de nuestro territorio... atentan contra la supervivencia de estos hermosos animalitos los roces descontrolados que se realizan en los campos: la eliminación de la flora de la cual se alimentan; la competencia con otras especies que han sido introducidas al país; la acción de predadores e insectos entomófagos; la comercialización abusiva de los ejemplares y el uso bárbaro y generalizado de insecticidas residuales”.

El ocaso de las mariposas resulta similar a la extinción de las luciérnagas de Pasolini. Lo que no pudo ver Didi-Huberman era la magnitud destructiva que el totalitarismo dejó, ya no encarnada en la cegadora luz, sino en el pacto entre mercado y Estado a propósito de la electrificación de la memoria. *Lumpérica* escribe simultáneamente el pacto alegórico entre dispositivo y luz eléctrica, pero a la vez

activa su materia electrónica. La escritora esperará 30 años para visitar lo que Pasolini denunció en los 70 y que ya preveía en *Lumpérica*. No solo la electrificación del poder, sino las consecuencias ambientales que el señalamiento del fascismo tendría en la aniquilación de las luciérnagas. Vuelvo a *Fuerzas especiales*: “La mariposa fue solo una técnica que quise poner en práctica. La saqué de un sitio de sanación que aseguraba que el dolor no era exactamente real. Decía que el dolor no existía en sí mismo, sino que formaba parte de la imaginación humana y que requería de un esfuerzo mental para ahuyentarlo... Pensé que si me hacía una con sus alas podría evitarme a mí misma, huir, salirme de mí y dejarme afuera con todo el dolor por las clavadas del lulo. Pero la mariposa me falló porque lo que nunca pensé fue que la mariposa incentivaría mi dolor con sus alas que se movían amarillas tal como yo me muevo amarilla encima del lulo. No me imaginé que la mariposa iba a estimular mi dolor y la técnica resultaría un tremendo fracaso”.

La mariposa fosilizada en la pantalla de la computadora, la luminosa constatación de su aniquilación y su supervivencia como fósil electrónico se vuelve más que resistencia, una materia conductora de dolor. La *falla humana* de la trabajadora del ciberda cuenta de la asociación entre dispositivos electrónicos y deriva totalitaria, de la plastificación del pacto entre cuerpo, fascismo y electricidad. Lo que Didi-Huberman no vio, pero vieron sí Pier Paolo Pasolini y Diamela Eltit, fue que las consecuencias alegóricas de la incandescencia se hicieron materia, *materia* de la electricidad capaz de contaminar, aniquilar, fosilizar, electrocutar la bioluminiscencia de las luciérnagas italianas, pero también el aleteo de las sedosas mariposas chilenas. **S**

Las que buscan

Por Milagros Abalo

Al trabajo no llegó, fue detenido en la plaza, la búsqueda comenzó en el Estadio Nacional, luego en el Juzgado, le hacían tantas preguntas, con qué ropa, con qué zapatos iba, dónde estaba el lunar, y las imágenes se le borraban, se le confundían, recordó cuando tenían siete, no recordaba si la muela rota estaba al lado derecho o al izquierdo. *Tú que pudiste enterrar a tus muertos y tus muertos fueron tumbas fueron flores dices eso pasó hace tanto.* La Serena, Copiapó, Antofagasta, Calama, Iquique, Arica, Pisagua, busca en todas partes, restos en esa inmensidad bajo las estrellas, pero en lugares tan grandes, tan idénticos como el desierto, donde cava y cava y camina y camina, todo es igual. Ha soñado que vuelve a pasar, lo ha visto otra vez, ha removido las astillas de la tierra con sus dedos para encontrar un pie, un diente, algo, *dime quién eres*, mira fotos de vértebras, falanges, alambres y fuera del horror no ve nada. ¿Los tiraron al mar, a los cerros, a dónde, en qué lugar desconocido están? Cuántos secretos guarda el mar, cuántos el desierto, cuántos huesos sin descanso ahí donde las estrellas se tocan con la mano, sabías que las estrellas mueren para dar espacio a otras y son las únicas que miran en el brillo de la noche. Ya no cree en nada, le enseñaron a no creer, pregunta y pregunta y nadie le da una respuesta o le dicen se fue con otra o le dicen está en el extranjero o le dicen los restos no serán entregados. Un domingo de octubre una camioneta se lo llevó, la búsqueda la fue marcando en su huella, todas las puertas se le cierran, golpea y nadie abre, como si nunca hubiera existido, queda en el aire, pero sigue el recorrido por tribunales, por los centros de tortura. En las manos lleva sus ropas, en la memoria el color de su piel, el color de sus ojos. Lleva cartas, lleva listas al Congreso, al Instituto Médico Legal, *dime quién eres, dime: ¿eres el joven que fue mi hermano?* Tantas veces ha estado ahí,

como la que busca en la micro la cara de su hijo, en el tumulto, en el invierno piensa estará pasando frío, estará pasando hambre. Vaya a la Vicaría, le dice una nota anónima, tantas mujeres ahí, madres, esposas, hijas, hermanas, las que buscan, que no olvidan. *Tú que pudiste enterrar a tus muertos y tus muertos fueron tumbas fueron flores dices eso pasó hace tanto.* No tenía miedo de nada, salvo de morir sin encontrarlo. Villa Grimaldi, 3 Álamos, 4 Álamos, Londres 38, nunca termina de buscar, hasta el día de hoy sueña y sigue soñando que lo encuentra, por muy macabro que sea el hallazgo, en el mar o en el desierto. Fue sacado a las 8 de la mañana de su casa, un 30 de septiembre, llevado a la comisaría y de ahí no se supo más. Fue mil veces al retén y nada. Golpeaban la puerta y pensaba que era él, la puerta por donde salió permanece cerrada para siempre. *Hasta cuando Dios me tenga lo buscaré.* No pudo rehacer su vida, cómo iba a rehacerla sin un cuerpo, lo escondieron dice, de qué bestias nace ese castigo, agrega, no ha podido llorar, como tantas mujeres, cuántas habrá como ella, cuántas ha habido, la poeta rusa Anna Ajmátova cantó su peregrinar en las puertas de Leningrado, como las que buscan en todas las puertas de Chile, del dolor, de la muerte, de la desaparición, la puerta en las narices, la Historia se repite, no tiene la fuerza de antes, pero sí la fe, porque la fe dice no es otra cosa que amor. Va a la pampa y vuelve con la cabeza hundida en la arena, el día entero pasa, la vida pasa, el viento de la mañana barre con el presente y su semilla, barre con todo menos con su voz. *Tú, que pudiste devolverlos a la tierra o en cenizas al aire dices para qué seguir, para qué queremos huesos: para seguir queremos huesos, un lugar en la tierra donde ponerlos, donde poner un nombre, una fecha, un primero de noviembre una flor. Una vida no se borra así nomás.* **S**

El entierro de la sardina

El autor de este ensayo toma prestado el título de una pintura de Goya para vincular fiesta y crimen, carnaval y estallido, risa y demonio, de la misma forma en que lo hizo el escritor Germán Marín en *El Palacio de la Risa, Ídola y Cartago*, tres novelas cortas o relatos largos que siguen impactando por su profundidad y desafío, es decir, por aquello que le falta a la literatura más reciente que se alimenta de la dictadura de Pinochet. ¿No es la memoria otro órgano que hay que cubrir y recubrir?, se pregunta Gumucio a 50 años del Golpe.

Por Rafael Gumucio

Releer hoy *El Palacio de la Risa*, de Germán Marín, es una experiencia tan vertiginosa como paradójica. No solo porque es sin lugar a dudas la mejor novela sobre el tema escrita en Chile, sino porque goza de una libertad y un descaro que parece que hemos perdido completamente. La llamada "literatura de los hijos" tiende a enfatizar la inocencia de sus protagonistas para conseguir una visión pop, pero no por eso menos maníaca, del pasado dictatorial y de las deudas o renunciadas de la Transición. Visión del mundo que encuentra su máxima representación en la obra de Nona Fernández, donde el ingenio de los dispositivos que usa para convocar la memoria excluye, casi siempre, la ironía, el rencor y la ambigüedad. En Marín, en cambio, nadie es inocente, porque ni la Unidad Popular ni la dictadura son del todo gestas plenamente épicas o trágicas: ambas son parte de un continuo histórico de fracasos, desmesura y parodia que se llama Chile.

El Palacio de la Risa se puede leer de muchas maneras distintas. Una de estas obedece a sus circunstancias editoriales: la novela se publicó primero en un volumen que llevaba ese título (en realidad, es una novela corta o relato corto), pero que incluía *Carne de perro* (también una historia de media distancia) y el cuento "Nudos". Leída en ese orden, la historia de un hombre que regresa del exilio y visita un centro de torturas que antes fue una discoteca, una discoteca donde él conoció el amor y el deseo, venía a ser un recuento despiadado de las posibilidades y fracasos de la Unidad Popular. Posibilidades y fracaso que eran también el centro de *Carne de perro*, donde Marín narra con clínica medida la vida y obra de la VOP (Vanguardia Organizada del Pueblo), el grupúsculo de ultraizquierda que acribilló a Edmundo Pérez Zujovic en pleno gobierno de Allende.

La unión de las dos novelas cortas venía a confirmar que el pasado añorado por el protagonista de *El*



El entierro de la sardina (1814-1816), de Francisco de Goya.

Palacio de la Risa ya estaba marcado por la traición y el absurdo desde su nacimiento. En *Carne de perro*, de hecho, en los años felices de la revolución, un grupo de locos semimarginales era capaz de poner todo en juego por un extraño capricho. ¿Y qué sucedía? Pues fueron severamente reprimidos por la policía de la Unidad Popular.

Todo eso era en 1995, cuando se publicó el libro, inédito hasta entonces. Los libros sobre la dictadura no vendían. Soy testigo de que cuando el propio Marín insistió en publicar, en 1998, mis *Memorias prematuras*, todos le predijeron un esperado fracaso. Si la dictadura no vendía libros, el exilio menos. El humor, el impudor y el sexo solían estar en aquella época, como ha vuelto a serlo hoy, separados del “trabajo de la memoria”, que solo se emprendía entre los convencidos. Para el resto, cualquier cosa que oliera a UP, olía también a pobreza y aburrimiento.

Mientras la izquierda concertacionista se acomodaba al presente, la izquierda cultural solía pensar, como decía Armando Uribe, que Chile había muerto en 1973. Pero uno puede enamorarse perfectamente de un muerto. Y no solo platónicamente; también literariamente. Esa posibilidad, la de la necrofilia como una forma extrema de la memoria, es la que explora Marín en *Cartago*, la última parte de la trilogía *Un animal mudo levanta la vista*. Allí vino a alojar *El Palacio de la Risa* cuando lo volvió a publicar en editorial Sudamericana, el 2003.

Cartago, la historia de un hombre que se enamora de un brazo, extremidad de una víctima de la dictadura encontrada en el parque de Villa Grimaldi, es la versión alucinada de *El Palacio de la Risa*. Entre las dos novelas Germán Marín situó *Ídola*, su exploración más lograda por los laberintos del Santiago de los años 90 y su picaresca. Explora también el fetichismo de su personaje, un sujeto que, extraviado de la política —que era por supuesto el centro de su pasado—, se ve arrojado a la tragicomedia de los instintos.

El Palacio de la Risa, puesta al inicio de la trilogía *Un animal mudo levanta la vista*, no es solo un ajuste de cuentas con las ilusiones y realidades de la Unidad Popular, el golpe de Estado y el trágico dolor que vino después, sino la obertura a una exploración al mundo que se construyó sobre las ruinas de ese palacio que alguna vez fue una mansión de hombres cultos, luego un local de placer y diversión, para terminar por convertirse en un atroz centro de tortura. ¿Qué queda?

Villa Grimaldi, un “lugar de memoria” abordado en términos artísticos en forma magistral por Guillermo Calderón en su imprescindible díptico teatral *Villa+Discurso*.

Pero alrededor de ese lugar de memoria, ¿qué ciudad, qué vida se ha construido?

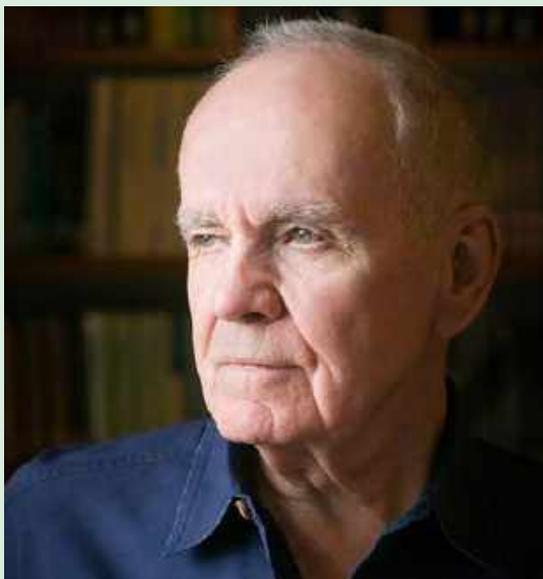
En *Ídola*, el narrador que recordaba en *El Palacio* se ve empujado a ser parte de este nuevo Chile que no se decide nunca a terminar algo y termina siendo parte de una oscura trama de pornografía y secuestros. Ese oscuro bajo fondo de tortura y sexo carece de una excusa política, queda vacío; no obstante, la violencia de Villa Grimaldi sigue a sus anchas bajo otras formas, todas ellas oscuras e impunes.

Ídola empieza con una resaca de *whisky*, al ritmo de la cual el narrador recorre una ciudad en completo estado de catástrofe, similar al ambiente del estallido chileno de octubre del 2019. La novela entera puede ser leída como la exploración de esa conciencia carnavalesca, hedonista, victimizada, sadomasoquista, resentida y dislocada que el narrador atisba con tanto miedo como placer en *El Palacio*. Esa nueva conciencia, que protagoniza las dos siguientes partes de la trilogía y se hará visible a los ojos de todos en el estallido más reciente, deja la ciudad marcada por sus labios, por sus garras.

En la pintura *El entierro de la sardina*, de Goya, que servía de portada de la edición de 1995, daba la clave por donde se podía acceder al libro. En ella, un pueblo borracho de alegría baila entre una arboleda de ominosa sombra. En un cartel aparece, riendo en todo su esplendor, mostrando sus dientes en forma aterradora, un demonio. En esa endemoniada risa, en esa fiesta que es un entierro y también un carnaval, está la clave para comprender en qué sentido la barbarie de la dictadura se convirtió en una forma de nombrar algo anterior y posterior a ella misma. Algo que habita en la violencia con que la policía reprimió el estallido, pero también en la ritualizada desmesura con que se quemó una iglesia o se destruyó —dos veces— el Museo Violeta Parra.

La beatería bien pensante que ha dominado los terrenos de la memoria —y los escritores que caminan por ese filón— llega a parecer estridente en comparación con la enorme profundidad y sorna con que Germán Marín abordó esos territorios, antes y mejor que nadie. Quizás la razón de este choque de visiones estéticas y, por qué no, morales, anide en esa necesidad desesperada de inocencia que habita la sociedad chilena desde que se hizo culpable de tantos crímenes, o quizás porque esta memoria, invocada, y subvencionada, es una forma programada de olvido de ese carnaval cruel y permanente que, a pesar de todos nuestros intentos, vuelve, siempre vuelve. **S**

Los artículos más leídos de la web



EL ÚLTIMO CORMAC MCCARTHY

En sus dos libros finales, el gran novelista estadounidense Cormac McCarthy (1933-2023) abandonó la violencia del medio oeste para entregarnos historias que caminan por la senda de *La carretera*, su obra más popular. *El pasajero* y *Stella Maris*, protagonizadas por dos hermanos hijos de un físico que trabajó en la bomba atómica, están plagadas de miedos apocalípticos y se plantean la pregunta acerca del fin —pero también, el origen— del mundo, el ser humano y el lenguaje.

DEMASIADO VISIBLE

La persecución de un artista, las pugnas políticas en la Colombia decimonónica y la naturaleza como misterio son algunos de los elementos de *Peregrino transparente*, la nueva novela de Juan Cárdenas. La presencia de la metaficción y el acercamiento a la poesía recuerda a otras novelas históricas latinoamericanas de la última década, como *Muerte súbita* de Álvaro Enríque o *El año del verano que nunca llegó* de William Ospina. La gran distinción, además de girar en torno a un artista ficticio, es la segunda parte de este libro, un discurso fragmentado que en sus mejores momentos evoca el lenguaje de la poesía contemporánea, pero en los peores es un cúmulo de referencias librescas y pop conectadas con más pretensión que ingenio.

ANTHONY BOURDAIN: CÓMO RENUNCIAR AL MEJOR TRABAJO DEL MUNDO

Es lamentable que en su biografía sobre el chef estadounidense, Charles Leerhsen se enfoque tanto en el suicidio y sus adicciones, en vez de ayudarnos a comprender al hombre que ayudó a cambiar la percepción de las comidas populares y a transformar cómo la televisión habla de comida. Con todo, es bien distinta a la línea correcta y predecible del documental *Roadrunner* o a *Bourdain: The Definitive Oral Biography*, de Laurie Woolever, dos intentos de la familia de administrar la vida —y la muerte— de Bourdain.

DARDO SCAVINO: SER UNO CON LA MÁQUINA

En *Máquinas filosóficas: problemas de cibernética y desempleo*, el filósofo franco-argentino evita caer en profecías de redención y en augurios apocalípticos, esos de robots sometiendo o superando a los humanos, y mira con sospecha los discursos que presagian el fin del humanismo o que llaman a resucitar alguna espiritualidad agonizante. El libro funciona más bien como una genealogía filosófica de la técnica, indagando en los orígenes de aquellos discursos que hoy proliferan como novedades, pero que son tan antiguos como la cultura occidental.

EL ABECEDARIO DE AÏCHA LIVIANA MESINA: E. ENAMORARSE

“En este enamorarse como espera, hay algo que Barthes no dice: enamorarse es encontrarse en alguien, con alguien, por alguien. Un amigo querido me dijo que el amor era un veneno. Es también un cuchillo con muchas láminas. Me descubro en un otro, literalmente. Me desnudo”.

MARÍA NEGRONI: “EL ARTE NUNCA BUSCA RATIFICAR NADA”

En su última novela, *El corazón del daño*, la escritora argentina se ubica entre el sueño, el recuerdo, el falso recuerdo y los momentos traumáticos. Mejor, entre todo lo que late bajo el edificio de lo racional. En esta entrevista entrega sus razones para apostar por una literatura indócil, que prefiere la inestabilidad a las certezas. “Los libros que entretienen, en el fondo, aburren”, explica. “Yo busco otro tipo de escritura, una escritura que provoque asombro, que me haga sobresaltarme en el pensamiento, en las emociones, en todo”.

Poemas chilenos de la desaparición

Imposible dar cuenta de cada poema donde, en pasajes más o menos desarrollados, más o menos elípticos, aparecen las desapariciones de los más de mil hombres y mujeres que fueron secuestrados por agentes de la dictadura. De algún modo, la poesía chilena —y buena parte de la mejor poesía desarrollada en la segunda mitad del siglo XX— es una refutación de la célebre frase de Adorno: “No se puede escribir poesía después de Auschwitz”. Sí es posible, dicen los versos de Parra, Zurita, Hernández, Millán, Uribe, Hahn, Lihn, Zondek, Vicuña y tantos más que se han atrevido a mirar en lo oscuro para dar cuenta del horror.

Por Vicente Undurraga

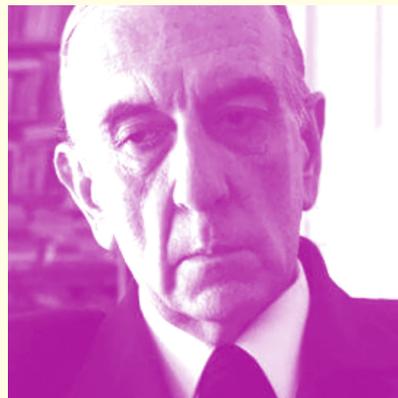
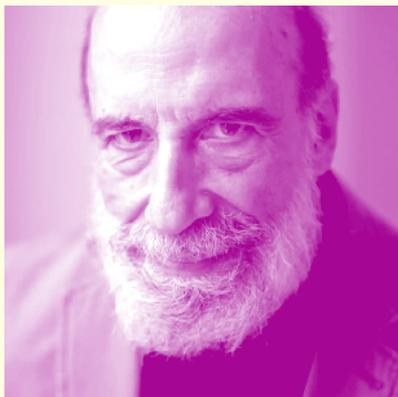
La muerte habitualmente deja restos, cenizas, ritos, duras certezas. La desaparición, solo desesperación, un abismo de conjeturas y espanto. Nada que tenga fin porque la desaparición no deja nunca de acontecer.

De todas las cuestiones de la vida pública que la poesía chilena ha abordado, la de la desaparición es de las más recurrentes. Se abre una paradoja, en cierto sentido, si se asume que la poesía es un arte de la aparición, de darle forma a intuiciones y posibilidades, a conexiones impensadas entre las cosas, los seres y los tiempos: una ocasión, diría María Zambrano, “tendida hacia lo que no logró ser, para que al fin sea”. Que ese arte verbal de las apariciones, luminosas u opacas, definidas o difusas, se haga cargo de la desaparición forzada de personas produce tensiones que redundan en poemas de inmensas cargas de sentido y nuevas formas.

“De aparecer apareció / pero en una lista de desaparecidos”, escribió con negra hondura Nicanor Parra en los años 80. En artefactos y textos así, bajo máscaras de predicadores y energúmenos, Parra hablaba de los desaparecidos. En “La sonrisa del Papa nos preocupa” se lee: “S. S. debiera preguntar / por sus ovejas desaparecidas / (...) fue para eso que los Cardenales / lo coronaron Rey de los Judíos / no para andar de farra con el lobo”.

Otro modo directo, tan feroz como feraz, se da en la poesía de Elvira Hernández, que enfrentó desde el comienzo el desafío de cómo hablar explícitamente del horror. Lo hace siempre quebrando algo en la palabra misma, y esa es la verdadera noticia de sus versos, que espejean el otro quiebre, el civil, el humano detrás de toda desaparición. En el primer poema de *El orden de los días* (1981) se describe cómo un sujeto es arrancado de la realidad, subido a un taxi, donde “le borran la boca los ojos con scotch”, a plena luz de día, mientras “el carabiniere de la esquina bosteza hacia los cielos”. El poema, que no puede acercarse más, que no puede abrazar al secuestrado, se queda en la indeleble imagen de cómo “desde la ventana de las micros asoman rostros / lámparas extinguidas”.

Poco después, en el primer poema de *¡Arre! Halley ¡Arre!* (1986), Hernández describe a alguien que no levanta, como quería el régimen, la cabeza al cielo para mirar el espectáculo del cometa fugaz, atareada con los trabajos de la escritura y la sobrevida, pero a cambio deja caer una comparación devastadora: “Dicen que era como una cabeza degollada apareciendo / sin nunca querer desaparecer”. Ese breve poemario es al espectáculo del cometa lo que *La aparición de la Virgen* de Lihn a la noticia de la Virgen de Villa Alemana: un



Arriba: Raúl Zurita (1950) y Gonzalo Millán (1947-2006); abajo: Elvira Hernández (1951) y Armando Uribe (1933-2020).

desmontaje. Y en los 2000, en “Restos”, Hernández hace un directo encaramiento del estado fantasmal del destino de tantos huesos ya en posdictadura:

¿Encontraremos los pelos de la vergüenza
las escamas óseas de una verdad agrietada
la vértebra de nuestra historia?

(...)

Los arrojaron al mar
y no cayeron al mar
cayeron sobre nosotros.

Tiene eco con el poema “Huesos” que Óscar Hahn publicó en *Apariciones profanas* (2002), donde refiere la obstinación ósea y cómo imprevisiblemente las desapariciones pueden cobrar presencia y hasta voz, desarmando todo ocultamiento: “Un día la picota que excava la tierra / choca con algo duro: no es roca ni diamante / es una tibia un fémur unas cuantas costillas / una mandíbula que alguna vez habló / y ahora vuelve a hablar”.

Verónica Zondek conjetura en “Detenido desaparecido” un punto de vista inquietante, el de una testigo sin nombre que narra el momento en que es arrojado un cuerpo desde las alturas, mientras “abajo muge el vaquerío” y arriba “la hoja del corvo está helada. / El

monosílabo ejecuta la orden” y entonces “el plomo cae por los aires en azul vértigo y rojo”. Esta escena podría ser la que desemboca, en una secuencia narrativa del espanto, en la escena que otro poeta, Gonzalo Millán, expone en *La ciudad* (1979), cuando con el puro filo de su decir objetivo refiere la aparición en la playa de un cuerpo que se intentó hacer desaparecer mar adentro (lo que remite al caso de Marta Ugarte, asesinada por la Dina y aparecida en Los Molles en 1976): “Apareció. / Había desaparecido. / Pero apareció. Meses después. / La encontraron en una playa. / Apareció en una playa. / Meses después con la columna. / Rota y un alambre al cuello”. Es notorio en un poema tan breve, de versos ellos mismos quebrados, el recurso de la repetición, uno de los más antiguos que tiene la poesía para fijar, para hacer aparecer. En un momento cúlmine de ese libro, Millán narra los hechos en reversa, imaginando así que “aparecen los desaparecidos”, abrigando el viejo anhelo humano de volver sobre sus pasos.

Imposible dar cuenta de cada poema donde, en pasajes más o menos desarrollados, más o menos elípticos, aparecen las desapariciones durante los años 70, 80 y 90. Desde Omar Lara y Carlos Cociña, que ya en 1981 escribía en *Aguas servidas* con fina lucidez sobre “el acto de nacer la muerte de los desaparecidos”, hasta

el hermoso “Salmo de los desaparecidos” de Alfonso Alcalde: “Todo lo que fuiste se lo tragó la tierra. / Ni masticando el polvo encontrarán / la huella del último grito”.

El 28 de abril de 1976, a Ana González le arrebataron a sus hijos Manuel Guillermo y Luis Emilio y a su nuera, Nalvia Mena, embarazada. Esa noche el Puntito, el hijo de dos años de estos últimos, fue dejado afuera de la casa por la Dina. Y al día siguiente secuestraron al marido de Ana, Manuel Recabarren, quedando el Puntito sin abuelo ni padres ni tío ni hermano. Ya adulto, dedicado en Suecia a la danza, diría: “Yo siento que mis padres viven en mi cuerpo”. Muerta en 2018, el destino trágico de Ana, griego, teje un relato de intensidad único en la historia nacional, al trenzarse con el carácter férreo, magnánimo y luminoso que siempre mostró. “El odio no me ciega. El odio no me echa a perder”, dice en el documental *Quiero llorar a mares*. Ahí, filmada en Villa Grimaldi a 20 años de esos secuestros, Ana le cuenta al recuerdo de su marido que la casa está siempre llena. La mujer que supo estar a la altura de su desesperante espera, que encabezó la Asociación de Familiares de Detenidos Desaparecidos, que se paseó por centros de detención y morgues buscando a los suyos, esa chilena que enfrentó la vida con ira y pena, como reconocía, pero sin miedo y sin odio, como enfatizaba, hizo ese y otro gesto vital que fueron poemas absolutos, insuperables: nunca dejó esa casa en la que vivió con su marido y sus hijos, pero cerró para siempre el portón por el que una mañana salieron para jamás volver.

Para una antología colectiva publicada en Nueva York hace poco, la traductora de Cecilia Vicuña le hizo llegar un poema perdido que la poeta le había mandado décadas antes por fax y que trata justamente de todo esto y de cómo la palabra misma desaparece, letra por letra, y todo ha de volver a recomponerse: “¿Cómo hablar / si las sílabas / caen al mar?”, se lee en el potente poema, que dos veces hace suya la pregunta clave “¿dónde estás?” y que termina así: “Los lanzaron / de adré / dejándonos sin hablar”.

Dejándonos sin hablar, pero con un habla que hay que recuperar como sea. Que no se podía escribir poesía después de Auschwitz, dijo Adorno, pero toda la poesía de la segunda mitad del siglo XX es una revocación de esa sentencia. Inocentemente no se puede, pero la poesía no es inocente. Y todos los horrores y desapariciones son un grito que se comunica, como cuando Vicuña, contando en “Lola Kiepjá” la historia de la última yagana, escribe: “Los

Selk’nam / fueron los primeros / desaparecidos / en Chile”, haciendo visible la conexión de los exterminios.

El 2022 apareció *El cuaderno azul*, los poemas de María Cristina López Stewart, militante del MIR de 21 años, secuestrada en 1974, en Las Condes, por agentes de la Dina y hecha desaparecer hasta hoy. En el poema que escribió justo un año antes de su captura deja ver la intuición de su destino:

Tengo un miedo intensamente lejano,
como la luz del sol,
a ratos se transforma en suave angustia,
la angustia que producen las sirenas
en las noches,
la angustia que provoca la certeza
de un peligro incierto.

Más allá de la notable comparación de un miedo que, como el sol, era entonces “intensamente lejano”, sus poemas acusan otra desaparición: la de un inmenso cuerpo creativo, de cosas en curso que hubo que abortar y de cosas que quedaron, como el canto de Víctor Jara, brutalmente truncadas.

Eso vuelve doblemente asombroso que el 19 de julio de 1973 haya escrito López un poema donde ya no solo adivina el peligro, sino que imagina y le habla a una ausencia: “No me miras porque no tienes ojos / no me hablas porque no tienes boca / no puedes caminar; no tienes piernas / me quieres abrazar, no tienes brazos / pero estás allí / Como un acompañante interminable”.

Esa palabra que se recupera de su aniquilación —porque también se hizo todo por desaparecer a la palabra, por amordazarla, como escribió Millán—, esa palabra, porfiada, tomó muchas formas. La metafórica, el hablar de una cosa diciendo otra, o la metonímica, que es hablar de una por sus costados, son formas indirectas que constituyen otro modo en que la poesía ha referido el desaparecimiento. *La nueva novela* (1977), de Juan Luis Martínez, puede leerse como un tratado de la desaparición de un autor que reúne, monta y hace aparecer sentidos desde su ausencia. En su excepcional poema “La desaparición de una familia”, todos se extravían de la nada.

Armando Uribe, que había debutado en 1954 con el extraordinario *Transeúnte pálido* y que había escrito tres libros más hasta 1971, quiso tal vez encarnar en su propia figura poética la desaparición, borrándose de escena durante los 17 años de dictadura. Cumplió así, sin alardes, la promesa que no cumpliría García Márquez: no publicar mientras Pinochet no dejase el poder usurpado. Uribe siguió lanzando diatribas

políticas, cartas abiertas, pero poesía no. Luego, vuelta la democracia, reapareció con 35 poemarios. En su afán de combatir las atrocidades de la dictadura, “¿no se siente un poco solo?”, le preguntaron en la TV en los 90 y la colérica respuesta de Uribe no tardó: “Mire, yo estoy con las decenas de miles de personas que fueron torturadas, con los miles de detenidos, con los cientos de miles que fueron desterrados, y creo que con muchos más también”.

Ese poeta que desaparece es cifra o señal de un país que fue borrado por una contrarrevolución que no solo eliminó personas sino también un entramado social, encuentros, sueños y colaboraciones. Se hizo desaparecer una historia, una utopía entera y de raíz: todo un Chile. Por eso José Ángel Cuevas “desprendió un país entero de sus ojos” y ha escrito en democracia una incomparable y desafiante obra como un ex poeta que se refiere una y otra vez al ex Chile.

Los versos centrales del *Canto a su amor desaparecido*, de Raúl Zurita —“Todo mi amor está aquí y se ha quedado pegado a las rocas al mar a las montañas”—, están tallados en el memorial que lleva grabado el nombre de todos los ejecutados y desaparecidos en el Cementerio General de Santiago. Endecha alucinada, ese poema es un gran llanto y canto a la tragedia de lo que desaparece, una vida que es siempre un amor. En su versión incluida en *La vida nueva*, el poema está antecedido del testimonio de hijos que recuerdan a los suyos y le imploran al poeta “Recuérdalos tú también”. Zurita pone su escritura y su cuerpo para esa petición. No como un mero dato, si bien en un primer plano consigna hechos y nombres y crímenes y aberraciones a la manera de un cronista. Pero la desaparición cobra vida en sus versos sobre todo como sustrato y como duelo. Sus poemas son nichos.

En su ensayo “Poesía y nuevo mundo”, Zurita rasatea en la propia lengua antecedentes donde la desaparición es lo esencial. Se remonta a *La Araucana*, al episodio donde, tras una batalla campal, un soldado de guardia distingue un ruido y al abalanzarse descubre que es una mujer, Tegualda, que le implora recuperar el cadáver de su hombre. Es un gesto decisivo: cómo un soldado, que es también el poeta que escribe, revierte la desaparición de un cuerpo: “La grandeza de este acto matricial —escribe Zurita—, arquetípico, ya presente en la *Iliada* y que cruzará el arco completo de las obras que se escribirán en nuestro continente, radica en que es el poeta mismo, Ercilla, el que permite realizar el acto del entierro. De allí en adelante la misión del poeta no será otra que la de darle sepultura, a nombre de sociedades que no han querido o no han podido hacerlo, a toda esa fila interminable de cuerpos”.

Zurita fue detenido en Valparaíso el 11 de septiembre, llevado al Estadio Playa Ancha y conducido en un camión, amontonado con decenas de otros prisioneros, hacia el buque carguero Maipo, donde pasó días entreviendo apenas un pedazo de cielo por una escotilla. Experiencia que no aparece, sin embargo, de manera directa en los libros de poesía con que debutaría años después, *Purgatorio* y *Anteparaiso*. Pero ya en este último el horror emerge de a poco, vencido: “Yo sé que tú vives / yo sé ahora que tú vives y que tocada de luz / ya no entrará más en ti ni el asesino ni el tirano / ni volverán a quemarse los pastos sobre Chile”.

Ya en 1985 aparece todo de una manera directa en el *Canto a su amor desaparecido* y en 1994, en *La vida nueva*. Pero en 2003, cuando la atención hacia Zurita era mezinada, la desaparición se hace absolutamente central en su libro *INRI*, esa cifra del calvario de Dios hecho hombre. El libro trata básicamente del arrojamiento de cuerpos (“Sorprendentes carnadas llueven desde el cielo. / Sorprendentes carnadas sobre el mar”) y es la materialización más clara de esa poética que Zurita había anunciado en un temprano manifiesto, “El Mein Kampf de RZ”, donde proponía un arte no como representación de la vida sino como corrección del dolor, de la experiencia. Los peces en esos poemas de *INRI* son tumbas para esos cuerpos arrojados, “cruces hechas de peces para los Cristo”.

Pero esa corrección es ya imposible y el primero en saberlo es el poeta, que en el epílogo anota que “No”, que fue solo un sueño que hubiera “un océano subiéndolos salvos desde sus tumbas”. A diferencia de Ercilla, ya la poesía nunca podrá reparar esa ausencia, pero al menos puede anotarla y soñar con corregirla o revertirla. Ese anhelo mueve la poesía inmensa de Zurita, que el escritor argentino Marcelo Cohen describió como de un “animismo macabro, gótico... demencial en su ambición de unir lo real y lo simbólico”. Esa poesía que ya bien entrados los 2000 culmina en el libro *Zurita*, de 800 páginas y donde el poeta, en un notable giro de “estilo tardío”, según diría Edward Said, lleva a cabo una renovación del carácter, la energía y las formas, ahora muy influidas por la narrativa norteamericana, como la de Cormac McCarthy. Ahí, engranada con lo autobiográfico y los paisajes, entra ya de manera definitivamente explícita la desaparición, lo execrable. En *Zurita* ocurre todo a la vez, en un día infinito, lleno por igual de horror y de amor imborrable: lo metafórico, lo simbólico y lo directo, poniendo incluso las voces de los victimarios en escenas de total brutalidad, y llegando a lo más concreto al listar a algunos desaparecidos con nombre y apellido, “lirios cercenados”, para culminar en la desaparición de ciudades enteras; desaparecen Buenos Aires y Santiago y la poesía nos deja entonces en las alturas, las mismas desde las que tantos fueron arrojados. **S**

José Ángel Cuevas:

“Yo solo quería despejarme y caminar, como ese día del Golpe”

Así recuerda la mañana de enero de 2021 en que salió a juntarse con unos amigos —a un asado— y, como pasaban los días y no llegaba, se armó una auténtica cadena nacional para saber dónde estaba o quién había visto con vida al poeta (o ex poeta) José Ángel Cuevas. En esta entrevista el presente es salpicado por el pasado y las infinitas horas en que ha recorrido las calles, fábricas y poblaciones, como bien lo reflejan sus celebrados libros *Introducción a Santiago* (1982), *Canciones rock para chilenos* (1987), *Poesía de la comisión liquidadora* (1997), *Canciones oficiales* (2009) y la antología *Ex-Chile* (2021). Seguro de que durante la dictadura la muerte se metió en todas partes, escribe en su “Poema 11”: “Llegó la peste a la ciudad / Es de noche, se oye el silencio de los muertos (...) se llevaron a unas mujeres / los diarios no dicen nada / nada. Estamos solos / llegó la peste por años y años”.

Por Javier García Bustos

Tenía todo preparado para irse a vivir al sur del país. Había conseguido trabajo en la sede de la Universidad Técnica del Estado en Castro, Chiloé. Luego de recorrer en su juventud “a dedo” el territorio nacional, quería instalarse lejos de Santiago. Pero llegó septiembre de 1973. El profesor de filosofía José Ángel Cuevas vivía con sus tres hijos pequeños, Ximena, Marcela y Leonardo —el menor entonces de un año—, y su esposa, Luz Venegas, en un departamento de la Villa Olímpica, en Ñuñoa.

“Recuerdo que ese día del Golpe salí a la calle y caminé hasta Vicuña Mackenna con Grecia. Estaba lleno de pacos, no se podía pasar. Todo estaba

alterado. Después empezó la matanza”, señala José Ángel Cuevas, más conocido como Pepe Cuevas y también como ex poeta, una mañana de fines de otoño, con un sol generoso que entra por la puerta de su casa, ubicada en la calle Finlandia, entre Holanda y Noruega, en la comuna de Puente Alto. Cuevas habla como escribe: sencillo, preciso, desilusionado. Así son sus poemas con los que ha registrado el desencanto y los diversos rostros de Chile.

“Lo de ex poeta tiene que ver con las vivencias, con un accionar, una manera de ver el mundo que ya no existe, profecías que no se cumplieron”, dice Pepe Cuevas, integrante de la generación del 70, quien

debutó con un poemario autofinanciado, *Efectos personales y dominios públicos* (1979). “Era todo bien precario en esos años. Costaba mucho publicar”, rememora quien hace más de una década fue postulado por primera vez como candidato al Premio Nacional de Literatura.

Pepe Cuevas tiene 80 años. Nació el 12 de octubre de 1942. Su hijo Leonardo y un certificado de nacimiento corroboran la información. Esto, a pesar de lo que dicen todas las solapas de sus libros incluyendo su perfil en Wikipedia, que fijan su nacimiento dos años después: en 1944. Los padres del poeta fueron Edmundo Cuevas y María Silvia Estivil. Don Edmundo quería un hijo abogado. “Tuve entonces un muy buen puntaje”, asegura Pepe Cuevas, pero su paso por la carrera de Derecho en la Universidad de Chile fue fugaz. “El ambiente era muy burgués y pituco”, dice. Allí conoció a su esposa, Luz, quien falleció en mayo de 2022. Juntos se cambiaron al Pedagógico. A fines de los 60, Pepe Cuevas ingresó a la carrera de Filosofía y formó parte del grupo literario América, con Naín Nómez, Jaime Anselmo Silva y Jorge Etcheverry, entre otros.

“Creo que conozco todo Santiago a pie. Por eso mi literatura está más vinculada al viaje. En esos años, cuando jóvenes, andábamos mucho a dedo, nos interesaba la literatura de los *beatniks*. Conocí a dedo todo Chile. Tenía un hambre de conocer todo: por eso andaba mucho viajando. Recuerdo que fuimos a Argentina, Perú, Brasil...”, comenta.

En enero de 2021, salió de su casa en Puente Alto y terminó compartiendo un asado con unos amigos y excompañeros de trabajo en Renca. Estaba aburrido de los encierros de la pandemia. No le dijo nada a nadie. Cinco días después apareció. Salió en todos los noticieros. “Qué leseras, ¿no? Yo solo quería despejarme y caminar, como ese día del Golpe. Caminar para saber qué ocurría”, dice.

“Había hartito hecho también en la Villa Olímpica”, comenta en medio de una conversación donde las imágenes del pasado van salpicando el presente. “Estoy un poco mal de la memoria”, se ríe con su pelo cano revuelto. Recuerda que una vez lo detuvieron ya instalada la dictadura de Pinochet, pero que gracias a un cuñado militar quedó libre.

Varias veces lo habían amenazado. Lo más seguro, señala, es que se tratara de agentes de la Dina. Cuevas indica: “Solo estuve una noche en el centro de detención Londres 38, al lado de la iglesia San Francisco. Pero quedé libre. Era seria la cosa en ese tiempo, ahí estaba la muerte metida en todas partes. Creo que la dictadura es lo más terrible que le ha ocurrido a la historia de Chile”.



Fotografía: Javier García Bustos (julio de 2023)

En el “Poema 11”, Pepe Cuevas escribe: “Llegó la peste a la ciudad / Es de noche, se oye el silencio de los muertos (...) se llevaron a unas mujeres / los diarios no dicen nada / nada. Estamos solos / llegó la peste por años y años...”.

“YO ERA COMO UN OBRERO”

La poesía de Pepe Cuevas es la voz de un cronista que registra lo que ocurre en la calle, describe a los seres marginales, trabajadores, cesantes, alcohólicos, a sus amigos Talo-Tilo, Chico Martínez y Kiko Rojas, que observa los cambios del país y apunta los ecos de la historia, desde la Unidad Popular, los años de la dictadura, la década del 90 y la sociedad de consumo, hasta nuestros días. Su mirada está impresa en libros como *Introducción a Santiago* (1982), *Canciones rock para chilenos* (1987), *Poesía de la comisión liquidadora* (1997), *Canciones oficiales* (2009) y la antología *Ex-Chile* (2021).

“Pródigo en aciertos memorables y con un singular desplante verbal”, anotó en los años 80 el crítico del diario *El Mercurio* Ignacio Valente, destacando “su voz sencilla” que “no asume el acento de la ideología o del tiempo futuro, que simplemente cuenta su pequeña historia, su historial privado del trauma del 11”.

“De alguna manera él me validó. Valente era el crítico de Chile. Fue importante entonces salir en el diario. Incluso para encontrar trabajo”, comenta Pepe Cuevas, quien tiene enmarcado en el comedor de su casa un poema de Nicanor Parra de *Obra gruesa* con el rostro dibujado del antipoeta. Varias veces habló con Parra. “Era simpático, bueno para la chacota. También nos enseñó a ser transgresores”, señala el autor del verso “Destruir en nuestro corazón la lógica del sistema”, proyectado por el colectivo Delight Lab, que rodeó el monumento al general Baquedano, en Plaza Italia, en septiembre de 2020.

Pepe Cuevas cree que su verdadero interés por la literatura comenzó siendo estudiante en el Liceo Amunátegui. “Se discutían cuestiones teóricas en ese tiempo. La literatura estaba presente. Los jóvenes articulaban discursos. Y las peleas a puñetazos se producían en la Quinta Normal”, explica. “¿Pero te digo la firme? Mis verdaderas vivencias me marcaron. Yo tuve una vida de pueblo. De chico iba a las fábricas, era como un obrero. Creo que de ahí nace todo”, asegura.

“Se apagó el humo, la fritanga, las cuecas / sobreviven el desastre, no hubo revolución chicha ni empanadas / Pero yo necesito más que nunca esa revolución, ahora sí que soy / una escoria una mierda una piltrafa”, escribe Cuevas en el poema “Creíste que era fácil la revolución, eh muchacho”.

Sobre los años previos al Golpe y de su paso por el Pedagógico, donde obtuvo el Premio de la Federación de Estudiantes en 1971 y 1972, cuenta lo siguiente: “Había una lucha social muy grande. El estudiantado estaba en movimiento y se hacían cosas. Se salía mucho. Había hartos vínculos de los estudiantes y los jóvenes con los obreros. Por ejemplo, en la población Los Nogales, en Estación Central. En poblaciones de Pedro Aguirre Cerda, La Cisterna, Pudahuel... Con los pobladores hacíamos charlas, compartíamos música y recitábamos poesía. Teníamos una concepción muy bonita de unirnos con los trabajadores. Nosotros luchamos por una verdadera revolución social. Todo, hasta el golpe de Estado”.

PITUCOS Y LA SOSPECHA

Escribe a mano. Tiene decenas de cuadernos con poemas inéditos. Algo similar le ocurre con la acumulación de imágenes. Cuenta que durante casi toda su vida ha filmado. Muestra una cámara de video y muchos casetes que conserva sin ver aún el resultado.

Dice que “desde siempre” se metía a las poblaciones, grababa las protestas, a los trabajadores, los mítines, las ollas comunes, los rostros de incertidumbre, y que algún día hará algo con ese trabajo.

Esos recorridos recuerdan las palabras que señaló la crítica Soledad Bianchi: “Cuevas construye sus trabajos literarios trasladándose, avanzando y retrocediendo por las páginas, párrafos, líneas, espacios, palabras, de sus cuadernos. Mientras que, para nosotros, lectores, conocer su poesía es acompañar al autor —y a los hablantes— a sus viajes, paseos, caminatas por ciudades, calles, parques, mercados, fondas, micros, montes, plazas, bares, restaurantes...”.

“Me gustaba caminar. Yo recorría caminando las poblaciones de Santiago, vagaba mucho en la noche”, relata Cuevas. “¡No andaba un alma! También era peligroso. A veces a uno le decían: ‘¿Usted qué anda grabando? Ya, váyase, váyase, váyase de aquí, anda puro hueveando’. Pero creo que era importante registrar lo que estábamos viviendo. Pasaban muchas cosas. Había mucho que recoger”, añade el autor del poema “Desgraciados países”: “Los países quedan heridos / pasan largo tiempo sin recuperar el habla / deben aplicarse electroshock / someterse al olvido / beber beber / hablar de otra cosa”.

Pepe Cuevas es el mayor de siete hermanos. Creció en una casa de la calle Rosas, en el Santiago antiguo, hasta que la familia se trasladó a Las Condes, cuando era una comuna menos segregada. Después de egresar de Filosofía en el Pedagógico, a comienzos de los 70, hizo clases en el sector del barrio Mapocho, en un colegio en San Bernardo, en La Cisterna, en Pudahuel. También fue profesor, hasta que lo despidieron y fue exonerado en dictadura, del Liceo Comercial B-113, en Pedro Aguirre Cerda, hoy llamado Liceo Comercial Julio Chana Cariola.

Sobre los mil días de la Unidad Popular, Pepe Cuevas asevera: “Yo vi esa efervescencia, que se debía a que Allende estaba relacionado con el pueblo. Era increíble ver las concentraciones, el nivel de participación de las personas. El compromiso”. Agrega que incluso tras el Golpe, “en la clandestinidad se participaba bastante. Aunque la dictadura fue una descomposición, que aplastó, eliminó y asesinó. Yo recuerdo que iba a las cárceles a ver a los presos. Creo que conocí todo Santiago a pie. Después vino la desilusión de la democracia”. No en vano, en el poema “Algo sobre la Concertación” se lee: “No fue ninguna vanguardia la Concertación / sino la muerte definitiva del Pueblo Trabajador la consolidación / del sistema de mercado y consumo”.

En plena dictadura, Pepe Cuevas volvió a trabajar con su padre, tras ser expulsado del colegio donde hacía clases. “Me despidieron y volví a la reparación de

máquinas de escribir. Un oficio que conocía. Fue un regreso, porque desde niño trabajaba con mi papá”, dice el autor de *Maquinaria Chile*. Su padre tenía un taller en la calle 21 de Mayo, cerca de Plaza de Armas. “Era muy severo y estricto —sigue—. Íbamos a terreno y me decía: ¡Ya mierda, pesca las herramientas! Había que agarrar la escobilla, los destornilladores y partíamos a diferentes fábricas a trabajar, en Maipú, Pudahuel, Lo Prado... Después me independicé: trabajé solo arreglando máquinas Underwood y Remington. Allí conocí a los verdaderos trabajadores de las fábricas”.

¿Cómo era entonces la noción de pueblo?

Muy potente. Tenía mucha actividad y lucha social. El pueblo tenía diarios como *El Siglo*, pero después como que asesinaron al pueblo. Se fue diseminando. Esa presencia, esa fortaleza, con la dictadura se fue para abajo. Muchos se encerraron en sí mismos, porque el peligro era muy grande. Con la excepción de los verdaderos militantes, que trabajaban en la clandestinidad.

¿Era militante comunista?

Milité muchos años, iba a una población por el lado de Las Rejas, luego del Golpe milité en unas poblaciones, unas casas medias clandestinas que quedaban por detrás del cerro San Cristóbal, siempre acompañado de mi amigo Kiko Rojas, pero después dejé de participar. Hay un poema que tengo, “El sueño de Kiko Rojas”, donde digo “a los Cordones / Vicuña Mackenna / Cerrillos / Maipú / fábricas e industrias / que habrán de saltar sobre la Fach”. En el sueño del Kiko Rojas, Pinochet es fusilado y “se para el Golpe”. Pero creo que ahora murió el Kiko Rojas...

Y en dictadura, ¿cómo era la Sociedad de Escritores de Chile (SECH)?

Era entretenido ir a la SECH. Se tomaba hartito. Llegaban viejos y jóvenes escritores. Era como un refugio. Pero quienes siempre estaban eran Rolando Cárdenas y Jorge Teillier. Nos juntábamos también en la Unión Chica. Ellos vivían como poetas. Uno aprendía mucho. Era bonito eso. Se vivía como poeta, a pesar del horror. A veces aparecía Armando Uribe.

¿Y cómo ocurrió esa anécdota con Armando Uribe, en que lo confundió con un gáster...?

Fue en el departamento del poeta frente al Parque Forestal. No recuerdo qué se celebraba. Yo llegué ahí con otros poetas. Él ya había llegado del exilio. Es que yo siempre andaba con mi bolso, lo más probable con las herramientas para arreglar las máquinas de escribir o quizás solo con mis libros. Y Uribe pensó que yo

era un obrero, un mecánico... Me preguntó si podía arreglar un asunto en la cocina. Jajaja. Él era un pituco, un cuico, pero participaba activamente contra Pinochet. No iba a las poblaciones, pero dejaba en nuestras conversaciones su punto de vista.

En esos años, ¿había mucha desconfianza en el otro?

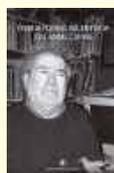
¡Pero claro! En todas partes, en la calle, en el metro, en las micros... Había mucha sospecha. Gente que hacía puro teatro... Por ejemplo, ibas en el metro y un tipo se ponía a hablar en voz alta contra Pinochet o decía: “¡Estos milicos desgraciados!”. ¿Y para qué? Para ver quién caía. ¡Era una trampa! El que se ponía a hablar contra los milicos pisaba el palo y lo agarraban después. Eran sapos. ¡Había sapos por todos lados!

¿Cómo ve ahora la política?

Antes existían cuestiones más nítidas: la izquierda, el proletariado, el Partido Comunista, y ahora no está eso, fíjate. O le han cambiado el nombre o han mudado. Las identidades han cambiado. El proletariado siempre ha existido, pero no está organizado. La gente también se aburre de escuchar lo mismo. Entonces, ahora a los pobladores les dicen ciudadanos. Yo siempre estoy por la lucha social. No hay que dejar de lado la lucha social y las transformaciones.

¿Qué piensa de esta conmemoración de los 50 del golpe de Estado

Esto que sucedió fue uno de los crímenes más grandes de la historia de Chile. La esperanza del pueblo era tremenda. Después vino la masacre. Después vino el poeta y el ex poeta. Se instaló el lumpen en las poblaciones, la depresión en la población, la justicia en la medida de lo posible y las cosas cambiaron para siempre. Parece hoy que la consigna es robar. Yo tengo un poema que se llama “Roba, roba” y dice: “Las AFP Roban / la Banca Roba y las casas / Comerciales / toda la Villa Esperanza Roba / Los lumpen de Santiago centro / también Roban / Pinochet se lo Robó Todo”. **S**



Treinta poemas del ex poeta José Ángel Cuevas
José Ángel Cuevas
Ediciones UDP, 2022
72 páginas
\$16.000

Crónica de una derrota

El humor corrosivo es transversal a todas las películas que Raúl Ruiz filmó en los años de la Unidad Popular, y es un recurso que lo aleja por completo del cine militante. *La colonia penal*, *Ahora te vamos a llamar hermano* o *La expropiación* son filmes que invierten toda noción de corrección política: un dictador gobierna una isla que exporta noticias, la voz de Allende es reemplazada por dos mapuches que hablan del robo de sus tierras, unos campesinos se niegan a quedarse con el campo de su patrón... Y ahora, con motivo de los 50 años del Golpe, podrá verse por primera vez *El realismo socialista*, cinta que muestra las vicisitudes de un frente poético integrado por intelectuales de izquierda y, en el otro extremo, sigue el periplo de un obrero que se roba las herramientas de la fábrica que estaba en toma.

Por Yenny Cáceres

Es inevitable sentir escalofríos al ver *El realismo socialista*. Desde las imágenes de los obreros que miran a la cámara con una energía contagiosa, ignorantes de lo que se vendría meses más tarde, hasta el suicidio de los miembros de un frente poético de izquierda tras el fracaso de su proyecto. Mientras la veía, recordé que Ruiz contaba que le llegó el rumor que, tras el Golpe, la película fue usada por los militares para identificar a los partidarios de la UP. Filmada en 1972, la versión definitiva de esta cinta se estrena justo en septiembre de este año y ofrece un relato descarnado de los años de la Unidad Popular.

Ruiz, el “cineasta inconcluso”. Así lo apodaron durante su etapa chilena, antes de su exilio en Francia. Esa leyenda negra, de que no terminaba sus películas, lo persiguió toda su vida. Pasó con su primer cortometraje, *La maleta*, de 1963, perdido durante décadas y que Ruiz finalizó recién el 2008. Se repitió con *El tango del viudo* y su *espejo deformante*, inacabada desde 1967 y que la cineasta Valeria Sarmiento concluyó el 2020, en una versión tan osada como delirante.

Quizá eso explique el empeño de Sarmiento, su viuda y guardiana de su legado, por el rescate de *El realismo socialista*, pese a las dificultades que tuvo para lograr el financiamiento. Si en su momento Ruiz contaba que la película duraba cuatro horas, Sarmiento

tuvo la titánica tarea de convertir las nueve horas de material encontrado en un largometraje de 118 minutos. Después de su paso por la embajada de Alemania post-Golpe, durante el exilio los archivos terminaron repartidos entre la Universidad de Duke, en Estados Unidos, y la Cinemateca de Bélgica. Para repatriarlos, Sarmiento contó con la ayuda de Poetastros, productora de la actriz Chamila Rodríguez y el realizador Galut Alarcón, quien se encargó del montaje de esta nueva versión, que fue restaurada en la Cinemateca Portuguesa.

Como las otras películas políticas que Ruiz filmó en el periodo chileno —*La colonia penal* (1970) y *La expropiación* (1971-1974)—, *El realismo socialista* fue un proyecto al que se lanzó con la urgencia de quien buscaba “registrar antes que mitificar el proceso chileno”, como dijo en una entrevista con la revista *Primer Plano* en 1972. Se trataba de películas pequeñas, filmadas con la cámara Éclair de su fiel amigo y cómplice, Darío Pulgar, con un presupuesto ínfimo, a las que sumaba —o arrastraba— a actores y técnicos.

Esta trilogía de cine político comparte las condiciones de producción y un espíritu crítico hacia la UP impensable para un militante de izquierda, como era Ruiz. Incluso en su trabajo que podría ser calificado



Fotografía: Archivo Ruiz-Sarmiento PUCV

como el más oficialista de esa época, el documental *Ahora te vamos a llamar hermano*, se aleja de una mirada convencional. Realizado en marzo de 1971, durante un viaje del presidente Salvador Allende a Temuco, en que anunció un nuevo proyecto de ley indígena, Ruiz apenas registra en este documental el discurso de Allende y prefiere centrarse en el testimonio de un mapuche viejo y de otro más joven, quienes denuncian el despojo histórico de sus tierras. Como contraste, ese mismo año, Miguel Littin filmaba *Compañero Presidente*, documental sobre la entrevista del intelectual francés Régis Debray a Allende.

“Un oscuro militante de izquierda”. Con estas palabras, Ruiz describe su militancia en mi libro *Los años chilenos de Raúl Ruiz*. Era una manera de bajarle el perfil a su paso por el Partido Socialista (PS). A diferencia de Littin, que fue el primer director de Chile Films durante la UP, Ruiz no ocupó ningún cargo en el gobierno. Sin embargo, una de las cosas que me sorprendió en mi investigación fue descubrir que Ruiz fue un militante mucho más activo de lo que se piensa, que incluso participó en labores de defensa del partido. En una aventura digna de la serie *The Americans*, Ruiz y Valeria Sarmiento coordinaron el transporte de unos dispositivos para grabar conversaciones, desde Roma a Santiago.

Sobre ese episodio, Sarmiento recuerda que “a Raúl le pedían estas misiones. Raúl se cagaba de susto, pero las hacía. Una cosa es el cine militante y otra es la militancia. Raúl estaba muy en contra del cine militante y de lo políticamente correcto, pero si había que hacer un trabajo para el partido, lo hacía”.

Esa tensión entre el militante y el cineasta cruzará todo el periodo de la UP, hasta explotar en *Diálogo de exiliados* (1974). En el germen de este Ruiz más político se encuentra *¿Qué hacer?*, que codirige junto a los estadounidenses Saul Landau y Nina Serrano, en la previa de las elecciones presidenciales de 1970. Un proyecto fallido, un pastiche, en que el documental se cruza con una historia policial y romántica en que los villanos son los agentes de la CIA.

Pese a todo, *¿Qué hacer?* sobrevive como un documento valioso para entender esos agitados días antes de que Allende asumiera el poder y para intuir cuál será la mirada de Ruiz frente a estos temas. En un tono escéptico, que recuerda a *Memorias del subdesarrollo* (1968), del cubano Tomás Gutiérrez Alea, la parte de Ruiz sigue al personaje de Simón Vallejo (Aníbal Reyna), que regresa al país luego de pasar una temporada en Cuba y que mira con distancia las discusiones al interior de la izquierda chilena, entre los que apoyan la vía democrática hacia el socialismo

Esta disección de la retórica del militante, en la versión del intelectual y del obrero, ofrece algunas líneas desopilantes. “Cuando cada uno de los habitantes de nuestro país escriba poesía, habremos cumplido nuestro objetivo”, dice en un momento el líder del frente poético, mientras que, en otra escena, el obrero, hastiado de tanto discurso, reclama: “Son revolucionarios para hablar, pero no hacen ni una hueá”.

y los que creen que las elecciones no servirán para lograr una verdadera revolución.

“Chile me confunde. Si gana Allende, la tradición democrática va a perder todo sentido para los *momios*. El problema es si van a dejar tomar el poder”, reflexiona Vallejo. Ese momento introspectivo contrasta con otra escena, típicamente ruiziana, que transcurre en un bar, en que un parroquiano (Darío Pulgar), envalentonado por el alcohol, encara a un norteamericano y lo acusa de ser un agente de la CIA, mientras emprende una larga perorata sobre la UP y la guerra de Vietnam.

Ese humor incómodo y corrosivo es transversal a todas las películas políticas de Ruiz en esos años y es un recurso que lo distanciará de un cine más militante. Así, la primera película que filma tras el triunfo de Allende es *La colonia penal*, una sátira sobre un dictador (Luis Alarcón) de una república bananera, en una isla ficticia que se dedica a la exportación de noticias. Basada en un relato de Kafka, la visita de una periodista extranjera (Mónica Echeverría) permite conocer las torturas que se cometen al interior de esa comunidad,

en que además se habla un idioma inventado por el director: el *cautiveño*.

Lejos de celebrar la llegada de la UP, el cineasta sorprendía con una historia que puede ser vista como una alegoría de Fidel Castro y hasta de Hugo Chávez. Según Ruiz, la mostró al interior del PS, donde incluso quisieron prohibirla. Eso no ocurrió, pero tampoco circuló mucho. A fines de 1971 filma *La expropiación*, en que plantea una paradoja: un grupo de campesinos quiere que el fundo donde trabajan no sea expropiado, mientras que el dueño (Nemesio Antúnez) de las tierras quiere que sean expropiadas para marcharse de Chile. Para solucionar el entuerto llega un funcionario (Jaime Vadell) de la Cora (Corporación de la Reforma Agraria), lo que termina en un violento episodio.

Esta urgencia de registrar lo que estaba pasando se agudiza en el caso de *El realismo socialista*. Si *La expropiación* se centraba en la Reforma Agraria y se aludía a la marcha de las cacerolas vacías —protesta de las mujeres de la clase alta en contra del gobierno de Allende—, en *El realismo socialista* aparece una cruda autocrítica sobre el rol de los partidos de izquierda en el proceso chileno.

Ya en el exilio, en una entrevista a *Cahiers du Cinéma*, en 1978, Ruiz ofrecería una lectura aún más incisiva sobre el rol de la izquierda durante la UP: “Es verdad que estábamos persuadidos de que lo que pasaba en Chile era el guion de lo que habría de pasar años más tarde en Europa. Una toma del poder que no lo era realmente, con una perspectiva leninista en un contexto socialdemócrata. Y todo el mundo quería saber lo que esto daba de sí. Nos sentíamos como actores y se vio cómo iba llegando el público: Yves Montand, Theodorakis, todo el mundo. Esta sensación de estallido simulando algo, sensación de fragilidad, estuvo presente todo el tiempo. Desde este punto de vista fue una utopía, porque sabíamos que no estábamos construyendo nada, sino que estábamos haciendo una puesta en escena”.

Javier Maldonado, amigo con el que Ruiz compartía el amor por la gastronomía y la militancia en el PS, fue uno de los colaboradores más estrechos en *El realismo socialista*. Recuerda que se filmó en los primeros meses de 1972, porque refleja las discusiones que se estaban dando al interior del partido. “El PS es un partido lleno de sentimentalismos políticos —dice—. La característica principal del PS era la indisciplina, y la multiatomización y faccionización. Facciones de seis, siete pericos, que eran protroskistas y pro varias cosas simultáneamente”.

Originalmente llamada *Del realismo socialista como una de las Bellas Artes* —un guiño al ensayo *Del asesinato*

considerado como una de las bellas artes, del escritor inglés Thomas de Quincey—, desde su título esta película era una provocación. En la época estalinista, el término realismo socialista nació para identificar a las obras de arte que mostraran los logros de la revolución. En el caso, de Ruiz, ocurre lo contrario.

Nacida para alimentar los debates internos del PS, según Maldonado la película “tenía el sentido irónico de mostrar que lo nuestro era un despelote y que no iba para ninguna parte, y tenía otro sentido didáctico siguiendo el modelo brechtiano, para enseñarles a los trabajadores su responsabilidad”.

Ciau Masino, de Pavese, y *Las palmeras salvajes*, de Faulkner, fueron las referencias que Ruiz tuvo en mente para una estructura narrativa con dos historias que finalmente convergen. Por un lado, la cinta muestra las vicisitudes de un frente poético, liderado por Javier Maldonado —que no era actor, sino que había estudiado filosofía, literatura y sociología— e integrado por un grupo de intelectuales de izquierda. En el otro extremo, sigue el periplo de Lucho (Juan Carlos Moraga), un obrero que llega a vivir a un campamento, pero que luego termina expulsado tras robarse las herramientas de su fábrica, que estaba en toma.

A diferencia de la copia de casi una hora que circuló en los últimos años, caótica e inconclusa, esta nueva versión destaca por su pulcritud. Valeria Sarmiento es fiel a la estructura narrativa propuesta por Ruiz, pero también incorpora imágenes que contextualizan el momento social que se vivía, como ocurre con las tomas de las marchas y del cordón industrial de Vicuña Mackenna, filmadas por Jorge Müller (ver sección Personajes secundarios, páginas 126-127), que captura con espontaneidad esos rostros anónimos, llenos de esperanza. También se incorpora un hermoso registro de los fotógrafos de cajón, oficio extinto, en la Plaza Italia, que de inmediato nos remite a *Los minuterios*, uno de los documentales perdidos de Ruiz que realizó para Quimantú en 1972, junto a Sarmiento. Hay además bastante material inédito, como la participación de Jaime Vadell en el papel de dirigente de un partido o la pelea en la calle entre Maldonado y un amigo *momio* (Marcial Edwards), después de que este sugiere que para acabar con la crisis que vive el país “la única solución viable es matar al presidente”.

Como es habitual en su cine de este periodo, la película es un desborde de lenguaje. Chile es un país en estado de asamblea, en que todos hablan mucho y a cada momento. Esta disección de la retórica del militante, en la versión del intelectual y del obrero, ofrece algunas líneas desopilantes. “Cuando cada uno de los habitantes de nuestro país escriba poesía, habremos cumplido nuestro objetivo”, dice en un momento el

líder del frente poético, mientras que, en otra escena, el obrero, hastiado de tanto discurso, reclama: “Son revolucionarios para hablar, pero no hacen ni una hueá”. Cuando después se conocen el líder del frente poético y el obrero, las ideologías y la causa colectiva quedan desplazadas por el pragmatismo y la violencia.

Quizá sea la música de Jorge Arriagada, sutilmente paródica y punzante, o quizá sea el sello de Valeria Sarmiento, al ordenar este material con las heridas y la distancia que significa hacerlo 50 años después, pero hay un sentimiento de fracaso que cruza toda la película. Más que un relato construido desde la complacencia y la nostalgia, lo que vemos es la crónica de una derrota. Así, *El realismo socialista* es un mazazo en que la ironía convive con el desencanto y donde Ruiz emerge como una voz vigente y lúcida para alumbrar las complejidades del proceso de la UP.

La cinta opera como un prólogo a *Diálogo de exiliados*, aquel retrato de las penurias cotidianas del exilio, que le significó a Ruiz la condena de la izquierda y de la comunidad chilena en París. Filmada en mayo de 1974, con ese arrojito propio de Ruiz en que contagiaba a productores y amigos, se hizo con un presupuesto mínimo, recurriendo a la solidaridad de técnicos y actores franceses.

Es un relato coral, en que la mayoría de los chilenos aparecen interpretándose a sí mismos, a excepción de Sergio Hernández, que encarna a Fabián Luna, un cantante que llega a París a cantar la verdad de la Junta Militar. El poeta Waldo Rojas, el fotógrafo Luis Poirot y hasta el escritor y cineasta argentino Edgardo Cozarinsky son algunos de los que desfilan en esta suerte de diario del exilio, donde el desarraigo del país es también un exilio de la lengua.

Bertolt Brecht y su *Diálogos de refugiados* fue la inspiración para este retrato del exilio que se aleja de toda épica, en que el humor negro se cruza con la amargura del fracaso. Muchos de los que participaron se sintieron traicionados, especialmente por el episodio en que se sugiere el destino incierto de las platas de la ayuda internacional.

La película no fue la crónica de la resistencia chilena que muchos esperaban. Cuando se estrenó en el festival de Pesaro, en Italia, un año después del Golpe, los cineastas cubanos y el actor Nelson Villagra, antiguo colaborador de Ruiz y representante del MIR, lo enjuiciaron públicamente. Se habló hasta de un intento de secuestro, pero más allá del mito, sí es verdad que Ruiz y Sarmiento recibieron cartas con amenazas. Como siempre ha ocurrido con Ruiz, desde *Tres tristes tigres* (1968) en adelante, lo que muchos vieron fue un espejo feroz e incómodo, donde pocos estaban dispuestos a reconocerse. **S**

Restos

La memoria funciona por cortocircuitos, por saltos inesperados; después esos saltos se convierten en un patrón, en la sugerencia de un relato: te das cuenta de que esas transmisiones, que esos bandos militares, que todo ese ruido negro existe en una línea que termina, que se abre o que se cierra en *¡Viva Chile!*, el primer disco de los Electrodomésticos, que se lanzó en 1986 pero puede remontarse a 1973 y saltar hacia los 90, huir hasta el presente. Ese disco completa el discurso de Allende, lo deshace. Los Electrodomésticos construyen un arte que se nutre del desierto de lo real, convierten lo banal en una forma de la extrañeza para que el auditor pueda darse cuenta de lo deforme o violento de lo cotidiano.

Por Álvaro Bisama



Entonces, recuerdas que la dictadura era la imagen del hombre sentado en el tren con una radio a pilas pegada a la oreja, mezclada con las de los militares apostados en la línea del ferrocarril que corre paralela al estero Marga Marga. Ibas con tu padre. Subían en la estación de Villa Alemana, un edificio de techos altos y adobe trizado. El hombre de la radio tenía la cara roja, ocupaba un viejo abrigo de marino y se sentaba al frente de ustedes. El viaje era suave y buena parte de los pasajeros tendían a repetir sus asientos, sus poses, sus conversaciones. Mientras, veías por la ventana cómo las ciudades despertaban de a poco y las luces del tendido eléctrico se apagaban cuando llegaba la mañana helada.

Piensas en el acento perdido de los chilenos, en esa voz que era más finita, casi destemplada. Un trino, una conversación de aves que a veces podía formar un coro. “El lenguaje de los pájaros / es un lenguaje de signos transparentes / en busca de la transparencia dispersa de algún significado”, anotaba Juan Luis Martínez en el 77. Su libro era el catastro falso de un mundo roto. ¿Dónde quedó ese acento? ¿Tenemos un atlas de nuestras lenguas muertas, una enciclopedia del ruido?

Así que recuerdas o piensas en el ruido negro, en el sonido que va detrás del sonido, que es inaudible porque es el sonido secreto de las cosas, un sonido hecho de sombra, si es que eso es posible. William Burroughs y David Bowie hablaban de él en 1974, en una conversación que es ahora una noticia vieja, algo que parece un tratado sobre el mundo o un murmullo de pasillo. “Me pregunto si hay un sonido que pueda unir cosas”, decía Bowie. “Tienen sonidos que controlan las manifestaciones basadas en las ondas de sonido”, respondía Burroughs. Y esa idea retorna ahora, cuando vuelves a oír las grabaciones de las transmisiones del bombardeo a La Moneda en el 73. Son inquietantes y terribles, todo está ahí. Recuerdas haber escuchado esas grabaciones hace años, cuando Patricia Verdugo publicó *Interferencia secreta* y reconociste en ellas una novela hecha con esas voces, con esos pedazos de horror inesperados. Son las voces de los figurantes de un relato que conspiran (Leigh, Pinochet, sus subordinados), dan órdenes, exhibiéndose a sí mismos en medio del golpe de Estado, buscando el protagonismo en medio del despliegue de las tanquetas, de los rumores sobre la situación vital de Allende, entre los avisos del despegue de los aviones que van a atacar el palacio. Estaba ahí el relato minuto a minuto, como si se estuviese creando un acento o una lengua nueva, una pronunciación que prefiguraba lo que vendría. Sí, piensas

en el ruido negro, en el sonido de las máquinas y los aparatos de radio y los parlantes y la respiración de los conspiradores, en la ausencia de toda piedad y la crueldad feliz de Pinochet, de los oficiales que reciben sus órdenes, en la estática y el modo en que cada frase cortada, cada saludo o cada respuesta se presenta precedida o seguida por una suerte de velo que se rompe, un sonido eléctrico que se oye como un papel rasgado o la banda de música de una guerra que no es tal.

Y todo vuelve ahora, 50 años después, como un apunte o una línea de sombra, como esos cuerpos atrapados en el hielo que el sol libera después de siglos o milenios: esos minutos que transcurren en una mañana eterna, que aún no termina porque sigue siendo 11 de septiembre en Chile, como si ese día, como en el libro de Zurita, nunca llegase a su fin. Así que los escuchas de nuevo y piensas que esos sonidos (¿cuántas veces puedes hacerlo?, ¿buscas un enigma ahí?), esas órdenes, esos ruidos de los aparatos de radio militares prendiéndose y apagándose, esperando instrucciones para lanzar sobre el centro de Santiago los aviones y las bombas, son el reverso del discurso de Allende, como si su prosa breve y seca y violenta huyese del tono triste del presidente que espera su minuto final y trata de sonar tranquilo en medio del humo y las bombas y el fuego, porque sabe que su voz es lo que quedará de él; no su imagen o sus actos o su vida o las anécdotas de su vida, sino ese discurso que toma la tragedia y la convierte en épica, mientras ofrece alguna forma de consuelo y redacta una poesía de lo inmediato que atesora imágenes posibles, porque eso es lo que sobrevivirá: todas esas alamedas abiertas como un futuro posible. Eso es lo que rescataremos del fuego, piensas, la silueta y la voz de un hombre que se despide de los suyos, que sabe que no hay vuelta, que se llama a sí mismo compañero, y por lo tanto, le pide al resto que tenga cuidado, a la vez que se despide de las mujeres y de los jóvenes, de los trabajadores, caminando hacia su propia extinción mientras entra en el sueño y se hace parte de él y todo cae, las antenas de las radios son bombardeadas y detrás suyo explotan más voces, una suerte de agitación que su discurso parece despejar para dejarlo a solas en un palacio que será una ruina, que será el blanco de las bombas, el pasto de las llamas. Mientras, el ruido turbio de las comunicaciones militares se despliega en órdenes ansiosas y avisos de exterminio. Mientras, la voz de Allende se deshace, es desmantelada por los bandos militares que suenan por la radio, por las grabaciones de las órdenes de los generales que asaltan La Moneda. Puras voces vueltas pedazos, puras

Todo vuelve ahora, 50 años después, como un apunte o una línea de sombra, como esos cuerpos atrapados en el hielo que el sol libera después de siglos o milenios: esos minutos que transcurren en una mañana eterna, que aún no termina porque sigue siendo 11 de septiembre en Chile, como si ese día, como en el libro de Zurita, nunca llegase a su fin.

fragmentos hechos de espanto. La voz aguda y estridente de Pinochet, las órdenes de bombardear las radios pirata, la sospecha de que Allende está armado (un fusil, 30 tiros), los ultimátum, los bandos militares, la búsqueda paranoica de activistas extranjeros, la ley marcial, en este país no se aceptan actitudes violentistas, deben deponer toda actitud extrema, todo el que sea sorprendido con armas o explosivos será ejecutado de inmediato, la tropa debe ponerse un pañuelo blanco para que los aviadores los vean; a las 12 en punto vendrá el bombardeo; a las 11 hay que atacar La Moneda, porque este gallo no se va a entregar; el avión se cae, viejo, cuando vaya volando; que lo echen en un cajón y lo embarquen en un avión, viejo, junto con la familia, que el entierro lo hagan en otra parte, en Cuba; se mata la perra, se acaba la leva.

Porque eso era la dictadura, un murmullo que no era tal y que vuelve ahora, que no se ha ido, que no se irá. Nada se va nunca. Todo está en todas las cosas, dijo Pitol alguna vez. En los 60, autores como Guillermo Atías y Fernando Alegría seguían escribiendo de la Masacre del Seguro Obrero. Sus novelas volvían sobre los muertos del 38 para entender el pasado y su juventud perdida, que también consistía en un país perdido y la idea de un futuro trágico. Ahora ese sonido regresa. Ahora la memoria (tu memoria, en realidad) está rodeada por una colección de piezas, de momentos,

de fragmentos que se unen, que existen en la sombra. Pedazos. Voces. Canciones. Versos sueltos. Fragmentos. El Golpe es eso, quizás, una música secreta que no se fue nunca, que siguió pegada en la memoria o en el borde de un oído, acaso un velo. Como si la Radio Cooperativa hubiese seguido sonando siempre al lado de las fanfarrias de *Sábado Gigante*, de las voces de los trabajadores desempleados que salían en *Cuanto vale el show* y *El festival de la una* y esos estelares del mediodía hechos de una variedad del hambre mientras aparecía Zalo Reyes o alguien que cantaba las canciones de Zalo Reyes, en el sonido de Radio Moscú en la madrugada, en el ruido blanco de los teléfonos públicos, donde los amigos de tus padres llamaban desde Alemania o Bélgica (una voz extranjera, a veces un grito o una bocina al fondo o simplemente el silencio electrificado a la espera de una palabra que atravesaba el mar y dos o tres continentes), en el modo en que se acoplaban los parlantes de la escuela en un patio lleno de escarcha, en la carta de ajuste y el pitido que parecía extenderse por minutos u horas, en el modo en que las películas sonaban en todos esos cines (que no se llamaban cines sino teatros) ya extinguidos, como el Metro de Valparaíso, el Olimpo y el Rex de Viña del Mar, el Velarde de Quilpué, el Pompeya de Villa Alemana; en todos ellos podías oír cómo la película se desenrollaba en una máquina que vomitaba luz y, detrás de ella, un traqueteo incesante, los fotogramas como una percusión del motor de la proyectora, otra manera de desplegar el tiempo y atrapar el mundo.

Sigues. La memoria funciona por cortocircuitos, por saltos inesperados; después esos saltos se convierten en un patrón, en la sugerencia de un relato: te das cuenta de que esas transmisiones, que esos bandos militares, que todo ese ruido negro existe en una línea que termina, que se abre o que se cierra en ¡*Viva Chile!*!, el primer disco de Electrodomésticos, que se lanzó en 1986 pero puede remontarse a 1973 y saltar hacia los 90, huir hasta el presente. Y sí, te sabes de memoria esas canciones, que no son canciones sino fragmentos, piezas que recogen lo que está en el aire, con lo que existe o quedó en el éter, en la calle, en el pavimento o la tierra o al interior del oído que es también el interior de la memoria. Porque en ese disco está todo, es un documental, un artefacto, un *dossier* de *found footage*, un archivo criminal, un álbum lleno de basura psíquica, lleno de discursos de odio, sermones evangélicos, avisos publicitarios y predicciones de adivinas. Recuerdas: lo escuchaste en casete (el vinilo estaba extinguido en Chile cuando eras adolescente) o alguien te habló en el colegio y con algún amigo, a comienzos de los 90, te preguntaste si la música



Carátula del casete ¡Viva Chile! (1986), de la banda Electrodomésticos.

podía ser eso, si la literatura era eso, si lo que había que hacer era salir a buscar una banda sonora que organizara o reprodujese el ruido del mundo, para preservar y darles sentido a los pedazos de la realidad. Porque, pensabas, había que estar atento tal y como estaba atento Carlos Cabezas en “Yo la quería”, cuando se calzaba la voz de un asesino, aunque lo que podías reconocer en la canción era algo más que una confesión, era el resumen de lo que estaba en el aire y que se desplegaba con una tranquilidad pasmosa, con una naturalidad (“Había pasado a cortarme el pelo ese día”) que anclaba el tema en otro lugar, en una suerte de violencia ambiental, como si la vida en la dictadura pudiese explicarse, de nuevo, con otra metáfora extrema, la del crimen vuelto ritmo o el mapa de los cuerpos sobre el paisaje: la normalidad de la crónica roja y lo que decía y no decía se había convertido en la poesía sucia de la ciudad, en una literatura que no era literatura, que era apenas música, acaso un noticiero invisible hecho de señales secretas, quizás una forma de encontrarse en la noche. De nuevo: todo está ahí. Los Electrodomésticos están registrando el sonido del presente, un mundo hecho de pausas comerciales, de melodías publicitarias, de dibujos animados. El grupo construye un arte que existe entre el archivo y la invención, como si apuntara la banda sonora de una película mental, de una película que no existe, pero que todos reconocen, que todos habitan. Ese disco completa el discurso de Allende, lo deshace. Los Electrodomésticos trabajan desde ese silencio y esa imposibilidad. Construyen un arte que se nutre del desierto de lo real y convierten lo banal en una forma de la extrañeza para que el auditor pueda darse

cuenta de lo deforme o violento de lo cotidiano, de las máscaras que definen el pop, ya no como un arte fabricado sino como algo más bien parecido a un *objet trouvé*, una ruina habitada por el espectro de Yolanda Sultana, de los dibujos animados de Walter Lanz y las voces de Hitler y Jimmy Swaggart, entre los samplers y las guitarras frenéticas de Medina y Cabezas y una percusión que corresponde a una pista de baile, a una fiesta imposible, peligrosa y secreta.

Vuelves al inicio, a esos viajes en tren en las mañanas de la década del 80. Recuerdas: amanecía y podías ver las armas de los soldados desde la ventana del tren, todos esos fusiles sostenidos por los muchachos a los pies de cerros secos o cruces de caminos, mientras los ecos de la radio pegada a la oreja del hombre del abrigo de marino rebotaban amortiguados y no se podían distinguir las palabras unas de otras. La radio estaba sintonizada en alguna frecuencia AM de la que solo podías escuchar una chicharreo, una niebla de estática. No sabías si eran noticias o música. El chicharreo era una masa opaca, como si perteneciese o fuese la misma discoteca imposible donde Los Electrodomésticos saqueaban la realidad para construir una novela que se elevaba por sobre cualquier idea de novela, porque su sintaxis estaba tejida de ese ruido negro, un relato parecía venir de la oscuridad y existir como alguna clase de misterio. Usted sabe, poh, el trago lo pone ciego a uno, qué le costaba esperar un poco, qué le costaba esperar; sírvase una empanadita; pero cómo besa este gitano; el futuro de Chile, ¿dónde está?; el futuro de Chile, ¿dónde está?; el futuro de Chile, ¿dónde está?; viva Chile, viva Chile, viva Chile. **S**

Eugenio Tellez: un artista fieramente armado

El montaje de *A sangre y fuego*, un tríptico de grandes dimensiones que forma parte de la muestra *Y el metal tranquilo de mi voz*, con la que el MAC conmemora los 50 años del Golpe, trajo de vuelta al país al artista de los desastres de la guerra. En esta entrevista, el pintor cuyo universo está poblado de ametralladoras, mapas militares, helicópteros y bombas, recuerda su trabajo como enlace del MIR durante la dictadura de Pinochet: encuentros en plazas y fuentes de soda, caminatas por parques, diálogos en los que apenas se intercambian palabras, mensajes y fotografías.

Por Mauricio Electorat

Abril de 1976. La cita es en la fuente de soda Zurich, en la Plaza Italia. Un día de semana a las cuatro de la tarde. Tellez acaba de llegar de Canadá, donde reside. Debe sentarse en el pequeño mostrador adosado al ventanal que da a Vicuña Mackenna, de espaldas a la barra principal, tras la cual se afanan los mozos sirviendo sándwiches y cervezas. “Imagínate si no era ridículo —me dice ahora—, yo sentado de espaldas a la barra principal que estaba vacía y ese tipo se tenía que sentar a mi lado, cuando éramos casi los únicos clientes”. Tellez tiene que poner un ejemplar de la revista *Cosas* un paquete de cigarrillos Kent y una caja de fósforos sobre el mesón. El tipo entra, se sienta a su lado, pregunta:

—¿Me permite los fósforos, por favor?

La respuesta es:

—Sí, cómo no, se me anduvieron mojando.

Pregunta exacta, respuesta exacta: contacto establecido.

Tellez debe comerse un lomito. “El sándwich más indigesto de mi vida, porque acababa de almorzar en la casa”, dice ahora. Cuando lo termina, el tipo dice:

—Salgamos.

Una vez afuera:

—Los compañeros del Comité Central quieren conversar con usted.

Se han sentado en un banco del Parque Forestal.

—No puedo —contesta Tellez—, tengo instrucciones precisas. Vamos a hacer una cosa —propone—, en dos días más a esta misma hora nos juntamos en este banco.

Llama a su contacto:

—Tengo un primo enfermo en Valparaíso, ¿puedo ir a verlo?

—Sí, puedes —le contestan.

El nuevo “punto” es en la estación Baquedano. Tellez lleva un posavasos de mimbre, con el que debe hacer como que se abanica. El contacto debe traer el mismo posavasos, pararse frente a él y hacer el mismo gesto, como si se estuviera dando aire. Un tanto absurdo como gesto, pero son las instrucciones. De pronto, alguien se acerca, muestra el mismo objeto, hace el mismo gesto. Ambos se abanicán con un posavasos entre el gentío de la estación de metro más



Fotografía: Emilia Edwards

concurrida de Santiago. Tellez me cuenta ahora: “Cagué, me dije, era un tipo fornido, pelo corto, vestido como un tira, chaqueta y corbata, bigotito recortado, incluso llevaba un maletín negro en la mano”. Pero no es un tira. Caminan desde el Parque Bustamante hasta el Estadio Nacional, ida y vuelta. El contacto le dice:

—Primera cosa, que los huevoncitos de afuera corren la payasada, porque aquí llegan compañeros súper adiestrados en Cuba, capaces de montar una central radio transmisora en dos días, pero no saben ni tomar una micro, están entrenados como James Bond, pero caen como moscas.

Y mientras hablan, atravesando el Parque Bustamante, agrega:

—Mira, yo ando armado —se abre el impermeable y le muestra una granada—, si algo pasa no corras, sigue caminando, yo me encargo.

—¿Fierro? —pregunta Tellez.

El tipo se descubre el otro lado del impermeable y le muestra una pistola.

—Ah, una P38 —dice él.

El tipo se queda un tanto sorprendido de que su interlocutor reconozca con precisión la pistola. Lo que el contacto ignora es que Tellez es, entre otras cosas, un especialista en armas. Pistolas, fusiles automáticos, escopetas, granadas y tanques constituyen su universo. Quienes conocemos y admiramos su trabajo sabemos que entrar en una exposición o en el taller de Tellez es adentrarse en un mundo atiborrado de todo tipo de máquinas de guerra, mapas militares, helicópteros, ametralladoras, bombas, forman parte de un fabuloso despliegue estratégico. El arte para Tellez es una batalla, o mejor dicho, la batalla de Tellez es un Armagedón simbólico en el que se exhibe una extraordinaria fuerza vital de destrucción. Es como si Satanás, liberado de su prisión de mil años, procediera lenta, inteligente y sistemáticamente a la aniquilación del mundo y de entre los humanos solo quedara Tellez para consignarlo. Lo curioso, si es que algo puede resultar curioso a estas alturas, es que Tellez es un sujeto consecuente: al artista de “los desastres de la guerra” (porque existe desde luego una relación entre

su estética y la pintura negra de Goya) corresponde un sujeto que se sumó en su momento a la lucha contra la dictadura chilena y no solo firmando cartas.

Julio de 2023. Cuarenta y siete años más tarde, el pintor Eugenio Tellez me abre la puerta del departamento en el que se aloja, en pleno centro de Santiago. Ha venido a montar un tríptico de grandes dimensiones (*A sangre y fuego*, seis metros por 1,50) en una de las exposiciones con que el MAC conmemora los 50 años del golpe de Estado. Tellez es un hombre joven. Tiene 84 años, pero es joven. Alto, calvicie afeitada, esbelto, siempre vestido de negro. No fuma, no bebe alcohol, practica karate. Uno podría pensar: un cuadro político militar. Pero Eugenio Tellez está en las antípodas de un cuadro político militar: es uno de los artistas latinoamericanos más reconocidos de los últimos tiempos. Tiene a su haber una vasta trayectoria, con alrededor de 20 exposiciones individuales en prestigiosos museos, entre los cuales están el Museo de Bellas Artes de Santiago y la Maison de l'Amérique Latine, que acaba de organizar en París, hace algunos meses, su última gran retrospectiva. Tellez saluda siempre con circunspección, como un caballero chileno a la antigua. Si uno no lo conoce podría pensar que está frente a un ministro o a un embajador de carrera. Pero es todo lo contrario de un ministro. Embajador, en cierto modo, sí lo ha sido: entre el arte y la política, entre la creación y la acción, entre la representación del mundo y el mundo. Nos sentamos. Bebemos, obviamente, agua. Me cuenta que ese día, al llegar de nuevo al Parque Bustamante desde el Estadio Nacional, su contacto le mostró la base de un árbol y le dijo: vuelve mañana a este mismo lugar, si junto al árbol ves cáscaras de mandarina, quiere decir que nos tenemos que volver a encontrar y le indicó un día, una hora y un lugar preciso. Tellez volvió al día siguiente y vio junto al tronco del árbol un montículo de cáscaras de mandarina.

—¿Y se volvieron a ver? —le pregunto.

—Muchas veces —contesta—, estuve incluso en su casa, con su mujer.

Eran, por decirlo así, las “relaciones peligrosas” de la época, con el lenguaje de signos de la época también.

—¿A él le entregaste los microfilms? —le pregunto.

—No, esos se los entregué a Valdemar —dice él.

El pintor había recibido en su casa de Toronto un paquete enviado por la dirección del MIR desde París. Era el “encargo” que debía traer a los compañeros en Santiago. Tellez abrió el paquete. En su interior descubrió un osito de peluche. Había algo duro en el vientre del osito. Lo abrió y extrajo un cassette, unas tarjetas postales de Suiza con unos códigos en el reverso y un sobrecito con microfilms. Llamó a París.

—Yo no viajo ni cagando con esta huevada así —les dijo—, voy a hacer de nuevo el barretín.

—Sí, hazlo nomás —le contestaron.

Hizo el barretín probablemente más profesional que el MIR haya tenido nunca. Y viajó a Santiago.

—Un día, en casa de mis padres, apareció Valdemar —cuenta—. Era un señor muy buen mozo y elegante, con las maneras de un gran burgués chileno. Le entregué el “encargo”. Valdemar leyó la serie incomprensible de números de los microfilms y exclamó: “Ah, pucha, se complican las cosas”. Tellez nunca supo cuál era exactamente el mensaje.

—Pero muy pronto deduje que esos microfilms comunicaban el retorno de Andrés Pascal Allende a Chile (Tellez se refiere a él como “el Pituto”, como lo apodaban en el MIR), porque no mucho después se produjo el enfrentamiento en Malloco, donde murió Dagoberto Pérez —el Chico Pérez— y Nelson Gutiérrez quedó malherido, aunque Andrés logró salir con vida —me cuenta ahora.

Lo dicho, las “relaciones peligrosas”. A quien ese señor buen mozo y distinguido no le pareció nada de peligroso fue a la mamá de Tellez, que irrumpió en el cuarto donde se entrevistaban a solas con una bandeja con refrescos. Cuando Valdemar se marchó, la mamá de Tellez le dijo: “Pero qué refinado y buen mozo es tu amigo, ¿por qué no lo invitas a cenar?”. Las mamás... Y a propósito de familia, Tellez cuenta que sus primeros años de vida los pasó en Arequipa, donde su padre —abogado y radical, aunque había sido fundador del Partido Socialista— se desempeñaba como diplomático. Su segundo destino fue Guayaquil. Allí, la familia vivía en una casa que pertenecía al dictador de turno. Un día se produjo un alzamiento popular, una turba rodeó la casa donde vivían los Tellez, en cuyos bajos residía la madre del presidente. Tellez recuerda a su padre dirigiéndose a la multitud para evitar lo peor. Pero en la mano que la muchedumbre no veía llevaba una pistola. A lo lejos, estallaban los disparos de la asonada. Para Tellez esas detonaciones nunca significaron peligro, eran como parte de un juego infantil. Se familiarizó con las armas en familia.

Y ya que estamos en la familia, una anécdota más. Como buen hijo de la burguesía, su padre había decidido por él que tendría que estudiar derecho. Pero Tellez, tras dar un muy buen bachillerato, se inscribió en Bellas Artes. Esa noche su madre le comunicó la devastadora noticia a su padre. El padre entró en el cuarto de Tellez. “¿Pero te das cuenta de lo que has hecho?”, lo increpó. Y agregó que la suya sería una vida de miseria y perdición, que moriría solo y sin hijos. Tellez dijo: “No me importa”. El

padre exclamó: “¡Insolente!”, y se desmayó. Tellez lo cuenta así: “Estaba solo en camiseta, calzoncillos y unos suspensores que sostenían las medias, pero no se había quitado su sombrero de radical, así cayó al suelo, con sombrero y en calzoncillos, con mi madre pensamos: ¡un infarto! Quería hacerme creer que yo lo había matado y lo creí por un instante, hasta que se reincorporó, como si nada”.

Ahí está la otra faceta: la teatralidad. Tellez, en su táctica de combate hecha con los elementos del grabado, la pintura, el *collage*, la fotografía, es un mago de la puesta en escena. El crítico italiano Maurizio Serra escribe: “Liberar a la humanidad de la decadencia mediante la estética a la vez bárbara y tecnológica de la guerra es un objetivo subversivo que encontramos por todas partes en Europa: en *Tren blindado en acción* de Gino Severini (1915), en los angustiosos estudios del *Retorno a las trincheras* (1914-1916) de Christopher Nevinston, en el supremacismo de *Caballería roja* (1928) de Malévich, pasando por D’Annunzio y Stefan George, para llegar a Benn, Jünger, Eliot, Wyndham Lewis, y después Malaparte, Malraux, Drieu La Rochelle, Klaus Mann, etcétera, la generación de los ‘estetas armados’. Se trata de referencias precisas para Tellez, que ha visto mucho pero que también ha leído mucho, y que no distingue entre inspiración artística o literaria: testimonio de ello son los títulos, leyendas, comentarios y citas que acompañan sus pinturas, grabados, sus *collages* y sus sorprendentes composiciones fotográficas”.

Ahora, hace dos días, lo llamo por teléfono:

—¿Me das permiso para hablar de tu colección de armas?

—Sí, claro —contesta.

—¿Qué armas eran exactamente?

Una tarde estábamos en su departamento de Santiago. Yo acababa de regresar a Chile y él exponía en el Museo de Bellas Artes. Cuando su mujer se ausentó, le pedí que me mostrara las armas. Fue hasta una habitación y regresó con un par de bolsos grandes. Dispuso el arsenal en la mesa del comedor y me explicó las características de cada una de ellas. En las paredes estaban las pistolas de resina, de alambre y madera, las armas simbólicas. Y sobre la mesa del comedor, las armas de este mundo.

Ahora, al teléfono, recuerda con la precisión de un entomólogo:

—Había un fusil Steyr, calibre 3,08, con balas de guerra, un AK47, comprado en Chile, procedente de un cargamento llegado directamente de la ex Unión Soviética, una escopeta de repetición Benelli, antimotines, de perdigones, calibre 12, una pistola Beretta 9F, que usa el ejército norteamericano, una

Cuando llegó a París, en 1961, Tellez fue a ver a Matta. Le mostró sus grabados. Matta le aconsejó: “Dibuja las cosas como son, no como las imaginas”. Curioso, viniendo de un surrealista. Las cosas como son: la realidad y la representación, la vida y el arte... Y en el Olimpo de los grandes artistas chilenos: Tellez y Matta, Matta y Tellez, Cronos y Saturno...

Gold Cup, calibre 45, de la Segunda Guerra Mundial, una Glock 9F de cañón largo, calibre 9 mm, y una Glock pequeña, calibre 40, ambas con mirilla láser, una Beretta calibre 22, las que usa la mafia italiana, porque no se pueden trazar sus balas (el cañón no tiene estrías), una Walter P8 calibre 40, una Walter PPK, pistola muy segura (para disparar tienes que apretar la catcha)...

Luego agrega:

—Antes de regresar a Francia las tuve que vender.

—¿A quién? —pregunto.

—A un armero del Paseo Bulnes. El tipo insistía: pero déjese una al menos.

—Difícil desprenderse de una colección así, ¿no?

Tellez suspira, dice:

—Fue como separarse de unos 10 guardaespaldas dispuestos a morir por ti.

Cuando llegó a París, en 1961, Tellez fue a ver a Matta. Le mostró sus grabados. Matta le aconsejó: “Dibuja las cosas como son, no como las imaginas”. Curioso, viniendo de un surrealista. Las cosas como son: la realidad y la representación, la vida y el arte... Y en el Olimpo de los grandes artistas chilenos: Tellez y Matta, Matta y Tellez, Cronos y Saturno... **S**

Jorge Müller y Carmen Bueno: desaparecer a pleno sol

Por María José Viera-Gallo

Personajes secundarios

Sus sombras avanzan por la avenida Los Leones, con ese aire distraído y espectral que tienen los enamorados condenados a muerte. Reina un silencio totalitario sobre Providencia; la ciudad ha perdido el habla, el pulso, el aire. Irreconocible ante cualquier reflejo, el país respira hace un año un Estado de Sitio.

Así y todo, la vida continúa. Los bellotos y quillayes recién florecidos no consuelan. La aparición de un Chevrolet Opala produce taquicardia. Estar vivo o viva, una mañana como la del 29 de noviembre de 1974, consiste en pasar inadvertido. Carmen Bueno y Jorge Müller son jóvenes, bellos, hippies y se hacen notar. Ella es una chica moderna, morena, de ojos verdes, *blue jeans* americanos y andar seguro. Él mide 1,90, es pelirrojo, delgado y le dicen Flaco. Ella tiene 24 años. Él, 27. Ambos trabajan en cine. Él estudió en la Escuela de Cine de Viña de Aldo Francia. Ella, en la de la Universidad Católica de Santiago. A pesar de su reserva de juventud, ya tienen varios rodajes en el cuerpo, entre largometrajes de ficciones, documentales y —en el caso de Carmen— comerciales de publicidad. Trabajan —en la guerra hay que salir a trabajar— para Chile Films y es allí a donde se dirigen cuando cruzan Eliodoro Yáñez.

Rebeldes con una causa —militan en el MIR—, ambos provienen de familias de clase media. Carmen

creció en el barrio República, en una casa católica donde se hablaba del Evangelio a la hora de la once. Tercera de cinco hermanos, fue al colegio Santa Teresa de Jesús y luego, al Liceo 1 de Niñas, conocido como el Instituto de Señoritas de Santiago. El padre de Jorge es un alemán-judío que arrancó del Holocausto en barco cuando tenía 14 años. La mamá, una folclorista del Biobío. Jorge, quien se crió en el paradero 11 de Gran Avenida, fue circuncidado al nacer y acompañó varias veces a su papá a la sinagoga. Nunca le gustó la religión ni el colegio (rotó por el Liceo Lastarria y el Kent School), y soportó la universidad dibujando en una croquera. En uno de sus cuadernos, se lee: “La capacidad artística del cine no la determina la buena fotografía”.

En el mundo del cine chileno, Jorge Müller Silva será reconocido por llevar la fotografía cinematográfica a un nivel superior. Siguiendo las huellas de Sergio Larraín, de Robert Frank y del *cinéma-verité*, la cámara es un instrumento expresionista que puede resignificar la realidad y transmitir sentidos inauditos. Intuitivo, rápido, preciso, sensible, los más destacados directores del nuevo cine chileno de los 70 —de Littin a Ruiz— se lo pelean como camarógrafo. Pero es una mujer, Angelina Vásquez, con quien filma *Crónica del salitre* (1971), la que lo hará conocido entre sus pares.

Entre 1971 y 1973, Müller filmó tres películas de Raúl Ruiz: *La expropiación*, *Palomilla Brava* (docuficción de *Palomita blanca*, hasta hoy día perdida) y *El realismo socialista*. El sonidista Pepe de la Vega, quien trabajó codo a codo con Müller en estos filmes, así como en las olvidadas giras internacionales de Allende, lo recuerda así: "Jorge hablaba poco, pero hablaba bien. Se metía la cámara al hombro y no le decía a nadie lo que estaba captando".

Durante los tres años de la Unidad Popular, Müller no parará de filmar la calle. Lo hace para Carlos Flores y su bello documental *Descomedidos y chascones*, aunque es *La Batalla de Chile* la obra que lo define como artista. Cuando el documental de Patricio Guzmán al fin se estrena el año 1996, muchos repararán en una foto del *making off* donde se ve a un joven delgado, de nariz aguileña y camisa formal, que apunta su Eclair de 16 mm sobre Santiago. El autor de planos-secuencias tan célebres como el del hombre que avanza casi volando por la calle mientras empuja un carretón de verduras, había desaparecido en las imágenes que rodó y que nunca vio.

Si alguien los viera hoy caminando a pleno sol, por Los Leones, como lo hacen esa mañana del 29 de noviembre de 1974, podría pensar: una pareja de hípsters. Jorge vive cerca de Pucuro con Holanda. Carmen, en el Forestal. A diferencia de la izquierda tradicional, a ellos les gusta el jazz y el bossa nova, el cine de Fassbinder, fuman marihuana sin sentirse imperialistas, cuando no están haciendo registros sociales en las poblaciones, se arrancan a la casa en la playa de los Müller en el Quisco. Jorge prefiere tocar la guitarra que el charango; durante la UP tuvo dos bandas, Los Neumáticos Desinflados y Los Darkes, que se presentaron en *Sábado Gigante*. "No sabíamos si éramos políticos o artistas", recuerda Pepe de la Vega, quien también militaba en el MIR junto a otros cineastas (Carlos Flores, Pablo Perelman, Angelina Vásquez o el argentino Carlos Piaggio).

Desde que rige el toque de queda, las citas usuales ya no ocurren en el café Il Bosco. Algunos amigos, como Raúl Ruiz, Miguel Littin y Patricio Guzmán se han ido al exilio. Cuando Ruiz le ofrece asilo en París, Müller lo rechaza. Él y Carmen han decidido quedarse. Quieren seguir haciendo cine. Imaginar otro final. Ambos han tenido varios romances, pero el que están protagonizando parece el definitivo. Si el matrimonio no fuera una maña burguesa, se casarían. Carmen no espera nada "del mejor camarógrafo de Chile", excepto tal vez, vivir secuencias de amor. Carmen o Carmenchita, como le dicen sus hermanas, es un personaje femenino ruiziano; de una belleza natural y un carácter fuerte, "achorado". Está en el *peak* de su carrera. Ha

actuado en dos películas cuyo estreno el Golpe frustró. Una acabada, *La tierra prometida* de Miguel Littin (que nunca verá) y otra inconclusa, *Esperando a Godot* de Cristian Sánchez y Sergio Navarro (que la Cineteca estrenará este año). Actúa porque es carismática, pero donde vibra es detrás de la cámara. Ha sido asistente de producción de Guzmán y de Carlos Flores, y directora de fotografía de Cristián Sánchez (*Cosita*). Cuando en el verano del 74 la llaman para integrar el equipo de *A la sombra del sol*, lo hace como *script* o continuista. La película, filmada por encargo por la dupla Pablo Perelman y Silvio Caiozzi, fue idea de un excéntrico productor hijo de marino. *A la sombra del sol* quedará en el imaginario cinéfilo como una producción bizarra, un *western* neorrealista sobre dos ladrones que se refugian de la justicia en el Desierto de Atacama, filmada y estrenada en medio de la distopía de esos primeros años de represión.

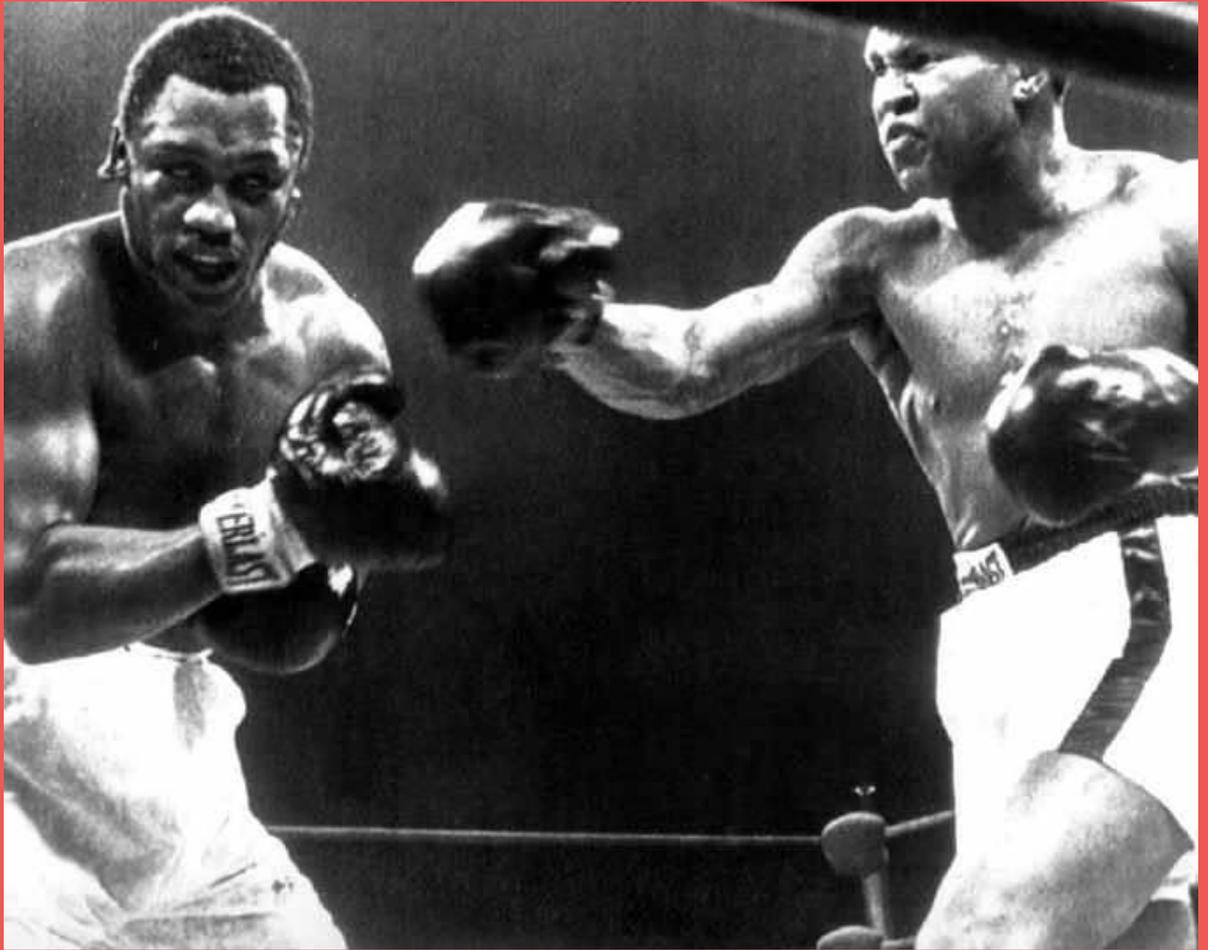
La película también será el set en que Jorge y Carmen se enamoraron y la última vez que filmaron.

La noche del 28 de noviembre de 1974, Carmen y Jorge fueron al demolido cine Las Condes, al estreno de *A la sombra del sol*. Estaban felices, orgullosos de su trabajo, al fin en una gran producción. A la salida, parados en una berma de la Avenida Apoquindo, Müller le confiesa a Pepe de la Vega que "anda con cola", es decir que lo andan siguiendo. Tras la celebración, se quedan a dormir en la casa donde ocurre la fiesta.

Esa mañana del 29 de noviembre van hacia las oficinas de Chile Films temprano, a terminar la posproducción del documental sobre "La celebración del año santo chileno", que les encargó la Conferencia Episcopal. No importa la resaca. Son trabajajólicos, mateos.

Al doblar por Bilbao, las sombras de la pareja se disuelven en movimientos bruscos, al ser atacadas por dos hombres de la Dina que salen de una camioneta blanca. Rápidamente, el auto se los lleva hacia José Arrieta 8401.

Una vez en Villa Grimaldi, a Jorge Müller lo encierran en la celda 11. A Carmen Bueno, en la 9. A ella la acusan de haberle regalado un perro al líder del MIR, Miguel Enríquez. A él, de haber filmado una torre de alta tensión que pretenden hacer explotar. Tras un mes de torturas, los trasladan a Cuatro Álamos. Los enamorados se vuelven a ver una mañana en la fila del baño. A un lado están las mujeres, al otro, los hombres. Entre medio, un grupo de oficiales. Carmen y Jorge se reconocen a la distancia y se hacen señas. Al ser sorprendidos, los alejan de los demás prisioneros para someterlos a nuevas torturas. Al cabo de unas horas, ambos han desaparecido. Su historia de amor deja una última pregunta: ¿Dónde están? **S**



Muhammad Ali (derecha) contra Joe Frazier (izquierda) en el Madison Square Garden (1974).

Documentos

Un ensayo, un homenaje poético-político y una crónica autobiográfica componen esta sección de trabajos que fueron publicados con anterioridad, pero dada su pertinencia forman parte de este número especial.

El historiador Eric Hobsbawm, en un análisis publicado apenas nueve días después del Golpe, subraya la influencia de Estados Unidos —su necesidad de supremacía en América Latina—, se pregunta cuántos chilenos caerán “víctimas de la venganza de su propia clase media” y, con una claridad meridiana, les dice a quienes se preguntan qué otra opción tenía Chile: “La respuesta es simple: no hacer un Golpe”.

El escritor cubano José Lezama Lima realiza un hermoso puente entre el exmandatario y Neruda, fallecido también ese trágico septiembre, mientras que el cineasta Sergio Trabucco, detenido en enero de 1974, cuenta cómo los agentes de la Dina detienen las torturas para ver la histórica pelea entre Muhammad Ali y Joe Frazier. Sin embargo, entre *round* y *round*, vuelven creyendo que el cuerpo de Trabucco es un saco de box.

El asesinato de Chile

Por Eric Hobsbawm

El asesinato de Chile se había esperado durante tanto tiempo y la agonía de los últimos meses de Allende ha sido tan cubierta por la prensa, que todos los que viven de aparecer en los medios ya pronunciaron sus responsos; con la excepción de Washington, que mientras escribo continúa manteniendo un elocuente silencio. Incluso el Partido Laborista, que mostró el mismo interés por la socialdemocracia en Chile —mientras estuvo viva— que por los asuntos corrientes de Afganistán, ha llorado su muerte con algunas lágrimas oficiales. Esto es temporalmente embarazoso para los asesinos, cuyo modelo fue una contrarrevolución mucho menos publicitada, la que por cierto produjo la mayor masacre que se registre en la posguerra: la de Indonesia, en 1965.

Antes del Golpe, los jóvenes reaccionarios habían pintado “Yakarta” en los muros de Santiago; y ahora los militares chilenos les están diciendo a los televidentes cuán exitosa ha sido Indonesia desde entonces en atraer el capital extranjero. No habrá ningún problema para atraer el capital extranjero. Nadie sabrá siquiera cuántos chilenos caerán víctimas de la venganza de su propia clase media, pues la mayor parte de las víctimas será el tipo de chilenos de quien nunca nadie oyó hablar más allá de su fábrica, su población o su pueblo. Después de todo, cien años después de la Comuna de París, todavía no conocemos con precisión cuántas personas murieron en la masacre que acabó con ella.

El principal problema con las condolencias públicas es que muy pocos de sus autores estaban realmente interesados en Chile. La tragedia de este pequeño y remoto país es que, como España en los años 30, su proceso político resultó ser de importancia mundial, ejemplar y, desafortunadamente, desprotegido. Se volvió un test, un caso de estudio. Los americanos sabían perfectamente que el experimento no era acerca de si el socialismo podía sobrevenir sin una insurrección violenta o una guerra civil, sino sobre algo

mucho más simple: para ellos el asunto era, y sigue siendo, la permanencia de su supremacía imperialista en América Latina. En los cinco últimos años este dominio ha comenzado a verse erosionado por una serie de regímenes políticos, no solo Chile sino también Perú, Panamá, México y más recientemente, con el triunfo de Perón, Argentina. Más que Allende, se habría apostado que Perón iba a ser quien finalmente atrajera hacia sí un golpe de Estado. Estados Unidos se había confiado, con buenas razones, en que un lento estrangulamiento de la economía acabaría con el experimento socialista en Chile, que siempre fue un país con una deuda externa en permanente escalada, costos de importaciones en rápido ascenso y una sola materia prima para vender, el cobre, cuyo precio se derrumbó en 1970 y se mantuvo bajo los dos años siguientes. Pero hoy los americanos sienten que ya no pueden esperar. En cualquier caso, las continuas entregas de armas a las Fuerzas Armadas chilenas muestran que Estados Unidos siempre tuvo en mente la posibilidad de un Golpe.

Para el resto del mundo, Chile era un experimento más bien teórico sobre el futuro del socialismo. Tanto a la derecha como a la ultraizquierda les preocupaba probar que el socialismo democrático no es algo que pueda funcionar. Sus obituarios, por lo tanto, se han concentrado en probar cuánta razón tenían. Para ambos bandos la culpa es de Allende.

La debilidad y los errores de la Unidad Popular de Allende fueron, sí, graves. Pero antes de que la mitología decante y solidifique en moldes inmóviles, dejemos tres cosas en claro. La primera y más obvia es que el gobierno de Allende no se suicidó sino que fue asesinado. Lo que acabó con él no fueron los errores políticos y económicos ni la crisis financiera, sino la metralla y las bombas. Y para aquellos comentaristas de la derecha que se preguntan qué otra opción les quedaba a los opositores de Allende más que un Golpe, la respuesta es simple: no hacer un Golpe.

En segundo lugar, el gobierno de Allende no era un experimento de socialismo democrático, sino un intento de la burguesía de atenerse a la legalidad cuando la legalidad y el constitucionalismo no servían ya a sus intereses. La Unidad Popular no tuvo el tipo de poder constitucional que el Partido Laborista ha tenido, y malgastado, cuando ha sido gobierno. Tenía a un presidente legalmente elegido por un pequeño margen de votos, que enfrentaba a un Poder Judicial hostil y a un Congreso controlado por sus enemigos, que le impidieron aprobar *cualquier* proyecto de ley, excepto si la oposición lo autorizaba. Allende no operó con un poder constitucional, sino meramente con los recursos que su ingenio le permitió obtener de su posición como mandatario legítimo (aunque constitucionalmente baldado). La mayor parte de esos recursos se había agotado a fines del primer año de gobierno. Incapaz de obtener el control en las elecciones parlamentarias de este año, no había forma de obtener mucho más por los medios constitucionales.

Pero, ¿y por medios inconstitucionales? Este es el tercer punto al que quería hacer referencia, y es que la opción de “revolución” antes que “legalidad” no era realmente una opción. Ni militarmente ni en términos políticos estaba la Unidad Popular en posición de imponerse en un torneo de resistencia física. Sin duda, Allende detestaba la idea de la guerra civil, como cualquier adulto con experiencia histórica, sin importar lo convencido que se esté de que a veces es necesaria. Pero si hizo todo lo que estuvo en su poder para evitarla fue porque creía que su bando sería el perdedor, e indudablemente tenía razón. Fue el otro bando el que trató de provocar una prueba de fuerza, y, por cierto, lo hizo echando mano de los métodos tradicionales de la clase obrera, con efectos devastadores. Las huelgas nacionales de los camioneros fueron diseñadas no simplemente para paralizar la economía, sino para enfrentar al gobierno con una decisión incómoda, la coerción o la abdicación, y de este modo, obligar a los militares a abandonar su postura de neutralidad política. Porque los reaccionarios sabían que si los militares debían elegir entre identificarse con la izquierda o con la derecha, lo harían con la derecha. Las huelgas fallaron el último otoño, pero tuvieron éxito este verano.

Contra este estado de cosas, Allende solo contaba con la amenaza de la resistencia. En efecto, preguntó al otro bando si estaba preparado para embarcarse en una fea y, a largo plazo, incontrolable guerra civil. Probablemente calculó mal la reticencia de la burguesía chilena a esa opción. En general, la izquierda ha subestimado el temor y el odio de la derecha, la facilidad con que los hombres y mujeres bien vestidos adquieren el gusto por la sangre. Pero como los acontecimientos

han mostrado, la resistencia de la izquierda estaba organizada. Solo el tiempo dirá si estaba organizada lo suficientemente bien. Quizás, no. Pero a diferencia de la izquierda brasileña en 1964, la izquierda chilena ha caído luchando. Y si el país va a entrar ahora en un periodo de oscuridad, nadie puede albergar la menor duda acerca de quién apagó la luz.

¿Qué podría haber hecho Allende? Es un difícil momento para llevar a cabo una investigación sobre los posibles errores de esos hombres y mujeres valientes, muchos de los cuales están muertos o lo estarán pronto. Yo no quisiera en ningún caso unirme a aquellos que hoy rondan la tumba de Allende con carteles donde se lee, convenientemente escrito de diversas formas, “Te lo dije”. Ni siquiera es fácil, en este instante, distinguir entre lo que fue un error y lo que no lo fue, entre asuntos que no estaban bajo el control de los chilenos (como el mercado del cobre), asuntos que teóricamente podrían haber sido de otro modo, pero que en la práctica eran inmodificables (por ejemplo, la parálisis de la política a raíz de las rivalidades al interior de la Unidad Popular), y políticas que sí podrían haber sido diferentes. No hay duda de que la apuesta económica del régimen de Allende —y fue siempre una apuesta contra todas las previsiones— fue un fracaso.

Personalmente no creo que hubiese mucho que Allende hubiera podido hacer después de, digamos, principios de 1972, excepto hacer hora, asegurar la irreversibilidad de los grandes cambios que se habían logrado concretar y con suerte, mantener un sistema político que le diera a la Unidad Popular una segunda oportunidad más tarde. En el curso de un solo periodo presidencial no había modo de construir el socialismo, y Allende lo sabía y no prometió hacerlo. En cuanto a los últimos meses, es casi seguro que no había prácticamente nada que él pudiera hacer. Por trágicas que sean las noticias sobre el Golpe, era un hecho esperado y que se había predicho. No fue una sorpresa para nadie. **S**

Publicado el 20 de septiembre de 1973 en *New Society*. Extraído de *Ecos mundiales del golpe de Estado: escritos sobre el 11 de septiembre de 1973*, compilado por Alfredo Joignant y Patricio Navia, Ediciones UDP, 2013.

Suprema prueba de Salvador Allende

Por José Lezama Lima

La delicadeza de Salvador Allende lo convertirá siempre en un arquetipo de victoria americana. Con esa delicadeza llegó a la *polis* como triunfador, con ella supo morir. Este noble tipo humano buscaba la poesía, sabe de su presencia por la gravedad de su ausencia y de su ausencia por una mayor sutileza de las dos densidades que como balanzas rodean al hombre. Tuvo siempre extremo cuidado, en el riesgo del poder, de no irritar, de no desconcertar, de no zandear. Y como tenía esos cuidados que revelaban la firmeza de su varonía, no pudo ser sorprendido. Asumió la rectitud de su destino, desde su primera vocación hasta la arribada de la muerte. La parábola de su vida se hizo evidente y de una claridad diamantina; despertar una nueva alegría en la ciudad y enseñar que la muerte es la gran definición de la persona, la que la completa, como pensaban los pitagóricos. Ellos creían que hasta que un hombre no moría, la totalidad de la persona no estaba lograda. El que ha entrado triunfante en la ciudad, solo puede salir de ella por la evidencia del contorno que traza la muerte. Llevaba a su lado a Neruda, que era el que tenía las palabras bellas y radiantes para acompañarlo en su muerte, pero los dos morían al mismo tiempo. ¡Qué momento americano! El héroe y el canto se ocultaban momentáneamente, para reaparecer de nuevo en un recuperado ciclo de creación.

Al despertar el héroe y la poesía, tenía que aparecer lo coral, la gran antífona del pueblo. La raya vertical que es Chile, en el contraste de los mapas, se convierte en una raya ígnea y un gran fuego ha comenzado a soplar. El coro avanzará sobre las arpiás y las furias desatadas de la reacción, como la primitiva hoguera que no se consumía. La misma naturaleza ya se muestra enemiga de aquellos que atentaron contra Allende. Los árboles en la medianoche prorrumpen en maldición. El carabinero siente el ramaje que con

violencia se le pega en las costillas. Los Andes ruedan pelotas de trueno que asordan a los tiranuelos de cartón piedra. Por todas partes la naturaleza coopera con el hombre para rechazar a los encapuchados de la maldición.

Ya hemos dicho que el espacio americano es un espacio gnóstico, un espacio que conoce y que fija sus ojos, destruye la visión de los malvados. Existe desde luego el estado inmóvil, paleontológico, que mira hacia la muerte infecunda, pero hay también la muerte creadora, que representa la muerte y la resurrección. Ahora Allende combate en todas partes de la franja vertical de fuego coronario, atrae como un imán mágico y enseña a todos la fuerza irradiante de la suprema prueba del fuego y de la muerte. Él entrará de nuevo, no en la ciudad de ahora sino con los citaderos y los jóvenes que saltan como jaguares por encima del fuego. Está en todas partes como la mejor compañía, luchador absoluto, y sus amistosos designios como la libertad.

Como en las grandes construcciones donde el *número de oro* que daba las proporciones de la armonía, traza la melodía de la arquitectura, de la misma manera ciertas vidas, como la de Allende, están regidas en su parábola y en su muerte por el *número de oro*. Un secreto canon que les da su misterio y su cumplimiento. Tanto en su vida como en su muerte bullen las más seleccionadas fuerzas generadoras. Al morir ya está a su lado el nuevo retoño del grano de trigo. **S**

25 de abril de 1974

Este texto fue incluido en la revista *Eco*, N° 200, Bogotá, abril-mayo-junio, 1978. Posteriormente, en el libro *Lezama disperso*, editado por Ciro Bianchi Ross, Unión, 2009.

Muhammad Ali y yo en Londres 38

Por Sergio Trabucco Ponce

En enero de 1974, Silvio Caiozzi me dio un espacio cuando decidíamos asomar nuevamente la nariz, luego de un periodo submarinado y de vida clandestina. Aun sabiendo de mi militancia, me contrató para dirigir un comercial de leche Colun para el que debíamos viajar a Osorno. El productor era Alberto Célery y la fotografía la haría Nelson Fuentes. El día anterior a la partida llegamos a la oficina con Alberto Célery, que estaba en Matías Cousiño, para hacer los últimos arreglos. La oficina de Silvio estaba muy cerca, entrando por la calle Moneda. Cuando me bajaba de mi Austin Mini fui detenido por agentes de la Dina y nos llevaron en el mismo auto a la comisaría de la calle Santo Domingo. Alberto insistió en acompañarme, a pesar de mis disimulados intentos por advertirle que la tranquilidad con que estaba actuando era para ganar tiempo. No se estaba dando cuenta del riesgo que asumía, en un gesto solidario increíble.

Sobre Londres 38 y Tejas Verdes, los centros de detención clandestinos de la dictadura donde estuve detenido, hay un estupendo relato novelado de Hernán Valdés, publicado en 1974, que pude leer en el exilio. Los espacios, sensaciones y momentos que Valdés describe los vivió solo unas semanas antes de mi propio periplo. En realidad, el que me hubieran tomado preso no me pareció extraño. Días antes me había llamado mi padre para entregarme unos antecedentes importantes.

Yo estaba saliendo poco a poco de la clandestinidad y preparándome para volver a mi oficio.

El mensaje me lo enviaban por escrito mis tías Ikela y Tegualda Allende Ponce, dos experimentadas espiritistas protagonistas de historias que parcialmente cuento en este libro. En este caso era un recado urgente que me enviaba Jaime Galté,¹ quien había muerto hacía ocho años. Galté era un asiduo de las sesiones espiritistas de mis tías, donde escribía

poseído por el médico suizo-alemán Erick Halfanne, fallecido en Bolivia en 1906. Lo hacía con una letra distinta a la suya, la misma que tenían las dos hojas de cuaderno que sostenía mi padre en sus manos y que me leyó lentamente.

En ella me hacía una descripción pormenorizada de lo que me ocurriría unas semanas después con mi detención. En ese momento no le tomé mucho asunto, aunque yo creía absolutamente en el espiritismo.

Recuerdo que comuniqué a la dirección de mi partido el riesgo que significaba este mensaje, pero a pesar de que algunos sabían de mis habilidades espiritistas, ni antes ni después de mi prisión se cambiaron a otros domicilios.

Entrando a la comisaría de Santo Domingo, logré convencer con gestos a Alberto Célery que esto no era rutinario, como yo decía en voz alta para tranquilizar a mis captores, con la secreta esperanza de que se tratara de un error. Cuando Alberto se dio cuenta de lo que implicaba la situación, escapó rápido y avisó de mi detención.

En la comisaría, los dos personajes de aspecto rudo y desaseado que me detienen se presentan como funcionarios de la Dina. Luego me esposaron, atado a una banca metálica empotrada y me dejan allí. En la noche llega mi padre y con su uniforme, un tío, el general de Ejército Moro Latorre, casado con una prima de mi padre, que habla con la guardia y entra. Me dice que me quede tranquilo, que temprano, al día siguiente, me dejarían en libertad.

A la mañana siguiente me sueltan las amarras y me llevan frente al oficial de guardia en un alto pupitre y me hace firmar una declaración en que aseguro haber sido tratado muy bien y que quedaba en libertad.

Terminado de firmar, se me abalanzan dos tipos y veo por el rabllo del ojo que llevan una gran tela emplástica y algodones con las que cubren mis ojos, al

Pasé muchos días allí, encapuchado, sin comer ni beber, amarrado a una silla de pies y manos, sufriendo torturas inclementes. Sin embargo, hay cosas que no puedo olvidar: el 28 de enero de 1974 se televisaba la revancha pendiente de Muhammad Ali contra Joe Frazier, en el Madison Square Garden de Nueva York. En medio de las sesiones de tortura, escucho que han encendido la televisión.

tiempo que me golpean salvajemente. Antes había logrado divisar una camioneta *pick up* roja esperando en la entrada. A golpes me lanzan al piso de la camioneta y ponen una pistola en mi sien, con los pies encima; sentía cerca de la cabeza los pedales del acelerador y el freno. Empezamos un largo recorrido que parecía circular; cada cierto tiempo sentía que cruzábamos la Alameda de norte a sur. O al revés.

Podía distinguir el cruce por los ruidos de la construcción del metro; era un camino errático con el que, sin duda, buscaban desorientarme. Luego de unas horas llegamos a la calle Londres, que supe distinguir por el adoquinado del piso y la curva que hace hacia la calle París, a través de un espacio entre el algodón humedecido por el sudor y la tela un tanto floja. Pasé muchos días allí, encapuchado, sin comer ni beber, amarrado a una silla de pies y manos, sufriendo torturas inclementes. Sin embargo, hay cosas que no puedo olvidar: el 28 de enero de 1974 se televisaba la revancha pendiente de Muhammad Ali contra Joe Frazier, en el Madison Square Garden de Nueva York. En medio de las sesiones de tortura, escucho que han encendido la televisión, por el típico acento caribeño de los locutores del boxeo de la TV estadounidense latina, anunciando la pelea. Era Chon Romero, el famoso relator de boxeo panameño que así relató el combate:

Al concertarse la segunda riña entre Ali y Frazier, ya este último no era el campeón de todos los pesos, lo había perdido por la vía del knock out en dos asaltos contra George Foreman en Kingston, Jamaica, el 22 de enero de 1973. Frazier venía de imponerse en Londres, Inglaterra, a Joe Bugner, el 2 de julio de 1973, su presentación más reciente antes de ofrecerle el desquite a Muhammad Ali. En esta oportunidad, la victoria fue para Ali por decisión unánime del jurado.²

Estoy completamente ciego desde hace varios días, ahora escucho la televisión, la pelea se va a iniciar. Repentinamente, siento que mis torturadores sueltan las amarras que me mantenían atado a

una silla y me dejan de pie con las manos libres, en esa pieza que parece contigua al espacio desde donde se escuchan varias voces expectantes y el ruido de la TV. Casualmente, una de esas voces es la del más rudo contendor de la pelea paralela que tendría lugar en un cuadrilátero imaginario. Es la de un argentino, que con el tiempo poco se ha sabido, salvo que era un agente infiltrado en la izquierda y que aparecería muerto en una playa del litoral, amarrado con alambres. Estoy solo en un espacio que siento vacío y me parece del tamaño de un *ring*. Después, con los años, lo pude conocer como el garaje de lo que fue el Instituto O'Higiniano en dictadura y una sede del Partido Socialista antes del Golpe.

El árbitro era el puertorriqueño Tony Pérez. Una vez más, el Madison Square Garden estaba repleto de fanáticos ansiosos de ver a Ali vengar una de sus dos derrotas, ya que el 31 de marzo de 1973 perdió el título de los pesos pesados de Estados Unidos al caer ante Ken Norton, en San Diego, si bien lo recuperó poco después frente al mismo rival, el 10 de septiembre de ese año, en Los Angeles.

Sigo de pie, ciego y esperando que llegue la paliza múltiple desde cualquier lado y a mansalva. La pelea en la TV se da inicio y bastarán los descansos entre *round* y *round*, para que en este *ring* imaginario empiece la otra, la de un contendor encapuchado y sus captores, que me usaran como un *punching ball*.

Desde el primer campanazo, Muhammad Ali dio muestra de presentar un combate distinto, mejor preparado, con buen sentido de la distancia, que precisó para mantener a Frazier nulo de poder golpear a su antojo las zonas medias, como también el gancho de izquierda volado, que fueron tan efectivos y certeros en su primera pendencia. Igualmente, tuvo muy presente el campeón de todos los pesos de Norteamérica no refugiarse en las cuerdas ni cantones, que se convirtieron en zonas prohibidas para combatir contra el aguerrido Joe Frazier.

Se produce el primer campanazo de fin de *round* y entran mis contendores a golpearme en el rostro

con sus puños. Mi cara estaba cubierta por una bolsa que me cubría también el pecho y los brazos. Caí al suelo y me pararon a punta de patadas y gritos; no pude irme contra las cuerdas para afirmarme... aquí no hay cuerdas.

Ali, esta vez, fue más atinado y constante con su combinación de dos golpes, retrocediendo y golpeando a Frazier en el rostro. Recordemos que Muhammad Ali no lanzaba golpes más abajo de la barbilla, nunca trabajó el cuerpo humano, razón por la cual jamás se consideró boxeador completo.

Se viene otro round, y siguen los golpes; estoy con la adrenalina a tope, como el deseo de ser capaz de resistir. No siento dolor, pero sí veo estrellas y luces como flashes y relámpagos en cada golpe seco en plena cara. Deseaba que llegara un *knock out* rápido de mi admirado Ali, pero ya no era el mismo de antes. Yo, a partir de esta experiencia, tampoco.

Durante los primeros seis asaltos del combate, Ali golpeó a Frazier a su antojo, mientras pudo mantenerse danzando alrededor del ring y lanzando su viciosa combinación "one two", de dos golpes de rectos y el jab, que fue efectivo y llave de golpear y eludir a su rival. Desde el séptimo episodio, la pelea comenzó a cambiar para Muhammad Ali, ídolo de entonces de los estadounidenses y también mundial.

Las energías comenzaron a mermar y razonablemente sus danzas y rapidez disminuyeron, lo que aprovechó Frazier para disminuir la distancia impuesta por Ali e imponer su estilo de fajador, acosando a su oponente a refugiarse en las cuerdas, donde lo castigaba con golpes de preocupación.

Ahora mi rival es solo el argentino, que golpea a voluntad, insultando e insinuando que esto será solo un ablandamiento, que ya volverán los interrogatorios y que regresaré a la parrilla.

Para el noveno asalto, Ali comenzó a recibir el peligroso volado gancho de izquierda, especialidad de Joe Frazier, con el cual lo derribó en su primer combate. Ali sangraba por la nariz y Frazier tenía el rostro muy inflamado, ambos sumamente agotados.

Mis torturadores, hacia el final de la pelea, me abandonaron en el suelo y la TV los mantuvo atentos. No volvieron ese día. El audio continuaba:

Exhaustos terminaron la pelea con acciones que aplaudía el público con delirio en el majestuoso Madison Square Garden. Los jueces ofrecieron el veredicto unánime para Muhammad Ali.

Yo también deseaba salir victorioso, quería resistir con toda la dignidad posible; ya sabía que el nexo que me inculpaba era mi Austin Mini, que había comprado con 12 letras a la Distribuidora Codisa de mi primo Juan Trabucco, que luego por su quiebra

lo reencontraría en su exilio económico en Argentina. Ellos insistían que era propiedad del MIR. Desde ese momento empecé a recordar al espíritu de Jaime Galté, que me había enviado el recado perentorio con mis tías. Sabía que Galté tuvo un sueño con su padre fallecido donde le decía que había dejado un paquete con dinero para su madre. La historia transcurría en un hotel de Valparaíso, que él buscó hasta encontrar, y efectivamente allí estaba lo que le había dejado su padre. Quizá yo podría hacer lo mismo con mi padre, madre o mi mujer, Faride Zerán, que me buscaban como preso desaparecido.

Al día siguiente, siento que traen a una mujer, a la que torturan y vejan en la forma más despiadada. El interrogatorio es intenso y la conminan a delatar nombres que le reiteran. Ella mantiene silencio y se niega a colaborar. Ella, a su vez, escucha las torturas de las que yo era víctima.

Años después fuimos citados por el realizador Sergio Castilla a La Habana, a la casa de Pedro Chaskel y su mujer, Fedora Robles, a dar testimonios para colaborar en el guion de la película *Desaparecidos*, que estaba preparando. Allí en Alamar, un conjunto habitacional de autoconstrucción, nos recibieron Pedro Chaskel y Yeya, como le decíamos a su mujer, que se esmeró en darnos unas buenas onces.

Había bastante gente y se leían los textos con los testimonios. De pronto empiezo a escuchar una historia que me retrotrae a la mujer torturada que había estado conmigo en Londres 38; la escuché atentamente.

Por cierto, el relato era dramático y narrado con toda la dignidad que correspondía. El que yo llevaba era más duro en cuanto al lenguaje y la forma; por ello, cuando terminó, me paré, abracé a la mujer y le dije al oído: "Yo estaba allí contigo, esa es nuestra historia; la mía me la guardo". Era Nieves Ayress, una hermosa mujer que finalmente pudo recomponerse con la ayuda médica y tener una bella hija con el dirigente poblacional Víctor Toro.

Por ello no voy a dar más detalles de las vejaciones de las que fui víctima por este argentino infiltrado y con fuertes desviaciones sexuales. Pero siguió llegando gente a ese pequeño espacio en nuestra prisión de calle Londres. Algunos eran jóvenes de la población La Legua. Esa noche, botados en el suelo, todos encapuchados y pegados unos con otros, me habla uno de ellos en voz baja: "¿Cuándo vamos a combatir?". Al comienzo no entendí la pregunta. Me dice que el Guatón Romo³ y otra gente estaban juntando jóvenes para salir a combatir a la dictadura y los traían a este centro de entrenamiento y que sería duro. Andaban en un Austin Mini con el que recorrían las poblaciones. Con dolor le explico que el lugar en que estábamos

Sigo de pie, ciego y esperando que llegue la paliza múltiple desde cualquier lado y a mansalva. La pelea en la TV se da inicio y bastarán los descansos entre *round* y *round*, para que en este *ring* imaginario empiece la otra, la de un contendor encapuchado y sus captores, que me usaran como un *puching ball*.

era un centro de detención clandestino y que lo habían engañado. No lo podía creer. El Austin Mini me lo quitaron a mí, agregué. No lo volví a ver.

Las torturas y los gritos desgarradores no cesaron, conocimos la parrilla y la corriente eléctrica en nuestros cuerpos, y lográbamos dimensionar los espacios, contando los escalones de las escaleras al segundo piso donde nos llevaban y el tamaño del *ring* al contar los pasos y el retumbar de los gritos en los muros.

Pasó mucha gente, incluidos avezados delincuentes comunes acusados de traficar armas, entre los que estaba el Pate Loro, quienes solidariamente y solo por sus voces y experiencia, nos daban tranquilidad y esperanzas. Cada vez que había silencio o lograba concentrarme convocaba a Galté y le pedía le dijera a mi madre y Faride dónde estaban las letras pagadas de la compra de mi auto, que luego de abandonar mi casa y entrar a la clandestinidad había dejado en un gancho metálico en el piso de un clóset, en la casa de mi madre, junto a otros documentos.

De pronto, Faride y mi madre, que estaban sentadas en el *living* pensando en qué sería de mí o si seguía con vida, sienten un impulso y ambas corren al clóset y van directo al gancho con las letras. Sin entender lo que significaba, se lo comentan a mi padre y lo unen al hecho de que el espíritu de Galté, masón como él, me había advertido por intermedio de las tías Allende, situación de la que me entero por ellos cuando logré salir de ese infierno.

Finalmente, somos trasladados en un camión frigorífico a Tejas Verdes, otro centro de detención; todos seguíamos encapuchados, sin comida ni bebida. Luego de horas de viaje nos bajaron en un lugar en que el aire marino y el olor a eucaliptos eran evidentes. En un segundo nos hacen formar a empujones y fuimos víctimas de un fusilamiento simulado cuando nos apegaron a un muro. El vértigo de morir y vivir, vivir y morir, es indescriptible y solo lograba aumentar el miedo y la dependencia del captor.

A lo lejos, el viento traía las voces de un coro que entonaba la canción "El corralero". El Pate Loro nos dice: "Caballeros, tenemos esperanza de vida por un tiempo largo; ese coro tiene a lo menos un par de semanas de ensayos; hay que estar tranquilos". Al segundo día nos sacaron la capucha y las vendas y nos dieron alimentación. Fue realmente emocionante conocer las caras de las personas que estábamos juntos desde hacía días. Las mujeres fueron separadas.

La sorpresa fue descubrir que estaba en un lugar similar a un estudio de cine como el de Samuel Bronston, que había conocido en Madrid.

Estaba construido con la misma estética de los campos de concentración nazis que veíamos en las películas estadounidenses; parecía una escenografía; incluso en la entrada existía un gran puente mecano como para cruzar un río, pero en este caso, inexistente. El Campamento N° 2 de prisioneros había sido construido por la Escuela de Ingenieros Militares Tejas Verdes.

El puente se levantaba en la entrada, pero solo cumplía un sentido estético. Provocaba un sonido especial cuando pasaba un vehículo, que lo hacía aterrador a las horas en que nos venían a buscar para la tortura. En los primeros interrogatorios, me di cuenta de que mis captores tenían conocimiento de mi vida personal y que el trato, si bien era muy duro, parecía de iguales. Efectivamente había oficiales y suboficiales que fueron compañeros míos en la Escuela Militar o de mi primo Juan Trabucco —que llegó a oficial con la primera antigüedad—, aunque no pude ver sus caras. Los interrogatorios y la tortura se hacían fuera del campo y nos mantenían encapuchados.

El jefe del campo era el suboficial Ramón Carriel, que había sido el jefe de la Banda Instrumental y de Guerra de la Escuela Militar, donde yo fui corneta en 1962, por lo que lo reconocí inmediatamente.

Él tuvo hacia mí un comportamiento especial, dejándome un sándwich debajo de la "payasa de paja" que se usaba como camastro y diciéndome que no tomara agua después de la tortura con electricidad. Otro compañero de la Escuela que estaba allí, según supe después, y al que tampoco logré ver, era el exalcalde Cristián Labbé.

En mi desesperación por la tortura y al ver que mis captores eran gente con la que compartí en el ejército, se me ocurrió pedir trato de prisionero de guerra, acudiendo a la Convención de Ginebra. No solo me convertí en el hazmerreír, sino que recibí un trato peor.

Mi padre, que seguía mi búsqueda por todo Chile, era acompañado por su amigo y colega, el abogado Miguel Schweitzer Speisky, que tenía un pasado socialista. En su casa había conocido al abogado Raúl Rettig,⁴ que completaba el trío de amigos. Desde niño les dije tíos, pero para mi decepción y la de mis padres, Schweitzer terminó siendo, dos años después, ministro de Justicia del régimen, cargo que desempeñó hasta marzo de 1977, sabiendo exactamente lo que estaba ocurriendo en materia de derechos humanos; como contrapartida, Raúl Rettig se convertiría en el símbolo de la búsqueda de la verdad y la reconciliación. Ambos eran más que amigos.

Al no tener respuestas claras, ya que todas las autoridades decían desconocer mi prisión, mi papá le pidió al general Sergio Arellano Stark, de triste recuerdo, que me hiciera llegar un pequeño paquete con una muda, un chocolate y una hoja de afeitar, pero con su letra inconfundible que decía: "Para Sergio Trabucco-Presente". Arellano había sido subalterno de mi abuelo general, ya fallecido en esos momentos, e hizo llegar el encargo a Tejas Verdes, con lo cual resulta evidente que tenían un claro control de donde estaban los presos desaparecidos. El paquetito causó revuelo al oficial jefe del campo en ese momento secreto. A partir de ese instante, un capitán ordenó dejarme tranquilo y esperar que se me borrarán las marcas de la tortura. Así fue como logré salir de Tejas Verdes, cuando una mañana me botan desde un camión frigorífico en marcha en plena Alameda, a la altura de Pajaritos. Después caminé nuevamente a mi destino original, la oficina de Silvio Caiozzi. Estaba hecho una piltrafa, pero cuando llegué allí me recibió con los brazos abiertos su compañera de esos años, la productora Adela Cofré, y lloramos abrazados por un tiempo. Luego, con Silvio y todos los que estaban en la oficina llamamos a mi padre, artífice de mi liberación, que no sabía que sus esfuerzos y astucia habían dado resultado. **S**

Extracto del libro *Con los ojos abiertos*, publicado por Editorial LOM el año 2014.

NOTAS

1 Jaime Galté Carré nació en Santiago, en 1903. Se tituló en 1930 como abogado de la Universidad de Chile. Director de la cátedra de Derecho Procesal en la Escuela de Leyes de Valparaíso y en la Escuela de Derecho de Santiago. Fue abogado en el tribunal de cuentas de la Contraloría General de la República y fundador de la Sociedad Chilena de Psicología, de la cual fue vicepresidente hasta que falleció, el 1 de noviembre de 1965. Escribió varios textos de procedimiento procesal, como el Manual de organización y atribuciones de los tribunales. Fue un destacado miembro de la masonería, llegando a ser Gran Orador en la Gran Logia de Chile y activo miembro de Martinismo. Fue el más grande médium y espiritista de Chile.

2 Este fragmento, al igual que los otros que aparecen en cursivas, son una transcripción del audio de la pelea.

3 Osvaldo Romo, "el Guatón", fue un dirigente poblacional de la Unión Socialista Popular, que luego se transformó en agente de la Dina.

4 Raúl Rettig Guissen (1909-2000) fue político, abogado y profesor normalista. Perteneció al Partido Radical y se desempeñó entre 1938 y 1940 como subsecretario del Interior y después de Relaciones Exteriores (1940). Fue elegido senador por la octava agrupación provincial (Biobío, Malleco y Cautín) en el periodo 1949-1957. Profesor de la cátedra de Filosofía del Derecho en la Universidad de Chile desde 1958. Durante el gobierno de la Unidad Popular se desempeñó como embajador en Brasil hasta el golpe de Estado de 1973. Presidente del Colegio de Abogados de Chile entre 1985-1987. A comienzos del gobierno de Patricio Aylwin fue nombrado presidente de la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación, encargada de emitir un informe sobre la violación a los derechos humanos durante la dictadura de Augusto Pinochet.

Los dos Carlos

Por Federico Galende

El golpe de Estado de 1973, cuyos 50 años conmemoramos, puso una lápida definitiva sobre el doble papel que habían tenido hasta ese momento los cuerpos: el de ser, por un lado, el gozoso leño vital que cada quien sumaba a una multitud encendida y el de aspirar, por el otro, a una cierta contención del estilo o la forma que encontró en el gesto final de Allende algo así como su consumación. Allende, como se sabe, era un hombre de gran estilo, y este estilo, que también fue en su momento el de Chile, provenía de una figura que no conocieron los griegos, pero sí los romanos: la dignidad.

La dignidad atañe al cuerpo que se vive incompleto y que, por esto mismo, aspira a representarse. Es el motivo por el que, en la época de las utopías, la representación no estaba anudada solo a las prácticas artísticas o culturales que incidían en el diseño del imaginario colectivo del país, sino también a la imagen exterior de un mandato a cuya altura debía ponerse el cuerpo al que le había sido encomendada la conducción de la República. Esto proviene de las antiguas arcas del derecho público romano, donde el cuerpo del soberano no es un cuerpo real o encarnado, un cuerpo que saliva, suda o secreta, sino una imagen, una investidura en cuyo hueco el soberano se impersonaliza.

Este cruce particular entre el cuerpo infantil y gozoso de la multitud encendida y el cuerpo honorífico y digno de quien debía representarla llegó a su fin el 11 de septiembre de 1973, cuando Chile extravió para siempre su estilo más hondo. Aunque quizá no del

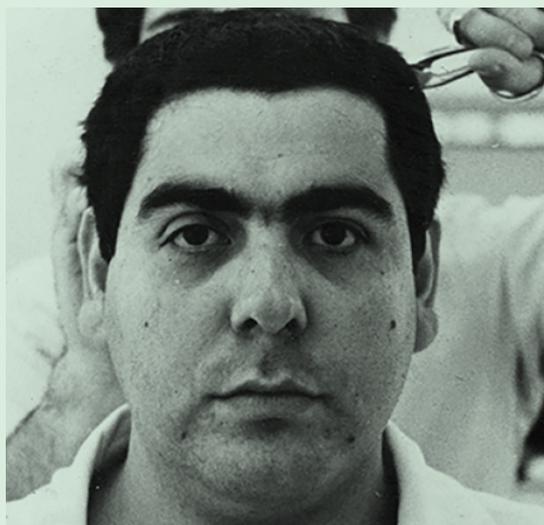
todo, en el sentido de que ese estilo tuvo reelaboraciones en el mundo del arte y también en el de los espectáculos de masas. Un ejemplo contundente lo aportan Carlos Caszely y Carlos Leppe, quienes tenían en común no solo el nombre de pila, sino también un modo performático de citar el pasado y las dignidades que se habían perdido.

En ambos casos, lo que estaba en juego era lo que podía un cuerpo bajo los nubarrones de la represión. Era una forma de oponerlos a los dictámenes ásperos de las filosofías de la existencia —donde el cuerpo es el peso muerto al que el ser permanece engrillado—, para recuperarlos como insumos del oficio. En Leppe, era el insumo de una degradación, de un material repleto de excesos servido como un pan mórbido en las ceremonias frías del arte. Un cuerpo humillado, que daba vuelta —como si fuera un guante— el cuerpo de Allende, para forjar una teoría visual en la que la obscenidad y la deshonor cifraban un detalle alegórico sobre el fin de la República. Su metro cuadrado, como sabemos, eran las salas de espera, las galerías invisibles, los tocadores arruinados o cualquier lugar en el que pudiera la carne llorar, no sin un resto de intrigante comicidad, sobre las cenizas de Chile. En Caszely, en cambio, el cuerpo era una armadura ligera que resplandecía en el área chica y compensaba las ilusiones marchitas, dejando a una línea entera de zagüeros rascándose la cabeza.

Guillermo Machuca, aficionado a pensar el arte y la cultura local apelando a un método que era el de los contrastes electricificados, comparó con un dejo de



Carlos Caszely (1950)



Carlos Leppe (1952-2015)

malicia a los dos Carlos. Lo hizo en un fragmento de *El traje del emperador*, donde recordó que el mismo año en el que el artista presentó una obra difícil de descifrar en la Bienal de París, de 1982, el delantero le dirigió un gesto a Pinochet que todos recordamos.

Vamos primero a Leppe: en la Bienal de París, su cuerpo es la pista de una gran afrenta contra sí mismo; primero está enfrascado en un traje de esmoquin, después pasa a ser una grotesca mole desnuda, al final vomita en cuatro patas una torta en el baño. Todo esto es muy raro, arduo de interpretar incluso para las conspicuas membresías de un arte internacional, que ya había cambiado la jerga de las prácticas conceptuales por las de la pintura vaciada en los moldes del neo-expresionismo. Se podría decir que *performances* como las de Leppe llegaban tarde, pero Machuca había tenido el decoro de salvarlas al percibir en las acciones de nuestra bestia más lúcida la traición del tercermundista que, fuera de casa, se comporta desnudando la pobreza y la suciedad de los recursos representacionales del arte.

Lo de Leppe admitía ser analizado bajo el ángulo de una protesta desesperanzada, con aterrizajes similares al del payaso que exhibe en el suelo las penitencias de la encarnación. En cambio, en Caszely el protagonismo lo tenía la ingravidez, su capacidad para devolverle al desconsolado pueblo de Chile una pequeña alegría, volando al interior de un metro cuadrado. De hecho, lo llamaban así, el “rey del metro cuadrado”.

Perfectamente se los podría reunir a ambos en la dialéctica que Starobinski exhumó de las comedias

del arte y aplicó, como lo hizo también Simone Weil, a la vida moderna: la dialéctica entre la ingravidez de la bailarina que se eleva como una pluma en el aire y la pesantez del payaso que se desploma en el suelo. Pero Machuca, menos por atacar a Leppe que por exponer a una clase intelectual fundada en prejuicios contra las industrias del espectáculo, optó por una escena que tomó de Chomsky y Guarello en el libro *Anecdotario del fútbol chileno* e ideó de inmediato la comparación. Ese año de 1982, después de que la selección chilena clasificara para el Mundial de España, Pinochet invitó al Palacio de la Moneda al director técnico junto con los jugadores. Carlos Caszely, apodado el “chino comunista” por su antigua proximidad con Allende y la Unidad Popular, daba vueltas por ahí cuando, de pronto, el dictador se le vino encima para estrecharle la mano y confesarle su admiración. Entonces “el rey del metro cuadrado” lo miró a los ojos y, tocándose la pierna izquierda, le dijo: “Mire, general, que yo pateo con esta”.

Tres años más tarde, Caszely se despidió del fútbol jugando un partido ante 90 mil espectadores en el Estadio Nacional, entre cuyas rejas fueron segadas y masacradas en medio del silencio tantas vidas y donde, poco a poco, se empezó a escuchar a todo volumen el emotivo “¡Y va a caer...! ¡Y va a caer...! ¡Y va a caer...!”. Era una frase a lo mejor tatuada en la exuberante protesta del cuerpo de Leppe, arrodillado a solas en ese baño como un palimpsesto mudo, rodeado por copas de champaña que se entrechocaban a muchos kilómetros de las verdaderas penas del arte. **S**

Críticas
de libros
y cine

Sociología de la masacre,
de Manuel Guerrero Antequera,
por Daniel Hopenhayn

Autor material,
de Matías Celedón,
por Sebastián Duarte Rojas

Carne de perra,
de Fátima Sime,
por Rodrigo Olavarría

Una historia perdida,
de Juan Pablo Meneses,
por Marcela Fuentealba

Pinochet y sus tres generales,
de José María Berzosa,
por Pablo Riquelme

Coproducir la violencia

Por Daniel Hopenhayn

Muy rara vez o casi nunca, la violencia que sigue a un colapso institucional adquiere expresiones *razonables*. Se trate de una guerra civil o de un golpe de fuerza unilateral, lo usual es que víctimas y testigos se sientan enfrentados a una brutalidad imprevisible, sin poder comprender de dónde ha emergido el odio visceral que parece inspirar a los perpetradores y sus cómplices. El objetivo estratégico de infundir terror no termina de explicar esas conductas: se manifiesta en ellas algo más, una perversidad gratuita que la reflexión posterior necesita dilucidar.

En su ensayo *Sociología de la masacre*, Manuel Guerrero Antequera (hijo de Manuel Guerrero Ceballos, una de las tres víctimas del Caso Degollados) toma distancia de la intuición hobbesiana que atribuye este fenómeno a una liberación de nuestros impulsos atávicos, roto el orden que los inhibía. Tampoco cree que la polarización previa a esa ruptura permita dar cuenta de la barbarie que le sobreviene. Ambas explicaciones, aunque parcialmente ciertas, dejan en sombras un hecho esencial: la violencia no se desenvuelve en función de las condiciones que la desatan, sino de las que ella misma crea una vez que se instala. Citando al politólogo Stathis Kalyvas, su fuente más recurrida, el autor fija su premisa: “La violencia en paz y la violencia en guerra son de una especie diferente”. Y entonces, sus preguntas: “¿Cómo se llega a ser delator o torturador? ¿Bajo qué condiciones y de qué modo la población civil colabora con la violencia?”.

Sociólogo asentado en la filosofía política y en la bioética aplicada a la investigación científica (su campo académico principal), Guerrero rehúye la descripción del represor como una bestia psicótica. Esto no lo lleva, sin embargo, a

recluir su análisis en el diseño impersonal del aparato represivo. Su propósito es percibir las dinámicas sociales que activa un régimen de violencia, y así reconocer la racionalidad de los distintos actores que deciden, con arreglo a sus propios fines, hacer uso de ella o colaborar con sus agentes. Seguir la pista del “carácter fundacional” de la violencia, en ese sentido, es advertir el modo en que su despliegue genera nuevas identidades, reconfigura lealtades grupales y adscripciones ideológicas, motiva comportamientos ambiguos en las mayorías expectantes, estimula el temor y la venganza; en resumen, el modo en que la violencia “cambia el marco de referencia de la acción, estableciendo su propio orden”.

El libro no ofrece un panorama exhaustivo de esas dinámicas ni profundiza en experiencias históricas distintas a la chilena. La ambición del autor, si se quiere más modesta, es modelar posibles taxonomías que orienten su disciplina —la sociología— en la investigación empírica de la “producción social de la violencia”. En esa línea, parte por definir *masacre* como “aquella violencia que puede llevar a la aniquilación de una población civil sin que esta tenga la posibilidad de defenderse”. Distingue entre sus formas el genocidio, la guerra civil y el terrorismo de Estado, que a su vez se relacionan con otras tantas variables: la violencia unilateral y la que enfrenta a dos grupos o más, la que persigue eliminar a un colectivo y la que solo busca someterlo, su aplicación indiscriminada o bien selectiva; escenarios que, en cada caso, impactan de un modo distinto a la población “no combatiente”.

El lector menos comprometido con los marcos conceptuales, sin embargo, podrá seguir con interés el examen de ciertos fenómenos en particular. Por ejemplo, a

las conductas de soplónaje y delación, en general poco exploradas si consideramos que toda policía política, desde la Gestapo a la Dina, ha hecho de ellas su insumo primordial. En el caso de Guerrero, la inquietud es también biográfica. El primer capítulo del libro, el único testimonial, relata su experiencia familiar, donde la figura del traidor ocupa un lugar relevante. Miguel Estay Reyno, el Fanta, no solo participó en el Caso Degollados; ya en 1976, Manuel Guerrero Ceballos lo identificó en su declaración judicial como uno de los hombres que lo había torturado durante el secuestro que sufrió ese año. Desde entonces, escribe Guerrero Antequera, “había un odio particular hacia él” que incidió en su escabroso asesinato.

Como se sabe, el Fanta era un exmilitante comunista que devino delator tras ser detenido en 1975. “Estuvo varias veces con mi familia, jugó conmigo cuando yo era pequeño”, constata Guerrero, como si aún no saliera del asombro. De ahí su pertinente obsesión por este tema, que también lo lleva a interrogarse por la pulsión delatora de la población civil más extendida. Los periodos de violencia, concluye al respecto, abren espacios de anonimato e impunidad para perjudicar a terceros, pero no solo eso: inhiben además la autosanción moral de las personas, empujándolas a realizar acciones que no se permitirían en circunstancias normales. A modo de ejemplo radical, cita la experiencia de Ángela Jeria, quien, mientras su marido era torturado en prisión por sus compañeros de armas, recibía en su casa permanentes llamados de denuncias contra adherentes de la Unidad Popular, pues su número telefónico figuraba en la guía como contacto de la FACH.

Quizás menos novedosa, pero igualmente oportuna, es la reflexión del autor sobre “los

procesos de expulsión de la comunidad moral de iguales”. Vale decir, la construcción de estigmas deshumanizadores (“perros”, “ratas”, “humanoides”) que permiten clasificar a un colectivo como alteridad negativa a eliminar, y que constituyen “uno de los mecanismos base de la desconexión moral de los perpetradores”. Degradación paradójica, en todo caso, pues al mismo tiempo se exageran el poder y la astucia de ese grupo, para así justificar su erradicación —a nombre de la sociedad— en defensa propia. El sociólogo anota con agudeza que “la racionalización [del prejuicio sobre la víctima] no es un mecanismo intelectual sino, y aquí su complejidad, una estrategia afectiva”. No asistimos, entonces, a un problema racional y otro emocional: es una simbiosis entre ambos planos lo que permite consumir “la desaparición de la responsabilidad moral individual”.

Ahora bien, Guerrero nos sorprende en este punto con un salto analítico arriesgado. Asegura que la animalización de la víctima revela una “violencia de doble fondo”, toda vez que se sostiene en un prejuicio especista que “ya ha expulsado previamente a las otras especies de nuestra comunidad moral”, negando que somos “parte de una misma comunidad interespecie”.

¿Propone el autor una equivalencia moral entre el humano y los demás animales? Al menos plantea que el especismo, en tanto discrimina a ciertos individuos solo por el grupo al que pertenecen, “tal como ocurre en las masacres intraespecie (...), viola en forma equivalente el principio de igualdad y el derecho a igual consideración moral”. Estas afirmaciones son apoyadas por una serie de estadísticas relativas a la explotación animal y la industria alimentaria, seguidas de la impugnación a prácticas como los zoológicos o el rodeo. El lector

juzgará si esta es otra conversación o si ya ha dejado de serlo.

En el capítulo final se aborda la pregunta ineludible: qué hacer, cómo prevenir una masacre. Por cierto que a este ensayo, dado su arco temático, no le toca responder cómo se cuida la paz, sino cómo se mitiga la violencia cuando ya se desató. Y la evidencia disponible, apunta Guerrero, es concluyente: no hay contrapeso más efectivo que la “monitorización externa” por parte de la población civil. Allí donde un cierto número de ciudadanos —agrupaciones de víctimas, periodistas y abogados, entre otros— no se resigna a la condición de *testigo*, sino que asume el rol de *observador activo*, “los agentes, al saberse observados, tienden a aplicar la coerción de manera controlada”. Los propios gobernantes, de hecho, suelen reformar el modelo de coerción para adecuarse a la vigilancia externa, que a su vez cohibe a los potenciales delatores —temerosos de ser descubiertos— y ofrece una “ventana de escucha” a quienes repudian los crímenes, pero no son afines al bando atacado (agentes dispuestos a filtrar información, por ejemplo). Llenar ese espacio, “el espacio para el coraje cívico”, no alcanzará para restaurar la paz, pero sí podría impedir que la violencia “derive en una dinámica aniquilatoria creciente”, lo que llegó el caso ya es bastante decir. **S**



Sociología de la masacre. La producción social de la violencia
Manuel Guerrero Antequera
Paidós, 2023
177 páginas
\$17.900

Una confesión inconsciente

Por Sebastián Duarte Rojas

“Fue en 1996 cuando el exagente de la Central Nacional de Informaciones, Carlos Herrera Jiménez, grabó su primer audiolibro en prisión. Su voz se guarda en decenas de casetes que hizo llegar a la Biblioteca Central para Ciegos, condenada a perpetuidad por sus crímenes”. Este párrafo abre la quinta novela de Matías Celedón, que surge de la escucha de aquellas grabaciones de quien cumple cadena perpetua en el Penal de Punta Peuco, por el asesinato del líder sindical Tucapel Jiménez y del carpintero Juan Alegría.

La primera sección de *Autor material*, “Identidad operativa”, ficcionaliza las respuestas de Herrera durante un juicio que culmina con la narración de un sueño en que él mismo es torturado: “El voltaje me desangra por dentro, han conseguido quebrarme y mi lengua desbocada alcanza a huir, como un pájaro, cantando lo que he llamado hasta ahora”. Luego viene “Frasas grabadas”, el eje central de este libro, un relato construido por medio del montaje de fragmentos de cinco libros leídos por el exagente: un texto catequístico acerca del dolor, un estudio sobre derecho constitucional, un clásico de la literatura latinoamericana y dos novelas de espías. Y la última parte es “Retrato hablado”, un ensayo acompañado de abundantes citas

que reflexiona en torno a la memoria, la ceguera y las diferencias entre la palabra escrita y hablada, al tiempo que cuenta la historia de Herrera y la experiencia del propio autor del libro escuchando sus cintas: “Pensaba que podía haber algún mensaje cifrado (...). En su voz, las frases de determinadas historias, los diálogos e inflexiones de ciertas escenas cobraban un sentido distinto”.

La escritura por medio del montaje y el trabajo con la materialidad no son nada nuevo para Celedón, cuya obra es muy coherente y sofisticada. Sus primeras tres novelas se caracterizan por su brevedad, su forma experimental, su localización difusa y un cierto hermetismo: además de *Trama y urdimbre* (2007) y *Buscanidos* (2014), a esta etapa pertenece su publicación más celebrada, *La filial* (2012), una narración inquietante construida por medio de frases estampadas con timbres y otros elementos visuales. Luego vino *El Clan Braniff* (2018), su novela más larga y convencional que, al igual que su nuevo libro, remite a fuentes de archivo —fotografías, diapositivas, documentos— para abordar un caso real sobre agentes de la dictadura, una operación de tráfico de cocaína autorizada por Pinochet y dirigida por su hijo mayor.

En *Autor material* aparecen varios temas recurrentes de la obra de Celedón, como el abuso, la maldad, las organizaciones secretas y las discapacidades físicas. Pero si en otros libros el texto dialogaba con la visualidad, en esta nueva novela se privilegia la dimensión auditiva. Por eso la sección “Frasas grabadas” incluye un código QR para acceder a la pista compuesta con la voz del agente, aunque esta no es exactamente igual al texto impreso. Los elementos adicionales del libro son los títulos de los capítulos, mientras que los del audio son, además de los aspectos no

verbales propios de una grabación, los efectos de sonido —estática, cambios de cintas, música y otros detalles por el estilo— y algunas palabras o frases omitidas en el texto.

El capítulo más extenso, logrado e intenso de esta parte es “La bella durmiente”, un episodio cuya temática es previsible desde el título: “Cerró los ojos. Penetró de modo irresistible, como un cerdo viejo en la mugre. De pronto experimentó un sentimiento de soledad más intenso que nunca”. Pero otros momentos de la narración son débiles, sobre todo cuando las voces se vuelven indistinguibles o hasta inverosímiles, y se sostienen más en el carácter espectacular del montaje que en la calidad literaria. Sin embargo, el gesto de la novela parece especialmente apto en este año conmemorativo: mientras las víctimas de la dictadura perdieron la voz y solo dejaron imágenes que terminaron conformando una sola en los afiches con la frase “¿Dónde están?”, en las conmemoraciones y monumentos o en las paredes del Museo de la Memoria, Celedón, como los espías de las novelas grabadas por Herrera, se infiltró en la biblioteca para ciegos en que se hallaba la voz —perpetuada en cintas de grabación— de uno de los pocos condenados por aquellos crímenes, para descifrar atentamente sus palabras —que son de otros, pero pasaron por él— y re-cifrar con ellas un relato, para extraer de ellas una confesión inconsciente. **S**



Autor material
Matías Celedón
Banda Propia, 2023
120 páginas
\$13.000

La insistencia de la memoria

Por Rodrigo Olavarría

La historia de un país bien puede ser narrada como la historia de una mansión que deviene lugar de fiestas y luego recinto de torturas, o como la historia de un cuerpo torturado y vaciado de voluntad que se busca en cualquiera que reconozca su existencia. Esa es una forma de leer lo que hacen Germán Marín en *El Palacio de la Risa* (1995) y Fátima Sime en *Carne de perra*. Es decir, como dos novelas que, al relatar la visita de un hombre a las ruinas del sitio donde los aparatos del Estado ejercieron toda su violencia y la otra, el reencontro de una víctima de tortura con su victimario, se plantean cómo convivir con el recuerdo de la violencia política. Una violencia que no solo es demasiado reciente, sino parte inextricable del légame que nos constituye como sociedad, aunque haya quienes insistan tercamente en negarlo.

Carne de perra apareció originalmente en agosto del 2009 y fue recibida con entusiasmo por la crítica. Merecidamente. Esta novela de Fátima Sime se ganó su sitio junto al documental *La flaca Alejandra* (1994), de Carmen Castillo, como obra ineludible, que trata la abyección de la tortura. *Carne de perra* lleva un título doloroso y afortunado que apunta tanto a la dureza que permite sobrevivir a la protagonista como a la “domesticación”

del cuerpo de una mujer mediante el alternado uso de vejaciones e incentivos amorosos. Es importante no confundir esta reprogramación con el “síndrome de Estocolmo”, pues este no describe la relación de la protagonista y su torturador, más ajustada al “vínculo afectivo traumático”, descrito por la psicóloga Shirley Spitz, en *The Psychology of Torture* (1989).

Para Spitz, la tortura es el máximo acto de intimidad pervertida, una forma de posesión donde la víctima desarrolla un vínculo con el victimario usando primitivos métodos de defensa, como la disociación, la identificación proyectiva, la introyección y la disonancia cognitiva. Es notorio que Fátima Sime conoce el suelo que pisa al narrar cómo la personalidad de su protagonista es reestructurada, cómo la intimidad y el afecto que busca en los torcidos escauceos sexuales y amorosos a los que la somete el Príncipe, pasan a convertirse en el relleno de su voluntad vaciada.

La novela presenta dos episodios en la vida de María Rosa Santiago López, una enfermera que un día descubre a su extorturador, Krank, el Príncipe, agonizando en una cama de la UCI. Alternadamente leemos capítulos breves situados en dos tiempos: unos en los años 70, que narran la prisión política, la tortura y la colaboración de María Rosa, y otros, unos 20 años más tarde, cuando está trabajando en la Posta Central, es alcohólica, no tiene amigos, se entrega al sexo mecánicamente, casi no se alimenta y evita el contacto con su familia tras volver del exilio. Sime da forma a su libro echando mano a esta estructura aparentemente sencilla, un tinglado que al ser considerado con atención revela un modo sutil e inteligente de hablar del pasado.

La autora elige narrar los episodios de los años 70 en tercera persona, de forma tal que parecen

estar ocurriendo momento a momento en el presente, casi como en un guion, y nos sitúan vívidamente en la casa cercana a la iglesia San Francisco, donde María Rosa está siendo torturada: “Nuevas costras que le pican empiezan a cubrir las heridas donde el hombre escarbó. Al menos no duelen. Excepto por las personas que le traen las comidas, no ha visto a nadie. No sabe qué le pasa. No sabe qué pretenden”.

A su vez, los episodios que creemos situados en el presente son narrados en primera persona y en un pasado perfecto que parece insistir en la transitoriedad de cada instante: “No me importó. El pisco con Martini me raspó la garganta y el esófago. No había tomado desayuno. Fue como un sedante a la vena que agradecí con una sonrisa, una sonrisa idiota, pero que al cantinero le gustó”.

Esta delicada elección estilística de Sime sugiere que el presente es un caudal de instantes al que es inútil aferrarse, mientras que el pasado es un bloque omnipresente que nunca deja de ocurrir, un bloque ante el cual la única respuesta moral es la insistencia en la memoria. **S**



Carne de perra
Fátima Sime
Cuneta, 2022
154 páginas
\$14.900

Las dificultades del yo

Por Marcela Fuentealba

El último libro de Juan Pablo Meneses, periodista viajero y de alcance latinoamericano, creador de formas de la crónica como el periodismo portátil y el periodismo *cash*, se titula *Una historia perdida*, y se vende como una revelación del 11 de septiembre de 1973: además de bombardear con precisión La Moneda y la casa de Allende en Las Condes, uno de los pilotos de los seis aviones Hawker Hunter se desvió y apuntó a un blanco errático, el hospital de la Fuerza Aérea. Cuenta esa historia, muy poco conocida e intrigante, y sobrevuela las políticas del horror, pero más bien, se trata de una novela sobre sí mismo y su vida de desarraigo, una autobiografía que arranca a partir del bombardeo equivocado. Meneses sabe investigar y contar, y cuenta así su historia personal y también algo de la historia de la dictadura, además de varios pormenores del *boom* de la no ficción en español del que forma parte, y el común odio al horroroso Chile y no poder salir de él, del verso de Enrique Lihn que ama.

Digo que el libro “se vende” —o se promociona— porque Meneses, que se ha ganado la vida escribiendo y dictando talleres en varios países, tiene claro que la crónica es un producto más en un mundo donde todo es mercancía y transacción. Ha dicho que la crónica puede

ser como una *start-up* o como una incubadora de negocios. Por eso creó primero el periodismo portátil —escribir desde cualquier parte para cualquier parte— y luego el *cash*, con tres libros que investigan cómo es comprar y ser dueño de algo: una vaca y hablar de la explotación animal; un niño futbolista y ver el deseo grotesco de éxito; un dios portátil, y tratar de la desmesura humana. Sobre Chile por supuesto también ha reportado: en 2004 publicó el libro *Sexo y poder*, sobre el caso Spiniak y el extraño destape chileno comparado con otros lugares del mundo; ha entrevistado a cientos de chilenos en el extranjero —como el protagonista de esta novela, llamado Pablo—, a quienes vendía, o le compraban, por ser “exitosos” según la pauta del exitista Chile de las últimas décadas.

El hecho inicial aquí es el hombre, Pablo, o Juan Pablo, que recuerda el ruido y las esquirlas de esa bomba equivocada que cayó cerca de su casa de infancia; él, niño en el bombardeo, a su madre metiéndolo para adentro y él queriendo salir, los vidrios rotos y llorar abrazado y aterrado. Los militares invaden el barrio y el padre instala un vidrio nuevo que no queda bien. Ese estallido, se da cuenta, le dejó un trauma psíquico y físico: se descompone cuando escucha un fuego artificial o un estruendo.

Años después, cuando está instalado como investigador en Nueva York, su madre muere y él vuelve a Chile una vez más. Y se queda para escribir la novela que leemos: se propone saber quién tiró la bomba errada que le dejó prendida la necesidad de saber y de contar (su padre, relata, era contador, y su gran desilusión infantil fue saber que en sus enormes libros no había historias, sino números). La investigación es entretenida y se muestra simplemente: hay cuatro posibilidades que se han dado casi en secreto a lo largo de los años, y que él va

buscando obsesivamente: a) que el piloto fuera un extranjero, b) un novato, c) el hijo del general Gustavo Leigh (comandante de la Fuerza Aérea y miembro de la Junta Militar gobernante) y d) un desertor. Estas opciones conforman la estructura del libro, pero, al desplegarla, tiene que contar también su historia de ser chileno, su experiencia de bombardeo y de periodista, y por eso también su vida extranjera y lejana del horroroso Chile.

Aparece entonces la difícil cuestión de la escritura en general y del periodismo narrativo en particular: el lugar del yo. Cuando alguien cuenta sobre la realidad, ¿importa la del cronista o más bien él se interpone entre los hechos y el lector?

Importa lo que pueda decir, su punto de vista —que viene de lo que sabe, lo que investiga, de su inteligencia y persistencia ante una cosa—, pero quizá no interesan sus devaneos íntimos, paralelos a la historia. A veces la escritura y el yo son la misma cosa, como dice Montaigne, pero a veces no. Por supuesto, toda escritura es subjetiva y viene de un punto de vista, de un yo, de lo contrario no sería escritura —es elaboración tipo Chat GPT—, pero cuando se habla de un hecho ajeno y concreto, no es pura subjetividad, como muy bien va revelando Meneses en el libro: lo que él crea y lo real no son lo mismo, y en ese espacio de diferencia se toma libertades, por supuesto, que pueden también alejar al lector de las pasiones que movilizan la historia.

Hacer calzar los datos consigo mismo para lograr lo real es de una dificultad insuperable. La escritura del trauma intenta ajustar la historia general y fatídica con la personal y, por cierto, menos fatídica: la no ficción de sí mismo. “Pasé del periodismo literario a la literatura periodística”, declaró Meneses en una entrevista. Está muy bien borrar las fronteras supuestas entre ficción y no ficción, pasar esa frontera, como

lo hizo Eloy Martínez, uno de sus ídolos, y tantos cronistas del nuevo *boom* latinoamericano. Pero también es un juego que se vuelve peligroso.

Este juego entre la ficción y lo real, algo que se estudia en las universidades, es más divertido en las fiestas, como dice Meneses en el libro. En el más apoteósico de estos eventos internacionales, en un taquillero hotel de la Ciudad de México, el protagonista especula irónicamente sobre cómo explicarle a la mujer que lo acompaña —su futura novia— una tipología o quién es quién de los avezados periodistas presentes: el cronista miseria, que vive de fondos y premios ONG y ejecuta la pornomiseria; el cronista tecnócrata, frío tratante de datos; el cronista traductor, que lee lo último del inglés y copia; el cronista invisible, que siempre está en los eventos y es amigo de todos, pero no se le conoce obra; el cronista activista, sin punto de vista propio sino redactor de causas bienpensantes. Entre estas caricaturas, él sería el cronista herido, que descrea de todo y debe ir solo por el mundo para purgar un dolor difícil de comprender, que es de algún modo lo que intenta en esta novela donde a veces el lector no sabe dónde ubicarse: leemos, por ejemplo, de su crianza durante la dictadura, que incluye lecturas de periodismo casi heroico, activismo juvenil y un amigo muerto, pero al final no sabemos si es cierto.

Esto porque hay varios, demasiados cabos sueltos. Por ejemplo, un poco más adelante, cuando habla de la famosa frivolidad noventera y de las posibilidades del periodismo de investigación en el Chile de la Transición, denosta a la revista *Nervio* (claramente, un nombre supuesto para la revista *Fibra*) por ejercer “la crónica como maquillaje: tenían todos los recursos a disposición para no tocar ningún tema relevante”. Inventa

entonces un personaje que dirige esta revista, para reírse y odiarlo, lidiando con una cuenta que no sabemos bien cuál es. En lo que respecta a su trabajo, en todo caso, las cosas están claras: él no ejercerá el heroísmo político ni develará las grandes oscuridades económicas del poder, sino simplemente podrá “publicar mensajes entre líneas en una revista de viajes”.

En la investigación, unas páginas más adelante, cuenta que Pablo entrevista a Patricio Manns para obtener información, porque es el único autor que publicó en un libro la tesis de que los pilotos de los aviones eran gringos con gran experiencia previa, quizá en la guerra de Vietnam —pues ningún chileno tenía esos niveles de puntería—, cuestión que le habría corroborado un historiador mexicano. ¿Podemos creerle o es un invento? ¿Son las palabras de Manns o es una recreación?

Está bien, seguimos leyendo, como leemos una novela que habla de la historia, como tantas otras, pero aparecen cada tanto los puntos extraños en que la convención y acuerdo tácito entre autor y lector parecen desarmarse.

Lo más interesante de la novela, precisamente, es cómo reconstruye el hecho perdido: la búsqueda de materiales, el contacto con las fuentes (en la supuesta entrevista con Patricio Manns, por ejemplo, el escritor le explica fehacientemente que la bomba fue un error: ningún piloto bombardearía un hospital, ni en la peor guerra), las formas en que la disciplina de investigación se cruza con el azar. En este sentido, es fascinante cómo un encuentro aparentemente trivial con alguien que debe entrevistar en sus viajes por el mundo, un expiloto de la Fuerza Aérea, ahora comandante comercial en el sudeste asiático, se transforma en la fuente clave para resolver el enigma del bombardeo (pero, de nuevo, ¿es

verdad o invento?). La relación con ese entrevistado, además, señala las grietas posibles en la construcción de una historia periodística, la posibilidad de creer, cómo valorar la información. Es un tipo que a cada palabra se vuelve más oscuro e intrincado, y no sabemos —con suspenso, más allá de la duda por la verosimilitud— si es un torturador, un traidor o un pobre tipejo sin ética (o las tres cosas). Hasta que llega el punto en que la única manera de resolver quién bombardeó el hospital es inventar una escena a partir de unos datos inciertos, pero posibles. Imagina, supone, que el piloto “se bajó del avión con los brazos en alto. No hubo ninguna broma, como dice la mayoría de los libros de investigación que han registrado el hecho. No fue un error, fue una causa”.

Paralelamente a ese logro —hacer real su punto de vista, investigación y análisis, pasándolo por las formas de la novela—, nos deja saber las experiencias infructuosas de su asistente en el periodismo chileno, las violencias machistas sufridas por su elegante agente colombiana, su odio a la ciudad de Barcelona por ser demasiado Gaudí, su trabajo psicoanalítico abandonado en Buenos Aires o los devaneos existenciales de su expolola mexicana. Su propio proceso, la pérdida de la madre, y de la patria, están cerca, pero permanecen en la zona más oscura del yo (a la que se llega vía inconsciente o psicoanálisis, mediante la poesía o la creación). Fuera de ahí, la historia común, que es difícil y oscura, se puede perder. Y ese es el riesgo ante el cual hay que estar en guardia. **S**



Una historia perdida
Juan Pablo Meneses
Tusquets, 2022
260 páginas
\$18.500

El diente de oro de Pinochet

Por Pablo Riquelme

Hace unos años circuló la noticia de que una productora estadounidense estaba preparando una serie sobre Pinochet. Iba a recrear el bombardeo a La Moneda con estándares hollywoodenses, para contar la tragedia del general que traicionó a Allende y se enquistó en el poder. Aun cuando el *casting* contemplaba a un actor de calidad —Edward James Olmos, alguien que habría dotado de matices al personaje—, la serie finalmente no se hizo. ¿Por qué? Vaya uno a saber, pero en una industria plagada de villanos resulta pertinente preguntarse por qué la ficción audiovisual, chilena o internacional, ha sido tan esquiva con Pinochet. A 50 años del Golpe sorprende constatar que ni el cine ni la televisión han podido abordarlo. La razón

puede ser simple. Para mover los hilos del regicida Macbeth, Shakespeare tuvo que quererlo, tal como David Chase quiso al asesino Tony Soprano. Para poner a Pinochet en la pantalla, primero habría que hacerlo querible o al menos entregarle buenas dosis de ambigüedad, es decir, sacarlo de la caricatura.

¿Quién tendría el valor para algo así?

Los alemanes necesitaron seis décadas para tragarse una película como *El hundimiento*, en la que un Hitler de carne y hueso (interpretado por Bruno Ganz) arrastra a Alemania a la debacle total. Y claro, humanizar dictadores tiene costos. La escena en que el furioso Hitler increpa a sus generales por los avances del Ejército Rojo lleva 15 años siendo materia prima de videos parodia. Para muchos jóvenes que no conocen la historia alemana del siglo pasado, la primera referencia que reciben del Führer proviene de esos divertidos memes titulados “Hitler se entera”. Es decir, el genocida provoca risas antes que horror.

La única película dedicada al dictador chileno es *Pinochet's Last Stand*, un telefilme producido por la BBC en la que Derek Jacobi lo interpreta durante la detención en Londres. Pero el guion no deposita el conflicto dramático sobre él, sino en los políticos laboristas que deben decidir si lo devuelven a Chile, para no provocar un conflicto diplomático con el gobierno concertacionista, o si gestionan su extradición a España, para que sea juzgado por alguno de sus crímenes. En otras palabras, la película no se trata de él.

Para este año, Netflix ha anunciado el estreno de una comedia negra llamada *El conde*, producida por Fábula y dirigida por Pablo Larraín, en la que un Pinochet vampiro, a la edad de 250 años,

decide morir “de una vez por todas, debido a las dolencias que le acarrearón su deshonra y sus conflictos familiares”. La película, según el director, pretende “analizar los hechos ocurridos en Chile y el mundo en los últimos 50 años”. Más allá del arrojito en la elección del género y de que uno de los guionistas sea el gran dramaturgo Guillermo Calderón, permítasenos ser escépticos: cada vez que Pablo Larraín usó la historia de la dictadura para sus películas, eludió el asunto central. Dicho sea de paso: qué distintas habrían sido algunas de sus películas si en vez de nihilismo les hubiera inyectado algo de convicción y de verdadero compromiso ya no político, sino con los protagonistas. Él, por su historia familiar, estaba pintado para eso. Con una comedia de vampiros el director podrá ganar visionados en el *streaming* y aplausos en muchas partes, pero no conseguirá matar al padre.

¿Dónde encontramos a Pinochet entonces?

Un buen lugar es *Pinochet y sus tres generales*, del español José María Berzosa. Es un documental antiguo, que circuló hace una década, gracias al rescate que hizo el antropólogo Matías Wolff. Hacia 2011, entre la celebración del bicentenario y la conmemoración de los 40 años del Golpe, Wolff, que se encontraba estudiando en París, comenzó a recopilar documentales europeos que estaban siendo digitalizados y subidos a diversas plataformas de internet. Con paciencia, Wolff los subtuló y colgó en una página a la que bautizó “Chile desde afuera”. Fue un trabajo admirable. En conjunto, el material reunido por el antropólogo ilustra la fascinación que generó entre los europeos el proceso de la Unidad Popular y cómo los horrorizó la dictadura. Si se observa con atención, puede notarse el cambio político-cultural que se dio entre,

digamos, 1971 y 1986. Solo como ejemplo, en el Chile de 1971 la clase media se maneja con destreza en francés; 15 años después, aquel atributo, presente durante más de un siglo en la cultura chilena, desaparece.

Pinochet y sus tres generales corresponde al remontaje de una serie de cuatro documentales hechos para la televisión francesa, rodados en una visita de varios meses que Berzosa realizó al país entre 1976 y parte de 1977, es decir, cuando el régimen ya había puesto en marcha las primeras reformas estructurales de la economía y Pinochet se encontraba firme en el poder. En 2001, aprovechando el interés global que produjo su detención en Londres, Berzosa le dio nueva vida al material recopilado. Se trata del más acabado perfil que se haya hecho sobre la Junta Militar.

A través de la vieja técnica de la adulación, el director se gana la confianza de los generales, para luego ridiculizarlos y poner en evidencia el nacionalismo exaltado que sirvió de sustento ideológico para el régimen en sus primeros años. Berzosa tiene el mal gusto de alternar la pomposa comedia de marchas castrenses y frases para el bronce de los generales con los testimonios de las madres y esposas de los desaparecidos, un recurso que sirve como denuncia y contrapropaganda de la dictadura, pero que tiene severos problemas éticos. ¿Es lícito usar el dolor de las víctimas de una dictadura tercermundista para que en Europa se entienda que cuando los militares niegan los asesinatos están mintiendo? Algunos dirán que sí; lo cierto es que un cineasta que se ubica a sí mismo en el lado correcto de la historia también puede ser un carroñero. Para que esto funcionara habría que jugarse el pellejo, y Berzosa tiene astucia y mucha

gracia, pero no corrió peligro alguno. Todo lo contrario: las puertas se le abrieron como a nadie.

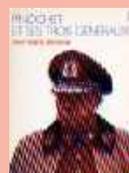
Pero el documental es valiosísimo por las imágenes y los testimonios que tiene de los integrantes de la Junta. Aquí puede verse a un Pinochet relajado y feliz, durante el viaje que hizo a la Antártica, en enero de 1977, para resguardar la soberanía. El general recibe honores de una banda de la Armada aterida por la nieve, pasa revista a las tropas, es ayudado a saltar de un bote a un muelle (casi se cae) y observa pingüinos desde el Aquiles, el barco presidencial, junto a su fascinada esposa. Toda esta secuencia en la Antártica es un inusual acceso a la intimidad de Pinochet y uno de los escasos registros en que lo pillamos con la guardia baja.

Berzosa también logra grandes momentos con los otros tres integrantes de la Junta. Aquí, la carne fresca es la vanidad de unos hombres que saben que sus apellidos serán una nota al pie en la historia del jefe supremo. Con uniforme o sin él, el director les sonsaca opiniones sobre variados temas, algunos ridículos, que sirven de todos modos para saber quiénes son y entender cómo operaba la dinámica interna de la Junta.

Mendoza, el general director de Carabineros, es amante de los caballos y es capaz de enumerar la relación entre ellos y los seres humanos desde la época de los sumerios, pero no de articular una visión política propia para el gobierno militar; su función decorativa es manifiesta. Leigh, en cambio, es rotundo y no muestra fisuras, aunque la neurosis le brota por los poros. Su referente político es el general De Gaulle, quien según él terminó con el caos en Francia, y sus pasiones son la ópera y los pájaros que tiene enjaulados en un aviario de su jardín. Merino, por su parte, es

un histriónico golfista (el primer plano de sus pies cuando le pega a la pelota es glorioso), incondicional de Francisco Franco, aunque más identificado con el almirante Nelson (“El hombre que derrotó a todas las flotas del mundo”), tiene talento para la pintura y demasiados argumentos para refutar a Marx (“No es un filósofo, es un seudoeconomista”). No obstante que la intención es dejarlos mal (lo logra), también los muestra en su dimensión más casera, de viejos cansados y casi seniles, de abuelos cariñosos que levantan en brazos y ven correr a sus nietos, como lo haría cualquier chileno.

La excepción es Pinochet. Cuando se le pide que se abra, se vuelve impenetrable y, estresado seguramente por conflictos de la coyuntura, se suelta solo para lanzar una furiosa perorata contra la Democracia Cristiana. De los cuatro, es el que más se defiende, el que más desconfía. Ante este enigma, la cámara caza detalles: los inquietos ojos verdes, el bigote cano, la pesada argolla matrimonial. El lente se acerca hasta los dientes inferiores del general, hasta las coronas de oro que sostienen los incisivos central y lateral. **S**



***Pinochet y sus tres generales* (2001)**

Dirigido por José María Berzosa
Disponibile en
YouTube

Cabos sueltos

Por Matías Celedón

Hasta hace un mes pasaba todos los días por la entrada del Museo Histórico de Carabineros. Recortando camino por calle Vasconia, caminaba cada mañana por la vereda del Parque Inés de Suárez preguntándome qué clase de historia encontraría adentro.

Desde afuera es poco lo que se intuye. La fachada solo muestra una gran casa antigua que pareciera siempre recién pintada. Las cortinas hacia el poniente están cerradas. Lo único que se ve desde la calle es una serie de vehículos de carabineros, donde entre carros blindados y aviones, destaca Juan Pablo II en el Papa Móvil.

Desde niño me han gustado los museos. Más allá de la temática, me divierte la manera en que una historia es comprendida. Cada detalle de la presentación y su lógica, la selección de los objetos y sus textos informativos, pero sobre todo, por la narrativa implícita del recorrido, es decir, el sentido de la visita que propone la museografía.

Si hubiera un curador, podríamos encontrar algunas de sus claves en el texto curatorial, pero en el caso del museo de Carabineros, el curador, o más bien la curadora, es la propia institución, y los textos museográficos que nos permiten leer y entender la exposición están basados en su historia. En este sentido, la lectura que sugiere el recorrido es un trabajo de edición institucional, con textos referidos a temporalidades de objetos, emblemas, próceres, herramientas, armas y uniformes.

La función policial es antigua como el garrote. La palabra proviene del vocablo griego *politeia*, con el que se entendía el ordenamiento y el buen gobierno de la ciudad. El concepto moderno se instituyó en Francia, cuando el rey Luis XIV separa totalmente la función policial de la judicial, y luego, en la Revolución francesa, cuando se asignó a la policía la misión que ha desempeñado hasta hoy: garantizar los derechos de los ciudadanos y ciudadanas reconocidos constitucionalmente.

La muestra del Museo Histórico de Carabineros narra la historia de esa función y su arraigo en Chile desde la llegada de los españoles. "Plantea una exhibición

museográfica moderna, didáctica y educativa, mediante un recorrido cronológico y secuencial que abarca desde 1541 a 2012", se lee en la entrada.

La primera actuación policial que consigna corresponde al capitán Juan Gómez de Almagro, alguacil mayor, quien desbarató un complot contra Pedro de Valdivia y le salvó la vida, al interceptar una hogaza de pan enviada a uno de los conspiradores con un mensaje en su interior: "No confeséis, porque no se sabe nada".

En dos plantas se cuentan las formas que adoptó la función policial y la historia moderna de la institución, que comienza con los gendarmes de la Colonia, liderada por el capitán Hernán Trizano, en el segundo piso. Una hermosa y plácida maqueta de la vida en La Araucanía, entonces, abre a la historia de la primera mitad del siglo XX, donde destaca el nacimiento de la Policía Fiscal y sus labores de alfabetización de niños pobres, la creación del Cuerpo de Carabineros ("El desarrollo agrícola e industrial que había alcanzado el país, hacía sentir en forma imperiosa la necesidad de crear un organismo que diera garantías al libre ejercicio de la industria naciente, y prestara protección a la vida y la propiedad de los ciudadanos en las zonas rurales y centro del país", dice la museografía); también, los logros del Club Atlético Brigada Central y el Stadium Policial, la unificación de las policías fiscales y la creación de la Escuela Policial de Chile, más unas palabras enmarcadas de Gabriela Mistral.

En los hechos, Carabineros se funda sobre la historia de muchos otros cuerpos y estamentos policiales que han surgido en respuesta a las necesidades de determinadas coyunturas. Es su capacidad de adaptación o reacción a nuevas demandas, reorganizándose y conformando nuevos cuerpos frente a las nuevas necesidades, lo que destaca este museo; son estos precisamente los hitos que recoge la museografía, que habla de una institución que, al menos hasta Ibáñez, reconoce con claridad y orgullo sus progresos.

En la última sala del segundo piso está recreado el despacho de Carlos Ibáñez del Campo, se exhibe su

César Mendoza (debajo al centro) y Rodolfo Stange (debajo a la derecha) entre los directores generales retratados en el Museo Histórico de Carabineros.



uniforme y otras pertenencias personales, se destaca su vida y obra, marcando el cierre de los textos con una cronología gráfica de la institución hasta 1958.

Un túnel del tiempo con placas de los retenes y cuarteles de distintas épocas y estilos me devuelve al presente. Durante el recorrido hay zonas ambiguas, espacios donde la visita no es clara sobre la dirección que se debe seguir. Los textos se diluyen en los últimos días de Ibáñez y da la sensación de que la historia de Carabineros termina justamente cuando comienza, omitiendo (o aceptando) cualquier interpretación posterior.

Pero una colección de radiopatrullas y vehículos policiales en miniatura evidencian que la cronología avanza y la muestra sigue. Una serie de uniformes de las especialidades actuales escoltan al visitante hasta la escalera que conecta el museo con el sofisticado teatro del Centro Cultural. Una vitrina sobre el pasamanos también da cuenta del paso del tiempo en la evolución de sus armas. Hasta allí, el recorrido es neutro, no deliberante. Sin embargo, en el *foyer* del teatro, junto a los retratos de todos los generales directores de carabineros hasta la fecha, persisten en su sitio los de César Mendoza y Rodolfo Stange.

Para Eric Hobsbawm, la tarea de los historiadores es recordar la historia que otros olvidan: "La destrucción del pasado, o más bien de los mecanismos sociales que vinculan la experiencia contemporánea

del individuo con la de generaciones anteriores, es uno de los fenómenos más característicos y extraños de las postrimerías del siglo XX. En su mayor parte, los jóvenes, hombres y mujeres, de este final de siglo crecen en una suerte de presente permanente sin relación orgánica alguna con el pasado del tiempo en el que viven", escribe en *Historia del siglo XX*.

Hay una serie de vacíos que surgen a partir de lo que se exhibe. Y esto abre espacio para cualquier interpretación. Sobre el final, al no haber más que objetos fechados, desprovistos de cualquier relato o contexto, cabe preguntarse qué clase de historia se cuenta a sí misma la propia institución acerca de, por ejemplo, la dictadura de Pinochet. Sobre qué relatos se articula su identidad actual. Cómo preserva y actualiza su historia. No se trata de imponer una revisión, sino de intentar una reflexión institucional que contribuya a integrar los hechos sin omisiones ni victimizaciones.

La narrativa no es la historia. Es la historia que nos contamos.

A la salida del museo, la figura de cera a escala real de Juan Pablo II convive con dos Mowag antidisturbios, usados en los 70 y 80; más atrás, se exhibe una barrera de hormigón grafitada presumiblemente en el estallido. La última pieza de la muestra es un parabrisas baleado en 2021, en la macrozona sur. ¿Qué valor histórico dan a esos elementos? ¿Por qué están ahí? **S**

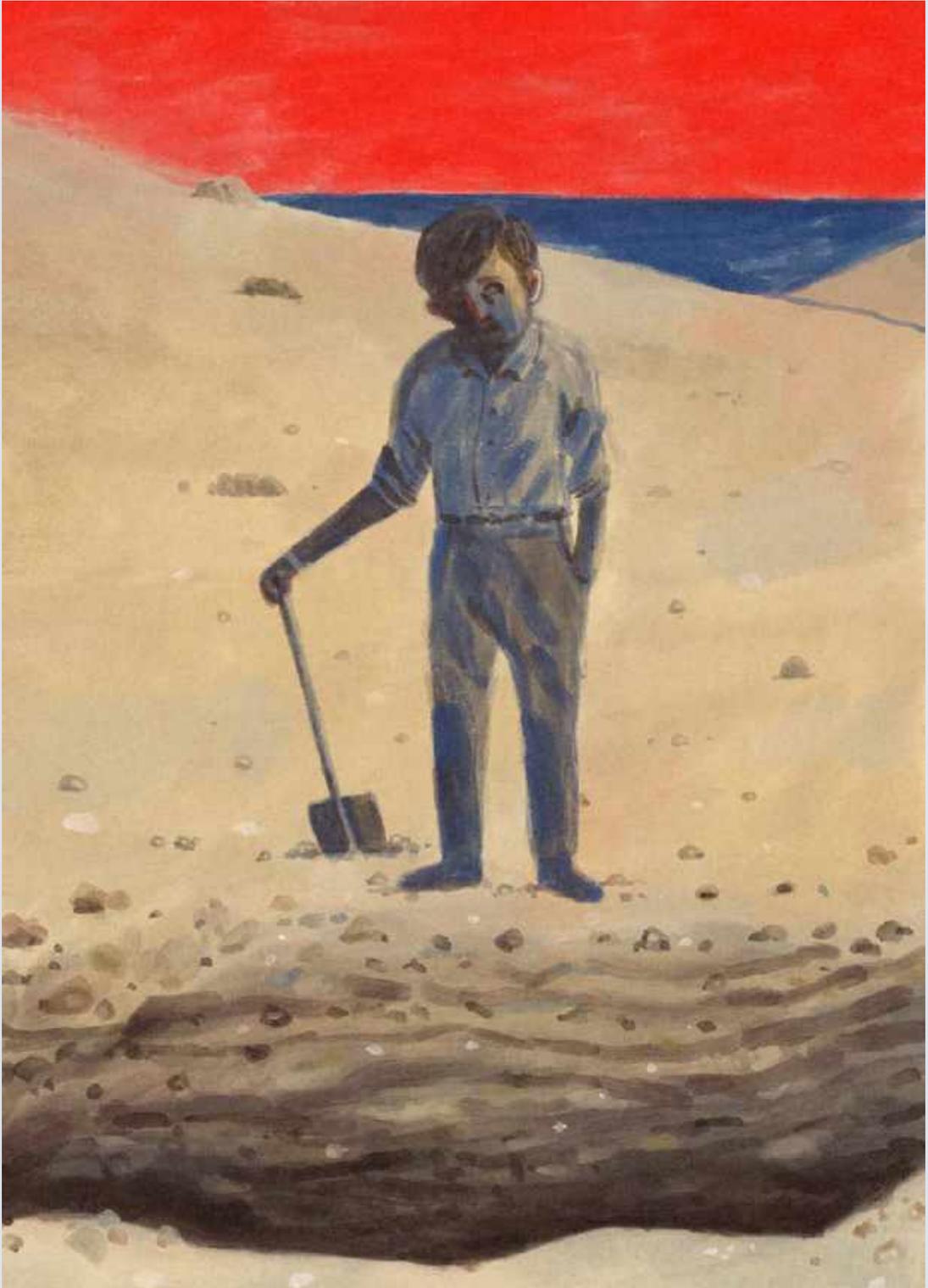


Ilustración: Sebastián Illabaca

"Quien aspire a acercarse al propio pasado sepultado ha de comportarse como el que exhuma un cadáver".

Walter Benjamin

Síguenos en redes sociales:

[facebook/revistasantiago](https://facebook.com/revistasantiago)

[twitter/santiagorevista](https://twitter.com/santiagorevista)

[instagram/revistasantiago](https://instagram.com/revistasantiago)

—

También visita nuestro sitio web
revistasantiago.cl

Todas las semanas nuevos
artículos, críticas y entrevistas.



20 AÑOS EDICIONES **udp**

